

Carlos Hernández Quero  
Septiembre de 2013

**EL SIGLO XX: EL SIGLO DE LOS INTELLECTUALES.**  
**INTELLECTUALES Y FASCISMO EN LA ESPAÑA DE**  
**PREGUERRA. UN PRIMER BALANCE**



Carlos Hernández Quero  
Trabajo Académicamente Dirigido por el Dr. D. Antonio López Vega  
Curso 2012-2013  
Universidad Complutense de Madrid

## ÍNDICE DE CONTENIDOS

I- Introducción.....	3
II- Precisiones conceptuales.....	14
1. ¿Quiénes son los intelectuales?.....	14
III- Cuestiones metodológicas.....	27
1. ¿Quién estudia a los intelectuales?.....	27
2. La historiografía francesa.....	29
3. La historiografía británica.....	36
4. La historiografía española.....	40
5. La pertinencia de una hibridación.....	48
IV- Intelectuales fascistas en España.....	50
1. Producción bibliográfica sobre los intelectuales fascistas.....	54
1.1. Impacto y recepción del fenómeno.....	57
1.2. Un escenario internacional cada vez más convulso.....	72
1.3. La ausencia de una literatura crítica: el franquismo.....	97
a) Biografías de José Antonio.....	98
b) Otras biografías.....	109
1.4. Aire fresco: el nacimiento de una historiografía seria sobre el fascismo en España.....	114
a) Hispanistas.....	114
b) El despertar de la historiografía autóctona.....	124
1.5. Un escaparate de infinitas posibilidades. Historiografía y fascismo. Estado de la cuestión en la actualidad.....	135
a) Algunas generalidades.....	135
b) Un caso concreto: historia intelectual y fascismo.....	142
V- Bibliografía.....	152

## **I- INTRODUCCIÓN**

La mirada retrospectiva que caracteriza a este tipo de trabajos ofrece a quienes se inician en la investigación la posibilidad de familiarizarse con esa dimensión, no siempre cubierta en las lecturas históricas, que supone el acercamiento a los polos de atracción temática del historiador -indisociables de su historia vivida-, a las condiciones que han rodeado la investigación y las controversias académicas, la evolución metodológica y la demanda social de conocimiento, la precisión conceptual y el cúmulo de carencias. Muchas de estas cuestiones podrían ser agrupadas en una categoría artificial, algo así como una “historia detrás de la Historia”. Esta realidad que subyace a los contenidos es la que queda sujeta a comentario cuando se aborda un estado de la cuestión.

La preparación de un primer balance sobre las aportaciones de la historiografía sobre los intelectuales españoles que en algún momento de sus carreras unieron su suerte a la de las incipientes corrientes fascistas de preguerra, adoptando actitudes que van desde el aval a la formulación teórica y la dirección, pasando por un repertorio de formas de adhesión e implicación que, por variado, resulta irreductible a patrones operativos, introduce al neófito en una llanura poblada por tendencias y autores, orientaciones y encuadres que se solapan y se entrecruzan hasta dar forma a un panorama sin confines exactos. Si algo evidencia una primera inspección sobre la trayectoria de esta literatura es que tanto el estatus del intelectual como la significación y comprensión del fascismo han sido encarados desde muy diversas ópticas y planteamientos disciplinares que no siempre son los del historiador. Esta confluencia de intereses a medio camino entre la historia, la crítica literaria, la filosofía, la ciencia política o la sociología ha originado una cuantiosa y sobreabundante producción, ya sea para abordar específicamente el desarrollo o consecuencias de alguna de sus vertientes, como para elaborar exámenes integrales.

Si existe un medio útil para calibrar los intereses y objetos de estudio de la historiografía actual, así como el dinamismo de las nuevas tendencias que se advierten para los próximos años, quizá éste consista en tomar el pulso a las publicaciones periódicas y reuniones académicas más recientes a fin de registrar temáticas recurrentes. A partir de la década de los ochenta, y de manera inseparable al robustecimiento de la

democracia y la sociedad civil, al aumento exponencial de la información, al proyecto administrativo descentralizador del Estado y a la apertura de flujos culturales, España ha experimentado una eclosión en la producción historiográfica, una de cuyas palpables expresiones ha sido la creación a lo largo y ancho del país de numerosas asociaciones de estudios sectoriales o locales, revistas, departamentos universitarios y grupos de investigación coordinados con sus semejantes europeos. Una sucinta revisión que ponga sobre la mesa lo trabajado y lo combine con la proyección de futuro inmediato revela el vigor y actualidad de estudios de aquello que se refiera a intelectuales y a fascismo, islas temáticas que nunca han dejado de suscitar una considerable atención que ha ido a más en los últimos años con un empuje notable. Uno de sus frutos más felices ha sido el definitivo asentamiento del examen conjunto de la cultura y el fascismo. No obstante, este énfasis ha incidido significativamente en la observación de las relaciones entre el campo político y el campo intelectual, las adhesiones e incorporaciones a las estructuras de poder y la generación de discursos de legitimación, en el contexto del franquismo, es decir, un horizonte en el que la pertenencia ideológica fascista era una opción más en el intrincado cosmos del antiliberalismo triunfante, una situación muy diferente a lo que acontece en el período al que se circunscribe este trabajo<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> De manera somera, y para no ser exhaustivos, citaremos los siguientes jalones: en los últimos años se han celebrado convenciones académicas como “Intelectuales y franquismo (1936-1956)”, organizada en mayo de 2010 por el Grup d’Estudis sobre República i Democràcia (GERD) de la Universitat Autònoma de Barcelona; “Los intelectuales en España: de la dictadura a la democracia (1939-1986)”, organizada por la Fundación Pablo Iglesias en mayo de 2011; el congreso “Falange: las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1937-1982)” que tuvo lugar en Zaragoza los días 22, 23 y 24 de noviembre y que contó con una sugerente sesión de “Intelectuales y cultura en el mundo del falangismo”; el seminario del Grup d’Estudis d’Història de la Cultura i dels intel·lectuals (GEHCI) “Els intel·lectuals davant dels raptos del anys seixanta”, desarrollado en la Universitat de Barcelona en diciembre de 2011; el ciclo de conferencias “Intel·lectuals: feixisme, marxisme i qüestió nacional” del citado GERD en abril de 2012; el XI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, celebrado en Granada en septiembre de 2012, con un taller/seminario dedicado a la historia intelectual, “Los intelectuales y la política: la construcción de identidades en la España contemporánea”, que fue uno de los que mayor cantidad de propuestas de comunicación recibió. Aunque un número representativo de ellas oscilaba entre algunos de los temas predilectos de la disciplina, como pueda ser el estudio de los exilios y las transferencias culturales o el rol jugado por los intelectuales en la cultura política catalanista del primer tercio del siglo XX, no faltó el espacio para las aportaciones de cuño biográfico sobre Onésimo Redondo o las perspectivas sobre la intelectualidad falangista en las dos primeras décadas de Dictadura. 2013 mantiene este impulso con las sesiones del GEHCI barcelonés, como “Els intel·lectuals i el primer franquisme a Catalunya”, por Olivia Gassol, el seminario de “Los intelectuales y la dictadura franquista” promovido por Rubén Pallo, celebrado entre el 12 de marzo y el 23 de abril en la Universidad Complutense de Madrid, además del coloquio “Identidades fascistas” articulado por el siempre activo GERD de la Universitat Autònoma de Barcelona en abril. En el ámbito de las publicaciones periódicas, el camino inaugurado por el nº 40 de *Ayer* sobre “El nacimiento de los intelectuales”, en el año 2000, ha encontrado continuidad de la mano de la revista *Historia y Política*, cuyos números 8 (2002), 27 (2012) y 28 (2012) han versado respectivamente sobre “Intelectuales y política en la España contemporánea”, “Pensamiento político falangista en los años 40 y 50” y “Entre la acción y la obra: ideas, conflictos e identidades de los católicos franquistas”, así como de Javier Muñoz Soro, compilador de este último ejemplar y que ha coordinado

Este maridaje entre dos términos que antaño solo habrían sido estudiados como antitéticos, a resultas de la persistencia de modelos de enfoque fuertemente deterministas en lo socioeconómico y centrados en torno a un aparato conceptual ya superado, no ha dejado de abrir fecundas puertas de análisis. Del mismo modo que el tratamiento de la cultura del primer tercio del siglo XX ha tenido que enfrentar la ruptura de la imagen de candidez e ingenuidad rutinariamente asociada a las vanguardias artísticas y literarias y cualquier estudio al respecto hoy no puede eximirse del desafío de explicar el compromiso del artista con el totalitarismo<sup>2</sup>, el estudio del fascismo, si aspira a seguir contribuyendo a la mejora y perfección de la comprensión del pasado, debe zafarse del efecto mutilador que acompaña a las verdades absolutas vestidas de cánones interpretativos. No parece el camino más adecuado, por tanto, la repetición de las tesis simplistas que explican las relaciones entre la intelectualidad y la elección fascista como resultado de excepcionalidad, de un paréntesis en la trayectoria personal marcado por una afección malsana, del padecimiento de un infecto virus, del exceso de una pasión política contaminante, del aprovechamiento de mecanismos de promoción o de la apuesta por un caballo que se antojaba seguramente ganador. El reto estriba en afrontar un escrutinio riguroso de un fenómeno que, por amplio y complejo, requiere de perspectivas serenas que planteen problemas renovados<sup>3</sup>.

---

también el nº 5 (2005) de *Historia del Presente* sobre “Intelectuales y segundo franquismo” y el nº 81 (2011) de *Ayer* acerca de “Los intelectuales en la Transición”. Sin salir de este marco, recientemente ha aparecido la revista *Journal of Catalan Intellectual History*, que en sus números 1 (2011) y 2 (2012) ha recogido trabajos para el estudio de la filosofía e ideas políticas en dicha comunidad autónoma, entre ellos algunos de gran interés para el tema que nos atañe –el “prefascismo”, la recepción de las novedades italianas en Cataluña o Eugeni d’Ors-. En 2012 aparecieron el nº 20 de *Historia del Presente*, que lleva por título “La Universidad nacionalcatólica”, y el nº 30 de *Studia historica. Historia contemporánea*, dedicado a desentrañar el pensamiento de “Derecha radical, fascismo y extrema derecha en Europa y América” con interesantes aportaciones de historia de las ideas transnacional. Finalmente, en el momento en el que se concluye este trabajo ve la luz el nº 91 de *Ayer* acerca de “La Gran Guerra de los intelectuales: España en Europa”, dirigido por Maximiliano Fuentes Codera. Esta panorámica que se ha querido mostrar es el resultado más visible de proyectos de investigación colectivos que coronan años de trabajos personales que han originado una boyante bibliografía al respecto y que tendremos ocasión de analizar pormenorizadamente en apartados posteriores. Afortunadamente, no se vislumbran visos de interrupción de esta tendencia y tanto las líneas de investigación de los departamentos de Historia Contemporánea de nuestras universidades como los programas de posgrado, tales como el Máster Interuniversitario en Historia Contemporánea, acogen en su seno nuevas vetas que garantizan la profundización en el conocimiento.

<sup>2</sup> Jean CLAIR: *La responsabilidad del artista*, Barcelona, Antonio Machado, 1999; Domingo RÓDENAS DE MOYA: “Los vasos comunicantes de la radicalidad de la vanguardia y el fascismo”, *Quaderns de Vallençana*, 1 (2003), pp. 26-33; José-Carlos MAINER: “Otra vez en los años treinta, literatura y compromiso político”, *Anales de literatura española contemporánea*, vol. 30, 1-2 (2005), pp. 273-299.

<sup>3</sup> Ejemplo de esta necesaria sacudida en Ferran GALLEGO, Francisco MORENTE (eds.): *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011, pp. 7-13.

Deudor de estas consideraciones y convencido de que el texto de la Historia nunca está terminado por completo, el presente ensayo parte del reconocimiento de la existencia de una cultura fascista y de un proyecto de articulación social que en función de los lugares disfrutó de unos estándares de autonomía y diversidad no menores que los de otros movimientos de la época<sup>4</sup> y que contó para ello con el concurso racional y entusiasta de jóvenes con afanes intelectuales y figuras eminentes del pensamiento europeo que se esforzaron en la confección de una alternativa sostenible capaz de alterar el *statu quo* de la elite cultural y rivalizar con las tradiciones políticas del conservadurismo, el liberalismo y los grupos revolucionarios y que alcanzó su expresión práctica en la implementación de programas de instrucción pública que perseguían la movilización de las masas y el sueño del consenso social en una comunidad nacional fuerte y sin fisuras, fundida y soldada a partir de un nuevo esquema de lealtades y mitos compartidos<sup>5</sup>. En palabras de un consagrado especialista en la materia, el fascismo fue una “actitud cultural y una moral de salvación, capaz de desarrollar su propia utopía, el sueño de felicidad y de perduración que late en el corazón de toda revolución”<sup>6</sup>. Por todo ello, creemos que al pensar sobre el intelectual fascista, el historiador, lejos de transitar por veredas que resultan insólitas e incongruentes, encaja su análisis en moldes de mayor hondura, como son el decurso de las relaciones entre la modernidad y el fascismo y el acomodo de este último en el seno de la cultura occidental, la implosión del campo ideológico hacia nuevas direcciones políticas, el nuevo papel que el irracionalismo y el existencialismo tenían reservado para la voluntad, la intuición, el sentido trágico y heroico de la vida, el instinto y la exaltación de las emociones violentas, el estudio del escaparate de las culturas políticas antiliberales y del magnetismo que estas opciones ejercieron y ofrece información interesante sobre el elenco de posiciones adoptadas por el hombre de letras al entregarse a las sacudidas y al vértigo de la aventura política.

---

<sup>4</sup> Zeev STERNHELL, Mario SZNAJDER, Maia ASHERI: *El nacimiento de la ideología fascista*, Madrid, Siglo XXI de España, 1994, p. 19.

<sup>5</sup> Un proyecto que en los inicios del nuevo Estado en España “aspiraba a forjar una cultura popular y a formar una conciencia nacional no sólo a través del adoctrinamiento de las conciencias, sino a partir de un “ideal de hombre”, de la adecuación de las conductas a un ‘estilo de vida’”. Véase Francisco SEVILLANO CALERO: “Propaganda y dirigismo cultural en los inicios del *nuevo Estado*”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 1 (2002), p. 7.

<sup>6</sup> Prólogo de José-Carlos MAINER: “Ernesto Giménez Caballero o la inoportunidad” a Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO: *Casticismo, nacionalismo y vanguardia (Antología 1927-1935)*, Madrid, Fundación Santander Central Hispano, 2005, p. XIX.

En sus trabajos sobre el primer gobernante fascista, el historiador italiano Renzo de Felice distinguió entre el fascismo-movimiento y el fascismo-régimen, y elaboró otras divisiones artificiales del régimen mussoliniano con fines didácticos. Tal diferenciación, establecida a partir del momento de ocupación del poder, parece apropiada para el caso español en el que la proverbial insignificancia del fascismo en España durante los años veinte y treinta difícilmente podía presagiar las oportunidades propagandísticas que la Guerra y el primer franquismo iban a depararle<sup>7</sup>. Solo entonces fue posible una socialización de las ideas a las que habían dado vida unos minúsculos grupos a cuya cabeza se situaron filósofos, escritores, poetas y periodistas de la generación nacida en torno al cambio de siglo, algunos de los cuales, principalmente las cabezas que concibieron la doctrina, no llegarían a ver dicha posibilidad, a la que fueron vetados en vida. Esta paradoja propiciaría su inclusión en el imaginario simbólico oficial, especialmente en el caso de José Antonio Primo de Rivera, entre la mitología de precursor del Nuevo Estado y el silencio denunciado por quienes ya entonces hablaron de *revolución pendiente* y vulgarización recurriendo a una no menor idealización. Sin embargo, el primogénito del presidente del Directorio no fue ni el primero ni el único de la heterogénea partida que da nombre a este trabajo.

Durante la contienda y la posguerra Franco dispuso de una auténtica *milicia de la cultura*<sup>8</sup> que gozaría de inestimables trampolines y plataformas en forma de revistas, prensa oficial sin restricciones o cátedras universitarias y que creyó al alcance de su mano la institucionalización de un Estado fascista. Pese a ello, el retrato de los intelectuales que gravitaron en torno al Servicio Nacional de Propaganda, comandado

---

<sup>7</sup> Renzo DE FELICE: *Intervista sul fascismo* (a cura di Michael A. Ledeen), Bari, Laterza, 1997 (1975), pp. 28-37. Otro de los más grandes historiadores del fascismo, su discípulo Emilio Gentile, utiliza un término similar -partido milicia-, como institucionalización de los movimientos situacionistas, véase en castellano Emilio GENTILE: *Fascismo. Historia e interpretación*, Madrid, Alianza Editorial, 2004, pp. 32-33. Por otra parte, una amplísima literatura al respecto se ha encargado de mostrar cómo el franquismo no fue exclusivamente un régimen fascista, sino que bebía de fuentes culturales distintas y tenía un proyecto social de tipo autoritario, personalista y conservador que buscaba la desmovilización política de la sociedad y no poseía una ideología cerrada. En cuanto al partido único, no fue Falange quien se apropió del Estado, sino el Estado quien absorbió al débil partido y lo domesticó. Para abreviar, puede verse el estado de la cuestión historiográfico sobre la materia, entre otros, en Francisco SEVILLANO CALERO: *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo (1936-1951)*, Murcia, Universidad de Alicante, 1998, pp. 38-66; Walther L. BERNECKER: “¿Fascismo, autoritarismo, dictadura de modernización?” en Mechthild ALBERT (coord.): *Vencer no es convencer: literatura e ideología del fascismo español*, Madrid, Iberoamericana, 1998, pp. 29-50; Glicerio SÁNCHEZ RECIO: “La polisemia de los conceptos historiográficos: los análisis sobre el fascismo y el franquismo”, *Bulletin d'histoire contemporaine de l'Espagne*, 27 (1998), pp. 181-198; ÍD: “Líneas de investigación y debate historiográfico”, *Ayer*, 33 (1999), pp. 17-40; Joan Maria THOMÀS: “Los estudios sobre las Falanges (FE de las Falanges y FET y de las JONS): Revisión historiográfica y perspectivas”, *Ayer*, 71 (2008), pp. 312-315.

<sup>8</sup> Javier MUÑOZ SORO: “Sin complejos: las nuevas derechas españolas y sus intelectuales”, *Historia y política*, 18 (2007), p. 138.

por Dionisio Ridruejo, y animaron la más destacada iniciativa de este grupo, la revista *Escorial* -de marbete gentiliano y no liberal, no querían una *España nueva* mutilada<sup>9</sup>-, no da muchas pistas sobre la hechura del intelectual fascista de preguerra. En los años precedentes, los intelectuales adscritos al fascismo impulsaron diferentes proyectos en relación con sus pares, “buscaron afanosamente el apoyo de las elites culturales, aunque sin éxito”<sup>10</sup>, dieron forma a un cuerpo doctrinal y se embarcaron en una empresa de agitación utilizando para ello, amén de la formación de milicias y la acción callejera, los órganos privilegiados de la movilización intelectual de la época: el artículo de prensa, la conferencia política, las tertulias, la redacción de revistas y los banquetes fueron sus espacios de sociabilidad. Sin embargo, las diversas estrategias adoptadas por nuestros protagonistas apenas encontraron resonancia pública y su incidencia en el politizado ambiente de los treinta no obtuvo el eco que hubieran deseado sus promotores<sup>11</sup>. Esta

---

<sup>9</sup> El proyecto era el de levantar una cultura fascista que se convirtiera en cultura nacional, a la zaga de las propuestas que impulsaron en la Italia fascista Giovanni Gentile o Giuseppe Bottai. Sultana WAHNON: *La estética literaria en la posguerra. Del fascismo a la vanguardia*, Amsterdam, Rodopi, 1998; pp. 115-116; Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *Historia de las derechas españolas: de la Ilustración a nuestros días*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 376-377; Santos JULIÁ: “¿Falange liberal o intelectuales fascistas?”, *Claves de razón práctica*, 121 (2002), pp. 4-13; ÍD: *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, pp. 333-337, 351; Nicolás SESMA LANDRÍN: “Propaganda de la alta manera e influencia fascista. El Instituto de Estudios Políticos (1939-1943), *Ayer*, 53 (2004), pp. 174-175; Francisco MORENTE: *Dionisio Ridruejo. Del fascismo al anti-franquismo*, Madrid, Síntesis, 2006, pp. 271-278; Eduardo IÁÑEZ: *No parar hasta conquistar. Propaganda y política cultural falangista: el gupo de Escorial (1936-1986)*, Gijón, Trea, 2011. Con anterioridad, se habían expresado en sentido opuesto numerosos autores, por ejemplo: José-Carlos MAINER: *Falange y literatura*, Barcelona, Labor, 1971, p. 54 (“revista liberal, casi prototípica”); Elías DÍAZ: “Los inicios de una recuperación: La revista *Escorial* y el falangismo liberal” en *Pensamiento Español de la era de Franco (1939-1975)*, Tecnos, Madrid, 1983, pp. 26-28; Jordi GRACIA: *La resistencia silenciosa: fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004.

<sup>10</sup> Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *Historia de las derechas españolas...*, p. 322.

<sup>11</sup> En 1979 Javier Jiménez Campo decía que en sus primeros años el fascismo español no pasó de ser un escaqueo que provocaba hilaridad y que no preocupaba. Javier JIMÉNEZ CAMPO: *El fascismo en la crisis de la II República*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1979, p. 52. Acercándonos en el tiempo, un solvente investigador como Pedro Carlos González Cuevas ha hecho alusión a la “irrelevancia del fascismo en España”, llegando a considerar incluso que no fuera exagerado escribir una historia de la Segunda República sin hacer una mención explícita a la existencia de la más importante de las organizaciones de esta corriente, Falange Española de las JONS. Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: “De la irrelevancia del fascismo en España” en Manuel ÁLVAREZ TARDÍO, Fernando DEL REY (eds.): *El laberinto republicano. La democracia española y sus enemigos (1931-1936)*, Barcelona, RBA, 2012, p. 436. Un reciente libro de la joven Mercedes PEÑALBA lleva por elocuente título *Falange Española: historia de un fracaso (1933-1945)*, Pamplona, EUNSA, 2009. Otro sobrado conocedor de la materia, Luis Palacios Bañuelos, ha llamado la atención sobre la débil generalización del ideario falangista, recordando cómo “antes de la Guerra Civil, el alcance real, efectivo, de estas doctrinas era mínimo”. Luis PALACIOS BAÑUELOS: “Prólogo” a José Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ: *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, p. 13. Ismael Saz recordó cómo fue determinante para el trágico desenlace en forma de lucha civil el fracaso del proyecto político fascista en particular y derechista en general. Ismael SAZ CAMPOS: “El primer franquismo” en *Fascismo y franquismo*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2004, p. 156. Para Marcos Maurel, el fascismo español republicano, lejos de ser una ideología predominante, fue “un asunto de fe, de creencia de unos pocos a los que casi nadie hizo caso”. Marcos MAUREL: “Un asunto de fe: fascismo en España

fragilidad constitutiva del movimiento fascista queda patente al acudir al registro cuantitativo que proporcionan las fuentes electorales o a la comparativa trasnacional de los apoyos sociales que supieron granjearse otros movimientos de similar significación en otros lugares del viejo continente<sup>12</sup>. Pero el dictamen es aún más terrible si utilizamos como baremo las palabras de los propios organizadores de la fórmula nacionalsindicalista, como la “atmósfera glacial” que en opinión de Ramiro Ledesma recibió a las aventuras editoriales de primera hora<sup>13</sup> o la narración descarnada de Juan Aparicio, uno de sus más íntimos colaboradores, quien recordaba con seca ironía las dificultades a que tuvo que hacer frente la primera empresa puramente fascista en España, La Conquista del Estado, en el vigésimo aniversario de su alumbramiento<sup>14</sup>.

Esto obedecía, en parte, a su condición de recién llegados a la arena política<sup>15</sup>, lo que sumió al fascismo en una desigual pugna por encontrar un espacio propio entre alianzas y tácticas que en lugar de allanar el camino hacia una mayor visibilidad política del movimiento minaron su precaria unidad interna. Y obedecía, en segundo lugar, al peso que la tradición teológico-política -que sistematizaba el hecho religioso como eje conformador del ideario y la estrategia- había adquirido en el seno de las culturas políticas de la derecha en España, lo que había restado eficacia a la praxis nacionalizadora, debilitado las ideologías seculares y restringido notablemente el área para la emergencia de una derecha radical, secular, nacionalista y estética que incorporara elementos vitalistas, idealistas, nihilistas o irracionistas<sup>16</sup>.

Constituye el objeto de nuestro interés el examen de las relaciones entre la intelectualidad y el fascismo o, en puridad, los sistemas de ideas y las prácticas socioculturales de quienes aunaron ambas facetas en la forma de intelectuales fascistas en la España del primer tercio del siglo XX. Un interés relacionado con la sugerente y

---

(1933-1936)” en Ferran GALLEGO, Francisco MORENTE (eds.): *Fascismo en España. Ensayo sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, Barcelona, El Viejo Topo, 2005, p. 139. En la misma página advierte de los problemas interpretativos que se derivarían de una inversión cronológica de la historia del fascismo español, estudiándolo a partir de su importancia después de la Guerra Civil.

<sup>12</sup> El biógrafo de Ramiro Ledesma, Ferran Gallego, estima que la debilidad del fascismo español durante los treinta fue insólita en el entorno europeo de su tiempo. Ferran GALLEGO: *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Madrid, Síntesis, 2005, p. 9.

<sup>13</sup> Ramiro LEDESMA RAMOS: “¿Fascismo en España?” en *Obras completas. Vol. IV (Escritos Políticos II)*, Molins de Rei, Ediciones Nueva República, 2004, p. 183.

<sup>14</sup> Juan APARICIO: *Aniversario de La Conquista del Estado* (Conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid el día 21 de abril de 1951), Madrid, Publicaciones Españolas.

<sup>15</sup> “Latecomer”, el término es de Juan José Linz. Véase Juan José LINZ: *Obras escogidas (vol. I) Fascismo: perspectivas históricas y comparadas*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, pp. 4 y ss.

<sup>16</sup> Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *Historia de las derechas españolas...*, pp. 40 y ss.

poliédrica correspondencia entre las veleidades rectoras del intelectual y su tiempo en un momento incitante en que el despertar de la sociedad de masas y la brillantez cultural de una segunda edad de oro de la cultura española se conjugan con el gradual acceso a las libertades y la posibilidad final, durante muy pocos años, de participar activamente en la vida pública del país con un compromiso difícil de diferenciar en sus fachadas cultural y política. Un interés vinculado también a la atracción por lo derrotado y la seducción del hereje, representado por la figura de unos hombres de cultura absorbidos entre dos mundos: el de la intervención cívica de los intelectuales durante la tercera y cuarta décadas del siglo XX, arquetípicamente encarnados por el intelectual joven de izquierda; y el del franquismo, cuando queda cercenada la autonomía cultural y la figura del intelectual orgánico, funcionario encargado de la difusión, se eleva en detrimento de la creación y rebeldía que caracterizaron al intelectual involucrado políticamente independientemente de su filiación ideológica.

La gama cromática de actitudes ante el saber crece entre los historiadores a medida que, conformados como una comunidad viva y activa, hacen del intercambio de pareceres, del debate racional y de la exigencia de rigor metodológico señas de identidad innegociables. Cualquiera que sea el tema elegido, la multiplicidad de interrogantes, la resistencia a reproducir planteamientos heredados, las recomposiciones al calor de la comunicación interdisciplinar y la heterogeneidad de enfoques que de dicho contacto se desprende, ofrecen un rico horizonte de dinamismo y movimiento que dificulta la captura de un cuadro de conjunto. Si, por cerrar la comparación, se dijera que quien se propone analizar la producción bibliográfica sobre una parcela específica del conocimiento histórico asume el papel del retratista, éste no podría sino avisar sobre las limitaciones de su cometido. Es por ello que frente a la precisión e instantaneidad del fotógrafo se ha escogido la imagen del pintor, asociada siempre al cuidado de una serie de pasos previos a la factura final, como la toma de muestras y el trabajo con bocetos. El esbozo que aquí se presenta es tentativo e inconcluso: la inmadurez del artista en formación caprichosamente se fija en algunos personajes y no acierta a escrutar con suficiente hondura cuanto encierra el gesto de otros sin los que la estampa no adquiere significado completo. En una primera instancia se insinúan unos perfiles que tal vez no digan tanto acerca de la pertinencia de la técnica como de las cualidades del autor. Superada esa fase, progresivamente le irán siguiendo trazos más firmes e, incluso, en un

último apartado, se ofrecen unas primeras pinceladas de lo que se ha comenzado a intuir, cada vez más familiarizado con quienes posan y atento a quienes, como consecuencia del ajeteo, no dejan de entrar en la escena. Espera el autor que aunque no estén todos los que son, sí sean todos los que están.

Entrando en contenido y dejando atrás el caballete y la paleta por no estirar más la analogía, es preciso hacer algunos apuntes sobre el propósito, método, alcance y estructura del trabajo, así como advertir sobre las posibles insuficiencias del mismo.

En cuanto a la finalidad y metodología, una inagotable producción bibliográfica, mantenida a buen ritmo y aún sujeta a rebrotes, ha hecho difícilmente abarcable el objeto de este balance historiográfico. Las fuentes utilizadas, como requiere este tipo de estudios de fin de licenciatura, han sido de tipo secundario. Pero en aras de una mayor aprehensión se han conjugado con el análisis, en un grado más epidérmico, de fuentes primarias, especialmente obras o fragmentos de las obras más representativas de las personalidades objeto de estudio. A su vez, el trabajo con una vasta bibliografía, mayoritariamente desconocida en un inicio, implica un necesario recurso a evaluaciones generalistas previas, los útiles tratados recopilatorios bibliográficos, que aportan una visión de conjunto ineludible para comenzar a leer sobre bases firmes. En este sentido, se ha obtenido gran provecho de la lectura de ciertas obras de síntesis, cuyos textos han servido no solo como orientación sino también para trazar algunas de las directrices estructurales de ese estudio. Las interpretaciones de este trabajo son mucho más completas de lo que habrían sido sin la ayuda de estos ensayos<sup>17</sup>.

---

<sup>17</sup> Para un encuadre de la historia cultural y la historia de los intelectuales, véanse Octavio RUIZ-MANJÓN: “Nuevas orientaciones en Historia Cultural” en Antonio MORALES MOYA, Mariano ESTEBAN DE VEGA (eds.): *La historia contemporánea en España*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1996, pp. 197-206; Elena HERNÁNDEZ SANDOICA: “La historia cultural en España: tendencias y contextos de la última década”, *Cercles, Revista d'història cultural*, 4 (2001), pp. 57-91; los capítulos de Michel LEYMARIE: “La historia de los intelectuales en Francia en el siglo XX” y Genoveva G. QUEIPO DE LLANO: “La historia de los intelectuales españoles en el siglo XX”, ambos en René REMOND et al. (coords.): *Hacer la Historia del siglo XX*, Madrid, Biblioteca Nueva – Universidad Nacional de Educación a Distancia – Casa de Velázquez, 2004, pp. 317-331 y 333-348; Jordi CASASSAS: “La historia de los intelectuales” en Elena HERNÁNDEZ SANDOICA, Alicia LANGA: *Sobre la Historia actual. Entre política y cultura*, Madrid, Abada Editores, 2005, pp. 87-106; François DOSSE: *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2006; Josep PICÓ, Juan PECOURT: “El estudio de los intelectuales: una reflexión”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 123 (2008), pp. 35-58. Para un balance de la historiografía sobre el fascismo a nivel internacional: Francesco TRANIELLO: “Historiografía italiana e interpretaciones del fascismo”, *Ayer*, 36 (1999), pp. 177-200; Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: “Los apoyos sociales de los movimientos y regímenes fascistas en la Europa de entreguerras: 75 años de debate científico”, *Hispania*, 207 (2001), pp. 17-68; Ismael SAZ CAMPOS: “Repensar el fascismo” en *Fascismo y franquismo*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2004, pp. 91-121; ÍD: “Fascismo” en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Juan Francisco FUENTES (dirs.): *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, Alianza, 2008, pp. 549-554; Emilio GENTILE: *Fascismo*.

Ligado a ello, es preciso hacer notar algunas insuficiencias que emergen a primera vista y que son indisociables de la naturaleza primeriza de este ejercicio: el alcance de las lecturas, tanto en su sentido extensivo, regulado por el apremio del tiempo disponible, como en su sentido intensivo, derivado de la fase de formación del autor.

En lo concerniente a la estructura, esta exploración pretende alcanzar un cuerpo coherente y sistemático. Para ello, se ha optado por iniciar nuestro itinerario delineando conceptualmente la voz ‘intelectual’ así como la trayectoria y radio de acción de las disciplinas que, con unas fronteras móviles y compartidas, se encargan de su estudio. Este exordio abre paso a un apartado de comentarios sobre los patrones metodológicos y las herramientas que han regido los exámenes sobre la intelectualidad en Francia y en Inglaterra, de cuyas universidades y escuelas han emanado algunas de las reflexiones medulares sobre la fisonomía del intelectual en la sociedad contemporánea, generando unos potentes aparatos analíticos que han servido de orientación para historiadores, politólogos, filólogos o filósofos de cualquier latitud. No es aleatoria la elección, puesto que las diferencias en la “forma de entender lo que es un ‘intelectual’ ha[n] condicionado también la forma en que en cada país se ha abordado el estudio de ese colectivo”<sup>18</sup>. A continuación se articula una aproximación a las características del estudio de los intelectuales en España, con mayor ánimo de profundización. *Last but not least*, la última parada del recorrido nos lleva a tratar, con afán de meticulosidad y empeño en el detalle, los derroteros de la historiografía sobre los intelectuales fascistas españoles. Se ha preferido, a efectos de dar cumplida cuenta de su evolución, una línea cronológica en el largo tiempo que va desde los primeros trabajos sobre el fascismo en

---

*Historia e interpretación*, Madrid, Alianza Editorial, 2004, pp. 51-89; Enzo TRAVERSO: “Interpretar el fascismo. Notas sobre George L. Mosse, Zeev Sternhell y Emilio Gentile”, *Ayer*, 60 (2005), pp. 227-258; Francisco COBO ROMERO: “Los apoyos sociales a los regímenes fascistas y totalitarios de la Europa de entreguerras. Un estudio comparado”, *Historia Social*, 81 (2011), pp. 61-87. Para el debate en España: Joan Maria THOMÀS: “Los estudios sobre las Falanges (FE de las JONS y FET y de las JONS): Revisión historiográfica y perspectivas”, *Ayer*, 71 (2008), pp. 293-318; Ricardo MARTÍN DE LA GUARDIA, Matteo TOMASONI: “Los caudillos olvidados del jonsismo castellano. Una revisión historiográfica”, *Alcores*, 12 (2011), pp. 213-231; Julián SANZ HOYA: “Falangismo y dictadura. Una revisión de la historiografía sobre el fascismo español” en Miguel Ángel RUIZ CARNICER (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 25-60. Para una combinación del plano internacional y el nacional, diferentes aportaciones de Pedro Carlos González Cuevas, v.g. Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: “La historia de las derechas a la luz del revisionismo histórico”, *Memoria y civilización. Anuario de historia de la Universidad de Navarra*, 13 (2010), pp. 77-98. Sobre intelectuales y fascismo: Francisco MORENTE: “Más allá del páramo. La historia de los intelectuales durante el franquismo” en Carmen FRÍAS, José Luis LEDESMA, Javier RODRIGO (eds.): *Reevaluaciones. Historias locales y miradas globales. Actas del VII Congreso de historia local de Aragón*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2011, pp. 41-76; entre otros.

<sup>18</sup> Francisco MORENTE: “Más allá del páramo...”, p. 46.

España, de aquellos contemporáneos a quienes la irrupción del fascismo en la vida pública no dejó indiferentes, hasta las últimas aportaciones, ya en la segunda década del siglo XXI, lo que ofrece, entre otras virtudes, la utilidad de apreciar las preferencias y la maleabilidad del objeto de estudio en función de los acontecimientos, tensiones, polémicas o garantías para la libertad de expresión -muchas veces amputada-, de una sociedad sometida a una profunda metamorfosis que no deja de reflejarse en el quehacer historiográfico. Decía el historiador italiano Benedetto Croce que la historia que producimos, como parte integrante de la experiencia vital de un autor, está en relación con la mirada que imprime el historiador desde las necesidades y circunstancias que le son presentes, del modo en que vibran aquellos procesos o acontecimientos que investiga. No en vano, el tratamiento cronológico escogido va a permitir pautar el estado de la cuestión y presentar de manera progresiva el desempeño historiográfico sobre unos intelectuales fascistas incardinados en un escenario que aún ejerce su plaza de primer orden, su “efecto pantalla”, en el seno de la historiografía española y que, sin embargo, remite a “otro tiempo que no es el actual, un tiempo que se nos antoja próximo pero que, a su vez, dados los cambios producidos en este siglo, es mucho más antiguo que su edad”<sup>19</sup>.

---

<sup>19</sup> Javier UGARTE: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva-Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, 1998, p. 3.

## **II- PRECISIONES CONCEPTUALES**

### **1. ¿Quiénes son los intelectuales?**

Los intelectuales son -o han sido, como veremos más adelante- sujetos con peso y entidad suficiente, actores de primer orden en la vida cultural y política de las sociedades occidentales contemporáneas. Quizá precisamente por ello, su significación sigue siendo a día de hoy objeto de polémica: no se sabe exactamente de qué se habla cuando se invoca a los ‘intelectuales’. No obstante, este déficit de claridad no debe su causa a una ausencia de interés o a una tara en la reflexión suscitada entre los tratadistas. Antes al contrario, las proposiciones han insinuado múltiples derroteros, si bien sería prolijo para el propósito de estas páginas extendernos en desentrañar la infinidad de referencias y catálogos existentes y, acaso al hacerlo, pudiera resentirse nuestra capacidad hermenéutica y nuestra pretensión de esmero y minuciosidad con una asimilación apresurada.

Suele reconocerse la existencia de dos grandes vectores de interpretación del término ‘intelectual’: las orientaciones de tipo sustancialista, que propenden a agrupar a la intelectualidad como un conjunto socioprofesional particular, y las indicaciones de quienes identifican al intelectual, además, por su implicación en asuntos cívico-políticos, que atañen al interés colectivo<sup>20</sup>. Los autores que atienden al registro social están fundamentalmente preocupados por recalcar la dicotomía de las funciones productoras profesionales: de una parte, figurarían los trabajadores físico-manuales y, de otra, los intelectuales, cuya actividad laboral estaría marcada por el trabajo con la mente y el tratamiento con ideas y bienes simbólicos<sup>21</sup>. Incluso, en sus clásicos escritos al respecto, Antonio Gramsci sostiene que “todos los hombres son intelectuales” aunque no todos ejerzan las tareas que incumben o caracterizan al intelectual, por lo que para este autor “no se puede hablar de no-intelectuales, porque los no-intelectuales no existen”<sup>22</sup>.

---

<sup>20</sup> François DOSSE, F., *La marcha de las ideas...*, p. 19.

<sup>21</sup> Pierre BOURDIEU: *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, 1997.

<sup>22</sup> La distinción trabajo manual – trabajo intelectual no convertía al obrero en un ser no pensante. Antonio GRAMSCI: *Cultura y literatura*, Barcelona, Edicions 62, 1967, p. 31. Al filósofo marxista italiano se debe una profunda meditación sobre el papel del intelectual en la sociedad de masas. Diferenció entre intelectuales *tradicionales* –literatos, filósofos, artistas, instalados en su torre de marfil-, intelectuales *orgánicos* –miembros de un grupo social específico y cuya función está ligada al servicio y cohesión de los valores de ese grupo social para lograr su hegemonía-, *nuevos* intelectuales –asociados al trabajo

La segunda directriz acota las lindes de una formulación que, como la primera, resultaba demasiado diáfana para discriminar el tipo de fenómenos socio-históricos que queremos estudiar, demasiado simple y amplia para ser útil a ciertos fines contextuales, lo que le acababa privando de un sentido mínimamente preciso<sup>23</sup>. Esta segunda orientación es la que ha logrado mayor impacto desde una perspectiva que se encarga del registro cultural-político y delinea como peculiaridad inconfundible del intelectual su intervención en la esfera pública. Esto ha sido así especialmente en Francia, donde “los grandes momentos de definición teórica están relacionados con los acontecimientos políticos durante los cuales los ‘intelectuales’, bajo sus diferentes clases, se encontraban implicados o por lo menos concernidos”<sup>24</sup>. En *Pasado imperfecto*, Tony Judt dice que “Francia es un país en el que los intelectuales desempeñan un papel político y cultural de primer orden: es uno de los rasgos de la vida pública”<sup>25</sup>. En consonancia, la responsabilidad y el compromiso han terminado por configurarse como los sellos distintivos del intelectual para la historiografía francesa<sup>26</sup> -hasta el punto de que hablar de intelectual comprometido pueda resultar un pleonasma-, y su modelo se ha transferido a historiografías vecinas, como la española, donde también se ha consumado como plantilla<sup>27</sup>.

---

industrial y la educación técnica-, etc. Asimismo, trató de elucidar la identidad del intelectual como grupo social autónomo o como fracción interna a cada uno de los grupos sociales.

<sup>23</sup> Si todo hombre es un intelectual *no se recorta*: predicar algo de todos es como no predicarlo de ninguno. No ha faltado quien ha considerado que la referencia a una mera categoría profesional resulta de un lado parca, puesto que excluye a numerosos segmentos ocupacionales, vinculados a un retrato extenso de burguesía, profesiones liberales y meritocráticas, personal de información o educación, cuyo cometido es cercano al trabajo intelectual (los intelectuales “profesionales” o “técnicos”), y es algo inútil, por otra parte, porque, siendo el intelectual un bien escaso, esta definición lo convierte en multitud. Véase Jordi CASASSAS: “La historia de los intelectuales...”, p. 95. Como puede apreciarse, nos movemos en terrenos de lábil demarcación. Las publicaciones con las que hemos tratado han puesto de manifiesto la imposibilidad de hablar de los intelectuales como un grupo coherentemente unido.

<sup>24</sup> Christophe PROCHASSON: “Sobre el concepto de intelectual”, *Historia Contemporánea*, 27 (2003), p. 800.

<sup>25</sup> Citado por Michel LEYMARIE: “La historia de los intelectuales...”, p. 319.

<sup>26</sup> Sin ánimo de agotar una nómina extensa: para François Dosse “la definición sustancialista ha sido eliminada en la práctica y sólo es en el plano del compromiso donde se encuentra un criterio discriminante, susceptible de individualizar un posible espacio para los intelectuales”, François DOSSE: *La marcha de las ideas...*, p. 28. Michel Leymarie escribe que intelectual no es el miembro de las diversas profesiones que pueden ser catalogadas como intelectuales sino que, asumiendo dicha definición, son “aquellos y aquellas que intervienen, se comprometen, directa o indirectamente, en la vida de la polis”, Michel LEYMARIE: “La historia de los intelectuales...”, p. 320. Para Pascal Ory y Jean-François Sirinelli el intelectual se define “por lo que hace, por su intervención en el terreno de la política, entendida con el sentido de debate sobre la ‘ciudad’”, Pascal ORY, Jean-François SIRINELLI: *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2007, p. 19.

<sup>27</sup> Francisco MORENTE: “Más allá del páramo...”, pp. 46, 48; Javier MUÑOZ SORO: “Sin complejos: las nuevas...”, p. 131; Eric STORM: “Los guías espirituales de la nación. El nacimiento del intelectual en el contexto internacional”, *Historia y política*, 8 (2002), p. 53; Genoveva G. QUEIPO DE LLANO: “La

Ya en 1927 Ortega y Gasset se refería a España como “el único país donde los intelectuales se ocupan de la política inmediata”<sup>28</sup>. En fechas mucho más próximas, baste citar a eminentes promotores de la historia intelectual patria, como Santos Juliá, Elías Díaz o Genoveva Queipo de Llano, o a miembros prominentes de una nueva hornada de estudiosos duchos en estas disquisiciones, como Javier Muñoz Soro, Juan Francisco Fuentes o Mario Martín Gijón, quienes se han interrogado sobre la filiación y visibilidad del intelectual. Así, para Juliá “no existe nada como un intelectual privado”<sup>29</sup>, para el joven Muñoz Soro “no hay intelectual sin compromiso” e identifica al intelectual con aquel que asume “una intencionalidad política” de manera explícita<sup>30</sup> y Genoveva Queipo de Llano dice que el intelectual es “a la vez una profesión y una vocación” y que “no se trata tan sólo de la persona que piensa sino que es esencial en él manifestar su pensamiento a partir de determinados valores procurando hacerse el portavoz de un sector de la sociedad o dirigirse a ella para tratar de conquistarla”<sup>31</sup>. Para Fuentes, la acción cultural del intelectual “desborda ampliamente los límites de la creación literaria y de los géneros tradicionales para implicarse de lleno en los debates sociales y políticos que sacuden al país”<sup>32</sup>. Mario Martín Gijón estima que la noción de intelectual sirve para designar a aquel que decide “elevarse por encima de sus preocupaciones parciales o su género artístico para tomar posición”<sup>33</sup>, mientras que el catedrático de Filosofía del Derecho, Elías Díaz, recorta de este modo la idiosincrasia del intelectual:

¿Qué añade en definitiva este término a otros más o menos cercanos a él como serían, por ejemplo, los no sinónimos de filósofo, científico, escritor, ideólogo, hombre de ideas, de cultura, de artes y letras o de palabras? [...] Resaltaré fundamentalmente un rasgo, el de su mayor atención y preocupación por la praxis social, que, a mi juicio, le caracteriza para

---

historia de los intelectuales españoles...”, p. 333. Normalmente se vincula al intelectual comprometido con una figura capital de la vida de los países latinos, no tanto de los anglosajones y germanos, incluso en lo que atañe a su principal cantera sociológica: al menos, en la coyuntura original, los protagonistas en España y Francia fueron literatos y publicistas, al tiempo que el concepto de intelectual está mucho más ligado a los medios universitarios académicos en países como Alemania o Gran Bretaña.

<sup>28</sup> Paul AUBERT: “El papel de los intelectuales” en Carlos SERRANO, Serge SALAÜN (eds.): *Los felices años veinte. España, crisis y modernidad*, Madrid, Marcial Pons, 2006, p. 133.

<sup>29</sup> Santos JULIÁ: *Historias de las dos...*, p. 12.

<sup>30</sup> Javier MUÑOZ SORO: “Sin complejos: las nuevas...”, p. 132.

<sup>31</sup> Genoveva G. QUEIPO DE LLANO: “La historia de los intelectuales españoles...”, p. 334.

<sup>32</sup> Juan Francisco FUENTES: “Escritor” en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Juan Francisco FUENTES: *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza Editorial, 2002, p. 283.

<sup>33</sup> Mario MARTÍN GIJÓN: *Los (anti)intelectuales de la derecha en España. De Giménez Caballero a Jiménez Losantos*, Barcelona, RBA, 2011, p. 14.

su diferenciación gradual y relativa, no absoluta ni esencialista, con esas otras advocaciones pero sólo cuando éstas se ejercen de modo más interiorista, purista o, incluso, reductivamente académico<sup>34</sup>.

El estatuto de intelectual no vendría únicamente dado por el tipo de capacitación profesional sino por la asunción del sentido de responsabilidad social de su labor, por la función desempeñada ante los envites y controversias relevantes de la plaza pública, por una acción que pretende causar efectos y conformar o moldear opinión, proporcionar guías o ideas ante un estado de cosas que le incomoda. Un trabajo de las propiedades del nuestro, que arranca de un criterio de selección eminentemente político como es la historia de los intelectuales fascistas durante los años precedentes a la Guerra Civil, el momento álgido en la politización de los intelectuales, no puede sino anclar sus presupuestos de partida en las relaciones entre el intelectual y la construcción de lo político. Por ello, afianzando los pasos señalados, creemos, con Ory y Sirinelli, referentes inexcusables de la próspera historiografía francesa sobre los intelectuales, que el intelectual es un “hombre de lo cultural, creador o mediador, colocado en la situación de hombre de lo político, productor o consumidor de ideología”<sup>35</sup>. Naturalmente, bajo esta caracterización fluyen notables diferencias en cuanto al modo de estar en la vida pública: de una orilla a otra, desde el posicionamiento de quien emite un mensaje de adhesión o presta su firma para un manifiesto en unas circunstancias graves hasta la empresa frenética y habitualmente mucho más duradera en el tiempo del intelectual doctrinario, militante o funcionario, cohabita una diversidad de disposiciones nada desdeñable en cuanto al grado de implicación. Y ello es singularmente perceptible cuando hablamos del intelectual fascista. Es por ello que la lectura sobre el intelectual fascista se nos antoja como un sano ejercicio de reflexión y brinda algunas de las claves para comprender las razones que subyacen a la toma de partido del intelectual - precisamente en el período en que esta fue más masiva- y su vinculación con el poder<sup>36</sup>.

Llegados a este punto no dejan de surgir cuestiones cuya respuesta conviene no demorar: ¿cuándo surge esta figura?, ¿cuánto tiempo atrás puede remontarse la aplicación del concepto?, ¿es válido para todas las sociedades? Existe cierta unanimidad

---

<sup>34</sup> Elías DÍAZ: *De la Institución a la Constitución. Política y cultura en la España del siglo XX*, Madrid, Editorial Trotta, 2009, p. 198.

<sup>35</sup> Pascal ORY, Jean-François SIRINELLI: *Los intelectuales en Francia...*, p. 21.

<sup>36</sup> Mónica CARBAJOSA, Pablo CARBAJOSA: *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. XIX –XXVII, 75-79, 287-317.

a la hora de localizar el marco de su forja como sujeto histórico diferenciado -el 'acta de nacimiento' de los intelectuales- en el tránsito finisecular. Esta ocasión, en la que el término deja de tener uso como adjetivo para comenzar a tenerlo como sustantivo, ha sido registrada de manera distinta en el seno de cada tradición estatal. Sin embargo, hay espacio para el acuerdo: en lo que concierne a Europa occidental, los acontecimientos matriciales seleccionados se encuentran extremadamente cercanos en el tiempo<sup>37</sup>, inmersos todos en la crisis crepuscular decimonónica de los valores racionalistas, en el declive de la fe ciega en el progreso, en las mutaciones en la cultura nacional y en la percepción de crisis de la identidad nacional, en el desánimo colectivo, en el anhelo modernizador y en las perturbaciones que siguieron a la emergencia de la sociedad de masas<sup>38</sup> y son percibidos como el bautismo del escritor público, del hombre de letras que, al fundir su obra con una preocupación pública, al mirar al pueblo y verse reflejado en él, inaugura un curso de irrepetibles e incesantes formas de actuación. En el ámbito cultural francés, este momento seminal, en el que adquiere dimensión política e hizo fortuna la palabra, se ha situado en el célebre *affaire Dreyfus*, movilización intelectual por excelencia vehiculada a través del uso de medios de cultura escrita como *L'Aurore* y *Le Figaro* y originada por una equívoca acusación de espionaje sobre el capitán judío Alfred Dreyfus, preñada de antisemitismo y defensa del orden social tradicional. Frente a ella se alzaron, en enero de 1898, las primeras voces intelectuales pidiendo la revisión del caso, postura vinculada a los valores republicanos, que tuvo como portaestandartes a Émile Zola, autor del famoso "J'accuse!", Léon Blum y Georges Clémenceau, y como señeros replicantes nacionalistas a Maurice Barrès y Charles Maurras<sup>39</sup>. Desde entonces, pese al recelo que esta interpretación ha suscitado, el término 'intelectual' se ha asociado preferentemente con una postura crítica con el poder, escorada o abiertamente definida como figura social o cultural de la izquierda -primando el contenido a la función-. Más abajo tendremos oportunidad de ahondar en este uso del lenguaje.

En España el uso del término como sustantivo data de 1895, en boca de Joan Maragall, y la salida a escena de los intelectuales frecuentemente se anota entre el

---

<sup>37</sup> A continuación tratamos exclusivamente los casos francés y español. En este mismo lapso temporal se produjeron en Alemania e Inglaterra los casos Spahn y Wilde.

<sup>38</sup> Vicente CACHO VIU: *Repensar el 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, pp. 54-115; Eric STORM: "Los guías de la nación...", pp. 48 y ss.

<sup>39</sup> Las vicisitudes del *affaire Dreyfus* pueden seguirse pormenorizadamente a través de una larguísima bibliografía. Destacamos, entre otros: Pascal ORY, Jean-François SIRINELLI: *Los intelectuales en Francia...*, pp. 23, 25-56; Michel WINOCK: *El siglo de los intelectuales*, Barcelona, Edhasa, 2010, pp. 25-99.

proceso de Montjuïc de 1896, el Desastre, las protestas ante las crisis gubernamentales de la primera década del nuevo siglo, la movilización en prensa y conferencias frente al asalto a los locales de *Cu-cut* y *La Veu de Catalunya* y el caso Ferrer i Guardia en 1909<sup>40</sup>. Como es evidente, dichos instantes simbolizarían la cristalización de un proceso que había ido fermentando durante la modernidad en el que la cuestión precede al nombre<sup>41</sup>. En estos momentos se habría producido la convergencia de una serie de factores no exhaustivos y para la que cada autor ha planteado una aportación diferente: proto-conformación de la sociedad civil, institucionalización y laicización cultural, marcha por la configuración del Estado liberal, codificación y erección de un nuevo régimen jurídico, la creciente autonomía del campo intelectual y la profesionalización política, la nueva concepción que tienen sobre su obra los artistas desde final del siglo cuando la creación adquiere tintes mesiánicos y el artista se convierte en intérprete de una verdad profunda inaprensible a las muchedumbres y que expresa a través de una obra de la que ya es exclusivo dueño, la existencia de un mercado capitalista, libertad de imprenta y cierta autonomía de la prensa, los procesos de alfabetización, la presencia de un público instruido de lectores y oyentes letrados que demandan un liderazgo espiritual secular y valoran el mérito y la cultura sobre los valores oligárquicos-corporativos, la eclosión de la opinión pública, la autoconciencia del rol minoritario con espíritu de cuerpo y agrupación con otros compañeros de generación, la crisis de los partidos del turno, etc. Condiciones todas ellas que facilitarían el acceso a la esfera de discusión pública de los intelectuales liberados de servidumbres y mecenazgos, buscando comunicar y alcanzar resonancia mediante el uso de la fuerza persuasiva de la pluma y la palabra y logrando intervenir “desde una posición separada, reclamando una función

---

<sup>40</sup> Es preciso hacer referencia a la bicapitalidad cultural española del momento, con un centro en Madrid y otro en Barcelona, que difundían modelos alternativos de entender España, en contraposición con el centralismo cultural francés. Véanse: Jordi CASASSAS: “Espacio cultural y cambio político. Los intelectuales catalanes y el catalanismo”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V, Historia Contemporánea*, 6 (1993), pp. 55-80; Vicente CACHO VIU: *Repensar el...*; Santos JULIÁ: *Historias de las...*, pp. 103-137; Paul AUBERT: “Violence à Barcelone et naissance des intellectuels: Affaire Corominas, “Loi des juridictions”, “Semaine tragique”, Affaire Ferrer”, *Bulletin d'histoire contemporaine de l'Espagne*, 47 (2012), pp. 13-42.

<sup>41</sup> Suele remontarse a la figura del filósofo ilustrado e incluso hay quien, como Le Goff, ha retrotraído la función hasta el clérigo medieval. En un lapso de tiempo más estrecho, la voz ‘intelectual’ finalizaría una secuencia histórica que arranca de los literatos y escritores públicos. Para la figura del escritor público durante el XIX, consúltese Juan Francisco FUENTES: “Escritor...”, pp. 280-283. El papel del ensayista ha sido significado en Carlos SERRANO: “El nacimiento de los intelectuales: algunos replanteamientos”, *Ayer*, 40 (2000), pp. 11-23. Para una visión desde Francia de una historia colectiva de la intelectualidad europea decimonónica, Christophe CHARLE: *Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 2000.

específica, y no como cabeza de otras clases o categorías sociales”<sup>42</sup>. Los primeros intelectuales se movieron entre el mundo de la prensa, la creación literaria, la política y la ciencia y fundamentarán nuevos relatos sobre la nación y el pasado para explicar su presente y orientar el futuro y enarbolan un nuevo espacio ético-moral, convirtiéndose en “intérpretes desinteresados del alma nacional”. Storm adjudica al intelectual el rol de guía de la nación, entendida como asunción de la realidad de la sociedad de masas, en ruptura con el horizonte de notables y excluidos y la mentalidad burguesa decimonónica.<sup>43</sup> A partir del momento fundacional se irán sucediendo incontables formas de involucrarse públicamente, que no se irán superponiendo de manera lineal, sino que conviven, hay formas que perviven...<sup>44</sup>

Bien sabido es que los conceptos, y más aún aquellos que son utilizados con prodigalidad en el espacio de la acción política, encierran definiciones y representaciones muy diferentes en función de la época en que aparecen, del horizonte sociocultural en que se encuentran sumidos y de los esquemas de pensamiento que los nutren, de la intencionalidad de los agentes enunciadore, de la entidad de los receptores y de la mirada de los otros, de los hábitos y los márgenes a la libertad de expresión, etc. La referencia de un término histórico no suele quedar fijada de una vez por todas, ni consigue nunca agotar todo su sentido. Es la inmersión en las coordenadas temporales, en la historicidad, lo que otorga a los vocablos como ‘intelectual’ un significado en consonancia con el léxico político-filosófico en el que cobran sentido. De esta manera, lejos de existir una categoría universal, neutra y estable que responda a la voz ‘intelectual’, ésta es una noción versátil, de carácter contingente, no es una entidad meta-histórica. No en vano, este estudio se inscribe en una línea de trabajo propuesta bajo el título de “Siglo XX: el siglo de los intelectuales”. Sucinta pero concreta descripción que hace referencia, mediante el uso del plural, a la complejidad de trabajar utilizando cuadros de categorías intemporales, puesto que la realidad es que las

---

<sup>42</sup> Santos JULIÁ: “Literatos sin pueblo. La aparición de los ‘intelectuales’ en España”, *Studia Histórica, Historia Contemporánea*, 16 (1998), p. 113.

<sup>43</sup> Eric STORM, “Los guías de la nación...”, p. 52.

<sup>44</sup> Un recorrido sintético por el caso español puede seguirse en Santos JULIÁ: “Intelectual” en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Juan Francisco FUENTES: *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, Alianza Editorial, 2008, pp. 694-701.

acepciones que lleva aparejadas una idea cambian continuamente y, con ellas, su uso público<sup>45</sup>.

Desde que ‘intelectual’ apareciera como sustantivo de uso corriente y figura social específica por vez primera, en el momento de entresiglos, el siglo XX ha sido escenario de la intensa actividad de los intelectuales, lo que ha deparado una pluralidad de posturas y una mudanza de actuaciones de aquellos que se reclamaban miembros de pleno derecho de la intelectualidad, o eran considerados como tales, que alertan sobre la irreductibilidad de los comportamientos a un solo modelo. Habría tantas formas de ser intelectual como intelectuales. En cada momento la intención y la significación son diferentes: hay que referir a la trama donde son coherentes y a las connotaciones culturales del espacio seleccionado. En concordancia y de manera coetánea, los criterios para distinguir al intelectual han ido cambiando: un sinnúmero de sociólogos, historiadores o periodistas ha hecho circular con profusión una plétora de definiciones e intentos de sistematización taxonómica o genealógica, en ocasiones originando una inflación en el uso del término que ha perjudicado su correcta interpretación, banalizándolo<sup>46</sup>.

Acusado de ambición y elitismo ilimitados, hostigado o reverenciado, el intelectual ha encarnado al sabio recluido en su torre de marfil, a una casta noble de hombres de letras portavoces de la protesta (los noventayochistas), al aristócrata del pensamiento (así era como se refería al intelectual, sarcásticamente, Maurice Barrès), al faro educador y guía de la masa (Ortega y Gasset y la generación del 14), al intelectual universal, que vive por encima de las pasiones coyunturales y las rivalidades políticas, posee juicio independiente y debe su lealtad exclusivamente a la búsqueda de la verdad (Julien Benda), al artista-héroe del fin de siglo y la vanguardia, al “poeta que empieza donde el hombre acaba” narrado por Ortega y Gasset en *La deshumanización del arte*, al guardián de la pureza del conocimiento (Karl Mannheim), al erudito que al involucrarse en política sitúa en un rango subalterno su espacio de creación intelectual, al artista del compromiso político-intelectual orgánico, propagandista disidente o vocero laudatorio y consejero del Príncipe (una colección inacabable), al creador de mitos (Raj. P. Mohan), al espectador atento u observador crítico (Raymond Aron), al intelectual mediador cuyos parámetros de acción son el diálogo racional, la tolerancia y la

---

<sup>45</sup> Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN: “Historia intelectual y acción política: retórica, libertad y republicanismo. Una entrevista con Quentin Skinner”, *Historia y política*, 16 (2006), p. 237

<sup>46</sup> Jordi CASASSAS: “La historia de los intelectuales...”, p. 96.

comprensión de las razones del otro (Norberto Bobbio), al moralista defensor de causas universales y custodio de valores humanistas de su sociedad como contrapoder frente al Estado (Aranguren), al exiliado que trata de decirle la verdad al poder (Edward H. Said), al intelectual secularizado, específico, al que se le reconoce competencia en un campo de conocimiento reducido (Michel Foucault), al responsable moral de la sanguinolenta y tortuosa historia europea del XX (Paul Johnson), al pensador temerario seducido por Siracusa (Mark Lilla), al “e-intelectual” (Alain Minc),...

Este breve inventario de actitudes ha de servir para resistir a las tentaciones de fijar definiciones unívocas: si bien todas esas diferencias quedan aglutinadas en la común categoría de intelectual, marcar un canon prescriptivo, normativo, tiene el problema de la emisión de un juicio *ex post*, con riesgo de atemporalidad, precisamente cuando el término comienza a dar muestras de agotamiento, “como si acusara el peso de su edad centenaria o, más probablemente, como si hubiera una realidad histórica menos favorable a su protagonismo”<sup>47</sup>. Desde las últimas décadas, una amalgama de circunstancias -la implosión de las utopías unificadoras, el poder político comprimido entre lo económico y la inmediatez de lo mediático, la sensación de decadencia cultural posmoderna, la mutación de los activos culturales desde la comunicación escrita al apogeo de lo audiovisual, el acceso mayoritario a niveles cada vez superiores en educación, el retroceso de la audiencia a quienes pueden ofrecer criterios guía con pretensiones de omnisciencia y arrastrar tras de sí legiones de seguidores o la dispersión del conocimiento en parcelas- ha alimentado un sentimiento de orfandad y subordinación del intelectual y ha adquirido carta de naturaleza la reflexión sobre su *muerte*, silencio o, simplemente, tendencia a la retracción. Es algo habitual que los expertos se interroguen sobre las cambiantes atribuciones que tiene en el presente o sobre la clausura del ciclo histórico en cuyas coordenadas había cobrado *vida*, en un marco en el que se avanza con celeridad hacia una mayor inadecuación entre los parámetros clásicos de interpretación y las nuevas realidades<sup>48</sup>. Sólo por alumbrar con un ejemplo: para Santos Juliá, “el intelectual tipo faro, que iluminaba el camino

---

<sup>47</sup> “Introducción” en Juan Francisco FUENTES, Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN (dirs.): *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, Alianza Editorial, 2008, p. 50.

<sup>48</sup> En las últimas décadas se han dado a imprenta títulos como *The Last Intellectuals* (Russell Jacoby, 1987), *Intellectuels, existent-ils?* (Louis Bodin, 1997), *Public Intellectuals. A Study on Decline* (Richard Posner, 2001), *Faut-il encore écouter les intellectuels?* (Sandra Laugier, 2003), *Where Have all the Intellectuals Gone?* (Frank Furedi, 2004), *Public Intellectuals: An Endangered Species?* (Amitai Etzioni y Alyssa Bowditch, 2006). Puede verse en una reseña crítica en Rafael DEL ÁGUILA TEJERINA: “Intelectuales, ¿especie en peligro?”, *Revista de Libros*, 119 (2006), pp. 23-26.

rellenando cuartillas desde la mesa de un café de París, ha dejado su sitio al intelectual que desde su ordenador envía 750 palabras sobre un tema de su competencia a la redacción de un periódico”<sup>49</sup>.

En general, aunque los hay más apocalípticos, es usual encontrar diagnósticos ponderados, muy parecidos. Lo que habría decaído sería la representación política de la silueta del intelectual que durante mucho tiempo había permanecido como intangible y se desplomó a la muerte de los grandes pensadores<sup>50</sup>: desde las últimas décadas del pasado siglo el intelectual ya no habla en nombre de sujetos irredentos y las reticencias a aceptar su labor profética cada vez son mayores. Parece que más que desaparición de los intelectuales sería cesura de una manera de comportarse, de una identidad. Algo que no debe resultar sorprendente, habida cuenta del carácter fluctuante tanto del intelectual como de los parámetros y aspiraciones con que se desarrolla su acción. Si hubo que esperar a unas determinadas condiciones sociales que hicieron coherente la aparición del intelectual, y éstas han estado en constante metamorfosis, no cabría menos que esperar lo propio de la figura del intelectual que, a fin de cuentas, es un producto histórico.

Inevitablemente surge una batería de preguntas: ¿el acento ha de ponerse en que el cambio mayor ha obrado en la manera en que el intelectual actúa y se concibe respecto de la sociedad o, por el contrario, es la sociedad la que busca nuevos referentes y los márgenes en que puede desenvolverse ahora el intelectual son más achatados, más modestos?, ¿la sociedad posmoderna conculca las prerrogativas del magister y es poco propicia a buscar faros rectores?, ¿busca el intelectual del siglo XXI darse a conocer antes que el conocimiento mismo?

Lo que parece claro es que en la actualidad la actividad militante de antaño se ha dulcificado y cede ante la pujanza de una nueva enseña que recuerda mucho más al observador crítico, que observa desde una cierta distancia irónica y que se mueve siempre dentro de los límites irribasables de la democracia<sup>51</sup>. Para Rafael del Águila, el intelectual de después de la caída del muro de Berlín es un “intelectual sacerdote” cuyo discurso dogmático, pero en favor de la verdad y el bien, cae de manera apacible en la

---

<sup>49</sup> Santos JULIÁ: “Intelectuales en periódicos: de la estrella polar al observatorio crítico”, *El País*, 11-05-2005. Referencias francesas sobre la “muerte” del intelectual y la “belleza del muerto” en: Michel LEYMARIE: “La historia de los intelectuales...”, pp. 317-324 e ÍD: “L’histoire des intellectuels aujourd’hui” en Benoît PELLISTRANDI, Jean-François SIRINELLI: *L’histoire culturelle en France et en Espagne*, Madrid, Casa de Velázquez, 2008, pp. 23-29

<sup>50</sup> Pascal ORY, Jean-François SIRINELLI, *Los intelectuales en Francia...*, p. 309.

<sup>51</sup> Santos JULIÁ: “Intelectual...”, pp. 699-701.

galaxia de las democracias consolidadas. A su vez, el sacerdocio intelectual revertiría en dos subgéneros de intelectuales: los intelectuales expertos y los intelectuales moralistas. Ambos sugieren, “con matices importantes, un control del poder “desde fuera” (la ciencia y la técnica, la moral y el derecho). Para ellos la función de los intelectuales se halla vinculada al control desde la exterioridad y la abstracción, desde el alejamiento y el aislamiento del mundo que resultan típicos de su actividad reflexiva”<sup>52</sup>. Últimamente recordaba Jacobo Muñoz que el intelectual del siglo XXI es más un intelectual audiovisual, mediático, especialista e intérprete de las demandas sociales, altavoz de las minorías, sin mandato, pues las circunstancias que amparaban la existencia del intelectual comprometido se habían venido abajo<sup>53</sup>. De igual forma opina Javier Muñoz Soro, cuando deja constancia de que “el lugar que dejó vacío el intelectual moderno, nacido casi un siglo antes en Europa con la democracia liberal, pasaron a ocuparlo el especialista posideológico y el comunicador mediático”<sup>54</sup>. Desde el país vecino, recientemente escribía Alain Minc: “El diagnóstico es irrefutable: la sociedad francesa ya no fabrica intelectuales a la antigua, es decir, hombres de letras –filósofos, novelistas, historiadores- que utilizan su fama para tener peso sobre los grandes temas políticos”. Al tiempo que insistía en la nueva tendencia a la especialización, la dispersión de desafíos y el reto que supone para el intelectual la tecnología e Internet, concluyendo con el declive de la correspondencia entre creación o reflexión intelectual y posicionamiento político con ínfulas de brindar enseñanzas universales: “no son ni el brío, ni el saber, ni el genio los que faltan, sino el deseo de convertirlos en incentivo político”<sup>55</sup>.

Por ello creemos que igual que se ha considerado la existencia del *intellectuel avant l'intellectuel*, hay *intelectuales después (après) de los intelectuales*. Esto nos lleva a compartir las impresiones de Carlos Serrano, para quien no habría una muerte, sino que cada tipo de intelectual sería producto de su tiempo y, como tal,

Es probable que sea un poco vano querer considerar un supuesto «nacimiento», considerado como un punto de partida sólidamente establecido, de esta historia, que se

---

<sup>52</sup> Rafael DEL ÁGUILA TEJERINA: “Sacerdotes impecables”, *Foro Interno*, 10 (2010), p. 14.

<sup>53</sup> Ponencia “Auge y decadencia de los intelectuales”, pronunciada en la Fundación Ortega-Marañón el 30 de noviembre de 2012, en el marco del seminario *Campo político-campo filosófico*, que se celebró en Madrid los días 29 y 30 de noviembre del mismo año.

<sup>54</sup> Javier MUÑOZ SORO: “La Transición de los intelectuales antifranquistas”, *Ayer*, 81 (2011), p. 27.

<sup>55</sup> Alain MINC: *Una historia política de los intelectuales*, Barcelona, Duomo Ediciones, 2012, p. 418 y ss.

iría desarrollando después según unas vías claramente marcadas de una vez para todas. Parece ocurrir más bien lo contrario. En cada instante van «naciendo» nuevamente intelectuales, en unas condiciones y con unas funciones que se van modificando: en ese sentido, el surgimiento de los *intelectuales* finiseculares es una modalidad, marcada históricamente, de la figura del «intelectual» surgido de la revolución liberal; y como producto histórico, es probable que sea irreplicable en su manera de ser y de actuar en la sociedad. En este sentido, restringido, el *intelectual* es sin duda mortal, y podría ser en efecto que este final de siglo esté consagrando su *muerte*. Pero el asunto puede formularse entonces en estos otros términos: ¿cuáles serán las modalidades del «nacimiento» del futuro intelectual?<sup>56</sup>

Estas reflexiones, que a primera vista pudieran pasar por gratuitas, ya que en lugar de conducirnos nos alejan de nuestro objeto de estudio y desbordan, con mucho, sus confines cronológicos, adquieren plena utilidad en tanto que el trasiego académico ante el declive de las prerrogativas clásicas del intelectual ha colocado en el candelero el debate sobre quiénes son y cómo deben ser los intelectuales. Con ser tantas las ocasiones en que ha sido denegada dicha etiqueta a los fascistas -puesto que contravenía la acepción ligada al combate por la verdad y la justicia frente a los atropellos arbitrarios del poder y a la defensa de valores progresistas y universales surgida del *affaire Dreyfus* y puesto que no faltaron las ocasiones en que ellos mismos la rechazaron-, aquí consideramos que es deseable, de una parte, mayor rigor en la utilización del concepto y, de otra, mayor plasticidad en los márgenes de las definiciones, en busca de una que sea omnicompreensiva y cada vez más histórica, en la que tengan cabida las diferentes caras del intelectual y se recalque más lo descriptivo, la ligazón a los contextos concretos —el intelectual escribe para la coyuntura, reacciona ante la coyuntura y sus palabras pierden intención extraídas artificialmente de esa coyuntura-, que lo prescriptivo y a priori<sup>57</sup>. El intelectual no es una categoría biológica, no existe un intelectual en sí, de manera diacrónica, por lo que en sentido estricto no hay una definición falsa ni verdadera. Pero sí nos vale como categoría operativa. Lo intelectual es una función, no una ontología, afirma asiduamente José-Carlos Mainer. Al adscribirnos a esa idea más laxa de lo que es el intelectual nos guardamos de expulsar

---

<sup>56</sup> Carlos SERRANO: “El nacimiento de los intelectuales...”, p. 23.

<sup>57</sup> François DOSSE: *La marcha de las ideas...*, p. 34.

de la categoría a diferentes candidatos por cuestiones valorativas del contenido de su protesta o implicación<sup>58</sup>.

Para clausurar este capítulo y no insistir más: intelectual es un vocablo que no entiende de barreras ideológicas. Aunque en su primera acepción quedara vinculado con opciones bien concretas, esto constituía un uso del lenguaje que difícilmente podía mantener un sentido coherente: cualquier respuesta polémica a las posiciones de los intelectuales *típicos* pasaba a ser de inmediato una actividad tan intelectual como la de ellos, aun cuando partiera de la recusación a ser calificados como tales. Y es que la trayectoria antiintelectualista de quienes ciertamente procedían como intelectuales es tan larga y variada como el propio itinerario de los intelectuales *típicos*. Ya autores como Storm<sup>59</sup> o Winock<sup>60</sup>, por resaltar algunos, han cuestionado esa visión unívoca. Pero creemos que han sido Ory y Sirinelli quienes con mayor finura han puesto de manifiesto la voluntad integradora al señalar que “no puede haber consenso alguno sobre la naturaleza de los valores a defender, ni siquiera sobre la traducción concreta que se puede dar de los mismos” y al rechazar la asimilación de “*intelligentsia* a inteligencia crítica, y con mayor motivo contestataria, cuanto que la historia podría darnos argumentos igual de numerosos a favor de la tesis reduccionista inversa”. Finalmente reivindican la “parte de determinación individual” y estiman que el conjunto de individuos que conforma la intelectualidad no puede ser tratado “como una totalidad orgánica”<sup>61</sup>.

---

<sup>58</sup> Elías Díaz recuerda que los intelectuales no constituyen una clase homogénea y que rara vez son depositarios de un único cuerpo de doctrina y advierte sobre el riesgo de acabar considerando al intelectual como una “clase vacía”: “Según las ideas que propugnan o por las cuales combaten, aquéllos [los intelectuales] serían progresistas o conservadores, radicales o reaccionarios; según las ideologías que defienden, tendríamos libertarios o autoritarios, liberales o socialistas; según su propia actitud gnoseológica respecto de las ideas mismas que sostienen, les calificaríamos de escépticos o dogmáticos, de laicos o clericales [...] si se debiese decidir quiénes son intelectuales no basándose en el significado descriptivo del término sino en el sentido valorativo, y por lo tanto se excluyesen recíprocamente los de cada diferente u opuesto grupo y orientación, el resultado sería que la clase lógica de los intelectuales acabaría por ser una clase vacía”: Elías DÍAZ: *De la Institución a...*, pp. 206-207.

<sup>59</sup> Eric STORM: “Los guías de la nación...”, pp. 39-40.

<sup>60</sup> Michel WINOCK: *El siglo de...*

<sup>61</sup> Pascal ORY, Jean-François SIRINELLI: *Los intelectuales en Francia...*, p. 21.

### III- CUESTIONES METODOLÓGICAS

#### 1. ¿Quién estudia a los intelectuales?

En las líneas que se conforman bajo este epígrafe se va a procurar mostrar, a partir de unos retazos de índole metodológica, un extracto -aunque inconcreto- de los diferentes utillajes que las principales escuelas historiográficas han desplegado al buscar recomponer la alargada sombra proyectada por los intelectuales, con la finalidad de encajar su estudio en el solar de la historiografía actual.

En la estela ya sugerida del intelectual como categoría operativa que exige diversidad y flexibilidad, las disciplinas que se han encargado de estudiar esta figura han sido también plurales, y no menos puede decirse del armazón teórico resultado de la mirada nacional, a tono con las tradiciones que arrastra cada ámbito cultural<sup>62</sup>. Su aplicación a entornos diferentes ha ocasionado, por tanto, la articulación de maneras dispares de abordar el objeto de estudio, escogiendo y discriminando unos rasgos frente a otros, exhibiendo una fantástica versatilidad y un fondo de armario cuyo alcance por el momento se desconoce. Esta dispersión, benigna para ahondar en el conocimiento de unos sujetos históricos que merecen, por su variedad de actuaciones, una pluralidad de métodos de enfoque, ha cristalizado en un sinfín de áreas que pueden englobarse bajo el rótulo de “estudio de los intelectuales”<sup>63</sup> o “historia intelectual”<sup>64</sup>. Depósitos amplios, fruto del entrecruzamiento de dominios académicos de irresuelta demarcación, con espacios para el encuentro -como son la historia de las ideas, la historia de las mentalidades, la historia político-institucional, la historia de los conceptos o el universo,

---

<sup>62</sup> No obstante, somos conscientes de lo impreciso que es hablar de tradiciones nacionales como si cada país alumbrara una cultura específica y homogénea. Más aún sucede en nuestro país, que integra diferentes variantes lingüísticas. Creemos, más bien, con Octavio Ruiz-Manjón, que existen diferentes identidades, préstamos y estratos que conviven. Octavio RUIZ-MANJÓN: “Nuevas orientaciones en Historia Cultural” en Antonio MORALES MOYA, Mariano ESTEBAN DE VEGA (eds.): *La historia contemporánea en España*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1996, p. 198.

<sup>63</sup> Desglosado entre historia de los intelectuales y sociología de los intelectuales. Véase Josep PICÓ, Juan PECOURT: “El estudio de los intelectuales...”, pp. 35-58

<sup>64</sup> Buenos conocedores del tema como Morente o Hernández Sandoica hablan de historia intelectual como género de la historia cultural. A su vez, entre los subconjuntos de la historia intelectual podríamos hallar tanto la historia de los intelectuales, que ocuparía una parcela verdaderamente político-social, como una historia de las ideas que supera el desarraigo contextual de sus primeras formulaciones. Véase Francisco MORENTE: “Más allá del páramo...”, pp. 43-44,47; Elena HERNÁNDEZ SANDOICA: “La historia cultural en España...”, pp. 59, 72, 74. Sin salirse de la tendencia, en un ejemplar de reciente publicación, dedicado a cartografiar a los intelectuales durante la Transición, Muñoz Soro estima que “la historia intelectual se sitúa entre lo cultural, lo político y lo social, rompiendo así los moldes de la historia clásica de las ideas”, véase Javier MUÑOZ SORO: “Presentación”, *Ayer*, 81 (2011), p. 17.

más dilatado, enredado y de fronteras porosas, de la historia cultural- y del provechoso diálogo que se establece con otros estudios -como los sociológicos, politológicos, lingüísticos, filológicos o antropológicos-<sup>65</sup>. No parece baladí cuestionarse acerca de los fundamentos epistemológicos de estas disciplinas, tampoco preguntarse por qué el estudio de los intelectuales se inscribe dentro de campos de producción científica tan distintos. Creemos que la respuesta a estas incógnitas ha de perseguirse, bien en la propia cualidad del intelectual como producto histórico, caja de resonancia que condensa muchas de las claves para entender las tensiones de una época, por lo que es percibido como un óptimo vehículo para evaluar otros aspectos no primeramente ligados con la intelectualidad -pero inseparables de ella<sup>66</sup> -; bien en la descomposición de los modelos estructuralistas omnicomprendivos y totalizadores de la Historia y en el fenómeno de desgajamiento y fragmentación del conocimiento histórico en islas temáticas cada vez menos conexas, lo que François Dosse ha denominado la “historia en migajas”<sup>67</sup> -un tiempo cada vez más cruzado por un acusado escepticismo epistemológico-; bien en el consiguiente desplazamiento del centro de interés historiográfico hacia un sentido lato de lo cultural, caracterizado por la dificultad para hacer accesible el conocimiento de los restos perdurables del pasado desde un único frente<sup>68</sup>.

Conviene, para nuestros fines, más que detenernos en entresacar las entrañas de cada una de estas especialidades, ver cómo convergen y qué es lo que han preferido acotar cada una de ellas respecto de los intelectuales. Desbrozando el perfil de la

---

<sup>65</sup> Para un conspicuo cultivador de la historia cultural, como es el francés Robert Darnton, la historia intelectual incluiría “the history of ideas (the study of systematic thought, usually in philosophical treatises), intellectual history proper (the study of informal thought, climates of opinion and literary movements), the social history of ideas (the study of ideologies and idea diffusion), and cultural history (the study of culture in the anthropological sense, including world views and collective *mentalities*)”. Véase Robert DARNTON: “Intellectual and Cultural History” en Michael KAMMEN (ed.): *The past before Us. Contemporary Historical Writing in the United States*, Cornell University Press, Ithaca and London, 1982, p. 337. Para François Dosse, “la historia intelectual pretende dar cuenta de las obras, de los recorridos, de los itinerarios, más allá de las fronteras disciplinares”, François DOSSE: *La marcha de las ideas...*, p. 14.

<sup>66</sup> Juliá nos recuerda que la principal labor del intelectual consiste en crear una trama narrativa sobre lo que ocurre bajo su mirada. Santos JULIÁ: *Historias de las dos...*, p. 17.

<sup>67</sup> François DOSSE: *La historia en migajas: de Annales a la nueva historia*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1988.

<sup>68</sup> Una cuestión de cambio de sensibilidad cuyas raíces pueden buscarse en A. Gramsci o E. P. Thompson. Una historia cultural que arrastra los sedimentos de presupuestos metodológicos anteriores y que no se conforma como algo ajeno sino que vive en el territorio de las hibridaciones. Esta nueva historia cultural sería, en palabras de Jürgen Kocka, una ampliación cultural de la historia social. Es de suponer que este abigarrado desglose de posibilidades quede recogido en un generoso abanico como es la *historia sociocultural*. Véanse Roger CHARTIER: “De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social” y Peter BURKE: “La nueva historia socio-cultural”, ambos en *Historia Social*, 17 (1993), pp.

actividad específica, diferencial, del intelectual, podemos deslindar algunas cuestiones capitales que rodean su inserción en las sociedades contemporáneas y que son precisamente aquellas más transitadas por la reflexión científica: quien atiende a alguna fase u hornada de intelectuales tiene frente a sí la posibilidad de encaminar su estudio hacia los lenguajes y los discursos, la actividad mental y las estructuras de pensamiento, hacia la actuación individual o el itinerario grupal de los intelectuales, bucear en sus biografías políticas o en torno a su faceta de creadores o mediadores desde una perspectiva que prima el contexto sociocultural, la recepción y los climas de opinión, dilucidar sus comportamientos dentro del ‘campo intelectual’ y un largo etcétera. Todo esto pone de manifiesto que ante la inasistencia de una fórmula unitaria sobre el intelectual, existe un arsenal interdisciplinar, pues son varios tanto los enfoques difundidos por las comunidades historiográficas nacionales como las disciplinas que reclaman para sí el estudio de alguno de los rostros del intelectual. No hay en ello una aproximación verdadera o falsa, sino que, con tal de que cada enfoque presente coherencia interna, puede ser una herramienta útil.

## **2. La historiografía francesa**

Son las tendencias promovidas en los medios universitarios franceses y británicos las que han venido actuando como puntos de referencia inexcusable, aunque la disciplina ha adquirido un notable desarrollo también en Alemania, Italia o Estados Unidos. Aquí tomamos como modelo comparativo el caso francés y el británico. Esto nos revela algo que ya veníamos barruntando: a semejanza de las ambigüedades y dificultades que encontrábamos para hablar del intelectual como especie histórica universal y cronológicamente atemporal e inmóvil, la historiografía sobre el intelectual ha adquirido prismas muy distintos y se ha inclinado por instrumentos de análisis también diferentes de acuerdo a la propia experiencia intelectual vivida en el seno de sus sociedades y al uso social del término: cuando el propio uso social es cambiante según corrientes ideológicas, épocas o lugares, no cabe una definición estricta sino que el sentido y la propia definición de las actuaciones del intelectual se ajustan a las tramas y dinámicas espacio-temporales concretas y ello no deja de verse reflejado en el uso dado por el científico social a este material<sup>69</sup>.

---

<sup>69</sup> Roger CHARTIER: “Intellectual History or Sociocultural History? The French Trajectories” en Dominick LACAPRA, Steven L. KAPLAN (eds.): *Modern European Intellectual History. Reappraisals and new perspectives*, Ithaca and London, Cornell University Press, 1982, p. 13. “Posing the problems of

Si la óptica interpretativa queda determinada en un sentido acorde al rol otorgado al intelectual por cada sociedad, la mayor parte de los ensayos, a su vez, eligen un marco de estudio nacional, concediendo atención prioritaria a los instantes traumáticos y de inflexión, las épocas doradas de génesis de ideas relevantes o de respuestas intelectuales de gran calado colectivo. Son, ciertamente, más excepcionales los casos que auspician un planteamiento transnacional o que directamente acometen el estudio de los intelectuales de países diferentes al del investigador, género más bien escaso (si bien en España han tenido un notorio cometido en el impulso a la historia de los intelectuales hispanistas franceses como Serge Salauin, Jean Bécarud o Paul Aubert, canadienses como Victor Ouimette, estadounidenses como E. Inman Fox).

Proponemos, en primer lugar, algunas notas sobre los supuestos teóricos y metodológicos de la producción sobre los intelectuales en Francia. Voluminoso, rico en matices, profundidad y voluntad explicativa, el género de la reflexión sobre los intelectuales en el país vecino se ha visto nutrido por la incorporación de modelos transferidos de la sociología -quizá debido a la fuerte tradición francesa en ciencias sociales-, lo que se ha plasmado en una historia de los intelectuales que rechaza tratar como compartimentos estanco las representaciones mentales y la realidad social, conformándose como una historia de los comportamientos intelectuales, los medios de producción y los espacios de sociabilidad. Sus elucubraciones y planteamientos son ya patrimonio común historiográfico y han repercutido positivamente en la adopción de posturas similares, de manera crítica, por parte de los estudiosos de otros países como Italia o España<sup>70</sup>.

No podemos trazar este breve recuento sin destacar los esfuerzos de todo un corpus de investigaciones que ha tendido puentes para lograr una intersección de corte político-social, lo que ha terminado por ajustar los engranajes de la historia de los intelectuales en Francia, coincidiendo con el desgaste de la tercera generación de Annales y el rejuvenecimiento de la mirada del historiador. Aunque la tradición reflexiva sobre los intelectuales y su posición respecto al poder databa de mucho tiempo

---

intellectual history is surely one of the most difficult things in the world to do for several reasons. The first is a matter of vocabulary. In no other branch of history does there exist such a national specificity of terms used and such a difficulty in introducing them, indeed in simply translating them, into another language and another intellectual context”.

<sup>70</sup> Michel LEYMARIE: “L’histoire des intellectuels...”, p. 38; François DOSSE: *La marcha de las ideas...*, p. 90. Genoveva QUEIPO DE LLANO: “La historia de los intelectuales españoles...”, p. 334.

atrás<sup>71</sup>, hasta entonces, lo que más podía aproximarse a una historia del tipo que aquí nos concierne era, de una parte, la historia de las mentalidades, de otra, los trabajos en las aristas de la historia del pensamiento de Michel Foucault y, a la postre, la primera ola de trabajos de autores como Jean Touchard, Louis Bodin, René Remond o Roland Barthes<sup>72</sup>. Fue a la altura de los últimos setenta y la década de los ochenta cuando una verdadera historia de los intelectuales madura y toma cuerpo. Las tesis del estructuralismo, del tiempo largo y la historia social y económica se encontraban en retirada, lo que propició una relectura historiográfica que se manifestó en tres direcciones: un giro humano, un retorno de la política y un renacimiento de la narrativa. En este momento, un cada vez más nutrido grupo de historiadores se va a aplicar con denuedo por brindar nuevas herramientas de análisis con las que llenar las lagunas historiográficas que había alrededor de los intelectuales, tal vez atraídos también por la belleza del muerto -el intelectual a la antigua usanza-. Encabezaba este conjunto Jean-François Sirinelli, que en 1985 sería el primer director del recién creado Grupo de Investigación sobre la Historia de los Intelectuales. A la institución seguiría la concepción de un plan de trabajo para encontrar una dimensión propia para la disciplina, lo que quedó plasmado en una serie de artículos como “Le hasard ou la nécessité? Une histoire en chantier: l'histoire des intellectuels”<sup>73</sup>. En ellos, Sirinelli hablaba de que la necesaria renovación historiográfica “ne pourra se révéler fécond qu'aux prix d'une reinsertion de ces idées dans leur terreau social et leur contexte historique”<sup>74</sup> y propugnaba una triada de instrumentos de análisis que harían del trabajo del historiador de los intelectuales una suma de “arqueología, geografía y genealogía”, como resumió

---

<sup>71</sup> En 1927 publicó Julien Benda su archifamoso libro *La trahison des clercs*.

<sup>72</sup> Respecto a la primera, fue comenzada por Febvre y Bloch y afirmada por algunos discípulos como Duby, Le Roy Ladurie o Aries. Con todo, es claro que la mentalidad era un objeto de estudio nitidamente diferente de aquellos que pudiera tener la historia de las ideas clásica enunciada en otras latitudes por Arthur O. Lovejoy o la historia literaria, que partían del supuesto de que las personas tienen ideas claras y que son capaces de transmitirlos, por lo que los textos serían una expresión de la intención de los autores, y practicaban una historia lineal, mecánica, ocupada de concatenaciones y sin dedicar una mínima atención a la lógica contextual. Por el contrario, el concepto de mentalidad enfatizaba ideas mucho más difusas, que actuarían como un trasfondo o subconsciente de propiedad colectiva, mientras que las ideas concretas y los individuos quedaron ensombrecidos. Foucault quiso estudiar las formulaciones discursivas no tanto en su específico interés expresivo sino desde un plano sociohistórico en el que se valoran los modos de apropiación y atribución que varían en cada momento y lugar, en abierta discontinuidad que refutaba los juegos de influencias sucesivas de la historia de las ideas. Respecto a los terceros, cabe concederles el papel de predecesores críticos, tanto con los grandes relatos como con la postura esencialmente internalista de la historia de las ideas.

<sup>73</sup> Jean-François SIRINELLI: “Le hasard ou la nécessité? Une histoire en chantier: l'histoire des intellectuels”, *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, 9 (1986), pp. 97-108. También la colaboración del mismo autor, “Les intellectuels” en René REMOND (dir.): *Por une histoire politique*, París, Seuil, 1988, pp. 199-231.

<sup>74</sup> Jean-François SIRINELLI: “Le hasard ou la nécessité...”, p. 98.

gráficamente en otra obra el propio Sirinelli<sup>75</sup>. Con este tropo hacía alusión a una vía de investigación sustentada en torno a herramientas que imbricasen los destinos individuales con el escenario colectivo. Estos espejos en los que contemplar la sociedad intelectual serían “l'étude d'itinéraires, l'observation de structures de sociabilité et la mise en lumière de générations”<sup>76</sup>.

Los itinerarios personales y de grupo permiten inscribir al intelectual en las coordenadas del pensamiento y las manifestaciones culturales de una época y tiempo concretos y su utilidad reside en trenzar las trayectorias y echar mano de las biografías y los retratos de conjunto, a través de los que puede reconstruirse una imagen más precisa de las variaciones y extremos en que se concibe el compromiso.

Las relaciones del intelectual con su entorno son puestas en relieve con las estructuras o redes de sociabilidad, que arrojan luz sobre la vida de la *intelligentsia* como colectivo. Siendo cautos en su tratamiento y orillando cualquier determinismo sociológico, la sociabilidad se destapa como un fantástico laboratorio apto para discernir las prácticas de vinculación o adhesión y restituir “los microclimas singulares” de la intelectualidad con el estudio de los ámbitos de producción, los lugares de congregación, mutuo apoyo y discusión tales como salones, instituciones educativas, cafés, tertulias, periódicos, editoriales o revistas. El manejo para la historia de los intelectuales de una noción como sociabilidad -de feliz ventura en las letras francesas del siglo XX<sup>77</sup>- permite recomponer los hilos con los que se urde el compromiso y las corrientes freáticas que conforman el campo intelectual, con sus camaraderías y solidaridades, detectando el carácter indisociable de las ideas mismas y sus lugares de enunciación y gestación.

Finalmente, la cuestión estratigráfica se tomaría en consideración con el concepto de generación, no exento, en otros tiempos, de cierta carga de automatismo, y que, despojado de ella, se presenta como “no reducible a su simple definición biológica, sino considerado como el resultante de la travesía en una edad juvenil de acontecimientos traumáticos”, puntos de inflexión o marcadores que sacuden a sus miembros produciendo entre ellos y los grupos precedentes un abismo generacional. El suceso sobresaliente no predispone, sin embargo, una coincidencia de pareceres o respuestas entre sus miembros, “sino más sencillamente unas respuestas plurales a unas preguntas

---

<sup>75</sup> Pascal ORY, Jean-François SIRINELLI: *Los intelectuales en Francia...*, p. 306.

<sup>76</sup> Jean-François SIRINELLI: “Le hasard ou la nécessité...”, p. 98.

<sup>77</sup> Suele reconocerse al respecto la deuda contraída con Maurice Agulhon.

comunes de un tiempo compartido, de un `espíritu compartido’<sup>78</sup>. Las generaciones han sido una clásica palanca de estudio de los intelectuales y convenientemente entreveradas con la sociabilidad y las trayectorias personales y de grupo se muestra como provechoso mirador de los efectos de las circunstancias estruendosas sobre la comunidad intelectual<sup>79</sup>. Si bien muchas veces, cuando se desciende a los casos concretos, la realidad distorsiona los compartimentos estanco en que se suelen encuadrar los grupos generacionales.

Armado y blindado conceptualmente el historiador, la aplicación de estos resortes sobre el tapete de la *intelligentsia* francesa no haría sino conferir a su trabajo un filón reivindicativo, al pretender rehabilitar el papel activo de los sujetos frente al silencio al que estaba restringida la acción humana en las grandes formulaciones generalizadoras o rescatar un tema marginado como la historia política y reconciliarlo con los conceptos de la historia social, en un viraje experimentado por la historiografía francesa en el que también se inscribe la paciente revalorización de la biografía<sup>80</sup> y la orquestación de potentes modelos de análisis de la historia cultural. En síntesis, el panorama de investigación pautado en los ochenta, y que una mirada retrospectiva puede hallar recurrentemente en las primeras plumas de la historia de los intelectuales de las últimas décadas, era polimorfo y presentaba la anatomía de una gran retícula surcada por vínculos y donde, tal vez, el mérito principal radicaba en la voluntad de integrar en un solo relato la sociabilidad, la conciencia política, la praxis y la relación con el poder.

Como es comprensible, no podemos aquí dar cuenta de la miscelánea de nociones y teorías que pertrechan el acervo conceptual de la literatura francesa sobre los intelectuales. A pesar de ello, no estaríamos ofreciendo una panorámica global si excluyéramos de nuestro muestrario el eco encontrado por las propuestas de marbete sociológico enunciadas por Pierre Bourdieu y seguidas, amortiguando el ensimismamiento sociológico, por autores como Christophe Charle. Básicamente, Bourdieu posa la vista sobre los procesos sociales y subraya la importancia de éstos para explicar la fermentación de ideas. El cogollo de sus planteamientos puede extraerse del concepto de campo de interacción intelectual, que es “un espacio social con una

---

<sup>78</sup> François DOSSE: *La marcha de las ideas...*, p. 47.

<sup>79</sup> La información relativa a los itinerarios, las redes y las generaciones puede seguirse en los apartados analíticos de Pascal ORY, Jean-François SIRINELLI: *Los intelectuales en Francia...*, pp. 303-311; François DOSSE: *La marcha de las ideas...*, pp. 43-60; Francisco MORENTE: “Más allá del páramo...”, pp. 54-55, 60-61, 69-70.

<sup>80</sup> Elena HERNÁNDEZ SANDOICA: “La escritura biográfica”, *Cercles: revista d’història cultural*, 10 (2007), pp. 17 y ss.

estructura y una legalidad específica que se caracteriza por una serie de tensiones y rivalidades entre diferentes actores, cuyo fin es la acumulación y monopolización del tipo de capital autóctono (político, económico, cultural) ofrecido por dicho microcosmos”<sup>81</sup>. En cada campo de interacción se dan dos clases de conflictos: los internos, continuas tentativas de los actores para acaparar el tipo de capital que existe en el campo; y los externos, donde se dirimen las tensiones entre los diferentes campos que buscan aumentar su esfera de autonomía frente a los poderes relevantes. Pulsaba Bourdieu la actitud del intelectual en términos de búsqueda de maximización de sus intereses personales, de manera utilitaria, mediante estrategias conscientes que persiguen consagración y reconocimiento. Al mismo tiempo, creía Bourdieu que “la relación de los productores culturales con las esferas económicas y políticas, su grado de autonomía o heteronomía respecto a ellas, afectará también las características internas de su trabajo, el contenido y la intención de sus obras”<sup>82</sup>. François Dosse ha advertido sobre los escollos inherentes al potencial uso, acrítico, de un modelo fuertemente sociológico, que considera inapropiado y reduccionista para el insondable espacio ético-político<sup>83</sup>. En la misma onda se expresan Josep Picó y Juan Pecourt cuando recuerdan cómo, en ocasiones, este tipo de ensayos pasan por encima del propio contenido de las obras o ideas, lo que sería algo así como una “etnografía de los intelectuales”<sup>84</sup>.

A modo de epítome, podría decirse que desde los años setenta-ochenta, comandados por Ory, Sirinelli, Winock, Dosse, Leymarie, Prochasson, Bourdieu, Charle o por el británico Judt, en Francia viene sosteniéndose un vivo ritmo de publicaciones de alta calidad, lo que ha permitido que cuaje un dominio autónomo para una sociohistoria de los compromisos, siempre asentada en el presupuesto señalado más arriba, ético-social, de considerar que “un intelectual solo es tal a partir del momento en que se ocupa de lo que no le concierne, cuando abandona su campo de competencia para intervenir en envites políticos más amplios de la ciudad”<sup>85</sup>.

Las secuencias y tipos de engagement y su contexto -ya sea en la singladura y múltiples vericuetos que pueden trazarse del intelectual escorado hacia la izquierda

---

<sup>81</sup> Juan PECOURT: “El intelectual y el campo cultural. Una variación sobre Bourdieu”, *Revista Internacional de Sociología*, vol. LXV, 47 (2007), p. 28.

<sup>82</sup> *Ibidem*. pp. 28-29.

<sup>83</sup> François DOSSE: *La marcha de las ideas...*, p. 116.

<sup>84</sup> Josep PICÓ, Juan PECOURT: “El estudio de los intelectuales...”, p. 38.

<sup>85</sup> François DOSSE: *La marcha de las ideas...*, p. 127.

surgido del caso Dreyfus, ya en la del intelectual nacionalista, católico o liberal- han sido cartografiados por un rebotante número de trabajos. En relación con la bibliografía manejada, los hay generales y de síntesis, como el abundantemente aludido en nuestro ensayo *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días* de Ory y Sirinelli, *El siglo de los intelectuales* de Winock, que hizo un análisis del contenido y la huella de los sucesivos debates que jalonaron la vida intelectual francesa a partir de una simbólica indexación basada en eras de compromiso que llevan los nombres de los más emblemáticos intelectuales de cada tiempo -los años Barrès, los años Gidé, los años Sartre-<sup>86</sup>, el meritorio y monumental *Dictionnaire des intellectuels français* del propio Winock junto a Julliard o la más reciente *Una historia política de los intelectuales* de Alain Minc, que atraviesa un sinfín de extractos temporales y políticos desde Diderot, Voltaire o D'Alembert hasta la actualidad, bautizada como la época del "e-intelectual". Los hay que son narraciones parciales sobre momentos específicos, como *Naissance des intellectuels* de Charle, horquillas de años o seguimiento de ideologías y personas, como *Pasado imperfecto. Los intelectuales franceses: 1944-1956* de Judt, redes, como la investigación sobre dos décadas de producción de la revista *Esprit* llevado a cabo por Winock. Los hay que se interrogan sobre los fundamentos teórico-epistemológicos o realizan balances historiográficos, ámbito en el que han despuntado obras como *Dernières questions aux intellectuels*, coordinada por Ory, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, de Dosse o *L'Histoire des intellectuels aujourd'hui*, dirigida por Sirinelli y Leymarie.

Abreviando, la historia de los intelectuales practicada en Francia cifra su éxito en la conjunción de una aspiración contextualizadora y un talante plástico e integrador, de manera que no se estudia específicamente, internamente, el discurso del intelectual, porque se infiere que éste es necesariamente social en tanto que parte de un afán por escrutar la realidad material y transformarla y porque se estima que en este proceso interviene también el propio entorno, las instituciones concretas, etc. por lo que un examen que solo atienda a los elementos textuales corre el riesgo de no dar cumplida cuenta de la infinidad de virtudes que encierra una observación contextual. Es una negativa a aislar las ideas, los sistemas de pensamiento y los individuos de las condiciones en las que estos cobran coherencia, una intención de no aparcas las

---

<sup>86</sup> Otros autores han propuesto otras periodizaciones para abalzar un siglo de implicación pública. Por ejemplo, Sirinelli lo ha hecho con la bella metáfora de "les quatre saisons des clercs" y Roger Debray con los ciclos -universitario, editorial, medios de comunicación-.

relaciones en el mercado cultural, la recepción y la capacidad para crear opinión. Otra vez más, dejamos que sean las voces de los maestros de esta historia de los intelectuales las que definan el terreno: “Según la acepción que proponemos, existe efectivamente una sociedad intelectual, que elabora sus propias herramientas, sus propias redes [...] Trataremos aquí no de historia de las ideas, sino de historia de las sociedades”<sup>87</sup>.

### 3. La historiografía británica

De manera complementaria, a nuestro modo de ver, de la exploración de la historiografía anglosajona al respecto se trasluce un mapa sensiblemente distinto. En Gran Bretaña, donde la figura del intelectual en cuanto actor imbuido de determinado poder espiritual laico y que se moja en los dilemas sociales es vista con seca ironía, aire despreciativo o cierta sospecha<sup>88</sup>, los interrogantes sobre el sentido mismo de la producción intelectual han suscitado mayor querencia. Se ha engendrado una historia que “dejando más de lado la dimensión sociocultural, tiene tendencia a atribuirle mayor valor al estricto ámbito de las ideas y al único ámbito discursivo”<sup>89</sup>. Así sucedía en un primer estadio de producción, con la historia de las ideas tradicional, que se escribía fundamentalmente en Estados Unidos. A su cabeza se encontraba Arthur O. Lovejoy. Su enfoque preservaba las ideas al margen de su inserción en una sociedad y momento dados, por lo que tendían a ser vistas como elementos para los que no regía el peso de la coyuntura, y se estudiaban de manera genealógica, mecánica, abstracta, trazando un itinerario de concatenaciones, influencias y causalismos de problemática constatación, a modo de una conversación en la que las grandes mentes de la historia se pasaban de unas a otras la antorcha del saber<sup>90</sup>. Sin encerrar ningún determinismo de signo opuesto, se hacía perentorio desestimar este enfoque y acudir más al análisis de las condiciones y las situaciones.

Para redirigir la disciplina y colmar sus vacíos interpretativos, se desplegó una historia que podríamos llamar *intelectual* –antes que *de los intelectuales*–, cada vez

---

<sup>87</sup> Pascal ORY, Jean-François SIRINELLI: *Los intelectuales en Francia...*, p. 21.

<sup>88</sup> Las acepciones propuestas por los autores franceses contrastan en cierto modo con el sentido de la noción difundido desde Gran Bretaña por autores como Stefan Collini, que parte de una definición más dúctil: “El intelectual se define por su capacidad para salir de su campo de conocimiento, pero no solamente sobre el terreno político, en un sentido cultural más amplio, donde es considerado capaz de hablar con autoridad sobre un tema del que no es experto” (citado en François DOSSE: *La marcha de las ideas...*, p. 89).

<sup>89</sup> François DOSSE: *La marcha de las ideas...*, p. 181.

<sup>90</sup> François CHAUBET: “Histoire des intellectuels, histoire intellectuelle. Bilan provisoire et perspective”, *Vingtième siècle. Revue d'histoire*, 101 (2009), p. 180.

menos refractaria al estudio del contexto de emergencia de la creación cultural y que mantiene la enseña del análisis discursivo, del contenido mismo de las obras y de las grandes personalidades singulares. Su activación, que no es ajena a las sacudidas del giro lingüístico, ha corrido a cuenta de la Escuela de Cambridge y su *New History of Political Thought*. Sus promotores han enfatizado la “contingencia y debilidad constitutivas” de las ideas<sup>91</sup> y enraízan las líneas de sus investigaciones en la defensa de la radical historicidad de todo pensamiento y construcción y para ello no abominan de la pareja texto-contexto decantándose por alguna de sus dos variables, sino que es la marca indeleble de este proyecto tratar de conciliar ambas en el mismo lado de la ecuación. Su método aspira, por tanto, a interpretar “los textos del pasado en su alteridad desde una perspectiva propiamente histórica”<sup>92</sup> y sostiene la autonomía del pensamiento frente a su dependencia de la realidad material haciendo análisis filosóficos y desmenuzando los actos discursivos, que encerrarían significados concretos en función de cada época. Esta historia intelectual se diferencia desde la cepa de la historia de los intelectuales franceses y se sitúa entre la ciencia política, la filosofía y la literatura, haciendo uso del instrumental de la biografía. Las disimilitudes afectan al objeto mismo de atención: se registra una predilección hacia el conocimiento, el análisis de los elementos textuales y los *speech acts* sobre la acción y las conductas del intelectual. Las diferencias también son de orden temático, pues son otros los terrenos que buscan conquistar los estudiosos de Cambridge, privilegiando el estudio de la obra de los autores del pensamiento político y filosófico clásico, en los albores de la mentalidad constitutiva del Occidente liberal.

En cierto modo, esta historia intelectual no se interroga, como sí se hace en Francia, por los mecanismos de transmisión y comunicación. Su ambición contextual incide más en la recreación lingüística, intelectual o filosófica que en los aspectos del entorno más propiamente social o que en los comportamientos y actitudes del intelectual como figura. Se busca alumbrar correctamente los grandes hitos del pensamiento occidental y su manera de representar el mundo, ocupándose para ello de los esquemas de pensamiento y del vocabulario político en cuyo regazo surge ese pensamiento relevante, por lo que se trasciende una aproximación que en algún momento pudiera ser concebida como de “el autor y su obra”. Como consecuencia de

---

<sup>91</sup> Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN: “Textos, conceptos y discursos políticos en perspectiva histórica”, *Ayer*, 53 (2004), p. 131.

<sup>92</sup> *Ibidem.* p. 132.

una insistencia de perfección para evitar la deformación que conlleva el uso de categorías analíticas extemporáneas, se estudian los lenguajes políticos, la influencia práctica real y el valor que cobran repuestos en su problemática espacial y temporal específica, puesto que se considera que en cada coordenada cambian las preguntas y las repuestas, las ideas y los usos que se hacen de ellas<sup>93</sup>, lo que ha llevado a que su máximo representante, Quentin Skinner, sea definido como sustentador de un contextualismo historicista<sup>94</sup>.

En una publicación pionera y fundamental para el despegue de la Escuela de Cambridge -“Meaning and understanding in the history of ideas”<sup>95</sup>- Skinner denunció el anacronismo inherente a la historia tradicional donde un autor anticipaba a otro y las ideas y sistemas de pensamiento se extraían de su época histórica en virtud de un canon y se trasplantaban a espacios o tiempos remotos, buscando *pres* y *protos* y eternidad de ideas políticas. Ante ello, va a priorizar un acercamiento hermenéutico al texto. Para Skinner había que estudiar las intenciones primarias de los agentes, sus contextos de comunicación y la dimensión retórica de las ideas ceñida a las circunstancias<sup>96</sup>. Junto a Skinner, es preciso destacar a John Dunn y a John Pocock -cuyo interés ha virado hacia la inscripción del lenguaje político en el seno de la experiencia y los paradigmas lingüísticos- como principales animadores de esta New History of Political Thought. Como se ha indicado, estos autores han concentrado su inspección en las grandes figuras y debates del pensamiento moderno como Hobbes, Locke, Maquiavelo o el republicanismo.

Desde hace un par de decenios brilla con luz propia el nombre de Stefan Collini. Ensayos salidos de su pluma, como *Public Moralists: Political Thought and Intellectual Life in Britain, 1850-1930* o *Absent Minds: Intellectuals in Britain* han revolucionado el tratamiento de la materia en las Islas, rompiendo con algunos tópicos instalados en la mentalidad colectiva británica y abriendo nuevos cauces de profundización sobre el siempre incitante tema del antiintelectualismo, que tantos vínculos tiene con nuestro objeto de estudio.

---

<sup>93</sup> Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN: “Historia intelectual y acción política...”, p. 237.

<sup>94</sup> Peter E. GORDON: “What is Intellectual History? A frankly partisan introduction to a frequently misunderstood field”, ?.

<sup>95</sup> Quentin SKINNER: “Meaning and understanding in the history of ideas”, *History and theory*, 8 (1969), pp. 3-53

<sup>96</sup> Robert DARNTON: “Intellectual and Cultural...”, pp. 339-340.

En buena lógica con esta trayectoria, el prestigioso programa de posgrado que ofrece la Universidad de Cambridge -“MPhil in Political Thought and Intellectual History”- cubre desde la Antigüedad Clásica a los grandes debates contemporáneos.

Establecemos un breve compendio a modo de coda: biografías que no esconden su deuda con la escuela liberal británica clásica y su preocupación por el individuo concreto, autores y su obra insertos en la historicidad de cada contexto intelectual -recuperado no como un mero decorado-, atención depositada en la intencionalidad, la retórica y los lenguajes políticos e ideología, ya no tanto la transmisión de las ideas a lo largo del tiempo, sino el uso que hacen de ellas los agentes (intelectuales), recusación de la disyuntiva externalista-internalista al considerar ambas variables propias de dos enfoques rígidos, ya sea el sociológico-estructural que prioriza elementos ajenos al texto como el mecanicista-genealógico que ignora la dimensión contextual, supeditada siempre a la lógica endógena. Un programa que, a pesar de su proyección práctica en forma de investigaciones sobre autores -que no son lo que en este ensayo hemos definido como intelectuales *stricto sensu*- y contextos que ciertamente quedan alejados de nuestro directo objeto de estudio, merece ser considerado como instrumento de presión e hibridación para un tratamiento más concreto del texto en el marco de la historia de los intelectuales en Francia y cuyas propuestas cercanas a la historia de los conceptos han reformulado en cierto modo el panorama de los estudios de historia política<sup>97</sup>. El vuelco que en ciencias sociales ha supuesto el giro lingüístico ha ayudado a resituar la necesidad de una depurada crítica textual, lo que combinado con una muy mesurada lectura del famoso *giro*, ha llevado a Skinner y sus compañeros a no considerar que el texto sea elemento forjador, anterior a las intenciones del autor.

---

<sup>97</sup> Una reformulación que no es privativa de Gran Bretaña. Sería ocioso extendernos aquí en detallar el éxito de un ámbito de estudio que, como la historia de los conceptos, ha ido abriéndose paso fructíferamente y ocupa parcelas nada despreciables en las diferentes historiografías europeas. Además del caso británico y la Escuela de Cambridge, en Alemania ha cobrado vida una perspectiva muy similar de la mano de Reinhart Koselleck y su semántica histórica, en Francia se ha visto alimentada gracias al impulso de Pierre Rosanvallon, lo que ha coadyuvado a regenerar la historia política. En nuestro país, la tradición de historia conceptual atenta a la singularidad de las situaciones históricas es relativamente novedosa, si bien la labor constante emprendida por autores como Juan Francisco Fuentes o Javier Fernández Sebastián ha permitido edificar un andamiaje cada vez más estable y vigoroso. Existe, asimismo, un grupo de estudio internacional -el History of Political and Social Concepts Group- que cuenta con el trabajo de algunas de los primeros espadas de esta historia conceptual. Véanse, entre otros: François DOSSE: *La marcha de las ideas...*, pp. 205-268; Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN: “Historia de los conceptos. Nuevas perspectivas para el estudio de los lenguajes políticos”, *Ayer*, 48 (2002), pp. 331-364; ÍD: “Textos, conceptos y discursos políticos en perspectiva histórica”, *Ayer*, 53 (2004), pp. 131-151; ÍD: “Historia intelectual y acción política...”, pp. 237-258; Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Juan Francisco FUENTES: “A manera de introducción. Historia, lenguaje y política”, *Ayer*, 53 (2004), pp. 11-26; Reinhart KOSELLECK: “Historia de los conceptos y conceptos de Historia”, *Ayer*, 53 (2004), pp. 27-45.

#### 4. La historiografía española

Con la entrada del siglo XXI escribía Elena Hernández Sandoica a propósito de la historia intelectual en nuestro país que parecía haberse logrado “una entidad metodológica suficiente como para decir, sin miedo a equivocarse, que, al final del milenio, estaba ya en España conseguida la suficiente legitimación para un campo específico de *historia cultural*”, que no era otro que el de una historia de los intelectuales “que parte del individuo para llegar al medio que lo sustenta y le da significado” y que entiende al intelectual “como actor y sujeto de ideas y de proyectos de cierta ‘calidad creadora’ y originalidad”<sup>98</sup>. Transcurrida una década, en 2011, Francisco Morente aseguraba que la historiografía española sobre los intelectuales estaba en condiciones de “ofrecer resultados de calidad homologable a los de las historiografías de nuestro entorno cultural”<sup>99</sup>. Dichas aseveraciones fueron posibles gracias al cuantioso esfuerzo llevado a cabo por un número siempre creciente de especialistas que desde hace un cuarto de siglo vienen inundando el escenario historiográfico nacional de trabajos cada vez más sólidos, rigurosos, complejos y atentos a las innovaciones metodológicas procedentes del exterior, lo que ha sido fundamental de cara a consolidar unos cimientos consistentes desde los que laborar y garantizar el desarrollo de la disciplina<sup>100</sup>.

Hasta alcanzar esa piedra miliar en el recorrido historiográfico hubo que superar otras fases menos resplandecientes en las que el estudio se vio condicionado por factores exógenos, ajenos al conocimiento científico, como la peculiar situación de anomalía cultural y las trabas a la libertad de investigación que se vivieron durante el franquismo. En ese momento, a la inmadurez de una disciplina en pañales y que no había incorporado suficientemente las pautas interpretativas que hacían fortuna en el continente, se sumaron las dificultades reales ya señaladas, lo que deparó un mapa de la disciplina menos rico de lo que hubiera cabido esperar en un país que tenía en su pasado menos remoto tangibles e innumerables muestras de creación y apasionada implicación

---

<sup>98</sup> Elena HERNÁNDEZ SANDOICA: “La historia cultural en España...”, p. 74.

<sup>99</sup> Francisco MORENTE: “Más allá del páramo...”, p. 76.

<sup>100</sup> Más arriba se ha indicado la cercanía entre los países latinos a la hora de entender la proyección pública del intelectual y la sensibilidad y permeabilidad de la tradición española de historia intelectual para adoptar las pautas metodológicas y el aparato crítico triunfante en Francia. Véase nota 27. Complementariamente, resulta sugestiva la opinión de Genoveva Queipo de Llano, para quien “buena parte de las contiendas intelectuales francesas han acabado por reproducirse en España de una u otra manera”. Véase Genoveva QUEIPO DE LLANO: “La historia de los intelectuales españoles...”, p. 335.

política de los intelectuales<sup>101</sup>. Unas muestras que quedaban coronadas de manera significativa por las sucesivas generaciones de intelectuales aparecidas entre el fin de siglo y la Guerra Civil, por el sendero de incubación de la cultura liberal dibujado por primera vez por el krausismo y continuado por la Institución Libre de Enseñanza y las instituciones públicas o privadas que vieron la luz durante el primer tercio del siglo XX bajo su influjo o inspiración. Unos ejemplos que cristalizaban en la esmerada cultura plástica y literaria de la *Edad de Plata*, en la ensayística unamuniana u orteguiana, en el enérgico arranque de activación cultural de signo regional-nacionalista, en la diáspora intelectual en forma de exilio, en la depuración científica y el retroceso de la cultura liberal, en la resistencia antifranquista, en la superposición de modelos de entender España de las diferentes familias del nacionalismo español -lo que en la práctica impidió que existiera una auténtica ortodoxia cultural prefijada- o en las fulgurantes trayectorias de quienes mudaron de abanderados del fascismo a sostenes de la democracia social. Una anatomía demasiado plural como para ser plasmada en la España de la dictadura. El enfoque mayoritario era del tipo “el autor y su obra”, centrado en la consideración de individualidades poco engrazadas en un fenómeno colectivo, por lo que los pasos andados no acababan de remitir a una concreta narrativa y ubicación históricas.

Tras este momento de despertar de la disciplina, pronto comenzaron a emerger voces cada vez más preocupadas por la reconstrucción histórica del pasado intelectual español y cada vez más liberadas de los prejuicios ideológicos que habían hecho de los “próceres” del régimen, de los antecedentes del pensamiento antiliberal y católico español como Marcelino Menéndez Pelayo, Ramiro de Maeztu o José Antonio Primo de Rivera –estudiados de manera habitualmente superficial, propagandística y con escaso espíritu crítico- el principal objeto de atención durante décadas. Nos referimos a los Elías Díaz, Vicente Cacho Viu, Juan Marichal, Antonio Jiménez-Landi o María Dolores Gómez Molleda, cuya contribución tanto supuso para el despegue de la historia de los intelectuales en España. Su reflexión basculó en torno a las raíces de la sociedad liberal española, dedicaron sus investigaciones al siempre activo debate sobre el ser de España -duradero y permanente objeto de atención historiográfica hasta nuestros días- y

---

<sup>101</sup> Genoveva Queipo de Llano dice que cuando se habla de la “historia de los intelectuales en el siglo XX” no se hace referencia a la historia de las ideas o de la producción cultural total, sino que “se trata más bien de la confrontación política principalmente entre los escritores, los filósofos, los artistas y los científicos, en especial los primeros, a partir de la existencia de concepciones del mundo distintas y en torno a los sucesivos acontecimientos más trascendentales del siglo”. *Ibidem.* p. 334.

formularon nuevas preguntas encaminadas a desenredar los fundamentos del institucionismo o la recepción del pensamiento liberal de más allá de nuestras fronteras. Igualmente, sentaron las bases para el inicio de una manera de afrontar la historia de los intelectuales que ha tenido una sustanciosa trayectoria en España: la biografía de los grandes pensadores o literatos como Unamuno, Costa, Ortega, Marañón, Azaña, Besteiro, De los Ríos, etc<sup>102</sup>.

A partir de los ochenta se asiste a la proliferación de estudios de nuevo cuño, ciertamente a remolque del cambio de sensibilidad que se estaba gestando en el país galo y que afectaría desde la raíz a las interpretaciones de los especialistas en historia intelectual. En este marco, con frecuencia se recuerda el servicio prestado para el avance de la disciplina en España por parte de los hispanistas o los historiadores de la literatura, quienes “por su técnica crítica y su insustituible capacidad para entablar empatía con los textos canónicos” imprimieron una mirada fresca y renovada<sup>103</sup>. Crecientemente más vinculada al panorama europeo y reducida la brecha de la intelectualidad española con sus congéneres transpirenaicos con la llegada de la democracia y las libertades y con la aparente mutación del comportamiento y prerrogativas de la figura del intelectual, un juicio historiográfico nos permite englobar los trabajos publicados en España en torno a dos tendencias no claramente diferenciables, sino más bien surcadas por francos puntos de encuentro, pero que tal vez merezca la pena conocer por cuanto se afanaron por seguir sobre el tapete de la intelectualidad española el utillaje de análisis favorito entre los historiadores liberales británicos y los historiadores y sociólogos franceses.

A grandes rasgos, podría significarse la presencia digna de consideración de una manera de enfocar el estudio intelectual desde un prisma más cercano a los retratos individuales, biográficos y de análisis de la obra misma y el pensamiento, característicos de la producción británica. En España, fueron pioneros en esta línea los trabajos de Vicente Cacho Viu sobre la Institución Libre de Enseñanza, el 98, Ortega o el nacionalismo catalán. De su investigación seminal acerca de la Institución Libre de Enseñanza<sup>104</sup> ha escrito Rafael Núñez Florencio que, en el recipiente contextual del

---

<sup>102</sup> Fernando MORENTE: “Más allá del páramo...”, p. 49.

<sup>103</sup> Elena HERNÁNDEZ SANDOICA: “La historia cultural en España...”, p. 72.

<sup>104</sup> Vicente CACHO VIU: *La Institución Libre de Enseñanza. I. Orígenes y etapa universitaria (1860-1881)*, Madrid, Rialp, 1962. Una nueva y cuidada edición ha salido al mercado editorial en 2010 bajo el sello de la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y con el título reducido a *La Institución Libre de Enseñanza*.

franquismo, no sólo “superaba con mucho la media usual en un ámbito cerrado y dogmático”, sino que su valor también era tributario de su vocación “de apertura y recuperación de un ayer anatemizado” y lo hacía, además, con una “escritura contenida, metódica, reflexiva, más atenta al dato desnudo que a la objetivación imprudente”<sup>105</sup>. Cacho Viu presentó claves que no han dejado de nutrir posteriores publicaciones de otros autores. Sintéticamente, no podemos excluir de este efímero resumen una serie de nociones medulares. Como la figura de las grandes morales colectivas, acuñada con la intención de elucidar y enlazar las diferentes respuestas a la crisis del positivismo del fin de siglo XIX y que fueron cauce de aspiraciones modernizadoras de sesgo desigual, que Cacho Viu halló en la ciencia, en el europeísmo, en el nacionalismo catalán o en el socialismo. En otro orden de cosas, la idea y la aplicabilidad del concepto de generación tienen especial incidencia en la obra de Cacho Viu: para él, la voz ‘generación’ iluminaba un aspecto irrenunciable de la aparición de los intelectuales: el hecho de que, roto su aislamiento, el fenómeno intelectual sobre las sociedades contemporáneas era un fenómeno de matriz esencialmente colectiva. Precisamente por ello, la generación había de entenderse a la manera de un grupo que se ve afectado por la influencia de un importante acontecimiento colectivo, que moldea tendencias comunes a la hora de examinarlo y de plantear propuestas para superarlo: para el caso de quienes, como Ortega, eran jóvenes cuando el 98, Cacho Viu emplea el término teenagers del desastre y recuerda la cita del joven filósofo madrileño: “los que hemos abierto los ojos de la curiosidad al tiempo de los fracasos”. Alumbró la génesis de conceptos hasta entonces poco clarificadores como los de generación del 98 y del 14 y acuñó también la idea del liderazgo intergeneracional orteguiano. Finalmente, su diseño policéntrico de las esferas de poder intelectual y de traslación de ideas en España –Madrid y Barcelona- y su dependencia del sol parisino adquirió proyección a través del concepto del modelo triangular<sup>106</sup>.

Todos juntos, en la pluma de Cacho Viu terminaron por conformar un enjambre de pautas referenciales que revolucionó la interpretación del mundo intelectual español del cambio de siglo y ayudó a triturar algunos muros de incompreensión que habían obstaculizado el conocimiento del período, especialmente en lo concerniente a la

---

<sup>105</sup> Rafael NÚÑEZ FLORENCIO: “La Institución Libre de Enseñanza. Vicente Cacho Viu”, *ElCultural.es*, 11-6-2010.

<sup>106</sup> Vicente CACHO VIU: *Repensar el 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997; ÍD: *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

inveterada tradición casticista española que remarcaba los factores de excepcionalidad y había hecho de fenómenos como la generación de fin de siglo o el 98 lecturas vedadas a la comparación internacional. Con una visión generosamente amplia, Cacho resignificaba algunos de los grandes episodios de la historia intelectual nacional y se dispuso a ubicarlos en el marco de circuitos culturales y de difusión de ideas europeos, matizando, a su vez, el impacto de la pérdida colonial en sí misma.

Esta línea abierta por Cacho Viu ha sido transitada hasta nuestros días por algunas eminentes figuras como su discípulo Octavio Ruiz-Manjón o, en fechas más recientes, por Javier Zamora Bonilla o Antonio López Vega<sup>107</sup>, quienes se han convertido en sus nuevos valedores y manifiestan un creciente interés hacia la sociabilidad intelectual<sup>108</sup>.

De otra parte, aunque siempre de manera crítica y parcial, otros investigadores españoles han preferido una aproximación que concede mayor espacio a la dimensión social del compromiso intelectual, algo propio de la bibliografía francesa, pero sin renunciar a la historia del pensamiento. Entre ellos es obligado mencionar, además de a los más reconocidos hispanistas franceses como Serge Salauin, Carlos Serrano o Paul Aubert, a Santos Juliá, quien, no obstante, también ha cultivado el género biográfico, lo que es demostrativo de la tendencia cada vez más palpable de entrelazar métodos de acceso y aunar los frutos que de ellos pueden obtenerse<sup>109</sup>. Pero tal vez su mayor aportación haya sido el retrato colectivo de la intelectualidad española y su aparición en la escena pública que compuso en *Historias de las dos Españas* aprovechando las reflexiones surgidas al socaire del sempiterno debate sobre el ser nacional. En dicha obra, Santos Juliá ha pretendido determinar las formas en que se manifiesta la intervención pública del intelectual, las retóricas y los relatos-tipo acerca de España (concretamente de “las Españas” que dichos relatos definen). No es tanto un recorrido siguiendo las figuras individuales –los intelectuales de más peso–, sino los caracteres, la sucesión, la imbricación y las hondas repercusiones alcanzadas por esas metáforas colectivas de anomalía, excepcionalidad, dolor, agonía, amargura, fracaso, afirmación o anhelo “que confieren sentido a la acción presente por una inmersión en el pasado de la

---

<sup>107</sup> Han estudiado últimamente a personajes en los que se conjugan la faceta intelectual y la política: Javier ZAMORA BONILLA: *Ortega y Gasset*, Madrid, Plaza y Janés, 2002; Octavio RUIZ-MANJÓN: *Fernando de los Ríos: un intelectual en el PSOE*, Madrid, Síntesis, 2007; Antonio LÓPEZ VEGA: *Gregorio Marañón. Radiografía de un liberal*, Madrid, Taurus, 2011.

<sup>108</sup> A modo de ejemplo: Antonio LÓPEZ VEGA: *Epistolario inédito. Marañón, Ortega, Unamuno*, Madrid, Espasa Calpe, 2008.

<sup>109</sup> Santos JULIÁ: *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*, Madrid, Taurus, 2008.

que se derivan propuestas para el futuro”<sup>110</sup>. En esta línea, encontramos sumamente acertado también el enfoque que Enrique Selva ha utilizado para trabar la crisis intelectual de fin de siglo con el conflicto social en los años de la Restauración<sup>111</sup>.

Es preciso añadir, para completar el círculo sobre el ascendiente de los trabajos franceses sobre nuestra historiografía, dos apuntes que tienen mucho que ver con el modelo ideal que se busca conseguir en España. Si el diseño trazado por Sirinelli ya venía siendo considerado como la plantilla propicia para pulir carencias, rellenar vacíos y pavimentar nuevos avances en la reconstrucción de nuestro pasado intelectual<sup>112</sup>, es ilustrativa, además, de la progresiva adopción y traslación del corpus de nociones que vieron la luz en Francia, la reciente publicación de los clásicos de la historia de los intelectuales francesa. No hay más que hacer un inventario de libros traducidos en lengua castellana en el nuevo siglo, como los de Jean-François Sirinelli, Pascal Ory, François Dosse, Michel Winock, Christophe Charle o Alain Minc, para comprobar que los especialistas españoles miran cada vez más hacia las pautas metodológicas que brindan sus colegas del otro lado de los Pirineos.

Con todo, aún nos faltan algunas áreas que acotar. En nuestro país, a excepción de autores como Benjamín Oltra o Juan Pecourt, responsable de los últimos intentos por introducir una óptica estrictamente sociológica en el cuadro del estudio de los intelectuales, no han abundado los trabajos desde esta perspectiva<sup>113</sup>, circunstancia tal vez estrechamente vinculada con el hecho de que los protagonistas del impulso de la disciplina fueran primordialmente hispanistas y filólogos. Por otra parte, la originaria dependencia de ambos sectores se ha modificado en las últimas décadas a medida que la pujante pléyade de historiadores intelectuales oriundos de España iba apuntalando y cumpliendo objetivos y consolidando un archipiélago de conocimiento dinámico, hondo

---

<sup>110</sup> Santos JULIÁ: *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, p. 17. Sin romper el guion, de reciente publicación es el volumen duodécimo de la *Historia de España* de Marcial Pons y Crítica: José ÁLVAREZ JUNCO (coord.), Gregorio DE LA FUENTE, Carolyn BOYD y Edward BAKER: *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad*, Barcelona, Marcial Pons-Crítica, 2013.

<sup>111</sup> Enrique SELVA: *Pueblo, intelligentsia y conflicto social (1898-1923). En la resaca de un centenario*, Alicante, Edicions de Ponent, 1998.

<sup>112</sup> Así lo reivindican en sus trabajos de naturaleza bibliográfica autores como Genoveva Queipo de Llano y Francisco Morente. Genoveva QUEIPO DE LLANO: “La historia de los intelectuales españoles...”, pp. 333-348; Francisco MORENTE: “Más allá del páramo...”, pp. 41-76.

<sup>113</sup> Benjamín OLTRA: *Pensar en Madrid. Análisis sociológico de los intelectuales políticos en la España franquista*, Barcelona, Euros, 1976, Juan PECOURT: “El campo de las revistas políticas bajo el franquismo”, *Papers: revista de sociología*, 81 (2006), pp. 205-228; ÍD: *Los intelectuales y la transición política. Un estudio de campo de las revistas políticas en España*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2008.

y diverso: los primeros siguen nutriendo de trabajos brillantes al campo historiográfico español, liberado, eso sí, de su influjo omnímodo<sup>114</sup>; respecto de los segundos, una encomiable colaboración transdisciplinar está produciendo cada vez más fecundos resultados, como prueba la buena acogida y el prestigio alcanzado por las investigaciones de quienes son auténticos buques insignia de la historia cultural e intelectual española como José-Carlos Mainer o su discípulo Jordi Gracia<sup>115</sup>.

Los renglones de la historia intelectual del momento pasan también por la buena salud, renovada, de la historia política, la narrativa y el género biográfico, redimensionado y sacado de los estrechos márgenes en que fue encorsetado en otro tiempo en que se privilegiara la obra de agentes sociales amplios y anónimos, lo que en ocasiones fue acompañado de cierto desdén hacia los trabajos que recogían las experiencias de actores individuales. No debemos recatar el protagonismo que en esta dirección han tenido los trabajos de Pedro Carlos González Cuevas como promotor de una manera de historiar las ideas “no en su acepción abstracta y ahistórica”, sino en la forma en que éstas actúan conectadas “recíprocamente con la realidad social y política”<sup>116</sup>, ni los de Juan Francisco Fuentes o Javier Fernández Sebastián, cuyo empeño por habilitar un hueco para una historia de los conceptos y su uso y aparición pública quedó consagrado con la publicación de los monumentales diccionarios político-sociales de la contemporaneidad española, empresa en la que lograron embarcar a una nómina de especialistas que reunía a lo más granado del paisaje nacional de la disciplina<sup>117</sup>.

En cuanto al universo de grupos de investigación, proyectos en marcha y publicaciones periódicas, el punto más reseñable es el que concierne a la labor puesta en marcha por el Grup d'Estudis d'Història de la Cultura i dels intel·lectuals (GEHCI) de

---

<sup>114</sup> Hoy las grandes obras de autores como E. Inman Fox, Víctor Ouimette, Paul Aubert o Carlos Serrano siguen siendo referenciales. A modo de muestra, una última y notable aportación del hispanismo francés en Colette RABATÉ, Jean-Claude RABATÉ: *Unamuno. Biografía*, Madrid, Taurus, 2009.

<sup>115</sup> Algunas de sus obras más significativas: José-Carlos MAINER: *Falange y literatura*, Barcelona, Labor, 1971; ÍD: *La edad de plata (1902-1931). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Barcelona, Asenet, 1975; ÍD: *Modernismo y 98*, Barcelona, Crítica, 1994; Jordi GRACIA: *La resistencia silenciosa: fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004; ÍD: *Estado y cultura: el despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo, 1940-1962*, Barcelona, Anagrama, 2006; ÍD: *A la intemperie. Exilio y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2009.

<sup>116</sup> Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *El pensamiento político de la derecha española en el siglo XX. De la crisis de la Restauración al Estado de partidos (1898-2000)*, Madrid, Tecnos, 2005, p. 14. Ha cultivado también la biografía político-intelectual: *Maeztu. Biografía de un nacionalista español*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

<sup>117</sup> Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Juan Francisco FUENTES: *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza Editorial, 2002; ÍD: *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, Alianza Editorial, 2008. Puede consultarse también la nota 97 del presente documento.

la Universitat de Barcelona. Conformado por un amplio espectro de colaboradores y capitaneado por Jordi Casassas, el GEHCI se ha convertido en herramienta para arracimar un material anteriormente disperso y en artífice de trabajos que han arrojado un haz de luz específico para alcanzar una historia intelectual completa de Cataluña<sup>118</sup>. A su vez, edita, desde 1998 y con una periodicidad anual, la revista *Cercles d'Història Cultural*, órgano desde el que fomenta la investigación sistemática de la participación de los intelectuales en la dinámica cultural, política e institucional de Cataluña y España en particular, y el espacio cultural mediterráneo y Europa en general. Abandonando el plano regional, podemos concluir nuestro estado de la cuestión del estudio de los intelectuales en España afirmando el vigor de una parcela de conocimiento que no es reductible a la unidad, sino que admite lecturas historiográficas muy diversas, factor en el que reside gran parte de su capital y activo. Entrados en la segunda década del siglo XXI, se ha afianzado un cauce netamente autónomo para el debate y la disciplina crece a pasos agigantados. Unas pisadas cuyo rastro puede seguirse a través de la hilera de números monográficos y artículos que vienen ofreciendo las páginas de revistas como *Ayer*, la citada *Cercles d'Història Cultural*, *Historia y Política*, *Arbor*, *Espacio, Tiempo y Forma*, *Circunstancia*, *Revista de Estudios Orteguianos*, *Revista de Occidente*, *Historia del Presente* o *Journal of Catalan Intellectual History*, así como a través del notable empeño por colmar vacíos historiográficos con la expansión de los márgenes temáticos clásicos hacia nuevas áreas cuyo conocimiento permanecía en penumbra hasta hace relativamente poco tiempo, como es el caso del hoy rebosante caudal de ensayos dedicados a la vida intelectual del franquismo, la Transición y la democracia<sup>119</sup>. Junto a ello, no ha decrecido el copioso interés que suscitaba el período estrella de 1898-1936, singularmente los albores de la implicación intelectual en el curso del tránsito intersecular, los “dos soles” de nuestra intelectualidad –Unamuno y Ortega-, la eclosión cultural de la *Edad de Plata* y la politización masiva durante la República y la Guerra Civil. No por ello la conclusión ha de ser autocomplaciente: como en todo ecosistema de estudios históricos, continúan existiendo territorios semivírgenes esperando la incursión por parte de los especialistas, que aún siguen dedicando atención preferente a

---

<sup>118</sup> Jordi CASASSAS (coord.): *Els intel·lectuals i el poder a Catalunya. Materials per a un assaig d'història cultural del món català contemporani (1808-1975)*, Barcelona, Pòrtic, 1999.

<sup>119</sup> Puede verse a través del número 5 (2005) de *Historia del Presente*: “Expediente: intelectuales y segundo franquismo” o en el número 81 (2011) de *Ayer*, dedicado a “Los intelectuales en la Transición”. En otro ámbito cronológico, es de agradecer la recientísima publicación del número 91 (2013) de *Ayer*: “La Gran Guerra de los intelectuales: España en Europa”.

la vida cultural del primer tercio de siglo. Del mismo modo, permanece en pie la exigencia de perfeccionamiento de una historia intelectual en la que aún se echa en falta mayor reflexión metodológica<sup>120</sup>.

## 5. La pertinencia de una hibridación

De cara al estudio de los periodistas, profesores, ensayistas, filósofos, científicos y literatos que prestaron su concurso activo en la *República de intelectuales* que sancionara Azorín, tal vez pudiera parecer más pertinente movernos en vecindad con las herramientas propuestas por la historiografía francesa, con sus itinerarios, redes de sociabilidad y generaciones y su preferencia por un enfoque político-social, con peso importante de los factores del entorno, bagaje en el que quedarían resaltadas la toma de partido y la militancia política de las letras españolas. Acaso esto es así porque pocas ocasiones de nuestra historia nacional reflejan con tanta precisión como el final de los años veinte y la década subsiguiente el símbolo de la efervescente implicación y voluntad organizadora de los intelectuales en el plano político, el culmen del intelectual orgánico, ocupando embajadas y ministerios, ejerciendo de tribunos críticos y de azuzadores de conciencias, de sacerdotes o predicadores de las nuevas religiones políticas y animadores de una praxis política que mezclaba por igual la calle con el Parlamento. Sin embargo, sería inexcusable disponer de aquellas palancas que permitieran canalizar uno de los fenómenos inconfundibles del momento: la destrucción y reconversión de la sintaxis convencional y la instauración o restitución de nuevos significados para palabras clave. Esta reordenación del lenguaje encontró su manifestación externa en el rol de los intelectuales como proveedores de “discursos irresponsables y retóricas intransigentes” al servicio de alguna de las múltiples configuraciones socio-ideológicas que presentaba el heterogéneo tablero de ajedrez que era la política española de entonces<sup>121</sup>. Por ello, creemos que no hay que dejar de lado la metodología de la Escuela de Cambridge: especialmente sugestivo resulta el avance conseguido en la órbita de la recreación histórico-contextual concreta de las ideas y discursos, del contenido mismo pergeñado por los intelectuales.

---

<sup>120</sup> Francisco MORENTE: “Más allá del páramo...”, p. 52.

<sup>121</sup> Javier ZAMORA BONILLA: “Discursos irresponsables y retóricas intransigentes” en Fernando DEL REY (dir.): *Palabras como puños. La intransigencia política durante la Segunda República española*, Madrid, Tecnos, 2011, pp. 523-595.

Juzgamos acertado partir de una pluralidad metodológica a la hora de comenzar nuestros estudios en lugar de adscribirnos herméticamente a uno de los modelos interpretativos y es que el nuevo afán por elucidar los aspectos del texto y situarlos en su circunstancia histórica concreta puede revitalizar métodos de enfoque que pudieran parecer agotados. Por eso, creemos que se debe aspirar a una historia del intelectual y la política que redoble su incidencia contextual entrecruzando los entornos, los lugares y los medios con las ideas y los lenguajes políticos, orillando de plano cualquier rechazo apriorístico de alguna de las vetas interpretativas. Así, debe perseguirse obtener una historia en la que los actos del intelectual no figuren aislados del medio social, el lenguaje común y las experiencias compartidas con otros intelectuales a la vez que se haga “más histórica la historia del pensamiento”<sup>122</sup>. Una historia del intelectual como sujeto colectivo y su interacción social pero que no eluda la dimensión individual ni la recepción y apropiación de un corpus de pensamiento por parte de los lectores. Una historia del intelectual que conjugue realidad social, acción y pensamiento político. La fecundidad de esa historia y la exactitud de su retrato dependerán de la habilidad para anudar lazos.

En definitiva, tender puentes entre la importancia acordada para una historia de tipo micro sobre una sociedad intelectual concreta, tal y como se defiende en Francia, con el análisis de las culturas políticas y los contextos discursivos, lo que nos acercaría al *modus operandi* más habitual entre los anglosajones. Rebasar así un horizonte rácano y bipolar para ofrecer un menú multiforme, híbrido, proteico, que libere aspectos que antes estaban aprisionados, sujeto a incesantes revisiones que impidan que ninguna de las áreas fundamentales de estudio sea menoscabada<sup>123</sup>. Nos interesa, por resumir, todo cuanto rodeó a la expresión de la palabra pública de los intelectuales comprometidos con el fascismo.

---

<sup>122</sup> Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN: “Historia intelectual y acción política...”, p. 238.

<sup>123</sup> Para Jordi Casassas es necesario interpretar “en sus respectivos contextos, los sentimientos que impulsaron estas acciones, las morales que los sancionaron, las ilusiones que abrieron o lo que se esperó de sus resultados, así como los grandes sistemas de pensamiento que estaban detrás de todo este conjunto de acciones”. Jordi CASASSAS: “La historia de los intelectuales...”, p. 90.

#### **IV- INTELECTUALES FASCISTAS EN ESPAÑA**

Constatamos que, a medida que las palabras buscan dotar de contenido a procesos interrelacionados y cada vez más amplios, se vuelven opacas y se ven desprendidas de toda cualidad descriptiva. Seguramente, pocos términos han concitado en torno a sí tanta reflexión y controversia historiográficas como la voz ‘fascismo’<sup>124</sup>. Abordando la complicada problemática de definir su naturaleza, Ernest Mandel afirmó en los ochenta que las grandes articulaciones teóricas erigidas desde las ciencias sociales para explicar dicho fenómeno eran indisociables de su propia historia. Décadas antes, Angelo Tasca había señalado que tratar de expresar y conceptualizar la identidad del fascismo era en verdad escribir su historia<sup>125</sup>. Cuando a la hora de redactar estas líneas nos enfrentamos a la enorme masa de páginas y tinta vertida sobre alguna de las facetas de la historia del fascismo hemos podido comprobar que resulta sumamente difícil abarcar con pretensión de exhaustividad la producción bibliográfica dedicada al tema, contemplado siempre bajo el foco de tendencias historiográficas muy distintas, sometido a la construcción y

---

<sup>124</sup> Amén de reto historiográfico, es una cuestión de higiene semántica desenmarañar los fundamentos del fascismo ante la infecta proclividad con que aparece en el cosmos político actual. No es este el soporte adecuado para extendernos en detallar las diferentes clasificaciones y síntesis taxonómicas que los historiadores han apuntado para definir el fascismo. Sería un esfuerzo vano en tanto que el tema está lejos de haber sido clausurado. Sin perjuicio de que existan esas diferencias o matizaciones, el término y su aplicación como fenómeno supranacional cuentan con la aceptación mayoritaria de la comunidad historiográfica. Baste con mencionar a algunos de los autores de referencia al respecto: Norberto Bobbio, Karl Dietrich Bracher, Paul Brooker, Philippe Burrin Enzo Colloti, António Costa Pinto, Ralf Dahrendorf, Renzo de Felice, Michel Dobry, Roger Eatwell François Furet, Emilio Gentile, James A. Gregor, Roger Griffin, Daniel Guerin, Stein U. Larsen, Tim Mason, Barington Moore, George L. Mosse, Ernst Nolte, Robert O. Paxton, Stanley G. Payne, Nicos Poulantzas, Zeev Sternhell, Nicola Tranfaglia, Enzo Traverso, entre otros. Últimamente, el español Joan Antón Mellón ha hablado de la utilidad de realizar un análisis comparativo y complementario de tres de las definiciones que estima más completas: las proporcionadas por Roger Griffin, Robert O. Paxton y Norberto Bobbio: “En síntesis el diagnóstico es el de la existencia de una crisis (Bobbio) (de enormes proporciones) que ha conducido a la nación/comunidad a la decadencia (Paxton/Griffin), de ahí que el objetivo general sea la palingenesis o renacimiento (Griffin). La idea-fuerza de cómo lograr ese objetivo (sagrado) es el encuadramiento unitario (y total) de la sociedad (Bobbio). Los medios estratégicos consisten en adoptar una forma revolucionaria (y ecléctica) de nacionalismo (Griffin) por medio de la identificación de las reivindicaciones sociales con las reivindicaciones nacionales (Bobbio) (que culminarían en un imperio) y plantear una alternativa (ideológica/política/cultural) a las libertades democráticas (Paxton). Mientras que los factores tácticos específicos serían la alianza con elites tradicionales, el uso (sistemático y racionalizado) de la violencia de forma amoral y paralegal; una movilización de las masas (Bobbio) (según una concepción de la política integralista y sacralizada) y el establecer objetivos de limpieza interna y expansión externa (Paxton)”. Véase Joan ANTÓN MELLÓN: “Las concepciones nucleares, axiomas e ideas-fuerza del Fascismo Clásico (1919-1945)”, *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), 146 (2009), pp. 52-53.

<sup>125</sup> Las citas pueden encontrarse en Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: “Los apoyos sociales de los movimientos y regímenes fascistas en la Europa de entreguerras: 75 años de debate científico”, *Hispania*, 207, 2001, p. 18

deconstrucción de paradigmas, alterado por la incontinencia e indiscriminación en un uso público que es antes valorativo que analítico y enriquecido en el marco de apasionantes debates académicos, hasta el punto de que, como ha escrito Ismael Saz, la historia de la historiografía sobre el fascismo esté en camino de convertirse en una subdisciplina de la Historia<sup>126</sup>. Algo que viene a atestiguar el hecho de que en las últimas décadas, y de la mano de algunos de los más prolíficos historiadores del fascismo, no hayan escaseado los trabajos que tienen por objeto de estudio el esclarecimiento de los patrones y modelos explicativos básicos sobre un fenómeno que provocó una conmoción de largo alcance en Europa y en el que se condensan algunos de los puntos de fricción constitutivos de la modernidad<sup>127</sup>.

Es precisamente por encerrar esta característica por lo que el archipiélago de estudios sobre el fascismo ofrece al científico social incontables islas por explorar y que concuerdan a la perfección con los objetos más atendidos por la Historia en la actualidad, puesto que las líneas maestras que surcan las preferencias, método y disquisiciones del historiador del siglo XXI forman parte del mapa del fascismo: los aspectos político-institucionales, el entramado de relaciones entre las elites tradicionales y los nuevos actores emergentes consecuencia de la expansión de una política y una cultura de masas, la extracción sociológica y la cuestión de los apoyos y consensos, las formas de movilización de la sociedad –especialmente la juventud-, la protesta y los comportamientos políticos en el medio agrario, la violencia y la represión sobre el adversario político convertido en enemigo, el universo de las religiones políticas y las estrategias de consolidación y legitimación a través del mito, la liturgia y el simbolismo de masas, las mentalidades colectivas, la historia de la vida cotidiana, la memoria, el género y las formas de sociabilidad femenina en los totalitarismos, el ojo de la aguja de la microhistoria sobre las sociedades contemporáneas, la mirada a ras de suelo que comporta una panorámica de historia local y la información que eso ofrece para descifrar aspectos fundamentales sobre el plano más elemental de la socialización

---

<sup>126</sup> Ismael SAZ CAMPOS: “Repensar el fascismo...”, p. 91.

<sup>127</sup> Destacamos, entre otras, las publicaciones de: Renzo de FELICE: *El Fascismo. Sus interpretaciones*, Buenos Aires, Paidós, 1976; James GREGOR: *Interpretations of fascism*, Berkeley, University of California, 1974; Stanley G. PAYNE: *Historia del fascismo*, Barcelona, Planeta, 1995, pp. 553-632; Roger GRIFFIN: *International Fascism. Theories, Causes and the New Consensus*, Londres, Arnold, 1998; Emilio GENTILE: *Fascismo: historia e interpretación*, Madrid, Alianza Editorial, 2004; Ismael SAZ CAMPOS: “Repensar el fascismo...”, pp. 91-121; Stein U. LARSEN: “Decomposition and recomposition of theories: how to arrive at useful ideas explaining fascism” en António COSTA PINTO (ed.): *Rethinking the nature of fascism. Comparative perspectives*, Londres, Palgrave Macmillan, 2010.

política, etc. Entre ellos no podía faltar la temática que aquí nos ocupa, inscrita en el cuadro de redimensión de lo cultural al que ya aludíamos más arriba.

Un balance trazado desde nuestros días permite ver cómo, a lo largo de los casi noventa años de estudios sobre un tema que levanta tan encontradas emociones, no han faltado ni el prejuicio ideológico ni el escrito apasionado y dogmático ni el encausamiento historiográfico, lo que en ocasiones castraba y deformaba la lucidez de unas explicaciones que caían en un nada sano saco de esquematismo. Si durante muchas décadas tres grandes tendencias globalizadoras –la liberal, la marxista y la radical-democrática- confrontaron las capacidades heurísticas de sus respectivas propuestas, hace tiempo que comenzaron a ser recusadas, desmontadas por acusar un hartazgo determinista, una rigidez, unilateralidad y combatividad en ocasiones alejada de la tarea científica, abierta a la revisión, serena y ecuánime presumible en el historiador. De un tiempo a esta parte viene produciéndose un paulatino abandono de esta fase, atisbándose un horizonte mucho más atractivo y plural, en el que el análisis factual y comparado se impone sobre los modelos prefigurados y reduccionistas en los que insertar hechos<sup>128</sup>. Una de las felices consecuencias de estos nuevos aires que soplan para la historia del fascismo ha sido la superación de una de las rémoras que se arrastraba de aquella etapa y que entorpecía la plena asunción de la naturaleza del fascismo: aquella por la que se arrinconaba el estudio de los factores ideológicos para la comprensión del fenómeno, pues obraba en los análisis sobre el mismo la creencia en la inanidad y endeblez de las ideas en la génesis y desarrollo del fascismo, a veces asociado con un ciego nihilismo, con un paréntesis en la historia de un cuerpo nacional aquejado de un profundo derrumbamiento moral, con una singular forma de acceder o de detentar el poder, habitualmente caricaturizado como la expresión incontrolada de las más profundas pasiones y fobias que condujeron a un brutal y despótico gobierno, lo que equivalía a menospreciar el nuevo tono que adquirieron los procesos de movilización social en los albores del siglo XX, así como la relevancia de toda una serie de rupturas, amalgamas y entrecruzamientos de esencia filosófica y política que resquebrajaron algunas de las

---

<sup>128</sup> Certestamente recuerda Eduardo González Calleja que “parece incluso posible hablar de una identidad retórica común a todas estas interpretaciones globalizadoras, donde el análisis y la valoración del hecho fascista se realizaron bajo los moldes dramatizadores de un procedimiento penal, en el que estuvieron presentes todos los elementos y partes concurrentes de un «sumario» de esa naturaleza: las víctimas reales o probables del «crimen», los imputados (fueran en grado de autoría inmediata, de complicidad o de inducción), los responsables civiles, y un observador eminente, que sucumbió a la tentación de erigirse a la vez en acusador particular y en tribunal encargado de tipificar la naturaleza del «delito» y de «dictar sentencia» condenatoria”. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: “Los apoyos sociales de los movimientos...”, p. 19.

fronteras políticas tal y como eran conocidas en el momento finisecular y cuyo conocimiento y circulación como activo historiográfico tanto deben al israelí Zeev Sternhell<sup>129</sup>.

No menos sucedía a la hora de hallar acomodo al binomio cultura-fascismo, que parecía en sí mismo una *contradictio in terminis*, en tanto que un sector importante de los estudiosos del fascismo encontraba constreñida la operatividad de sus trabajos por un relato tal vez excesivamente nucleado en torno a los conceptos de *clase y función social*. Según este esquema, que se centraba en el estudio de lo social-material y despreciaba la atención sobre el imaginario, el fascismo estaba desprovisto de todo contacto con los medios de la *intelligentsia*. Ideológicamente no sería sino un barniz o maquillaje que envolvía la verdadera paternidad reaccionaria de su mensaje y lo más reseñable de su irrupción en el período de entreguerras venía servido por su condición de agente violento y último valladar del capitalismo burgués que adoptaba la faz de un “régimen de excepción capitalista” erigido con la finalidad triple de conseguir el mantenimiento del sistema productivo instituido y la preeminencia de sus élites beneficiarias, de no claudicar ante las reivindicaciones del movimiento obrero organizado, así como abortar su eventual asalto al sistema en forma de revolución social<sup>130</sup>. Para otros, quienes suscribían el modelo explicativo liberal del fascismo, su radical ruptura con los períodos inmediatamente anterior y posterior en la historia de la comunidad relegaba también al último plano la magnitud cultural del fenómeno, que aparecía como un incómodo injerto sin ningún punto de apoyo ni deuda en el pasado y sin ningún legado hacia el futuro. Antes, podía parecer que se estaba realizando un

---

<sup>129</sup> Sternhell dirigió la mirada hacia la crisis cultural de fin de siglo. Sus argumentaciones sobre el nacimiento del fascismo como construcción intelectual que sintetizó elementos antiliberales y revolucionarios a derecha e izquierda en las décadas precedentes a la Gran Guerra, así como su idea de la primogenitura fundamentalmente francesa, causaron un terremoto en el panorama historiográfico francés, hasta entonces configurado mayoritariamente alrededor de la idea de la inmunidad gala a la vía fascista. Robert WOHL: “French Fascism, Both Right and Left: Reflections on the Sternhell Controversy”, *Journal of Modern History*, 63 (1991), pp. 91-98. En castellano puede consultarse al respecto: Zeev STERNHELL, Mario SZNAJDER, Maia ASHERI: *El nacimiento de la ideología fascista*, Madrid, Siglo XXI de España, 1994.

<sup>130</sup> Para Robert O. Paxton, que ha hablado de cuatro causas concurrentes que tensaron la relación entre la Historia y el fascismo -de las cuales dos resultan particularmente interesantes para lo que aquí nos concierne-, el problema de la memoria de la izquierda torpedeó durante décadas la aparición de un análisis desprejuiciado, puesto que “fueron necesarias dos generaciones hasta que la izquierda se convenció de que el fascismo es, sobre todo, un verdadero movimiento de masas, y no la hábil maniobra de una derecha reaccionaria o de un capitalismo desesperado”, algo a lo que tampoco había contribuido la ambigua relación entre ideología y acción política en los totalitarismos fascistas. Recogido en António COSTA PINTO: “El fascismo europeo: entre el ‘neo’ y la memoria”, *Ayer*, 18 (1995), p. 54.

diagnóstico médico sobre un cuadro de enfermedad colectiva desde los síntomas hasta la metástasis diseminada desde un original refugio infecto.

Sumidos los grandes paradigmas deterministas en una crisis epistemológica, desde las últimas décadas del siglo pasado, y cada vez con mayor frecuencia, los estudiosos de la movilización política y las doctrinas autoritarias y totalitarias durante el interludio entre sendas guerras mundiales han acudido al ramillete de propuestas y conceptos procedente de la sociología, la antropología, los estudios culturales y la historia de la vida cotidiana y han incluido en sus trabajos el producto de la fructífera intersección disciplinar, contribuyendo a impulsar el conocimiento del período y regenerando la ya de por sí generosísima bibliografía existente. Gradualmente redirigida la óptica interpretativa hacia análisis de corte político y cultural que rechazan la univocidad para adoptar enfoques multifactoriales, dúctiles y plásticos, y restituida la importancia de lo mental y lo alegórico, los especialistas en historia del pensamiento, los investigadores interesados en rastrear la genealogía y germen de las ideas políticas o aquellos que reflexionan sobre el rol del intelectual en la sociedad de masas y su experiencia al servicio de las propuestas de cambio enunciadas por el radicalismo político en la crisis del sistema liberal-democrático, tienen ante sí un considerable terreno sobre el que posar su mirada.

## **1. Producción bibliográfica sobre los intelectuales fascistas de la España de preguerra**<sup>131</sup>

---

<sup>131</sup> Sobre el fascismo: consideramos que puede resultar aceptable un concepto genérico que funcione como instrumento de distinción pero no de definición, en el que haya cabida para amplias disensiones y diferencias en función de los espacios nacionales, que aglutine variantes que puedan ser significativas y fundamentales para la emergencia fascista en un país pero que, al mismo tiempo, se reconozca que no tienen por qué reproducirse en todos. Comprendemos, por ello, que no hay que pensar en términos de irradiación de una idea extranjera, sino que su capital último hay que buscarlo en las condiciones individuales de cada sociedad política, puesto que es archiconocido como uno de los nortes básicos del fascismo la exaltación de la propia idiosincrasia nacional. A su vez, siguiendo esta lógica, cabe preguntarse sobre los usos del lenguaje y el valor conferido y lo que designa la palabra ‘fascismo’ en cada lugar. En este trabajo bibliográfico utilizamos la expresión ‘fascismo español’ -de acuerdo a como lo hace la inmensa mayoría de historiadores, como una concesión a los conceptos que ésta maneja, sin entrar a valorar nada más allá-, para hablar de una trayectoria que, a nivel organizativo, estuvo *grosso modo* iluminada en los años anteriores a la Guerra Civil por La Conquista del Estado, las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas, Falange Española y Falange Española de las JONS. A nivel individual, aunque la nómina pueda ser incompleta, han sido considerados intelectuales fascistas aquellos que en algún momento de sus carreras vertieron tinta en contiendas ajenas a la literatura y sintieron la sangre caliente de la militancia política radical: Ernesto Giménez Caballero, Ramiro Ledesma Ramos, José Antonio Primo de Rivera, Rafael Sánchez Mazas, Onésimo Redondo, Eugenio Montes, Santiago Montero Díaz, José María Alfaro, Agustín de Foxá, Alfonso García Valdecasas, Luys Santa Marina, Dionisio Ridruejo, Samuel Ros, Jacinto Miquelarena, Pedro Murlane

Para un historiador como el estadounidense Stanley G. Payne, que ha consagrado buena parte de su labor investigadora al fascismo como fenómeno internacional en general, y a las vicisitudes y peculiaridades del fascismo español en singular, el papel del franquismo en la historia contemporánea de España y del falangismo como pieza clave –aunque lo fuera de manera descafeinada y desvirtuada- del partido único de la Dictadura, la posibilidad de acometer el estudio comparado al considerar al nacionalsindicalismo como referencia española de un fenómeno internacional, la personalidad seductora, sugerente y contradictoria de José Antonio Primo de Rivera, la Sección Femenina o las frustraciones que entre falangistas, neofalangistas y postfalangistas forjó la deformación de su ideario primigenio durante cuatro décadas de aparente dominio omnímodo sobre la sociedad española, son algunos de los factores que pueden explicar el continuo y nunca aminorado interés que Falange y los falangistas han generado<sup>132</sup>. Lo que no siempre se ha traducido en una reflexión de altos quilates o en prolijidad y minuciosidad. En España, donde no han existido debates académicos de la envergadura de la *Historikerstreit* o el *debate Goldhagen* que afectaron la propia percepción que los alemanes tenían de su identidad nacional, ni convulsiones como las creadas *a posteriori* de la publicación de los trabajos de Renzo de Felice sobre Mussolini y el fascismo, que dieron lugar a una brillante pugna en la que se enrolaron numerosos especialistas italianos y europeos, ni donde tampoco se han rasgado provocadoramente algunos lugares comunes historiográficos como ocurriera en Francia con la acogida y respuestas que hallaron las tesis de Zeev Sternhell, algunos investigadores han venido apuntando la limitada contribución de nuestra historiografía al panorama internacional de estudios sobre el fascismo<sup>133</sup>.

En este apartado nos encargamos de brindar un repaso aproximado a la evolución de lo que en España se ha escrito sobre el fascismo español en una de sus caras -el papel de los intelectuales- y en uno de sus ámbitos temporales –los años previos a la Guerra Civil, los años de la *Falange hipotética* de la que hablara Ridruejo-, imbricando siempre

---

Michelena, Guillén Salaya, etc. Creemos también que nos movemos en un terreno de arenas movedizas, en el que no operan los compartimentos estancos.

<sup>132</sup> Stanley G. PAYNE: “Prólogo” a José DÍAZ NIEVA, Enrique URIBE LACALLE: *El yugo y las letras. Bibliografía de, desde y sobre el nacionalsindicalismo*, Madrid, Ediciones Reconquista, 2005, p. 21.

<sup>133</sup> Si ya era de esa opinión Jesús Pabón en 1969, otros historiadores como Pedro Carlos González Cuevas o José Antonio Parejo Fernández han continuado insistiendo en ello en los últimos tiempos. Véanse Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: “La trayectoria de un recién llegado. El fracaso del fascismo español” en Fernando DEL REY (dir.): *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República*, Madrid, Tecnos, 2011; José Antonio PAREJO FERNÁNDEZ: “La mutación falangista (1934-1946)” en ÁLVAREZ TARDÍO, M. y DEL REY, F. (eds.), *El laberinto republicano. La democracia española y sus enemigos (1931-1936)*, Barcelona, RBA, 2012.

nuestro itinerario con los hitos más sobresalientes de la producción en el extranjero. La naturaleza de esa bibliografía, preñada de libros generalistas en los que se recoge mayor o menor atención a nuestro ramo de interés, va a producir que, en ocasiones, no se distingan nítidamente en nuestro trabajo los tratados de historia sobre el fascismo de aquellos que afinaron sobre las cuestiones que más nos atañen. Ello no obstante, se tratará siempre de proporcionar una consistente línea de evolución en clave de historia intelectual sobre el fascismo, valiéndonos para ello de un examen y presentación cronológicos.

Pudiendo haber optado por otras formas de presentación, como una que se atuviera al contenido temático de las obras, aquella que hubiera tratado de agrupar la producción al respecto siguiendo escuelas y tendencias historiográficas o esa que hubiera dividido los trabajos en función del triple repertorio propuesto por Sirinelli – biografías, redes de sociabilidad y generaciones<sup>134</sup>-, se ha preferido, a efectos de dar cumplida cuenta de su marcha, una perspectiva cronológica en el largo tiempo. Ésta comprende desde los primeros ensayos sobre el fascismo en España hasta las más recientes adquisiciones historiográficas, ya en la segunda década del siglo XXI. En el intermedio, primero se obtuvo una fotografía dogmática, al servicio de un aparato simbólico-propagandístico que desdibujó los contornos humanos e intelectuales de los *próceres* del Régimen, como José Antonio Primo de Rivera, quien profusamente sería presentado como un santo dechado de virtudes. Esta radiografía laudatoria y dominada por la pasión y la ausencia de debate crítico fue poco a poco erosionada con la introducción en España de algunos trabajos dignos de mención de la mano de hispanistas procedentes, primordialmente, del mundo anglosajón. Las décadas que subsiguieron a la desaparición de la Dictadura fueron propicias para que surgieran los primeros expertos locales. También para que se comenzaran a asimilar modelos de análisis que ya se habían utilizado para el estudio de movimientos fascistas de otros países, así como para albergar parte del bagaje y pertrechos de las interpretaciones historiográficas cercanas al marxismo. Sin un plan esquemático que ir colmando, la disciplina parecía avanzar a impulsos parciales hasta que desde poco tiempo antes al cambio de siglo hayan podido empezar a percibirse esfuerzos cada vez más coordinados por proporcionar las claves de la historia del fascismo y sus intelectuales. Ha sido en

---

<sup>134</sup> El ensayo bibliográfico de Francisco Morente sobre intelectuales y franquismo se configuró formalmente a partir del esquema del historiador francés. FRANCISCO MORENTE: “Más allá del páramo...”, pp. 41-76.

estos años cuando se ha conseguido un repertorio dilatado y cada vez más plural, preciso metodológicamente e inserto, aunque tal vez con un mínimo desfase cronológico, en la actividad historiográfica de otras naciones europeas.

Pudiendo alegarse las bondades de otras fórmulas, consideramos que la escogida atesora, al menos, la virtud de permitir que sean apreciadas las preferencias y la maleabilidad del objeto de estudio en función de los acontecimientos, tensiones, polémicas o garantías para una libertad de expresión -en ocasiones amputada-, de una sociedad sometida a una profunda metamorfosis que no deja de reflejarse en el quehacer historiográfico. Por otra parte, siendo conscientes de que el panorama que ofrecemos dista de ser completo, confiamos en que el tratamiento cronológico escogido permita pulsar las fibras sensibles de la materia y presentar de manera progresiva y pautada el desempeño académico sobre unas figuras históricas bien concretas e incardinadas en un escenario que aún ocupa su plaza de primer orden en el seno de la historiografía española.

El tema no está ni mucho menos zanjado: hay terrenos sobre los que pueden aplicarse mejores y más incisivas técnicas de prospección, así como otros aún a la espera de una primera inmersión. A su vez, las razones del atractivo que ha ejercido sobre diferentes generaciones de estudiosos han podido cambiar, pero lo cierto es que sigue acumulando muchos ingredientes que lo hacen especialmente apetecible para el historiador, pues incluso ante la falta de hallazgos, del rejuvenecimiento de las miradas al pasado y de la relectura de las deficiencias analíticas brotan nuevas incógnitas. El fondo y forma de los trabajos de los últimos años, los grupos y proyectos de investigación en curso, las reuniones universitarias y las publicaciones periódicas avalan la creencia de que en los próximos años, lejos de comenzar a retraerse el interés por la materia, va a seguir engrosándose y afirmándose en calidad.

### **1.1. Impacto y recepción del fenómeno. Los primeros escritos.**

De manera contemporánea a la marcha de los camisas negras de Benito Mussolini que desembocaría en Roma para convertirse, por los caracteres de la fase política que inauguraba, en uno de los hechos más notables del siglo, por toda Europa circularon como la pólvora las crónicas periodísticas informando sobre la novedad política y pronto en cada país el asunto suscitó formidable curiosidad, despertando muy

rápido el capítulo de adhesiones entusiastas y rechazos frontales<sup>135</sup>. En España, los lectores de *ABC* pudieron leer las asiduas reseñas, no exentas de indisimulada simpatía, que escribía el agregado cultural de la embajada en Roma, un joven intelectual llamado a tener un protagonismo especial en la conformación del barroco aparato simbólico del que gustaron rodearse los fascismos y que en nuestro país terminó por conocerse bajo el poético nombre de “estilo falangista”. Nos referimos a Rafael Sánchez Mazas, a la postre alto dirigente del partido fascista español antes de la Guerra y delfín de José Antonio Primo de Rivera. De él se ha dicho, y creemos que no es accesorio traerlo a colación puesto que nos pone en la pista del tipo de fascismo al que se sintieron vinculados algunos intelectuales españoles, que “su contenido ideológico era, en definitiva, menos importante que su tono emocional”<sup>136</sup>. En estos primeros escritos, y reflexionando sobre las condiciones que pudieran hacer propicio el surgimiento de un fascismo en España, Sánchez Mazas pondrá sobre el tapete que el banderín de enganche ideológico de un eventual movimiento en España habría de ser el antiseparatismo y no el antisocialismo, que percibía que había sido la fuerza motriz de la revolución fascista en Italia:

“En Italia el comunismo era un peligro. El fascio se creó contra el peligro, no contra el comunismo. El más grave problema interno español es el separatismo. Antes que asesinar a pobres obreros irresponsables, importaría salir al paso y dar “aceite de ricino” a ciertos gordos y orondos burgueses de Barcelona y de Bilbao... estamos seguros de que en España el fascio de Benito Mussolini no empezaría por la Casa del Pueblo de Éibar, sino por algunas magníficas casas particulares de Bilbao. Y tampoco empezaría por quemar retratos de D. Julián Besteiro. Quemaría más bien los retratos de D. Sabino Arana y del Sr. Prat de la Riba”<sup>137</sup>.

Pese a que España no participó en la contienda mundial de 1914, elemento que muchas veces ha sido considerado como definitorio para la experiencia de *brutalización*

---

<sup>135</sup> Señala González Calleja que “el propósito de las interpretaciones coetáneas del fascismo nunca fue quedar confinadas en el ámbito académico, sino proporcionar las teorías y los instrumentos de conocimiento necesarios para informar, argumentar y legitimar una praxis resistencialista política y militar frente a este peculiar fenómeno o sus manifestaciones adyacentes”. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: “Los apoyos sociales de los movimientos...”, p. 18.

<sup>136</sup> Andrés TRAPIELLO: *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*, Barcelona, Destino, 2010 (1994), p. 476. A su vez, Andrés Trapiello reconducía una cita original de Stanley G. Payne en la que el hispanista estadounidense hacía extensible a Falange lo que Trapiello recentra en Sánchez Mazas.

<sup>137</sup> Citado en Mónica CARBAJOSA, Pablo CARBAJOSA: *La corte literaria...*, p. 46.

*de la política* que enunciara George L. Mosse<sup>138</sup> y que trajo consigo el terremoto político que revolvió los cimientos del antiguo orden liberal europeo, nuestro país no fue impermeable a las tensiones y alteraciones ideológicas del momento. Tampoco lo fue a las mutaciones sociales producidas como resultado del ascenso a la arena política de amplios sectores populares, antes excluidos, ni a aquellas que afloraron con la acentuación del proceso de secularización de las costumbres. Si el país no quedó preservado del impacto y consecuencias de 1914, España hubo de enfrentar también problemas particulares: el coste económico y moral de la guerra marroquí, el intervencionismo militar, el repuntar del anarcosindicalismo, la presión de los nacionalismos periféricos, etc.<sup>139</sup> Sobrevolaba el ambiente intelectual europeo -algo en lo que España no constituía una entidad singular excepcional- la conciencia de la defunción y decaimiento de los valores de la civilización occidental y las mentes más brillantes del siglo apuntaban causas y esgrimían análisis sobre los nuevos acontecimientos que desfilaban ante sí: las vanguardias estéticas y literarias, el psicoanálisis, la degradación de la iconografía ilustrada, el triunfo bolchevique en Rusia, la ruptura con el positivismo y la aparición de nuevas legitimidades de corte carismático. Uno más de esos acontecimientos, trascendental y sustentado en una miscelánea de factores concurrentes y significativos de la nueva época, fue la respuesta política que desde sectores de la derecha radical secular se dio a la crisis en que estaba sumida Europa: el fascismo. Su carácter novedoso y la percepción de que venía a dinamitar los fundamentos en que se apoyaban las sociedades europeas, convirtieron al tema en inmediato objeto de reflexión. Ya en la misma década de los veinte, el debate sobre las bases y objetivos del fascismo salpicó de párrafos la prensa española y dio para el gran público los primeros ensayos interpretativos, cargados de prevención, sorpresa, fascinación, recelo, estupor o temor. Pero una prevención, una fascinación y un temor que hablan a las claras sobre el alcance de un debate que no era de tipo científico-académico, sino una disputa abierta entre los ríos de armamento ideológico de las plumas políticamente más aventureras de las letras españolas.

---

<sup>138</sup> George L. MOSSE: *La nacionalización de las masas: simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al Tercer Reich*, Madrid, Marcial Pons, 2005. No deja de ser significativo que la obra axial de uno de los autores que con más ahínco ha propuesto innovaciones para desenmarañar la polimorfa identidad del radicalismo político de entreguerras, no haya sido traducida al castellano hasta tres décadas después de su publicación original.

<sup>139</sup> Fernando del REY: "Introducción" en Fernando del REY (dir.): *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*, Madrid, Tecnos, 2011, p. 18.

Igualmente, era inaplazable que se abriera la discusión sobre sus propiedades estrictamente italianas o su aplicabilidad allende la nación transalpina, dando carta de naturaleza a una querrela académica que ha afanado a prestigiosos científicos sociales y que hoy, transcurrida casi una centuria, sigue sin encontrar una resolución perfecta que concilie las diferentes opiniones al respecto: el debate acerca de la existencia de un *mínimum* fascista, un fascismo genérico que aglutine las diferencias nacionales o si, por el contrario, el hecho fascista era un caso particular italiano y circunscrito al momento de entreguerras. El filósofo español más laureado, José Ortega y Gasset, el siempre atento y oportuno ante la coyuntura Francesc Cambó, líder del catalanismo regionalista, los jóvenes Juan Chabás y Vicente Clavel, el animador cultural de las vanguardias españolas y primer oficiante del fascismo hispánico, Ernesto Giménez Caballero, fueron pioneros en plasmar sus inquietudes e impresiones y fueron conformando la peculiar recepción española de un fenómeno que habría de alcanzar una gigantesca literatura en todo el mundo.

Vicente Clavel en 1923 mostró en *El Fascismo. Ideario de Benito Mussolini* una imagen del fascismo como vertebrador del final de un movimiento modernizador comenzado medio siglo atrás con el *Risorgimento*. El fascismo de Mussolini vendría a ser su epílogo izquierdista pero antisocialista, republicano, laico y portador de un nacionalismo moderno y superador, no regresivo. Buen conocedor de la recepción que el fascismo tuvo en nuestro país, Marcos Maurel considera que Vicente Clavel terminaba proporcionando una visión idílica de la experiencia italiana, supeditada al anhelo del autor de lograr introducir las ideas del fascismo en España. Así, algunos conceptos irrenunciables del posterior fascismo republicano, ejemplificado por Falange, aparecerían prefigurados en esta obra<sup>140</sup>.

El siguiente hito de nuestro recorrido no podía sino proceder del puño y letra de un miembro de la burguesía catalana. Se ha escrito que “el sobresalto y estupor sentido por los sectores conservadores españoles tras la huelga de 1917 ya no tuvo marcha atrás. La defensa del ‘orden social’ se antepuso a todo”<sup>141</sup>. Y eso quedó patente en las motivaciones pragmático-utilitarias que despertaron en un reputado miembro de esa burguesía, Francesc Cambó, unas ansias por comprender, importar y manipular para sus propios fines un movimiento de las características del fascista, lo que se materializó con la publicación en 1924 del muy divulgado *Entorn del feixisme català. Meditacions i*

---

<sup>140</sup> Marcos MAUREL: “Un asunto de fe...”, p. 145.

<sup>141</sup> Joan Maria THOMÀS: *Los fascismos españoles*, Madrid, Planeta, 2011, p. 33.

*comentaris sobre problemes de política contemporànea*. Su libro canalizaba un fenómeno que, como es natural, no era exclusivo de Cataluña, sino que ha sido observado en toda Europa: los miembros del *establishment* más preocupados por encauzar y poner un cordón de seguridad sobre la ola revolucionaria, aunque ello les llevara a repudiar la legalidad vigente de los sistemas liberal-parlamentarios, contemplaron con fruición la subida al poder de Benito Mussolini. Del fascismo les interesaban no tanto sus peculiaridades doctrinales, puesto que estas simpatías y guiños hacia el nuevo actor político tenían su razón de ser en exclusivos motivos de eficacia política y lo que se detecta en este período es una intensificación del sesgo autoritario de su conservadurismo, sino la praxis del partido fascista en la nación mediterránea, que constituía un fabuloso espejo en el que mirarse. Latía en el fondo de esa esperanza romana un doble deseo: el de adoptar ciertos rasgos de una política de masas que trascendiera los partidos de notables al uso y planteara la lucha con el marxismo en los términos en que éste la entendía, y el de adoptar ciertos rasgos y mecanismos de acceso al poder, mucho más expeditivos que los que ofrecía el Estado liberal, ahora tenido por insuficiente, débil e ineficaz<sup>142</sup>. La industrializada Barcelona era, sin duda, uno de esos lugares en que el miedo al fantasma de la revolución social y a la dislocación del orden y valores tradicionales corrió como la pólvora entre la burguesía y las clases medias de manera paralela a unas tensiones, disfunciones del modelo socio-laboral y antagonismos de clase que se agudizaron con fiereza y desembocaron en una espiral de violencia entre los cuerpos policiales del Estado al servicio del general Martínez Anido, los pistoleros a sueldo de la patronal y los llamados Sindicatos Libres y el anarcosindicalismo organizado de la CNT. En este marco, y compartiendo trascendencia con el problema autonomista-nacionalista, surgirán en Barcelona algunas organizaciones que en ocasiones han sido tildadas de “prefascistas”: la Liga Patriótica Española, las uniones y ligas cívicas, el grupo La Traza, etc<sup>143</sup>. No ha de extrañar, por tanto, que la obra de Cambó cobrara plena vigencia en la Barcelona de los veinte y que encontrará eco precisamente por glosar la experiencia de un movimiento que era, según su visión, respuesta a las necesidades de una sociedad<sup>144</sup>. Tampoco que para el estudioso de

---

<sup>142</sup> Un muy buen trabajo sobre las relaciones entre *establishment* y partidos *movimientistas* (sin tener por qué ser fascistas) en: Javier UGARTE: *La nueva Covadonga insurgente...*, pp. 51 y ss.

<sup>143</sup> Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA y Fernando DEL REY: *La defensa armada contra la revolución. Una historia de las 'guardias cívicas' en la España del siglo XX*, Madrid, 1995, pp. 169-177.

<sup>144</sup> Puede seguirse en Enric UCCELAY DA CAL: “Vanguardia, fascismo y la interacción entre nacionalismo español y catalán: el proyecto catalán de Ernesto Giménez Caballero y algunas ideas

nuestro tiempo sea una válida herramienta para cubrir y reconstruir un apartado de la historia de las derechas, de suma importancia y que, en función de los países, desempeñó el rol de espolón o límite de las aspiraciones fascistas: la orientación estratégica del núcleo inicial fascista en función de la disponibilidad del espacio político, su viraje, inclusión y actuación en las coaliciones de derecha autoritaria y extrema derecha y la llamada fascistización de un sector de ellas.

De cualquier forma, recuerda Manuelle Peloille que el problema social en España no era de extrema gravedad, por lo que las primeras adhesiones al fascismo fueron más iniciativas rimbombantes basadas en la novedad política que en una necesidad de cubrir una urgencia de un estrato de la población<sup>145</sup>. Igualmente, no fueron los más fervientes defensores de la importación del fascismo a España los monárquicos y los tradicionalistas. Aunque admiraban la fórmula para Italia, mediatizados por la impronta que tenían en su cultura política los mitos y dogmas de la religión católica y su identificación con la identidad nacional española, desconfiaban de las garantías de su aplicación en España y mostraron sus reservas sobre aquellos aspectos del fascismo rebosantes de modernidad: cultura de masas, industrialización, secularización, fidelidades carismáticas, estatismo hegeliano y nivelador, aparato coercitivo totalitario, racismo, sustitución del culto a Dios por la deificación de la nación y el Estado, materialismo... desde este punto de vista, el fascismo constituía una innovación temática en las tradiciones de derecha en España y no contaba con una base social autónoma que sustentara su proyecto<sup>146</sup>. Incluso para José María Salaverría, alma libre y de espíritu independiente que no se doblegaba al discurso dominante en la extrema

---

corrientes en círculos intelectuales de Barcelona, 1927-1933” en Justo BERAMENDI y Ramón MÁIZ (coords.): *Los nacionalismos en la España de la II República*, Madrid, Siglo XXI, 1991, pp. 73-85; Giovanni C. CATTINI: “El debate sobre Democracia y Dictadura en la intelectualidad catalana (1923-1931). Unas notas sobre la recepción del fascismo en Cataluña”, *XI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, que tuvo lugar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada, 12-15 de septiembre de 2012 (pendiente de publicación).

<sup>145</sup> Manuelle PELOILLE: *Fascismo en ciernes*, Toulouse, Presses universitaires du mirail, 2005, p. 44.

<sup>146</sup> Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *Historia de las derechas españolas....* Continuas alusiones, a lo largo de todo el libro, sobre el peso de la vertiente teológico-política en el seno de las derechas españolas y el taponamiento que hizo el catolicismo a la emergencia del idealismo, el nihilismo, el socialdarwinismo, el vitalismo o el voluntarismo como potenciales corrientes intelectuales engendradoras de un nacionalismo de masas, profano y de ruptura con las adherencias tradicionales de la derecha española. Destacamos especialmente pp. 19 y ss., 40 y ss. El catolicismo como factor diferencial frente a las nuevas derechas italianas, alemanas y francesas en pp. 44 y ss. El rechazo de los supuestos ideológicos del fascismo de tradicionalistas, conservadores autoritarios y monárquicos, a pesar de sus coyunturales alabanzas, puede seguirse en pp. 326 y ss. Para la trayectoria de las diferentes familias de la extrema derecha en el primer tercio del siglo XX, recomendamos, también de González Cuevas “Tradicionalismo, catolicismo y nacionalismo. La extrema derecha durante el régimen de la Restauración (1898-1930), *Ayer*, 71 (2008), pp. 25-52.

derecha española y que sostuvo en 1928 en *ABC* una polémica prolija en información para el historiador de las derechas y su pensamiento con Rafael Sánchez Mazas, sobre el carácter urbano o rural del fascismo, “el entusiasta elogio del *rascacielos*, pronunciado desde la americanísima y vitalísima Milán por Marinetti y sus discípulos, nos invita a reconocer en el alma del fascio [...] una ofensiva contra Roma”<sup>147</sup>.

Para sellar la recopilación de visiones más o menos positivas, no podemos dejar de mencionar la honda impresión que el fascismo causó en dos figuras fundamentales de las tribunas de prensa de las derechas: Manuel Delgado Barreto, enérgico organizador cultural, periodista y activista de derecha radical que en 1933 dirigirá la frustrada aventura editorial de *El Fascio* y el gran intelectual de la derecha, Ramiro de Maeztu, que creemos no necesita una presentación más alambicada. Sendas referencias -las loas entusiastas de Delgado Barreto y la imagen ideal del fascismo que proyectó Maeztu-, pueden hallarse en el completo libro de Manuelle Peloille *Fascismo en ciernes*, aunque no por ello queremos dejar de citar la lectura coetánea del talentoso escritor vasco:

“En España podrían ser fascistas los sucesores de los viejos progresistas y todas nuestras clases medias, acompañadas de los obreros desengañados del ideario marxista. No se trata de un pleito de personas. Tampoco se trata de un pleito de programa, entendiendo por programa el contenido ideal. Lo que querían los italianos del Risorgimento, lo que quisieron los progresistas españoles, eso mismo querrían los fascistas: el desarrollo del país, su grandeza, su cultura, su prosperidad, su prestigio exterior, la educación de su pueblo encaminada a hacer de cada hombre una persona enérgica, útil y honorable; es decir, la escuela, la despensa, y también la justicia, la solidaridad y el encauzamiento de la vida individual y colectiva dentro de normas de progreso y de cultura”<sup>148</sup>.

Pero no todos fueron cautivos de ese resplandor. La réplica lúcida y crítica a la versión suministrada por Rafael Sánchez Mazas la dio el corresponsal de *El Sol* en Italia, Josep Pla. Periódico liberal por excelencia, las plumas de muchos liberales españoles interpretaron en un primer momento el fascismo de manera comprensiva-

---

<sup>147</sup> Puede seguirse en Enrique SELVA: *Ernesto Giménez Caballero. Entre la vanguardia y el fascismo*, Valencia, Pre-Textos, 2000..., p. 109, nota 15. Del mismo autor, sobre el itinerario ideológico de Salaverría hemos obtenido provecho también de las siguientes lecturas: “Salaverría en la vorágine de su tiempo” en Mechthild ALBERT: *Vencer no es convencer: literatura e ideología del fascismo español*, Madrid, Iberoamericana, 1998, pp. 77-86; ÍD: *Pueblo, intelligentsia...*, pp. 67-72.

<sup>148</sup> La cita aparece en Manuelle PELOILLE: *Fascismo en ciernes...*, p. 85

funcionalista y hablaron de “modernización”, “revolución constitucional”, “reconstrucción nacional”, “revolución desde arriba”, superación de la disgregación parlamentaria a través de fórmulas “suprapartidistas” o de ensayos constitucionalistas de representación corporativa<sup>149</sup>. Sin embargo, conforme se fueron articulando los engranajes de la dictadura italiana y se soltaron las amarras con la democracia a partir de 1925, la postura mayoritaria entre la intelectualidad liberal española, como lo fue en la italiana con la fisura abierta por Croce y su *Manifesto degli intellettuali antifascisti*, fue de rechazo y distanciamiento, equiparando análogamente antifascismo con cultura<sup>150</sup>.

En 1928 Juan Chabás, antiguo lector de español en la Universidad de Génova y políticamente antifascista, presentó su reseña del fascismo a través del aspecto formal de un libro de viajes, *Italia fascista (política y literatura)*, donde muestra su disconformidad con ese trato entusiasta, identifica el fascismo como una actitud ante la vida, reconoce las dotes de líder y concededor de la psicología de masas del *Duce* y hace una de las primeras actas de acusación sobre la ausencia de trasfondo ideológico coherente en el programa fascista:

“El fascismo ha tenido, sí, una fuerza moral, pero no un programa. Porque le ha faltado la virtud de una ideología consistente, insustituible por la contingencia de múltiples anhelos, y una aspiración que, aun naciendo de raíz idealista, no pasa nunca de ser la mezcla de unos cuantos deseos materiales y un propósito casi mítico. Esta flaqueza del fascismo ha querido disimularla incorporando a su personalidad moral la filosofía idealista italiana; pero los esfuerzos llevaban en su primer impulso elástico un movimiento falso”<sup>151</sup>.

---

<sup>149</sup> “La racionalidad instrumental como puente ideológico entre liberalismo y fascismo”, así define el binomio atracción-repulsión que caracterizó las relaciones liberalismo-fascismo el profesor español Rafael DEL ÁGUILA TEJERINA: *Ideología y fascismo*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1982, pp. 149-171. También desde una perspectiva cercana al marxismo, puede verse más sobre los puntos de identificación y los intereses compartidos en Manuel PASTOR: *Los orígenes del fascismo en España*, Madrid, Túcar, 1975.

<sup>150</sup> Para seguir estas posturas Manuelle Peloille es la autora de referencia. Consúltense: “Seducidos y expectantes: los liberales españoles ante el primer fascismo italiano (1922-1925)”, *España contemporánea: Revista de literatura y cultura*, Tomo 16, 2 (2003), pp. 71-94 y el tercer capítulo de la ya citada obra *Fascismo en ciernes*, “El lento despertar de los liberales”, pp. 47-62. Para los intelectuales italianos ante el fascismo, el apartado “Problemática de los dos manifiestos de intelectuales. Gentile y Croce” de Victoriano Peña Sánchez en su ensayo *Intelectuales y fascismo: la cultura italiana del Ventennio fascista y su repercusión en España*, Granada, Adhara, 1993, pp. 72-83.

<sup>151</sup> Citado en Marcos MAUREL: “Un asunto de fe...”, p. 148. José-Carlos Mainer define la posición de Chabás como ambigua. Manuelle Peloille considera que fue el ejemplo de la seducción estética del fascismo. Tampoco se decanta por situarle entre los enfrentados al fascismo José Luis Rodríguez Jiménez. Véanse: José-Carlos MAINER: “Prólogo” a Manuelle PELOILLE: *Fascismo en ciernes...*, p. 8; en la misma obra Manuelle Peloille, p. 150; José Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ: *Historia de Falange*

También fueron escritas desde una postura crítica las crónicas de Corpus Barga en *Viajes por Italia*. En ellas destaca el reaccionarismo que, en su opinión, nutría al ideal fascista e incluye una entrevista a Benito Mussolini.

Entre 1929 y 1930 José Ortega y Gasset publica en *El Sol* su obra *La rebelión de las masas*, una de las obras más relevantes de la ensayística española del siglo XX. Encargado de radiografiar la morfología del hombre-masa y la psicología de conformismo, vulgaridad, ingratitud, igualitarismo y defectos de convivencia que creía que acompañaban a este tipo social, Ortega y Gasset dedicó abundantes reflexiones al fascismo y al papel que en él tenían las ideas. Para el filósofo madrileño, el fascismo era, como el comunismo, una forma típica de movimiento de hombre-masa. Ambas eran dos formas de desesperación, de “neurosis étnica”<sup>152</sup> y hermetismo intelectual, de exaltación patológica de valores plebeyos. Así se expresaba:

"Bajo las especies de sindicalismo y fascismo aparece por primera vez en Europa un tipo de hombre que no quiere dar razones ni quiere tener razón, sino que, sencillamente, se muestra resuelto a imponer sus opiniones. He aquí lo nuevo: el derecho a no tener razón, la razón de la sinrazón. Yo veo en ello la manifestación más palpable del nuevo modo de ser las masas, por haberse resuelto a dirigir la sociedad sin capacidad para ello. En su conducta política se revela la estructura del alma nueva de la manera más cruda y contundente; pero la clave está en el hermetismo intelectual. El hombre medio se encuentra con "ideas" dentro de sí, pero carece de la función de idear. Ni sospecha siquiera cuál es el elemento utilísimo en que las ideas viven. Quiere opinar. De aquí que sus "ideas" no sean efectivamente sino apetitos con palabras, como las romanzas musicales"<sup>153</sup>.

---

*Española de las JONS*, Madrid, Alianza Editorial, 2000. Ernesto Giménez Caballero sentenció su reseña de la obra para *La Gaceta Literaria* así: “Desde luego es el único libro español útil sobre el fascismo italiano en sus aspectos políticos y culturales. Ojalá todos los pensionados españoles en el extranjero aportaran una *memoria* tan interesante como la de Chabás –y tan extraoficial- sobre los países de sus instalaciones. Como levantino, Chabás ha sentido el caso subyugador de Italia. Pero como ‘español celular’, sin entusiasmos colectivos, deja prudentemente de sumarse a él. Libro providente y prudente, éste de Chabás”, citado en Enrique SELVA: *Ernesto Giménez Caballero...*, p. 112

<sup>152</sup> Citado en Ismael SAZ CAMPOS: “Fascismo” en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Juan Francisco FUENTES: *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, Alianza, 2008, p. 553.

<sup>153</sup> José ORTEGA Y GASSET: *La rebelión de las masas*, Madrid, Castalia, 1999 (1930), pp. 185-186. Sobre Ortega, su papel de maestro involuntario de fascistas como Primo de Rivera y el encuadre de su liberalismo racionalista y elitista respecto del irracionalismo fascista, véase, junto a las elaboraciones de Pedro Carlos González Cuevas abundantemente citadas en este trabajo, la lectura que hace Rafael DEL ÁGUILA TEJERINA: *Ideología...*, pp. 164 y ss.: “Ortega fue un liberal que conocía a la perfección los huecos del liberalismo e intentaba taponarlos de la mejor manera posible (planificación vs. mercado libre,

Finalmente, el director de *La Gaceta Literaria*, Ernesto Giménez Caballero encontró el fascismo por vía estética e irracionalista y una vez que lo halló dentro de sí tuvo que darle cauce como un imperativo: “Cuando el fenómeno fascista irrumpió en mi conciencia, a posteriori de mi reconocimiento entrañable con Roma, me vi perdido. Tenía que admitirlo acriticamente. Como un mandato familiar, como una imperiosa mirada de obediencia”<sup>154</sup>. Por ello, desde finales de los años veinte se dedicó a cantar las bondades del modelo italiano, al que asemejaba, por lo que tenía de universal, con una nueva catolicidad, una fórmula válida para los pueblos del mundo frente al liberalismo anglosajón y el comunismo ruso<sup>155</sup>. La seducción fascista de Giménez Caballero, que fue gestándose en una serie de viajes por Italia y Europa, sería puesta sobre el papel en una prolífica bibliografía política de la que *Circuito imperial* (1929), sintomáticamente dedicada al poeta bilbaíno Ramón de Basterra, habitualmente encasillado como “prefascista”, y la *Carta a un compañero de la Joven España*, también del mismo año de 1929, que haría las veces de prólogo a una antología de textos del intelectual fascista italiano Curzio Malaparte, recogidos bajo el unamuniano rótulo de *En torno al casticismo de Italia*, no serían sino los primeros jalones. Como experiencia, esta mirada al exterior en búsqueda de pautas culturales y políticas no rompía con una tendencia que impregnó al conjunto de la intelectualidad española del primer tercio del siglo XX<sup>156</sup>. Así, Giménez Caballero pronto acuñó elementos intelectuales sugerentes: la idea de la gestación de un nacionalismo cultural hispánico en el marco de una gran unión ibérica, que vendría a suturar las tendencias centrífugas de los regionalismos españoles, al vindicar el estudio y promoción de las culturas

---

democracia de élites vs. democracia de masas, etcétera). Sin embargo, no se da en él ese paso decisivo hacia el fascismo que es la negación de la razón y la adaptación sumisa al fin hipostasiado”. En ese sentido, Ortega fue claro al enunciar que “el fascismo no quiere dar razones, no quiere tener razón. Sino imponer sus opiniones. Es el derecho de no tener razón. Es la razón de la sinrazón”.

<sup>154</sup> Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO: *Circuito imperial*, Madrid, La Gaceta Literaria, 1929, p. 49.

<sup>155</sup> Creía *Gecé* que el fascismo era una “fórmula absolutamente de Italia y para Italia”, si bien la clave de bóveda del fascismo residiría en el reencuentro de cada pueblo con lo mejor de su historia: “el pueblo que no encuentra en sí su propia fórmula de fascismo es un pueblo influido, sin carácter y sin médula”, Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO: *Circuito imperial...*, p. 55. La impresión que Roma causó en Giménez Caballero en Mechthild ALBERT: “El saetazo de Roma. Ernesto Giménez Caballero y la Italia fascista” en Titus HEYDENREICH: *Cultura italiana y española frente a frente: años 1918-1939*, Tübingen, Stauffenburg Verlag, 1992, pp. 95-111. Giménez Caballero llegó a ser representante de los Comitati d’Azione per l’Universalità di Roma. Véase Erik NORLING: “Falange y CAUR. Un intento de penetración ideológica del fascismo en España (1933-1936)”, *Aportes*, 39 (1999), pp. 13-34.

<sup>156</sup> Giménez Caballero recordaba que había asumido sus viajes por Europa “como una misión patriótica, para lograr la levadura, el ‘fermento’ europeo que pudiera rejuvenecer a España”.

locales<sup>157</sup>; la amarga y crítica queja por la situación de los intereses y destacamentos españoles en Marruecos, potente ingrediente en el tránsito de la exaltación cultural españolista hacia el fascismo; o la idea de una romanidad como forma que no sólo coadyuvaría a superar la preponderancia científica y cultural de las naciones del norte de Europa, sino que además sería el reencuentro de los pueblos latinos con lo más puro y célebre de su pasado.

Sin embargo, no todo devenía de una inyección externa: para Giménez Caballero, el *hacismo* –fascismo– español era producto de la conjugación de elementos cosmopolitas con otros de raigambre castiza, de una fusión de elementos culturales universales con otros preexistentes en la tradición vernácula, sembrados al calor de problemáticas y especificidades concretamente nacionales. Al reivindicar el casticismo, Giménez Caballero “trataba de entender la reciente tradición nacionalista y liberal de las letras españolas como una unidad de empeño [...] y proponer su urgente desembarco en el fascismo, del mismo modo que en Italia había sucedido con las letras del Risorgimento y del fin de siglo”<sup>158</sup>.

Ya en 1928, en su novela *Hércules jugando a los dados*, Ernesto Giménez Caballero había presentado a una masa ramplona dirigida y dominada por un líder dotado de mando y en coherencia con la escisión salvadora y las minorías enérgicas y selectas enunciadas por Ortega: “la minoría cesárea o sóviet, el inventor de laboratorio y gabinete, el capitán de industria, el aviador, el motorista, el poeta y el plástico de puros, el gran periodista y el cinemactor. Sobre el tumulto desbocado y turbio y voraz y atroz

---

<sup>157</sup> Douglas W. FOARD: *Ernesto Giménez Caballero (o la revolución del poeta). Estudio sobre el Nacionalismo Cultural Hispánico en el siglo XX*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1975; Enric UCCELAY DA CAL: “Vanguardia, fascismo y la interacción...”, pp. 73-85.

<sup>158</sup> Prólogo de José-Carlos MAINER: “Ernesto Giménez Caballero...”, p. XXVII. La siguiente cita atestigua hasta qué punto percibía Giménez Caballero el fascismo como una consecuencia lógica de la vida cultural de un pueblo: “¿Dónde han estado nuestro D’Annunzio, nuestro De Sanctis, nuestro Croce, nuestro Rajna, nuestro D’Ovidio, nuestro Corradini, nuestro Marinetti, nuestro Bontempelli, nuestro Missiroli, nuestro Gentile, nuestro Pirandello? Pues sencillamente: han estado... aparte. Porque existían. Porque existen. Sustituyamos nombres y veremos que frente a Rajna o D’Ovidio, hay un Menéndez Pidal, creador de nuestra épica nacionalista; frente a Croce o Missiroli, hay un Ortega, creador de nuestra Idea nazionale; un D’Ors, amante de la Unidad; frente a D’Annunzio, Marinetti y Bontempelli, un Gómez de la Serna, creador del sentido latino y modernísimo de España, straccittadino y strapaesano a un tiempo; frente a Pirandello, un Baroja, un «Azorín», regionalistas como punto de partida en su obra y elevadores del conocimiento nacional de una tierra, creadores de anchos espejos; frente a Gentile, un Luzuriaga, en posibilidad de experimentos enérgicos, de instrucción... Frente a tantos otros, ilustres hacedores de nuestra Italia, un Maeztu, o un Araquistain, un Marañón, un Zulueta, un Sangróniz, un Castro, un Salaverría; &c. Y frente a Malaparte... Pero, ¿por qué frente a Malaparte? Malaparte detrás de él, siguiéndolo con respeto en muchas de sus afirmaciones. Delante de Malaparte, Miguel de Unamuno”, Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO: “Carta a un compañero de la joven España”, prólogo a Curzio MALAPARTE: *En torno al casticismo de Italia*, Madrid, Rafael Caro Raggio, 1929, pp. VII-XIV, publicado por vez primera en *La Gaceta Literaria*, 15 de febrero de 1929, número 52.

de las masas: esos regidores: esos encaminadores: Puño heraclida”<sup>159</sup>. En sus siguientes obras, el vanguardista madrileño exhibiría su obsesión con “cayadas de mastines”, “doctores”, “condotieros”, etc. Como es sabido, la existencia de intelectuales que reclamaban la firmeza del poder como ejecutor de grandes misiones nacionales no era privativa de los intelectuales fascistas, ni siquiera del fascismo, sino que entroncaba con una trayectoria de hombres públicos erigidos conciencia de la multitud arrastrada, postrada, degenerada en espera de aquellas figuras de la publicística del cambio de siglo: el tutor de pueblos, el cirujano de hierro, el escultor de naciones, el buen tirano, el redentor de pueblos, etc. Desde entonces, las propuestas de un gobierno sin parlamento habían ido ganando terreno entreveradas con el planto por la decadencia de España, plasmado en una arquitectura de gran calidad literaria. Giménez Caballero encarnaba, de esta forma, una etapa de pensamiento en cierta continuidad con el léxico noventayochista. Conviene no olvidar que el propio *Gecé* se reclamaba “nieto” de dicha generación y que, como se ha indicado, no menos había cuajado en él la prosa orteguiana. Sin embargo, la voluntad y significación política que impregnaban la pluma de Giménez Caballero trascendían con mucho las puertas horadadas por los “abuelos” de nuestro protagonista y el destino del intelectual en la sociedad soñada por *Gecé* era también diferente al que idearan sus mayores<sup>160</sup>. Guardaba relación con la hora vanguardista<sup>161</sup>.

---

<sup>159</sup> Citado en Mechthild ALBERT: *Vanguardistas de camisa azul*, Madrid, Visor Libros, 2002, p. 29.

<sup>160</sup> Serían infinitas las citas que pudiéramos recoger sobre el vivero ideológico que supuso el noventayochismo y el regeneracionismo para nuestros fascistas. Citaremos únicamente la opinión de Andrés de Blas Guerrero: “Los intelectuales españoles ligados directamente a la protesta noventayochista se constituirán en una reserva de influencia para la posterior derecha radical y autoritaria que está detrás de la dictadura de Primo de Rivera y del posterior discurso fascista. No será ése, sin embargo, el único destino político de esta reflexión que dará soporte también a discursos de clara inspiración liberal-democrática y hasta socialista”. Véase Andrés DE BLAS GUERRERO: “Prólogo” a Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *Historia de las derechas españolas...*, p. 15. Sobre el 14 y Ortega y Gasset resulta imposible no recordar *La deshumanización del arte* donde el filósofo madrileño legó párrafos como éste: “Se acerca el tiempo en que la sociedad, desde la política al arte, volverá a organizarse, según es debido, en dos órdenes o rangos: el de los hombres egregios y el de los hombres vulgares”. Puede seguirse la relación de esta obra con el vanguardismo y las ideas de los protofascistas españoles en Mechthild ALBERT: *Vanguardistas de camisa azul...*, pp. 28 y ss. La comunidad de pensamiento no ha pasado inadvertida para José-Carlos Mainer quien describe a Giménez Caballero como la “mezcolanza del espiritualismo inquieto de Unamuno y el desparpajo errático del primer Baroja, del nacionalismo literario de Azorín y el fervor erudito (y también nacionalista) de Menéndez Pidal, del histrionismo creativo de Gómez de la Serna y la brillantez sintética de Ortega, de la creatividad de la generación del 27 y la voluntad de inmolación de la del 36... Giménez fue muy consciente, en sus momentos de lucidez, de lo que su obra tenía de microcosmos de todo aquello y, de hecho, su proyecto de una literatura nacional española entre 1925 y 1939 se pareció mucho al que, a fin de cuentas, hubo”. Véase Prólogo de José-Carlos MAINER: “Ernesto Giménez Caballero...”, p. XV.

<sup>161</sup> José-Carlos MAINER: “Otra vez en los años treinta...”, p. 273. “No parece cosa baladí que la noción de “vanguardia” provenga de una metáfora militar, como “manifiesto” viene de la nomenclatura de la

Cargado de una retórica pomposa y excéntrica, Giménez Caballero buscó infatigablemente al líder que el fascismo español necesitaba y del que él, como “precursor hispanida”, sería sacerdote, profeta, misionero, autor de cantos épicos, transmisor e intermediario entre el héroe y la masa<sup>162</sup>. Ese héroe, ese nuevo César de mano hercúlea que reclamaba, no podía hallarlo en Miguel Primo de Rivera, bajo cuyo mandato opinaba Giménez Caballero que España descansaba, engordaba y se abanicaba mientras la Italia fascista castigaba “como únicos pecados la quietud, la falta de ardor, el silencio, la ironía y la panza” y detectó cómo el pretendido parentesco ideológico entre el régimen que encarnaba el presidente del Directorio y el del Duce no pasaba de ser una mera suposición<sup>163</sup>.

Ernesto Giménez Caballero fue el conformador de un primer polo de vanguardia profascista, mucho tiempo antes de que el clima pudiera ser mínimamente favorable para el crecimiento de un movimiento de ese tipo en España, y su influencia como mentor sobre el más sagaz doctrinario, táctico y organizador del fascismo español, Ramiro Ledesma Ramos, indudable<sup>164</sup>. Ambos colaboraron en *La Gaceta Literaria*,

---

política revolucionaria, como “iconoclastia” evoca una vieja herejía medieval y como “insurrección” reparte su semántica entre la rebeldía estética y la rebeldía cívica, mientras que “militancia” –de miles, militis- puede referirse a la afiliación a un partido o a la obediencia a una consigna artística. Sobre toda la terminología que designa las actitudes del arte moderno planea la sospecha de la politización, por un lado, y del ejercicio de la violencia (intelectual), por otro”.

<sup>162</sup> La mediación entre héroes y masas como tarea del intelectual fascista en Alastair HAMILTON: *La ilusión del fascismo. Un ensayo sobre los intelectuales y el fascismo, 1919-1945*, Barcelona, Luis de Caralt, 1973, pp. 12-15; Gonzalo ÁLVAREZ CHILLIDA: “Ernesto Giménez Caballero: unidad nacional y política de masas en un intelectual fascista”, *Historia y política*, 24 (2010), pp. 281 y ss.

<sup>163</sup> Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO: *Circuito imperial...*, p. 52. Algo en lo que concuerdan los más prestigiosos expertos: en lugar de acicate para diseminar el ideario fascista, el primorriverismo se distinguió por obstruir la emergencia de una derecha radical secular y diferenciada de las lealtades tradicionales. Puede verse, entre otros, en: Ismael SAZ CAMPOS: “Tres acotaciones a propósito de los orígenes, desarrollo y crisis del fascismo español”, *Revista de Estudios Políticos*, 50 (1986), p. 181: “Y esto a pesar de que –o precisamente por ello mismo- el dictador fue posiblemente el primer gran fascistizado de nuestro país y la dictadura misma la primera manifestación de la incoherencia y dificultades que la introducción del fascismo habría de arrostrar en España. Como experiencia, en lo que tuvo de desafortunado intento por copiar algunos aspectos de la experiencia italiana, la dictadura abrió el paso, facilitó el camino, para la sucesiva fascistización de amplios sectores de la derecha conservadora española. Pero al fascismo mismo le hizo un flaco favor. No es casualidad, desde este punto de vista, que los primeros fascistas españoles –Giménez Caballero y Ledesma Ramos- procedieran de sectores especialmente críticos hacia la dictadura. Y que en la crítica a la dictadura empezaran a asentar sus primeros criterios”.

<sup>164</sup> Enrique Selva habla de “la anticipación notable de las elaboraciones teóricas a la coyuntura revolucionaria, que sólo se presenta de una forma indubitable en el período 1934-1936, y que será la que haga posible el desarrollo de un movimiento político fascista en competencia con otras opciones por la conquista del poder. Y en su caso, la imposición final de un sistema de esa significación”. Véase Enrique SELVA: “Gecé y la ‘Vía estética’ al fascismo en España” en Ferran GALLEGO y Francisco MORENTE (coords.): *Fascismo en España. Ensayo sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*. Barcelona, El Viejo Topo, 2005, p. 71. Son muchos los historiadores que han resaltado la inversión de la secuencia acción-doctrina para el caso español respecto del italiano. Si es común la creencia en que en Italia la acción precedió a la elaboración de un cuerpo de doctrina coherente, aunque una de las voces

reflejo del dinamismo exhibido por Giménez Caballero al objeto de activar la vida intelectual del país y que será el espacio de sociabilidad donde *Gecé* trate de promover una forma de fascismo estético, a la española, entre los amantes de la vanguardia artística y literaria. Primaba en *La Gaceta Literaria* un ambiente de rebelión generacional y desapego por un liberalismo y un parlamentarismo que la nueva juventud intelectual española -que había internacionalizado sus inquietudes y con su apuesta por devorar e incorporar las pautas culturales y políticas que sucedían en Europa mostraba su avidez regeneracionista- consideraba rancio, caduco, inservible y condenado a una inminente y feliz desaparición a manos de una de las dos palancas emancipadoras que entrarían en disputa por hacer el nuevo orden juvenil, de masas y de acción: comunismo y fascismo. Del mismo modo que las ideas estéticas que preconizaban eran actuales, para ellos no habría nada más retrógrado que seguir adherido a las preferencias burguesas y moderadas características de la política de notables del viejo liberalismo, lo que permitió que al calor de dicho descontento coexistiera en el proyecto editorial de *La Gaceta Literaria* una miscelánea de actitudes políticas radicales de quienes, pocos años después, en el marco de las grandes pasarelas tendidas desde el mundo literario o filosófico para conectar e intervenir en la aventura política, conducirán sus creaciones literarias al servicio del comunismo o del fascismo. En cierto modo, su vanguardismo suponía un discurso alternativo a los valores y cánones del arte clásico y de la sociedad que lo había inspirado, de la misma forma que el sincretismo ideológico postliberal que alimentaba sus escritos tenía conciencia de estar formulando la denuncia última de propuestas políticas famélicas y en vías de extinción<sup>165</sup>.

Fue en esta revista que haría de vaso comunicante entre la vanguardia y el radicalismo político, y a la sombra de las ocurrencias de Giménez Caballero, donde

---

más autorizadas en la materia, como es Zeev Sternhell, considera que la llegada al poder de Mussolini no fue pragmática ni oportunista, la mayoría de historiadores coincide en que en España la conformación de un ideario de tipo fascista fue anterior a la práctica. Véanse Manuel PASTOR: *Los orígenes del fascismo...*, p. 17; Jean BECARUD, Evelyne LÓPEZ CAMPILLO: *Los intelectuales españoles durante la II República*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1978, p. 28; Enrique SELVA: *Ernesto Giménez Caballero...*, p. 101; Manfred BÖCKER: “¿Nacionalsindicalismo o fascismo?: el fascismo español de la Segunda República y su relación con los movimientos fascistas en el extranjero” en Mechthild ALBERT: *Vencer no es convencer: literatura e ideología del fascismo español*, Madrid, Iberoamericana, 1998, p. 17.

<sup>165</sup> Véase “Una encuesta a la juventud española”, *La Gaceta Literaria*, 1 de enero de 1928. Recomendamos, para cubrir este período de sincretismo ideológico en la vanguardia y en el que el formalismo da paso al compromiso político de los intelectuales, que se torna imperativo, el artículo de Santos JULIÁ: “Ser intelectual y ser joven, en Madrid, hacia 1930”, *Historia contemporánea*, 27 (2003), pp. 749-775 y el subapartado “De la vanguardia al fascismo” de Mechthild ALBERT, *Vanguardistas de camisa azul...*p. 47.

Ledesma Ramos comenzaría a pergeñar una vía de acción política para lo que hasta entonces solo habían sido, según sus propias palabras, campañas “de índole exclusivamente literaria”<sup>166</sup>. Así, *La Conquista del Estado*, primera fórmula española con un programa propiamente fascista, verá la luz en los primeros meses de 1931 de la mano del joven intelectual Ledesma Ramos -discípulo de Ortega, partícipe de una moral nietzscheana y buen conocedor de la filosofía existencialista, con los que imprimirá un particular sello heroico y agónico al nacionalsindicalismo<sup>167</sup>-. En *La Conquista del Estado*, que copiaba la cabecera de la revista homónima italiana dirigida por Curzio Malaparte, se incidía no en lo que tenía de despreciable y antiespañol el Estado liberal, como venía siendo habitual en el seno de las derechas, sino en la falta de adecuación a las nuevas realidades sociales, en la perentoriedad de bruñir en un molde nuevo las relaciones entre la sociedad civil y el Estado, en la exaltación del progreso tecnológico, en la carencia de profundidad revolucionaria del 14 de abril y se brindaba una calurosa bienvenida a la “sociedad del riesgo”. En ese sentido, Ledesma y los suyos innovaron considerablemente el argumentario antiliberal y se sintieron defraudados ante una República que estimaron postrera cara de una forma de hacer política decrepita e inoperante por inadaptada a la sociedad de masas. Igualmente, el pequeño grupo que rodeaba al intelectual zamorano buscó en todo momento una doble conexión: de una parte, insertándose diacrónicamente en la historia intelectual española, reclamándose herederos de la cultura del primer tercio de siglo y pidiendo el apoyo de numerosas figuras públicas cuya magistratura no pasó inadvertida para Ledesma, con escasa suerte las más de las veces, aunque logrando textos de Unamuno, Baroja, Salaverría, Maeztu y Menéndez Pidal para un especial sobre separatismo; de otra, en paralelo, sincrónicamente, con la atención prestada a la evolución de la política europea, en especial a los movimientos nacional-revolucionarios<sup>168</sup>. Con esa aparición, con la

---

<sup>166</sup> Ramiro LEDESMA RAMOS: “¿Fascismo en España?...”, p. 166.

<sup>167</sup> Gonzalo SOBEJANO: *Nietzsche en España*, Madrid, Gredos, 1967, pp. 654-655; Moisés SIMANCAS TEJEDOR y Alfonso MORALEJA: “Nietzsche y otras influencias intelectuales en Ledesma Ramos”, *Cuaderno gris*, 5 (2005), pp. 247-264.

<sup>168</sup> Sobradamente versado en el tema, Ricardo Martín de la Guardia mantiene que la inspiración de Ledesma procede de la asimilación de la cultura política de entreguerras más la “particular reelaboración de la cultura política de nuestro país”. Véase Ricardo MARTÍN DE LA GUARDIA, Mateo TOMASONI: “Los caudillos olvidados del Jonsismo Castellano. Una revisión historiográfica”, *Alcores*, 11 (2012), p. 226. Para Becarud y López Campillo, Ledesma “procura, y en esto le imitarán todos los líderes del fascismo español, incluido José Antonio Primo de Rivera, forjarse una genealogía, buscar con más o menos laboriosidad y habilidad las afinidades que les puedan vincular con los maestros de las generaciones anteriores”, Jean BECARUD, Evelyne LÓPEZ CAMPILLO: *Los intelectuales españoles durante...*, pp. 67-68. Incluimos una cita indicativa de la problemática estabilidad de la balanza entre filiación intelectual y rebelión generacional que incubó el fascismo español: al tiempo que Ledesma se

aventura personal de un *Gecé* desposeído de su égida intelectual sobre la vanguardia artística y aislado por su declaración de fe fascista, que tomó cuerpo en el *Robinson Literario*, y con la aparición en Valladolid de otro grupo de agitadores alrededor del abogado y sindicalista Onésimo Redondo, puede darse por concluida esta primera etapa dedicada a analizar la repercusión que tuvo en el campo intelectual español la novedad política italiana.

## 1.2. Un escenario internacional cada vez más convulso

A estos precoces trabajos siguieron otras interpretaciones que la coyuntura republicana, como momento de plenitud de la intelectualidad española<sup>169</sup>, no haría sino acrecentar, aunque la tónica dominante –la ausencia de un tratamiento no partidista o crítico, la premeditada intencionalidad política o social del agente emisor o los comentarios personalísimos- continuara siendo la misma. Con la Italia fascista consolidada a partir de 1925 y con el surgimiento de grupos de carácter *movimientista* en los aledaños del fascismo en cada rincón de Europa, el tema continuó cobrando potencia y arrastró tras de sí a legiones de nacionalistas de cada país, fascinados por la mística, ideología y ritual del fascismo, al mismo tiempo que no dejaban, tampoco, de engrosarse las filas del antifascismo. Pocas figuras del primer plano de la vida política y cultural de la España de la época se abstuvieron de dar su opinión al respecto. Ya no se podía vivir al margen: la *trahison des clercs* sobre la que escribiera Julien Benda –el paso del formalismo al compromiso- comenzaba a ser casi obligada cuando los tiempos y los grandes trastornos europeos habían traído una transformación esencial de la percepción que el intelectual tenía de su propia labor<sup>170</sup>. Independientemente del valor y vigor que pudiera llegar a alcanzar el partido ‘fascista’ en cada nación europea, se entró en una especie de psicosis colectiva capaz de suscitar las adhesiones más irracionales y los miedos más injustificados y el actor fascista pasó a convertirse en hecho nuclear de su presente, aun cuando en países como España apenas sí fue capaz de esbozar una

---

reclamaba su discípulo y buscaba asomar la cabeza en el panorama intelectual español gracias al prestigio que podía otorgar a *La Conquista del Estado* el contar con tan reconocidos colaboradores, no podía dejar de achacar a los intelectuales el vivir “con más de un siglo de retraso” y el cometer “un verdadero atentado a la sensibilidad política moderna” con su comportamiento liberal (número 19 de *La Conquista del Estado*).

<sup>169</sup> Paul AUBERT: “Los intelectuales y la Segunda República”, *Ayer*, 40 (2000), p. 105.

<sup>170</sup> Jean BECARUD, Evelyne LÓPEZ CAMPILLO: *Los intelectuales españoles durante...*, pp. 36-37; Santos JULIÁ: “Intelectual...”, p. 697.

silueta divagante que arrastró una escasa hueste de seguidores tras de sí y jamás pudiera desembarazarse de las deudas contraídas en el suelo político de la derecha ni gozar de plena autonomía basada en la radical novedad que su ideario ofertaba. Por ello mismo, no siempre la palabra ‘fascismo’ se utilizó en los años treinta con el cuidado que merecía. Es más, la frecuencia con la que aparecía en el espacio público rara vez se traducía en unidades de seriedad o científicidad, por lo que las palabras e ideas que más abajo recogemos tienen poco de estudio académico y mucho más de apología o detracción. La intensificación de la intransigencia política convirtió la cuestión en arma arrojadiza, en un término de ida y vuelta, espantajo, sambenito de uso corriente en el lenguaje político de los treinta, lo que fue aún más notorio a partir de 1933, fecha en que Adolf Hitler llega al poder en Alemania. La alarma social que causó dicho episodio conllevó que ‘fascismo’ denominara en ocasiones a una expresión del matonismo o de las prácticas violentas, en ocasiones se usara como forma de estigmatizar y anular intelectualmente al conjunto de las derechas e, incluso, para el comunismo ortodoxo, para designar a su rival en el campo político de las izquierdas, con el famoso “socialfascismo” con el que trataban de retratar a los socialistas.

Cada vez más fuerte fuera de España y temido en nuestro país, la izquierda nacional no rehusó a ofrecer sus propias definiciones sobre el fascismo, aunque lo hiciera siempre en el ámbito de una prensa convertida en correa de transmisión de ideas políticas para una audiencia soliviantada y no en el marco de estudios dedicados *ex profeso* a la materia -¿acaso era posible de otro modo?-. Algunas de estas elucidaciones fueron incapaces de desprenderse del dogmatismo e inflexibilidad de la lectura del devenir histórico del materialismo histórico y purgaron al fascismo de sus elementos doctrinales caracterizándolo exclusivamente por su función y praxis violenta, lo que quedó especialmente de manifiesto a raíz de la peculiar interpretación brindada desde el VII Congreso de la Internacional Comunista por Dimitrov en 1935 –“dictadura terrorista abierta de los sectores más reaccionarios, más chovinistas y más imperialistas del capital financiero”-, si bien también existieron análisis más ponderados, rigurosos y acordes a lo que cupiera esperar de la riqueza ideológica que albergaba la izquierda española de la época. Andreu Nin le negaba toda cualidad revolucionaria y lo veía como un movimiento de pequeñoburgueses y desclasados reaccionarios habituados al trato con un capital discursivo demagógico. Joaquín Maurín, también líder trotskista, compartía algunas opiniones de su camarada Nin, pero para él no pasaron

desapercibidos dos nuevos elementos que desarbolaban el mecanicismo marxista: el papel de las masas, con el atractivo que para ellas ejercía el simbolismo nacionalista sería decisivo para la configuración de un eventual fascismo español que, en su opinión, habría de ser rabiosamente nacionalista, anticatólico y contrario a la monarquía; la reconfiguración de la política exterior española en clave anticapitalista, desatada del ancestral seguidismo francés y británico y conformando un eslabón más de un eje de alianzas con las naciones autoritarias-totalitarias: Portugal, Italia, Alemania, Rusia. El siempre reflexivo Julián Besteiro creyó hallar las raíces del fascismo en el romanticismo y Luis Araquistáin, uno de los socialistas más atentos a cuanto de novedoso desfilaba frente a los ojos de su generación, como demuestran sus tempranos trabajos sobre Estados Unidos –*El peligro yanqui* (1921)-, no rehuía el esquema de la *función social* y atribuía el fascismo al resultado de un modelo de conducta concreto de un grupo social –el complejo de inferioridad que detectaba en los pequeño burgueses-, si bien reflexionó sobre las escenas limitantes del desarrollo fascista en España: la ausencia de *hinterland* colonial, la homogeneidad étnica o la inexistencia de enormes masas de soldados desmovilizados y parados. En la misma línea, Azaña estimaba que los mitos políticos de las derechas españolas serían el principal freno a una eventual popularización del fascismo. Marcelino Domingo, desde posturas radical-democráticas, lo ve como una regresión a un momento gremial y prepolítico y, en consecuencia, una amenaza de proporciones similares a la que ya efectuaba sobre las democracias el comunismo<sup>171</sup>. A su vez, vino a reforzar temores y exacerbar voluntades de resistencia en el antifascismo la traducción del libro de John Strachey *La amenaza del fascismo* (1934).

Mención aparte merece el trabajo del por entonces comunista y singular autonomista gallego Santiago Montero Díaz que, en 1932, apenas un año antes de ingresar en las JONS, escribió *Fascismo*, un breve ensayo reflexivo, bien ordenado y analítico, desde una perspectiva marxista. Dice el mejor biógrafo de Montero Díaz que Benito Mussolini fue “un personaje por el que sintió una creciente devoción, primero inconfesa y después abierta. Quizás por ver en él y en su evolución ideológica –de

---

<sup>171</sup> Pueden seguirse la mayoría de estas interpretaciones en Ismael SAZ CAMPOS: “Fascismo...”, pp. 549-554. La interpretación de Joaquín Maurín procede de *Hacia la segunda revolución* (Barcelona, 1935) y la recoge, elogiándola, Ledesma. Véase el apartado “¿Un nacionalismo obrero español? Textos del líder revolucionario Joaquín Maurín” en Ramiro LEDESMA RAMOS: “¿Fascismo en España?...”, pp. 158-160. Las manifestaciones de Luis Araquistáin y Manuel Azaña en Ricardo CHUECA y José Ramón MONTERO GIBERT: “El fascismo en España: elementos para una interpretación”, *Historia Contemporánea*, 8 (1992), pp. 219.

socialista revolucionario pero *nacional* a fascista- un espejo de sus propias inquietudes y, también, de sus íntimas contradicciones”. Por ello, los primeros escritos de Montero Díaz sobre Italia, la doctrina fascista y su líder “contenían ya algunos aspectos contradictorios”, en tanto que pese a que “formalmente condenaba la aparición del fascismo en nombre de su fe marxista, en el fondo lo admiraba”. En 1931 Montero Díaz había escrito una misiva a *La Conquista del Estado* de Ledesma Ramos protestando por las acusaciones que el intelectual zamorano había vertido sobre el comunismo al calificarlo de antinacional y contrario a la voluntad de engrandecer España internacionalmente. En su carta, Montero afirmaba que “el comunismo sería el único medio por el que la conciencia social y nacional podría ser llevada a las masas”, rendía cierta admiración a la empresa “decorosa y magnífica” que encabezaba Ledesma y veía elementos de provecho en “los contenidos novísimos y revolucionarios” del fascismo<sup>172</sup>. Un año después, en la reseña que hizo del libro de viaje de Ilya Ehrenburg *España, república de trabajadores*, Montero se congratulaba de la exaltación de la laboriosidad o la dignidad como virtudes hispánicas que hacía el escritor soviético y escribiría estas reveladoras palabras: “España será una magna nación edificadora cuando logre romper la costra capitalista que la inutiliza, y respirar a pleno pulmón el aire de la historia, transformada en una España proletaria, constructiva y triunfante”<sup>173</sup>. En 1932 aparece también el indicado libro *Fascismo*. En él, Montero elevaba a la última potencia sus contradicciones. Si de entrada concebía al fascismo, a la manera ortodoxa marxista, como “un nuevo ensayo de concepción del estado burgués para sostener contra el proletariado un predominio de clase”, a lo largo de sus páginas se desmarcaba de algunas de las interpretaciones más gruesas que el comunismo había divulgado al respecto, embarcándose con minuciosidad en el empeño de diseccionar el corpus ideológico del fascismo leyendo sus textos en el idioma italiano original y el entramado institucional del régimen del *Duce*, el modo en que tomó el poder y sus relaciones con los órganos tradicionales –Monarquía e Iglesia- o la política de juventud, captando, como dice Núñez Seixas, “a diferencia de muchos tratadistas –marxistas y no marxistas- de su tiempo, los orígenes *revolucionarios* e izquierdistas del fascismo”, el aprendizaje táctico hecho por Mussolini de las enseñanzas socialistas y la genuina esencia reaccionaria y “desprovista de la novedad del fascismo” de los regímenes autoritarios

---

<sup>172</sup> Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *La sombra del César. Santiago Montero Díaz. Una biografía entre la nación y la revolución*, Granada, Editorial Comares, 2012, pp. 54-56.

<sup>173</sup> Citado en *Ibidem*. pp. 59.

como el de Pilsudski o el de Miguel Primo de Rivera<sup>174</sup>. A su vez, concedía unas “reflexiones sobre España”, en las que destacaba al grupo de Ledesma, señalado como “peña de intelectuales, inclinados hacia las soluciones político sociales del fascismo” y “jóvenes de talento” que venían a demostrar el poder mimético del fascismo, capaz de entusiasmar a “los medios financieros e intelectuales neta y específicamente burgueses”. Estimaba Montero Díaz que, pese a ello, el futuro pertenecía exclusivamente al marxismo, puesto que el fascismo no terminaba de propugnar una auténtica revolución sino que era la última faz adoptada por una burguesía en descomposición<sup>175</sup>. Como concluye Núñez Seixas, “su análisis estaba lejos de las frases hechas y de la jerga acartonada que se podía encontrar en la mayoría de los textos comunistas sobre el fascismo, y en buena parte de la publicística antifascista”<sup>176</sup>.

En líneas generales, la interpretación que se hizo desde la derecha del fascismo no modificó sustancialmente lo que aquí ya se ha comentado para la etapa anterior y precisamente por ello consideramos que no merece el tema que nos detengamos más de lo estrictamente necesario. Sí es menester señalar una obviedad: que lo que se ha dado en llamar fascistización se acentuó con el miedo que las prácticas y tendencias reformistas y modernizadoras del primer bienio republicano y la popularización de un lenguaje socializante y revolucionario en las izquierdas inyectó en unas derechas tradicionales que llevaban décadas sin afrontar un órdago de esa envergadura. Pero no creemos que el coqueteo de algunos sectores de los monárquicos alfonsinos y los tradicionalistas con las diferentes agrupaciones políticas de tipo fascista, el apoyo material suministrado o la reproducción mimética de algunos patrones simbólicos del ritual fascista, así como la populista apelación a las masas o a la sustitución de las instituciones liberal-parlamentarias por otras marcadas por el sello del corporativismo deban achacarse tan solo o fundamentalmente a un proceso de fascistización ideológica, sino que nos parece que dicho fenómeno ha de ser comprendido en dos sentidos. En primer lugar, no como una reconfiguración de su espacio político sino como una acentuación de los caracteres teológico-políticos y autoritarios, es decir, una radicalización de lo que ya constituía el pilar de su familia política: por poner un ejemplo ilustrativo, la concepción orgánica del Estado, el respeto a la jerarquía o el

---

<sup>174</sup> *Ibidem*. pp. 57-58.

<sup>175</sup> Existe una versión no completa de la obra de Santiago MONTERO DÍAZ: *Fascismo*, Valencia, Cuadernos de Cultura, 1932, en el sitio web del Proyecto Filosofía en Español: <http://www.filosofia.org/his/h1932a1.htm>, con una paginación deficiente y por la que citamos.

<sup>176</sup> Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *La sombra del César...*, p. 58.

holismo social no fueron novedades doctrinales incorporadas al lenguaje de la derecha antiparlamentaria por el contacto con el fascismo, antes al contrario, pueden buscarse sus raíces en la doctrina de la Iglesia y en los clásicos reaccionarios del siglo XIX. En segundo lugar, el cortejo forma parte de un conjunto abigarrado de directrices modernizadoras que la derecha antiliberal asumía en términos exclusivamente utilitarios y que apuntarían hacia una selectiva adecuación y perfección de las técnicas de lucha para cerrar el paso a la revolución y blindar el Estado frente al griterío amenazante de las masas amorfas al tiempo que una notable predisposición por moldear una estética vetusta y alguna pirueta lingüística adoptada de allende su cultura política le permitieran granjearse el apoyo de un sustrato popular preterido en un discurso que hasta el momento se había caracterizado por ser demasiado aristocratizante. El guiño indulgente hacia el fascismo no pasaría de ser una cobertura externa, adecentadora. Desde este punto de vista, los contrarrevolucionarios españoles no obtuvieron excesivo provecho de su mirada sobre las contribuciones intelectuales que el fascismo hizo fuera de nuestro país para las tradiciones ideológicas de derecha radical ni la existencia misma del fenómeno les mereció hondas consideraciones de tipo filosófico o metapolítico. Igualmente, conviene no perder de vista una reciente advertencia de Ismael Saz, que indica cómo, como consecuencia del reinado historiográfico del fascismo y la centralidad del tema en los años treinta, el análisis del populismo católico y del nacionalismo reaccionario se ha dirigido a verificar y subrayar lo que éstos tomaban del fascismo, “fundamentalmente sus funcionalidades contrarrevolucionarias, antiliberales, y pseudolegitimadoras de anteriores discursos reaccionarios”, perdiendo la perspectiva de que eran culturas políticas de larga tradición con un núcleo ideológico duro<sup>177</sup>.

De igual forma que se adelgazó el cuerpo de las otras vías que no hacían del hecho religioso el eje sobre el que basculaba su política –el conservadurismo liberal fue prácticamente inexistente durante los treinta-, el fascismo nunca dejó de ser visto como una heterodoxia en un ágora política caracterizada por una fidelidad de décadas a una manera de ser y estar en política y, precisamente por ello, nunca pudo dejar de ser una fracción minoritaria en el panorama de las derechas españolas<sup>178</sup>. Es por ello que no ha

---

<sup>177</sup> Ismael SAZ: “¿Dónde está el otro? O sobre qué eran los que no eran fascistas” en Joan ANTÓN MELLÓN (coord.): *El fascismo clásico (1919-1945) y sus epígonos. Nuevas aportaciones teóricas*, Madrid, Tecnos, 2012, p. 170.

<sup>178</sup> No deja de ser significativa la crítica lanzada desde el accidentalismo del partido mayoritario de la derecha española, la CEDA. Para los órganos cedistas, el incipiente fascismo español no era sino una ramificación de la heterodoxia doctrinal del 98 y no dudaban en calificar de “sencillamente monstruosos”

de resultar extraño que el principal criadero intelectual y surtidor de munición ideológica de la derecha durante la II República, la sociedad y revista *Acción Española*, escribiese en clave tradicionalista, providencialista, antiseccular, esencialista y preliberal. Si en algo llamaba a fijarse en el fascismo era en lo que éste tenía de decisionista, de denunciante de los escrúpulos liberales a tomar con determinación medidas taxativas cuando éstas eran requeridas y en su capacidad para imponer un estado de excepción al naufragio del liberalismo<sup>179</sup>, pero el sueño restauracionista y antidemocrático que apetecían alfonsinos, tradicionalistas, albiñanistas y católicos autoritarios permaneció incólume por mucho que en ocasiones tuvieran que forjar alianzas con nuevos compañeros de viaje, muchas veces incómodos, a los que trataron de cooptar y desnaturalizar. A su vez, los partidos de índole *movimientista* y recién llegados a la arena política, como los fascistas, precisaban de una respetabilidad y mecenazgo económico que únicamente podía proporcionarles una ventajosa relación con los partidos clásicos de la derecha. En este sentido, de puertas adentro éstos tan solo buscaron instrumentalizar el juvenilismo y el proselitismo de los fascistas como punta de lanza y expediente contrarrevolucionario para sus propios fines y no tardaron en expresar su descontento, hartazgo y decepción por la debilidad y el tono excesivamente literario y poco combativo con que percibieron a José Antonio Primo de Rivera y sus

---

los planteamientos falangistas en materia socioeconómica. Véase Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *El pensamiento político de la derecha...*, pp. 142-143. No menos revelador para quienquiera que se haya acercado a la historia de la pugna por un espacio político propio para los movimientos de derecha radical y el bloqueo que contra esas ansias de autonomía ejerció el dominio del catolicismo, es el comunicado de prensa que el marqués de la Eliseda, Francisco Moreno Herrera, importante miembro de Falange, publicara anunciando los motivos de su salida del movimiento: “Francisco Moreno y Herrera... ha visto con grandísima pesadumbre que en el nuevo programa doctrinal..., se adopta una actitud laica ante el hecho religioso y de subordinación de los intereses de la Iglesia a los del Estado. Con ser esto a juicio del que suscribe una posición doctrinal insostenible, llega al colmo su tristeza cuando ve que el espíritu que informa el artículo 25 del programa es francamente herético, y recuerdo que, por motivos semejantes fue condenado el movimiento *Action Française*. Por ello, el que suscribe, con pena hondísima, pero cumpliendo su deber de católico, se ve obligado a apartarse del Movimiento de FE de las JONS”. Véase Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: “Habitus e ideología. El pensamiento político de Francisco Moreno y Herrera, Marqués de la Eliseda”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 8 (1996), pp. 83-114. No tuvo tampoco buena acogida entre las derechas la obra capital de Ledesma Ramos, *Discurso a las juventudes de España*. Los ataques a su obra en la introducción crítica de Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS al *Discurso*, “Ramiro Ledesma Ramos o el imposible fascismo español” en Ramiro LEDESMA RAMOS: *Discurso a las Juventudes de España* (Introducción crítica, edición y notas de Pedro C. González Cuevas), Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, pp. 31-32. Para más información sobre la naturaleza de las reservas de la derecha tradicional en materia ideológica, véanse las páginas 61-63 de este trabajo.

<sup>179</sup> No ha de dejarse en el olvido, de todas formas, que la recepción del pensamiento de Carl Schmitt, teórico del estado de excepción y del decisionismo, por parte de *Acción Española*, fue fundamentalmente negativa. Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *La tradición bloqueada. Tres ideas políticas en España: el primer Ramiro de Maeztu, Charles Maurras y Carl Schmitt*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, p. 212.

acólitos<sup>180</sup>. La solución armada que adoptaron para derribar la República no fue, como es sabido, resultado de la influencia fascista ni se hizo bajo un programa de acción fascista. Concluimos, con Manuelle Peloille, que en España los católicos acabaron asimilando el fascismo y no los fascistas conquistando a los católicos para su causa<sup>181</sup>.

De cualquier modo, como es natural, ni hay cesuras ni el acercamiento español al fascismo se hizo siempre exaltando sus rasgos seculares ni con una clara orientación de futuro, sino que las aportaciones de Rafael Sánchez Mazas, Eugenio Montes u Onésimo Redondo remaron para levantar nuevas certezas basadas en convicciones ciertamente arcaizantes<sup>182</sup>. Soñaron con que imperara en la música del fascismo español un guion clasicista sobre la pátina revolucionaria que permitiera recomponer armónicamente la unidad social puesta en entredicho por la modernidad y congelara un pasado idealizado. Detrás de la mayoría de rutas emprendidas en 1933 con la intención de propagar el fascismo en España –*El Fascio*, Movimiento Español Sindicalista, Falange Española– estaba el apoyo de los diarios conservadores *La Nación* y *La Época*<sup>183</sup> y en *Acción Española* hubo cabida para que publicaran artículos conspicuos fascistas españoles

---

<sup>180</sup> La ascendencia de las fuerzas *fascistizadas* sobre el fascismo naciente en España fue tal que esterilizó su capacidad de maniobra y su autonomía, como quedó de manifiesto en los pactos de asistencia económica de 1933 y 1934, que traían consigo contrapartidas ideológicas que limitaban el alcance del discurso anticonservador, antimonárquico y nacionalista no católico del fascismo español. A su vez, fueron las tribunas de prensa derechistas, cada vez más permeadas por un tono combativo y decididas a adoptar soluciones de fuerza, quienes en sus páginas hostigaron al débil fascismo español por no ser útil a sus fines: José Antonio Primo de Rivera sería “Juan Simón el Enterrador”, defensor de un tibio “franciscanismo” y Falange Española, en lugar de la avanzadilla violenta contra las milicias obreras con la que habían soñado, una “Funeraria Española” en sonrojante manipulación del contenido de sus siglas (F. E.). La respuesta desde la intelectualidad fascista la dio Sánchez Mazas al componer, por orden de Primo de Rivera, la “Oración por los muertos de Falange” que aparecería en el nº 7 de *F.E.* de 22 de febrero de 1934. Una visión enriquecedora de la divergencia de posturas para legitimar la violencia que existía en el seno del fascismo español y de la relación de Falange con ésta, que quiere romper con el “mito de la aversión a la violencia” de José Antonio Primo de Rivera y que explica sus reticencias hacia ella en exclusivos términos de cálculo y victimismo político y, tal vez, sobredimensiona el alcance del encendido y virulento discurso falangista, puede verse en Aleix PURCET GREGORI: “Juventudes de muerte española. El discurso sobre la violencia en Ramiro Ledesma Ramos y José Antonio Primo de Rivera” en Ferran GALLEGO y Francisco MORENTE (eds.): *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011, pp. 135-156. Más sobre la violencia en Julio GIL PECHARROMÁN: *José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario*, Madrid, Temas de Hoy, 1996, pp. 271-276; Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: “Puños y pistolas, doctrinas y justificaciones de la violencia en el fascismo español durante la Segunda República”, *Bulletin d’histoire contemporaine de l’Espagne*, 44 (2009), pp. 233-262.

<sup>181</sup> Manuelle PELOILLE: *Fascismo en ciernes...*, p. 73.

<sup>182</sup> Francisco MORENTE: “Rafael Sánchez Mazas y la esencia católica del fascismo español” en Miguel Ángel RUIZ CARNICER (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 109-141. Eugenio Montes indicaba con satisfacción que en España no había habido “ni asomos de un nacionalismo rebelde, anticatólico y antirromano”, citado en Juan AVILÉS FARRÉ: “Catolicismo y derecha autoritaria: del maurismo a Falange Española” en Paul AUBERT, (coord.): *Religión y sociedad en España (siglos XIX-XX). Seminario celebrado en la Casa de Velázquez (1994-1995)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2002, p. 261.

<sup>183</sup> Cristina BARREIRO: “Prensa falangista madrileña durante la II República”, *Aportes*, 48 (2002), p. 31.

como Ramiro Ledesma, Ernesto Giménez Caballero, Rafael Sánchez Mazas, Emiliano Aguado, Eugenio Montes, José Antonio Primo de Rivera o Pedro Murlane Michelena y para que colaboraran antiguos defensores de una formulación fascista como Antonio Bermúdez Cañete. Por no extendernos más, baste con citar los nombres de Ramiro de Maeztu, Manuel Delgado Barreto, José Pemartín, Pedro Sáinz Rodríguez o el de los “solitarios” Eugeni d’Ors y José María Salaverría como los de los más señeros pensadores de las corrientes no democráticas de la derecha española. Son sus nombres, especialmente los de Pemartín y Delgado Barreto, los que más pueden asociarse a cierta proclividad hacia el fascismo. Fue este último quien promovió en marzo de 1933 la censurada aventura editorial de *El Fascio*, donde reunió a lo más granado de la intelectualidad más o menos cercana al fascismo. En su único número escribieron diferentes artículos aportando generalidades doctrinales Primo de Rivera, Ledesma y Giménez Caballero<sup>184</sup>. Sin embargo, parece que el horizonte político de esta derecha era

---

<sup>184</sup> Mucho se ha escrito sobre fascistización. En los años setenta y ochenta lo hicieron Manuel Pastor, José Ramón Montero Gibert, Javier Jiménez Campo o Ricardo Chueca. Para perspectivas más actuales, pueden consultarse múltiples trabajos, representativos de la heterogeneidad de ópticas de análisis. Pedro Carlos González Cuevas ha sostenido una línea argumental que se centra en torno a la escasa variación que supuso la existencia de un exangüe fascismo español para las corrientes dominantes en la derecha, que continuaron condicionadas por la impronta de una teología política desdeñosa de las novedades ideológicas que suponía el modernismo fascista, Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *Acción Española: Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Planeta, 1998; ÍD: *Historia de las derechas españolas...*; ÍD: *El pensamiento político de la derecha española en el siglo XX. De la crisis de la Restauración al Estado de partidos*, Madrid, Tecnos, 2005. Eduardo González Calleja y Sid Lowe han documentado la radicalización y fascistización de las bases juveniles de la derecha antirrepublicana y cedista, Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: “La violencia y sus discursos: los límites de la fascistización de la derecha española durante el régimen de la Segunda República”, *Ayer*, 71 (2008), pp. 85-116 e ÍD: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República*, Madrid, Alianza Editorial, 2011; Sid LOWE: *Catholicism, War and the Foundation of Francoism: The Juventud de Acción Popular in Spain, 1919-1939*, Eastbourne, Sussex Academic Press, 2010. En sus estudios sobre el primer franquismo, Ismael Saz ha enfatizado la presencia de dos culturas políticas nítidamente diferenciadas y contrapuestas –la nacionalista reaccionaria o nacional-católica y la falangista o fascista-, lo que equivale a poner el acento en las barreras a una fascistización profunda que desnaturalizara los caracteres iniciales de la cultura política católica durante los años republicanos, aunque no recata que hubiera préstamos ideológicos y transferencias de una a otra. Ismael SAZ: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003, ÍD: “Las culturas de los nacionalismos franquistas”, *Ayer*, 71 (2008), pp. 153-174; ÍD: “Fascismo y nación en el régimen de Franco. Peripecias de una cultura política” en Miguel Ángel RUIZ CARNICER (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 61-76. Partiendo de la existencia de estas dos culturas políticas, Francisco Cobo ha resaltado la fusión de elementos de ambas en un proceso de acercamiento sin el cual no puede comprenderse la construcción cultural del franquismo, aunque dicha fusión nunca vendría en la completa subsunción de ambos modelos en uno común, Francisco COBO ROMERO: “El franquismo y los imaginarios míticos del fascismo europeo de entreguerras”, *Ayer*, 71 (2008), pp. 117-151. Joan Maria Thomàs también ha entendido el primer franquismo en términos de fascistización, Joan Maria THOMÀS: *La Falange de Franco. Fascismo y fascistización en los orígenes del régimen franquista 1937-1945*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001. Igualmente resulta útil el concepto de *parafascismo*. Roger GRIFFIN: *The nature of fascism*, Londres, Routledge, 1993, pp. 120 y ss. Una crítica global acerca de los problemas que plantea la caracterización del sujeto *fascistizado* en Ismael SAZ: “¿Dónde está el otro?...”, pp. 166-

mucho más un Estado contrarrevolucionario, corporativo, organicista y no

---

172. En dicho trabajo Ismael Saz incide en los límites heurísticos de los constructos *fascistización* y *parafascismo* y argumenta cómo son conceptos que definen lo adjetivo, lo que no son quienes no eran puramente fascistas, pero olvidan apuntalar lo que son, lo que era sustantivo en ellos, lo que permanecía y quedaba a salvo del contacto con el fascismo. Finalmente, y no por ello menos importante, sino más bien todo lo contrario, desde Barcelona el grupo de investigación articulado alrededor de Ferran Gallego y Francisco Morente ha dedicado notables esfuerzos por romper con las asentadas tesis que en mayor o menor grado se referían a una singularidad española respecto a cuanto ocurría en el continente y ha indicado la enorme cantidad de aspectos similares entre el caso español y los fascismos europeos. Esto ha posibilitado aplicar sobre nuestro país las definiciones, conceptos y debates que llevaban décadas circulando en Europa y, algo que es todavía más importante, ha permitido hacer comprensible la realidad española a los investigadores extranjeros especializados en otros espacios y abre las puertas para que cuenten con el caso español en sus trabajos de perspectiva comparada. Desde ese prisma, Ferran Gallego ha sostenido la trascendencia de un proceso de fascistización ya muy activo en vísperas de la conflagración civil y que en la Guerra habría encontrado un escenario afortunado para su plena realización, hasta el punto de que para la inmediata posguerra estima que ha de hablarse de una única cultura política, fascista, con matices y variaciones tales como los que hubo en Alemania o Italia y que integró los caracteres propios de la derecha autoritaria de los años republicanos y del falangismo. Así, para Gallego la fascistización, en España o en cualquier otra nación europea, no fue un proceso que necesariamente define la capacidad de impregnación ideológica y procedimental sobre los vecinos políticos de un partido fascista poseedor de una ideología acabada y un corpus doctrinal férreamente cerrado en el momento de su fundación. Más bien habría sido la capacidad de estandarización y modernización de proyectos, estrategias comunicativas, objetivos y lugares en el seno de un espacio contrarrevolucionario amplio a través de unos principios ideológicos comunes y bajo la rectoría de un estilo de vida y actitudes místicas. En ese proceso conflictivo y absorbente es en el que se forjaría la ideología fascista. Ferran GALLEGO: “Fascismo, antifascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del período de entreguerras” en Alejandro ANDREASSI, José Luis MARTÍN RAMOS (coords.): *De un octubre a otro. Revolución y fascismo en el período de entreguerras, 1917-1934*, Mataró, El Viejo Topo, 2010, pp. 281-354; ÍD: “Sobre héroes y tumbas. La guerra civil y el proceso constituyente del fascismo español” en Francisco MORENTE (ed.): *España en la crisis europea de entreguerras*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2011, pp. 249-268; ÍD: “Fascistization and Fascism. Spanish dynamics in a European process”, *International Journal of Iberian Studies*, 25 (2012), pp. 159-181; ÍD: “¿Un puente demasiado lejano? Fascismo, Falange y franquismo en la fundación y en la agonía del régimen” en Miguel Ángel RUIZ CARNICER (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 77-108. Para el próximo año Ferran Gallego prepara la aparición de un gran compendio de sus sobre el fascismo español bajo el título de *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, donde podrá apreciarse el calado de esa fascistización en el tiempo largo. Miembro del mismo grupo de investigación, Javier Rodrigo ha estudiado la Guerra y su valor esencialmente cohesivo y desarmador de las diferencias en pro de una única cultura política fascista, Javier RODRIGO: “A este lado del bisturí. Guerra, fascistización y cultura falangista” en Miguel Ángel RUIZ CARNICER (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 143-167. Francisco Morente ha visto en el catolicismo el principal factor de hermanamiento de la derecha radical y el fascismo y, a través del estudio del ideólogo fascista Sánchez Mazas ha determinado el crucial papel que jugaba el discurso religioso dentro de la doctrina oficial de Falange ya en los años previos a la Guerra. Desde su punto de vista los diferentes modelos políticos antirrepublicanos compartían mucho más de lo que habitualmente se señala, hasta el punto de que el resultante de la fascistización de los años republicanos y bélicos sería una cultura política del 18 de julio, fascista, como ya se ha indicado, precipitado de todas las anteriores corrientes de la derecha radical y el falangismo, que habría sido capaz de sintetizar todas ellas en un gran terreno de juego marcado por el binomio tradición-modernismo y el nexo del catolicismo de igual forma que en Alemania el racismo unificó el campo contrarrevolucionario. Francisco MORENTE: “Rafael Sánchez Mazas y la esencia católica...”, pp. 109-141. Véase además el capítulo de *¿Fascismo en España?* “Los problemas del fascismo en España”, recogido en las mencionadas *Obras Completas* (vol. IV) de Ramiro Ledesma Ramos, pp. 149-164. Acerca de la fascistización en el Carlismo, los vasos comunicantes -organicismo, insurreccionalismo, movimientismo y cultura política antiliberal- y el rechazo doctrinal, véanse Martin BLINKHORN: *Carlismo y contrarrevolución en España. 1931-1939*, Barcelona, Crítica, 1979, pp. 234-258 y Javier UGARTE: *La nueva Covadonga insurgente...*

abstencionista en lo económico, desprovisto de la espectacularidad del ritual de movilización de masas fascista y asentado en el reconocimiento de la especialización técnica, al estilo del Portugal de Oliveira Salazar<sup>185</sup>.

Es por todo ello que lo que más nos interesa de lo producido en España en los años treinta sobre el fascismo, por encima de los diferentes enfoques que se imprimieron para tratar de entender, alabar, manipular o contrarrestar el fenómeno, es la propia heterogeneidad de lecturas que de él hicieron quienes de un modo u otro se afanaron bajo sus proclamas y emblemas y conformaron su cuerpo de doctrina. En un primer lugar hemos de referirnos a algunos ensayos escritos desde la simpatía y cuya publicación pasó totalmente inadvertida en el mercado editorial: hablamos del libro firmado por *El Caballero Audaz* (seudónimo de José María Carretero) y titulado *La farsa de la crisis: España hacia el fascismo* (1933) y del de Vicente Gay *Madre Roma* (1935). En segundo lugar, exigen una mención las recopilaciones interesadas y parciales de textos fundamentales del fascismo italiano (E. González Blanco, *El fascismo expuesto por Mussolini*, 1934) y el nacionalsocialismo alemán (del mismo autor, *El nacional socialismo expuesto por Hitler*, 1934) y las traducciones de obras clásicas como *El Estado corporativo* de H. E. Goad, realizada por el marqués de la Eliseda en 1933 o *El fascismo* de Mussolini, prologada en 1934 por José Antonio Primo de Rivera. Además, el público que accedía a este tipo de trabajos o a otros que hubieran podido coadyuvar a engendrar un estado de opinión favorable al nacionalismo social y anticomunista en España, como *Reflexiones sobre la violencia* de Georges Sorel, *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler, *Teoría constitucional* de Carl Schmitt o *Hacia una nueva edad media* de Berdiáiev era muy menguado<sup>186</sup>. Parece, en todo caso, que la adherencia, la simpatía o la militancia en un partido fascista en España no estaba

---

<sup>185</sup> En esa dirección, es importante poner el énfasis en las disensiones, como lo hace Fernando del Rey en *Palabras como puños* cuando recuerda que, en realidad, “el camino hacia las dictaduras contrarrevolucionarias de partido único no fue uniforme ni resultó monopolizado por los fascismos. Es más, estos últimos regímenes, si bien arraigaron en países de enorme peso en el concierto internacional, *sensu stricto* fueron la excepción más que la regla a efectos cuantitativos, aunque cualitativamente su influencia desestabilizadora se revelara determinante en el camino hacia la guerra. En la mayor parte de Europa, el paso de las democracias a los regímenes autoritarios se canalizó sobre todo a través de dictaduras organicistas de signo conservador –cuando no expresamente reaccionarias- apoyadas en los militares o en círculos monárquicos, por más que en algunas de ellas pudieran advertirse indicios de fascistización más o menos acentuados”. Fernando DEL REY: “Introducción...”, p. 25.

<sup>186</sup> Sobre las bibliotecas personales, las lecturas y cómo accede la militancia a las nuevas fórmulas autoritarias que se promueven en el continente puede verse, respecto de los carlistas vasco-navarros, con alguna mención al jovencísimo falangista Rafael García Serrano, el trabajo de Javier UGARTE: *La nueva Covadonga insurgente...*, pp. 248 y ss.

íntimamente relacionada con una cuestión de absorción completa de ideas, si acaso hemos de preguntarnos si no ocurría lo mismo con cualquier otra ideología.

En tercer y más importante lugar, entre los muchos párrafos dedicados a la prosa ideológica –muchas veces compuestos de una manera vaga, imprecisa, fragmentaria y deslavazada aunque no exenta de calidad intelectual, que no habría hecho presagiar las ínfulas de perdurabilidad e imprescriptibilidad latentes en la cosmovisión fascista; no fue ciertamente impresionante la contribución bibliográfica autóctona al pensamiento totalitario- con que llenaron los jóvenes nacionalsindicalistas las páginas de sus órganos de prensa, desde *La Conquista del Estado* a *Nuestra Revolución*, pasando por *Libertad, Igualdad, JONS, El Fascio, F.E., Arriba, Patria Sindicalista, Unidad* o *La Patria Libre*, o los capítulos de una ensayística poco cultivada por unos activistas decididos a lanzar sus dardos críticos sobre su circunstancia histórica a través del medio más instantáneo que la época ofrecía para la difusión ideológica y primordial aparejo de consagración intelectual -el periódico o el semanario accesible a las masas-, puede encontrarse una preocupación común a las diferentes sensibilidades fascistas españolas: la que al concebir el fascismo como una vuelta, como un reencuentro de un pueblo consigo mismo en una coyuntura de crisis y decadencia, les impelía a hallar una fórmula genuina y originalmente española que espantara los fantasmas que sobrevolaban acusándoles de copia barata y sucursal de un extranjerismo, lo que acabó afectando al lenguaje de nuestros protagonistas, preñado de ambigüedades y escondrijos retóricos sobre el fascismo al tiempo que reclamaban para sí –frente a la derecha *fascistizada*- la exclusividad de un término que en ocasiones rechazaban. Pero, una vez más, hemos de hacer una llamada sobre las cuotas de atención que estos escritos en prensa del fascismo español podían suscitar entre sus compatriotas, lo que unido a la censura que frecuentemente torpedeaba la vida de los periódicos y revistas antes mencionados puede ayudar a conformar una idea de la repercusión que podía tener sobre la vida pública de la época lo que en sus hojas de información se dirimía<sup>187</sup>. Analizaremos sumariamente aquí algunos de los nombres, obras y momentos que congregaron mayor curiosidad.

---

<sup>187</sup> Sobre las dificultades que afrontaron las publicaciones falangistas y los mecanismos de control y regulación de la libertad de expresión, véanse Cristina BARREIRO: “Prensa falangista madrileña...”, pp. 29-41; Justino SINOVA: *La prensa en la Segunda República española. Historia de una libertad frustrada*, Debate, Barcelona, 2006, pp. 76-79, 294-297, etc. y Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: “La prensa carlista y falangista durante la Segunda República y la Guerra Civil (1931-1937)”, *El Argonauta Español*, 9 (2012). En <http://argonauta.revues.org/819>. Más sobre la prensa fascista en Antonio CHECA GODOY: “Los semanarios fascistas” en *Prensa y partidos políticos durante la II República*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1989, pp. 216-219; Carlos VELASCO MURBIEDRO: “Ideario económico de

Un Giménez Caballero en el que primaron la invención y el ingenio sobre la teoría sistemática, como habitualmente es definido por González Cuevas, publica en 1932, a través del servicio de ediciones de *La Gaceta Literaria*, su ensayo *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional. Y del mundo*, con un título que habla por sí solo sobre las intenciones de su autor. Esta obra, que tendrá una segunda edición en 1934 y dos más durante la guerra, es el reflejo de la brega personal del autor por buscar una salida concretamente española inserta en el mejor sustrato nacional, esto es: que no atentara contra el *genio* creador español, eterno guardián de las esencias patrias. En su momento histórico, ser fascista era un ejercicio de fidelidad hacia el *genio* español. Giménez Caballero quiso haber encontrado el punto de partida del *hacismo* español en el crepúsculo medieval con la magna obra de los Reyes Católicos. Así se expresaba:

“Para España el fascio existe antes de que lo clavara en su sombrero un Italo Balbo. Lo pusieron en su escudo nuestros Reyes Católicos. Su haz de flechas, en vez de estacas castrenses y lictorias. No necesitamos de símbolos prestados. Hemos sido nación un poco antes que la nueva y orgullosa Italia actual y que la prepotente Alemania. ¡Una pequeña diferencia de cuatro siglos!”<sup>188</sup>.

El ideal que irradiaba de Roma con el rango de una fe ecuménica y universal, como una nueva catolicidad (*La nueva catolicidad. Teoría general sobre el fascismo en Europa: en España*), sería la idea misma que España llevaba inscrita en su firmamento

---

la prensa fascista durante la II República” en Manuel TUÑÓN DE LARA et al. (eds.): *Comunicación, cultura y política durante la II República y la Guerra Civil: España (1931-1939)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1990, pp. 106-130; Ricardo MARTÍN DE LA GUARDIA: *Información y propaganda en la prensa del Movimiento. Libertad de Valladolid. 1931-1979*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1994, pp. 27-41. A su vez, se encuentra pendiente de publicación la tesis doctoral de Rafael Ibáñez Hernández sobre los órganos de difusión nacionalsindicalistas.

<sup>188</sup> Citado en Mónica CARBAJOSA, Pablo CARBAJOSA: *La corte literaria...*, p. 55. *Genio de España* removió el panorama literario del momento y funcionó como faro para los jóvenes radicales y temperamentales ansiosos de enérgicas voces de mando como José María Escudero y Rafael García Serrano. Un escritor del otro lado de las trincheras, Arturo Serrano Plaja, enrolado en la Alianza de Intelectuales Antifascistas, escribía sobre *Genio de España* unas líneas de incuestionable valor para comprender la repercusión alcanzada por la obra y para aprehender en qué términos percibía un joven representante de la *intelligentsia* de izquierdas española la constitución de un fascismo hispánico. En las páginas del órgano de la Alianza, *El Mono Azul*, dejó constancia Serrano Plaja de “la enorme importancia –no hay que dudarle– que en España ha tenido el libro “Genio de España”, basado en un “fascinante y facilísimo esquema”. El libro y la ideología que lo nutría encontraban sentido en las siguientes coordenadas: “El capitalismo español necesitaba [...], absolutamente, alguien que le inventase la adecuada careta, ya trágica, con que dar su última batalla. Y la encontró: Giménez Caballero, el más inteligente y el más sinvergüenza de los escritores reaccionarios, encontró el *genio de España*, escribió el libro que necesitaba la adolescente turbiedad mental de los estudiantes hijos de potentados para ser *heroicos* y defender la *cuenta corriente de papá*, todo de un golpe”. Véase Enrique SELVA: *Ernesto Giménez Caballero...*, pp. 204-205.

misional, de manera que en su obra se hace notar una identificación de España con Roma, con el cristianismo y la difusión de valores universales<sup>189</sup>. Y el papel de los intelectuales como consejeros áulicos quedaba meridianamente claro en este nuevo trabajo:

“Nosotros –los poetas, los escritores- hemos creado en gran parte la atmósfera densa y apta que el fascismo encuentra en nuestra nación. Ha sido nuestro lirismo, nuestra propaganda, el gran fermento de creación fascista española... Somos nosotros los que por hoy debemos vigilar y exigir el que las posibles masas fascistas de España encuentren su cauce heroico en un Héroe. Que las Masas españolas encuentren su Héroe español”<sup>190</sup>.

En 1935 en *Arte y Estado* presentará la estética como una expansión adyacente del territorio de la política en contraposición con el principio liberal de autonomía del artista. El Estado fascista habría de ser benefactor y protector de unos artistas convertidos en propagandistas al servicio de la política, puesto que únicamente escapando de su introspección el artista se situaría en la línea del mejor *genio nacional*<sup>191</sup>. El escenario estético no sería uno diferente en las fases que conducirían al fascismo, sino que, como observaría décadas después Walter Benjamin, sería éste una forma de “estetización de la política”. Como tal, estas fases no se presentarían a la manera de estratos superpuestos de manera finalista sino “como un proceso de maduración sin soluciones de continuidad”<sup>192</sup>.

---

<sup>189</sup> Para el viraje que se aprecia de *Genio de España* a *La nueva catolicidad*, para el que no hay espacio en estas páginas, consúltese la ya citada biografía de Enrique Selva sobre Giménez Caballero, a nuestro juicio la más completa.

<sup>190</sup> Citado en Mónica CARBAJOSA y Pablo CARBAJOSA: *La corte literaria...*, pp. 80-81. En 1933 escribía en el diario *Informaciones* un texto en franca sintonía con el trasfondo común de las reservas antiintelectualistas de sindicalistas revolucionarios y fascistas, aquellas por las que se valoraba lo entrañable y fértil de la vida activa y frenética del hombre de fe, que persigue un mito movilizador, frente al aislamiento contemplativo y paralizador del racionalista y el meditativo: “En el fascismo se desprecia al intelectual como puro intelectual, como hombre de problemas que jamás resuelve, sino envenena. En el fascismo no hay más que místicos, predicadores, profetas. Si yo detesto la palabra intelectual es a condición de colocar el intelecto —instrumentalmente— al servicio de lo místico, de la intuición, de la voluntad. ¡Basta ya de gestos falsos en eso de la misión de los intelectuales! Si tienen misión, ¡sean misioneros! Y para su misión se sirvan del intelecto, de los puños, de los dientes y de toda su alma. ¡Basta de farsas!”. Visto en Enrique SELVA: *Ernesto Giménez Caballero...*, p. 248. En 1939 sale a la luz pública una nueva edición de *Genio de España*, en la que opone dos tipos humanos: sofistas, herejes, bachilleres, pedantes, intelectuales, heterodoxos, enrevesados... frente a místicos, teólogos, predicadores, sacerdotes, curas del alma. Creemos que no hace falta indicar por cuál de ambas nóminas se inclinaba nuestro autor. La cita, en el prólogo de José-Carlos MAINER: “Ernesto Giménez Caballero...”, p. LXIII.

<sup>191</sup> Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *El pensamiento político de la derecha...*, p. 153.

<sup>192</sup> Ferran GALLEGU: *Ramiro Ledesma Ramos...*, p. 32. Se caracteriza la biografía de Gallego, como la de Selva sobre Giménez Caballero, por negar la separación entre estas dos fases estética y política del fascismo español y, al contrario, constata Gallego que la opción por el fascismo de intelectuales como

Catedrático de Derecho, Alfonso García Valdecasas, procedente de los círculos orteguianos que habían dado vida al Frente Español<sup>193</sup>, tuvo una presencia relámpago en el fascismo español, pero lo suficientemente relevante para que participara como orador en uno de sus actos públicos más notables: el mitin del Teatro de la Comedia, de 29 de octubre de 1933, que inicialmente fue convocado como un “acto de afirmación nacional” y que acabaría inmortalizado en la memoria como el momento fundacional de Falange Española. Allí habló García Valdecasas de la siguiente forma:

“Nosotros, españoles, no queremos vivir de fórmulas extranjeras, y no queremos exponernos a que eso del fascismo sea una fórmula más. No. Queremos descubrir la autenticidad de nuestro ser. No existen recetas universales; no existen panaceas de salvación para los pueblos; los pueblos han de salvarse por sí mismos, descubriendo su propia verdad”<sup>194</sup>.

Francisco Moreno y Herrera, marqués de la Eliseda y diputado con José Antonio durante el segundo bienio republicano, escribió en 1935, ya fuera de la disciplina de Falange, su obra *Fascismo, Catolicismo y Monarquía*, en la que se concedía al fascismo una misión de acusado valor restauracionista a tiempos prácticamente prepolíticos: el fascismo como un tradicionalismo actualizado<sup>195</sup>. Desde las filas falangistas, el joven Juan Bautista Pérez de Cabo, que en 1942 sería fusilado por Franco, escribió *¡Arriba España!* (1935), obra porticada con un prefacio del fundador de su formación política, y que se entretenía en desgranar lo que ésta pensaba sobre la democracia (“el falangismo es substancialmente democrático-orgánico” se decía, frente a la “mentira radical de la democracia española y de todas las democracias liberales”), el individuo, las elites, los sindicatos, la Iglesia o la vertebración jurídica del Estado<sup>196</sup>.

Fueron José Antonio Primo de Rivera y Ramiro Ledesma Ramos quienes investidos de un prurito de perfección continuo trataron de enhebrar los contrafuertes más sustanciosos sobre los que construir la fórmula española al tiempo que daban vida y

---

Ledesma o *Gecé* “es inseparable de la nueva concepción del arte y del artista que se impone en tiempos de la vanguardia” (p. 33). Así, la militancia política fascista sería concebida por jóvenes como los mencionados como una superación del horizonte estrecho y burgués en que había devenido el vanguardismo.

<sup>193</sup> Sobre el Frente Español consúltense las páginas que le dedica Antonio ELORZA: *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset*, Barcelona, Anagrama, 1984, pp. 218 y ss.

<sup>194</sup> Véase Joan Maria THOMÀS: *Los fascismos...*, p. 83.

<sup>195</sup> Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: “Habitús e ideología...”.

<sup>196</sup> Juan Bautista PÉREZ DE CABO: *¡Arriba España!*, Barcelona, Ediciones Nueva República, 2007 (1935).

organizaban tácticamente los partidos que con ínfimo éxito divulgaron un mensaje catalogado de fascista en el país –las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas, Falange Española y finalmente, tras la fusión de febrero-marzo de 1934, Falange Española de las JONS-. José Antonio se vio continuamente limitado por su contradictoria personalidad, su procedencia social y su gusto refinado por la literatura que le alejaban de la campechanía y la contundencia indubitada esperables de un líder de masas. Su gusto estético y su continua reelaboración ideológica se vieron quebrados en el momento de su muerte sin que pareciera que su pensamiento estaba del todo maduro y mucho menos que hubiera llegado a una estación definitiva<sup>197</sup>. Podríamos salpicar de citas el texto y, sin embargo, creemos que con ello solo contribuiríamos a dificultar su digestión. No hemos de olvidar el fin último de este trabajo, consistente en proporcionar una visión de conjunto del largo recorrido de lo que en España se ha llevado a imprenta sobre el fascismo, las ideas y sus intelectuales. Existen trabajos –que aquí recogemos- que muestran la dispersión de caras que el nacionalismo totalitario tuvo en nuestro país, las divergentes soluciones que se pensaban para España, su revolución, los valores a imponer y la moral que habría de acompañar al “hombre nuevo” y es en sus páginas, y no en éstas, donde han de darse por satisfechas todas las dudas al respecto. Las disquisiciones de esa naturaleza en verdad son ajenas a la parábola que estamos trazando y es su adyacencia lo que las hace inexcusables en nuestro ensayo, aunque el grado en que damos cuenta de ellas sea epidérmico.

Sin demorarnos más, sea suficiente con señalar la evolución del pensamiento joseantoniano desde una derecha conservadora autoritaria a la altura de 1933, que admiraba del fascismo la garantía que éste ofrecía –o creía que podía ofrecer- para el mantenimiento o restablecimiento de “valores eternos” como unidad, verdad, justicia o Patria, ensamblados en una visión del mundo arcaizante, hasta un estadio poco definido y rastreable a partir de 1935 y durante 1936 en que la Falange de José Antonio se encuentra en una encrucijada: por una parte, la necesidad de hallar su propio respiradero

---

<sup>197</sup> Se ha escrito que su obra “es más una intención que una expresión”, Adriano GÓMEZ MOLINA: *José Antonio. Testimonio*, Madrid, Doncel, 1970, p. 17. Desde nuestro parecer, la mejor obra para seguir las vicisitudes ideológicas de José Antonio y el modo en que conjuga clasicismo y romanticismo, la herencia española del pensamiento decimonónico, noventayochista y orteguiano y la sombra proyectada por el fascismo, la tradición y la revolución, las masas y las élites, la violencia y los remordimientos que ésta le generaba, etc. para proveer al fascismo español de una muy personal y contradictoria entidad es Julio GIL PECHARROMÁN: *José Antonio Primo de Rivera...* En Arnaud IMATZ: *José Antonio: entre odio y amor. Su historia como fue*, Barcelona, Áltera, 2006, un notable empeño -que tal vez peque de “psicologicista”- desde la simpatía hacia el biografiado, por comprender sus ideas e insertarlas en recipientes más amplios de pensamiento, no siempre fascistas. Sin apartarse de esta línea, Moisés SIMANCAS TEJEDOR: *José Antonio. Génesis de su pensamiento*, Madrid, Plataforma 2003, 2003.

político, acechado por la creciente polarización que puede hacer que FE pase a ser una más en la sopa de siglas de la extrema derecha española por la contracción de las aristas discordantes en el campo político antirrevolucionario y la espiral de violencia que empañó con sangre las aspiraciones intelectuales del grupo; y, en paralelo, las no detenidas ambivalencias de su pensamiento, enfrascado por entonces en la superación doctrinal de algunos aspectos del fascismo y la derecha radical, como el desdén que comenzó a mostrar por el corporativismo, que era preciso sustituir por una inconcreta fórmula de sindicalismo nacional, la lectura en clave positiva de la República como experimento frustrado de modernización, redención social y patriotismo limpio de los españoles o la denuncia de la táctica revisionista de la obra económica y social del primer bienio<sup>198</sup>. No obstante, no parece que esta percepción de viraje doctrinal -que llevó a José Antonio a creer verdaderamente que el nacionalsindicalismo era una fuerza constituida de manera independiente y ajena del fascismo<sup>199</sup>- fuera tenida en cuenta o tuviera incidencia suficiente como para que alterara la afluencia de jóvenes a Falange Española, modificara las razones de la militancia, la imagen de marca local del fascismo como fenómeno mundial que tenía en España el movimiento que acaudillaba, la decidida postura pro golpista del falangismo o suscitara el surgimiento, más allá de

---

<sup>198</sup> Resulta de sumo interés para atender a la estrategia y evolución ideológica de Primo de Rivera en los años 1935 y 1936 el texto de Ferran GALLEGÓ: “Ángeles con espadas. Algunas observaciones sobre la estrategia falangista entre la Revolución de Octubre y el triunfo del Frente Popular” en Ferran GALLEGÓ y Francisco MORENTE (coords.): *Fascismo en España. Ensayo sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*. Barcelona, El Viejo Topo, 2005, especialmente a partir de la p. 199. De ese trabajo obtenemos esta cita: “En la, digámoslo así, escasa percepción de los ritmos políticos a los que había de ajustar su identidad ideológica, Primo de Rivera actuó, más que con sectarismo, con la primacía del elemento de la propia identidad sobre cualquier consideración que facilitara el tendido de puentes para la formación de un frente nacional. Como si su preocupación mayor fuera el establecimiento simbólico de ese espacio revolucionario *distinto*, ese “contra todos” al que aludiría a fines de año [habla de 1935], creyendo que lo que debía ganarse en *primer lugar* era el prestigio de ser una fuerza que destacara más sus elementos ideológicos diferenciales que su necesaria ambigüedad táctica, las intervenciones de José Antonio, en el parlamento y fuera de él, como orador y como publicista, se dirigieron a cargar contra la responsabilidad de la derecha española en la existencia de una desespañolización de las masas, dada la ausencia de su sentido social y la carencia de su ambición histórica [...] Invertía en valores ideológicos a plazo fijo, cuya nula rentabilidad inmediata propiciaban su apreciación mayor en el futuro, justamente por no haberse contaminado en la formación de uno de los bloques en presencia en el debate político en 1935”. (pp. 200-201). Véase también Ismael SAZ CAMPOS: “José Antonio Primo de Rivera y el fascismo español” en *Fascismo y franquismo*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2004, pp. 74-75. Para el catedrático valenciano, el José Antonio encarcelado en Alicante, por pesimismo o desesperación dibuja una nueva dirección política acercándose a lo que denomina “fascismo neotradicionalista”. Por otra parte, hacemos notar que el utopismo que se desprende de sus escritos para alcanzar la paz y formar un gobierno de concentración nacional parte del acatamiento de la legalidad republicana y del respeto y admiración que Primo de Rivera profesaba hacia las principales figuras del liberalismo español como Ortega, Marañón, Melquíades Álvarez o Sánchez Román, a quienes propone para levantar “una política nacional reconstructiva y pacificadora”. Ian GIBSON: *En busca de José Antonio*, Madrid, Aguilar, 2008 (1980).

<sup>199</sup> Julio GIL PECHARROMÁN: *José Antonio Primo de Rivera...*, p. 367.

algunos nombres, de una resistencia prolongada al proceso de integración unitaria y disciplinada de la extrema derecha logrado por la coyuntura bélica en 1937. Más bien es una huella más, indeleble, de las vacilaciones que acompañaron a José Antonio en su andadura política, en la que la continuidad vendría primordialmente dictaminada por la vocación intelectualista, lírica, elegante, serena y abnegada que se conoce como “estilo falangista” o “joseantoniano”, por su inquebrantable antimarxismo y por su concepción de la nación española, siguiendo a Ortega y a d’Ors, como “unidad de destino en lo universal”, lo que le llevaba a rechazar sin contemplaciones todo tipo de patriotismo romántico o aparential<sup>200</sup>. Por tanto, en el marco de esa evolución, José Antonio Primo de Rivera, maestro de ceremonias y aglutinador de una nada despreciable en lo cualitativo intelectualidad articulada como *corte literaria*, ofreció diferentes visiones sobre el fascismo, la congruencia de éste con la hora en que vivía España y la coherencia con la herencia católica y orgánica de la política española, casi siempre insistiendo en la originalidad.

Fue Ramiro Ledesma el fascista español más brillante en cuanto al rigor intelectual, la coherencia y la combinación de radicalismo político con las dotes de realismo, estrategia y pragmatismo con los que trató de enarbolar un partido de este tipo en nuestro país. Y fue también el más prolífico en cuanto a los intentos de sistematización teórica de su pensamiento: fue quien brindó a los seguidores de sus ideas dos ensayos de síntesis doctrinal y exaltación sobre los que imperaba, de fondo, una reflexión acerca de la propia trayectoria del fascismo en España, sus posibilidades reales de triunfo y las constantes vitales del cuerpo nacional que impedían dicha victoria –*Discurso a las Juventudes de España* y *¿Fascismo en España?*, ambas de 1935, aunque la segunda publicada originalmente bajo el seudónimo de Roberto Lanzas- que no ha de ser menospreciada. Primero de todo, por constituir *¿Fascismo en España?* el primer trabajo de estudio sobre las iniciales células del nacionalsindicalismo y sus peripecias en la efímera circunstancia republicana, desde una óptica autobiográfica que pretende dar un diagnóstico de un fracaso<sup>201</sup>, puesto que “el margen para la afirmación del fascismo era mínimo, aunque sobrasen en el país clases e instituciones reaccionarias

---

<sup>200</sup> Sobre el “estilo”, consúltese Ricardo MARTÍN DE LA GUARDIA: “José Antonio Primo de Rivera o el estilo como idea de la existencia” en Ferran GALLEGÓ y Francisco MORENTE (coords.): *Fascismo en España. Ensayo sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, Barcelona, El Viejo Topo, 2005, pp. 163-178.

<sup>201</sup> Introducción crítica de Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS al *Discurso*, “Ramiro Ledesma Ramos o el imposible fascismo español...”, p. 30.

y antidemocráticas: es decir, fascistizantes”<sup>202</sup>. Segundo, porque la principal virtud de *¿Fascismo en España?*, vista desde nuestros días y desde nuestra perspectiva de estudiosos -y no de impetuosos jóvenes fascinados por la retórica nacionalista y ávidos de munición ideológica a quienes iba dirigido-, es que no rehúye la polémica y la autocrítica, aunque ha de observarse bajo el prisma de prevención, duda y comprobación rigurosa de datos que merece toda obra escrita por uno de los protagonistas del relato que se narra. *¿Fascismo en España?* y *Discurso a las Juventudes de España* abrieron senderos que posteriormente han sido muy transitados por los historiadores: la disertación sobre el fascismo como fenómeno mundial que no sólo carecía de una política internacional propia, sino que ésta era, muchas veces, antagónica, por lo que, en consecuencia, rechazaba el autor el mimetismo<sup>203</sup>; la naturaleza fragmentaria y heterogénea de su cultura política; las relaciones entre la singularidad política del nacionalsindicalismo y el espacio de las fuerzas *fascistizadas*<sup>204</sup>; las tensiones entre voraz autonomía ideológica y amalgamamiento con la extrema derecha y las elites tradicionales por cuestiones de eficacia política<sup>205</sup>; las “contradicciones de tipo irresoluble” sobre las que operaba José Antonio<sup>206</sup>; los factores de largo tiempo que habían ocasionado que un nacionalismo moderno y de masas

---

<sup>202</sup> Antonio ELORZA: “Caballeros y fascistas” en *Historia* 16, 91 (1983), p. 35.

<sup>203</sup> “No hay ni puede haber una Internacional fascista. El fascismo, como fenómeno mundial, no es hijo de una fe ecuménica, irradiada proféticamente por nadie. Es más bien un concepto que recoge una actitud mundial, que señala una coincidencia amplísima en la manera de acercarse al hombre de nuestra época a las cuestiones políticas, sociales y económicas más altas. Pero hay en esa actitud mundial zonas irreductibles, que son las primeras en denunciar la no universalidad originaria del fascismo. Pues su dimensión más profunda es lo “nacional”. *De ahí que el fascismo no tenga otra universalidad que la que le preste el soporte ‘nacional’ en que nace*”, Ramiro LEDESMA RAMOS: “¿Fascismo en España?...”, p. 140. Para el progresivo deslizamiento, desde las iniciales fórmulas italianizantes propias de Giménez Caballero, en el que mucho tuvo que ver la influencia de Heidegger y la apreciación de los valores comunitarios del nacionalsocialismo, véase Ferran GALLEGO: *Ramiro Ledesma Ramos...*, p. 50 y ss.

<sup>204</sup> Ramiro LEDESMA RAMOS: “¿Fascismo en España?...”, pp. 161-164.

<sup>205</sup> Reiteradas citas en ambas obras, valga *Ibidem*. pp. 155-156, 181-182.

<sup>206</sup> “Véasele organizando el fascismo, es decir, una tarea que es hija de las virtudes del ímpetu, del entusiasmo a veces ciego, del sentido nacional y patriótico más fanático y agresivo, de la angustia profunda de la totalidad social del pueblo. Véasele, repito, con su gusto por lo racional y abstracto, con su afición a los estilos escépticos y suaves, con su tendencia a adoptar las formas más tímidas del patriotismo, con su afán de renuncia a todo cuanto suponga apelación emocional o impulso exclusivo de la voluntad, etcétera. Todo esto, con su temperamento cortés y su formación de jurista, le conduciría lógicamente a formas políticas de tipo liberal y parlamentario. Varias circunstancias han impedido, sin embargo, esa ruta. Pues ser hijo de un dictador y vivir adscrito a los medios sociales de la más alta burguesía son cosas de suficiente vigor para influir en el propio destino. En José Antonio obraron en el sentido de obligarle a torcer el suyo, y a buscar una actitud político-social que conciliase sus contradicciones. Buscó esa actitud por vía intelectual, y la encontró en el fascismo. Desde el día de su descubrimiento, está en colisión tenaz consigo mismo, esforzándose por creer que esa actitud suya es verdadera, y profunda. En el fondo, barrunta que es algo que ha llegado a él de modo artificial y pegadizo. Sin raíces [...] Es curioso, y hasta dramático, percibir como tratándose de un hombre no desprovisto de talentos forcejea con ardor contra sus propios límites. Sólo, en realidad, tras de ese forcejeo, puede efectivamente alcanzar algún día la victoria”, *Ibidem*. pp. 259-260, cita 4.

tuviera que partir prácticamente de cero en la España de los treinta<sup>207</sup>, etc. y que entroncaban directamente con algunas cuestiones estrella que han venido entreteniéndose a la historiografía española –la débil nacionalización, la ausencia o presencia de revolución burguesa,...<sup>208</sup>-. Tercero, porque las masas fascistas españolas hubieron de esperar a 1935, momento en que Ledesma había salido de la organización que daba cauce a las aspiraciones y simpatías fascistas, para tener un libro de la entidad de *Discurso a las Juventudes de España*, auténtica interpretación de la historia de España y estímulo a la acción política decidida, canto a la hora política y al papel misional que en ella tenían las juventudes, siguiendo el método histórico de las generaciones orteguiano, como hacedoras del nuevo orden que estaba por llegar, en contraposición antropológica con la senectud infecunda de los viejos liberales y demócratas<sup>209</sup>. Ambas obras conforman el cristal más transparente para la comprensión de la historia intelectual del fascismo.

Ramiro Ledesma Ramos fue, probablemente, de todos nuestros fascistas, quien albergó en su cabeza la concepción más total y acabada de las vías alternativas que proponía al mundo intelectual, del Estado que apetecía y de los medios a utilizar, las alianzas a forjar y las fuerzas y estratos sociológicos a atraerse para obtenerlo. Y lo hizo, además, recolectando y reelaborando los componentes contemporáneos de la cultura política española y siendo un profundo conocedor del modo en que en otras naciones europeas los movimientos nacionales y revolucionarios consiguieron su propio espacio político y conquistaron el poder del Estado<sup>210</sup>. Al pensar sobre el soporte sociológico del fascismo, Ledesma abundó en la modernidad de los sectores que habían de auxiliar la vigorización de un partido fascista: clases medias, pequeña burguesía, proletariado urbano e industrial, intelectuales, juventud. Pese al papel descollante que

---

<sup>207</sup> Alusiones en los dos trabajos, por ejemplo, *Ibidem*. pp. 148-155.

<sup>208</sup> Ledesma Ramos toma el pulso a la raquítica nacionalización de las masas acaecida en España durante el XIX: “En parte, el fascismo mismo crea o sostiene esa conciencia [nacional], pero no puede prescindir de ella como antecedente. No se crea, por ejemplo, que ha sido Mussolini quien ha forjado el patriotismo actual de los italianos. Este es anterior al fascismo, y obraba en la atmósfera popular de Italia desde mucho antes [...] Lo extraño de España, en relación con lo que se observa en los demás grandes países, es la ausencia de una doctrina nacional y de una política nacional operante en lo que pudiéramos llamar zonas conservadoras”, *Ibidem*. p. 153.

<sup>209</sup> La alusión al método generacional de Ortega en la introducción crítica de Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS al *Discurso*, “Ramiro Ledesma Ramos o el imposible fascismo español...”, p. 16. Para Tusell y Queipo de Llano la conciencia generacional que Ledesma Ramos venía expresando desde los tiempos de *La Conquista del Estado*, de 1931, era idéntica a la que expresaban por entonces revistas de izquierda como *Nueva España*, *Política* o *Nosotros*, Javier TUSELL y Genoveva QUEIPO DE LLANO: *Los intelectuales y la República*, Madrid, Nerea, 1990, pp. 88-89.

<sup>210</sup> Ricardo MARTÍN DE LA GUARDIA: “Ledesma Ramos: fascismo a la española”, *Revista de Occidente*, 302-303 (2006), p. 219.

había tenido en su formación su maestro Ortega y Gasset, las consideraciones de Ledesma sobre el fenómeno de la cultura de masas en las sociedades contemporáneas invertían el esquema proporcionado por el gran filósofo madrileño: “la masa en Ledesma era concebida como un instrumento político, ya que se la podía movilizar si se le marcaban unos objetivos claros por los que combatir el decadente régimen liberal e iniciar un proceso revolucionario”<sup>211</sup>. Respecto a las ideas, el zamorano entroncó su nacionalismo revolucionario con una familia política cuyo origen estaría en los jacobinos de la Revolución Francesa y no en el pensamiento reaccionario que la precedió, coexistió y subsistió combatiéndola. España no había tenido, en flagrante disonancia con las boyantes naciones europeas en las que el nacionalismo subía como la espuma, una revolución liberal burguesa. Por ello la nostalgia de Ledesma de un “desarrollo capitalista y político nacional le empujaba a una posición fuertemente crítica hacia los factores limitativos del mismo”<sup>212</sup>. Ledesma marca las distancias con el catolicismo y con la “mercancía averiadísima” que halla en los “núcleos socialmente regresivos” que alimentan el conservadurismo español, cuya empresa difiere en exceso de la magna obra de renovación que quiere para España: la realización de España como nación. Esta obra suponía llevar a buen puerto una triple superación: la superación de “la identificación menendezpelayana entre España y catolicismo”<sup>213</sup>, que habría de conseguirse con una fe nacional sin apellidos en la que se identificaran las aspiraciones de justicia social con las reivindicaciones de engrandecimiento nacional, como se encarga de señalar en *Discurso a las Juventudes de España*<sup>214</sup>; el salto por encima del capitalismo, por las injusticias sociales que su aplicación conllevaba, gracias a la implantación de un sistema de economía dirigida y del liberalismo político por hallarse carcomido para afrontar los nuevos retos de la sociedad del momento, que se lograría mediante el “descubrimiento jurídico-político de un Estado nuevo, con la pretensión histórica de que ese Estado signifique, para el espíritu y las necesidades de la época, lo que el Estado liberal-parlamentario significó en todo el siglo XIX, hasta la Gran

---

<sup>211</sup> Ricardo MARTÍN DE LA GUARDIA y Matteo TOMASONI: *Los caudillos olvidados del jonsismo...*, p. 225. Las masas y los apoyos sociales en Luciano CASALI: *Società di masa, giovani, rivoluzione. Il fascismo di Ramiro Ledesma Ramos*, Bolonia, Clueb, 2002.

<sup>212</sup> Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: “Fascismo español” en Andrés DE BLAS GUERRERO: *Enciclopedia del Nacionalismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1999, p. 235.

<sup>213</sup> *Ibidem*.

<sup>214</sup> Ramiro LEDESMA RAMOS: “Discurso a las Juventudes de España” en *Obras completas. Vol. IV (Escritos Políticos II)*, Molins de Rei, Ediciones Nueva República, 2004, p. 63.

Guerra”<sup>215</sup>; finalmente, la superación de la fuerza social marxista “venciéndola revolucionariamente, y sustituyéndola en la ilusión y en el entusiasmo de las masas”<sup>216</sup>. Para obtener la triple ruptura con el caparazón que oprimía a la Patria española, Ramiro Ledesma llamaba a la acción directa revolucionaria como un aspecto consustancial de su programa, y no como un recurso accesorio, y dividía en un esquema tripartito las funciones de la violencia: “como imposición del proyecto propio sobre el de los enemigos; como ruptura moral para con los valores burgueses; y para adiestrar a los jóvenes combatientes para la guerra”<sup>217</sup>.

No quedó exenta de interpretación la cuestión de los intelectuales: si durante la andadura en Falange Ledesma se distinguió por sus reiteradas protestas sobre el tono relamido y platónico que inspiraba los órganos de difusión del partido, que a su juicio estaba en riesgo de convertirse en una “capilla político-literaria”<sup>218</sup>, en *¿Fascismo en España?* analiza el papel del clasicista Rafael Sánchez Mazas como proveedor de una retórica que cala en José Antonio Primo de Rivera y en otro de los fundadores, el famoso aviador Julio Ruíz de Alda<sup>219</sup>. Suya es, a su vez, una cita esclarecedora sobre la preeminencia que consagraba en su ideario al poder ejecutivo: “El verdadero creador político –ejemplo histórico Napoleón, y ejemplo actual Mussolini- tiene siempre y encuentra siempre su constelación de intelectuales, cuya misión no es de vanguardia,

---

<sup>215</sup> Ramiro LEDESMA RAMOS: “¿Fascismo en España?...”, p. 138.

<sup>216</sup> *Ibidem*.

<sup>217</sup> Aleix PURCET GREGORI: “Juventudes de muerte española...”, p. 135.

<sup>218</sup> Fueron numerosos los casos de tensión entre los sectores más militantes y los más intelectuales de Falange, el más sonado probablemente fue el de Juan Antonio Ansaldo, *fascistizado* por excelencia, quien quería ridiculizar a Falange al llamarla “corte de poetas y literatos”. Ledesma, que combinó con habilidad los roles de teórico y organizador eficaz, se molestaba con frecuencia por la falta de tino en la manera de llevar el partido por José Antonio, que colocaba en un plano subsidiario la acción y no daba muestras de comprender las oportunidades históricas para ampliar las bases del movimiento que se le ofrecieron a Falange en el otoño de 1934. Javier Martínez de Bedoya, un hombre de la primera hora de 1931 en Valladolid, que probablemente representara un ala radical e intransigente y que acompañó a Ledesma en su salida del partido en 1935, acabó por apartarse también de éste pues “propendía, al igual que José Antonio Primo de Rivera, a tomar tierra en las pistas más intelectuales del contorno”. Véase Demetrio RAMOS: “Intrahistoria de un hombre a través de su libro vital (*Memorias desde mi aldea*)”, *Aportes* nº 35 (1997), p. 38. Próximamente se podrá conocer con mayor grado de inmersión el recelo antiintelectualista de los más activistas de la delegación vallisoletana, con la tesis que está finalizando Matteo Tomasoni, dirigido por Ricardo Martín de la Guardia, sobre Onésimo Redondo Ortega. Como si respondiera a un acta de acusación formulada desde el interior de sus propias filas y desde las tribunas de aquellos que esperaron que Falange se convirtiera en la extensión violenta que cubriera sus necesidades de mantenimiento del status social, Primo de Rivera escribirá desde la cárcel: “La Falange es el único partido nacional que responde a un cuerpo de doctrina formulado. [...] Hasta hemos oído burlas por ese prurito sistemático. [...] Por habernos portado como ensayistas, por no haber caído en la idolatría de la actividad, de la agitación ruidosa y vana [...] creo que hemos preservado a nuestra obra contra muchos gérmenes de fracaso”, citado en Arnaud IMATZ: *José Antonio: entre odio...*, p. 227.

<sup>219</sup> Ramiro LEDESMA RAMOS: “¿Fascismo en España? ...”, p. 219.

sino de retaguardia, justificando con retórica y conceptos lógicos los triunfos activos del político”<sup>220</sup>.

De manera tal vez algo desconcertante, pero que en verdad -gracias a la impagable labor de Ferran Gallego erosionando ideas petrificadas largo tiempo atrás sobre la incapacidad práctica y el antipragmatismo de Ledesma-, resulta esencialmente coherente, finalizaba el máximo teórico y organizador del fascismo español la obra de título interrogativo:

“No pretenden ya, tanto él [Ramiro Ledesma Ramos. Recordemos que escribe bajo seudónimo] como sus camaradas, organizar ni remotamente, el fascismo. Lo que en la viejas J.O.N.S. había de fascismo lo recoge hoy Primo de Rivera, sobre todo en sus propagandas últimas. Aquéllos entienden que su misión es otra. Diríamos, para terminar, que a Ramiro Ledesma y a sus camaradas les viene mejor la camisa roja de Garibaldi que la camisa negra de Mussolini”<sup>221</sup>.

A la altura de 1936, el pensamiento fascista/nacionalsindicalista/falangista no estaba acabado ni tenía portavoces únicos, sino que coexistían en su seno tantas variantes como las que pudieran existir en otras familias políticas. De hecho, la adhesión a las ideas del fascio no siempre se encauzaba mediante la militancia en Falange Española de las JONS. Ni el fascismo revolucionario, que buscaba su *target* electoral en las zonas urbanas y proletarias, ni aquel de corte más esencialista o reaccionario, ni el fascismo vanguardista ni el clasicista, ni el nacionalismo radical emancipado del catolicismo ni el que ansiaba recomponer los lazos de hermandad comunitarios en consonancia con los valores del Antiguo Régimen, ni el fascismo individualista ni el universalista, fueron capaces de traspasar el cordón sanitario al que le sometió la persistencia en las filiaciones políticas tradicionales. Sin embargo, a partir de las elecciones de febrero de 1936 se produjo un brutal incremento de los efectivos falangistas, lo cual difícilmente podía haber tenido lugar sin el concurso de una variable crucial, la existencia de fuertes puntos de enlace entre Falange y las diversas organizaciones políticas derechistas que trasvasarán centenares de militantes a los

---

<sup>220</sup> *Ibidem.* p. 228. Más sobre la intelectualidad como instancia de justificación expositiva de lo que la “minoría tensa” enuncia, en Rafael DEL ÁGUILA TEJERINA: *Ideología...*, p. 169-171.

<sup>221</sup> *Ibidem.* p. 285. La coherencia, en Ferran GALLEGO: “La realidad y el deseo. Ramiro Ledesma en la genealogía del franquismo” en Ferran GALLEGO y Francisco MORENTE (coords.): *Fascismo en España. Ensayo sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*. Barcelona, El Viejo Topo, 2005, pp. 306 y ss.

camisas azules<sup>222</sup>. Y esta clave ha de ser comprendida como una hoja de dos caras en la que se va imprimiendo, dinámicamente, la síntesis temática de las diferentes tradiciones políticas antigubernamentales: en el anverso, era preciso que hubiera un elemento compartido que todas ellas situaran en un lugar preponderante en su doctrina y acción política, y aquí es el catolicismo el que sin duda se lleva la palma. En el reverso, algunos autores, especialmente los agrupados en derredor de Grup d'Estudis sobre República i Democràcia (GERD), han indicado para estas fechas el mojon de arranque de una fascistización profunda que comenzaba a ensamblar referentes y reivindicaciones con un crédito de empalme superior a lo que usualmente la historiografía había concedido y que encontrará en el marco de una guerra total como la de 1936-1939 las condiciones más aptas para la fusión acelerada de programas, símbolos, rituales, etc<sup>223</sup>.

En cuanto a la contribución autóctona al estudio del fascismo, no tuvo nada de particular. Sí lo tuvo el hecho de que sus líderes fueran intelectuales que tuvieron que asumir funciones organizativas: no sirvieron a un Mussolini o a un Hitler. Intelectuales que en una coyuntura en la que no fue posible la abstención, se vieron obligados a renunciar a una vida alejada o de servicio y, por el contrario, tuvieron que afrontar el ritmo trepidante de lo político desde la postura del creador de soluciones simples con las que asaltar e intervenir en el mundo complejo y la del organizador desde la base, mezclando la tribuna de prensa con la calle, la pluma con la pólvora. Intelectuales “de acción”, por utilizar el término que González Cuevas aplica a Maeztu en su *Biografía de un nacionalista español*.

---

<sup>222</sup> Alfonso LAZO y José Antonio PAREJO FERNÁNDEZ: “La militancia falangista en el suroeste español. Sevilla”, *Ayer*, 52 (2003), pp. 237-253; José Antonio PAREJO FERNÁNDEZ: *Señoritos, jornaleros y falangistas*, Sevilla, Bosque de palabras, 2005; ÍD: “Fascismo rural, control social y colaboración ciudadana”, *Historia Social*, 71 (2011), pp. 143-159; ÍD: “La mutación falangista...”, pp. 219-247. De cualquier forma, con un análisis depuradísimo de los ficheros disponibles de la Falange hispalense, estos trabajos han servido para poner en relieve también el amplísimo contingente de afiliados al partido de José Antonio en la primavera de 1936 que no tenían adscripción política conocida anterior. Un grupo que, a la hora de considerar la procedencia de los nuevos militantes, ocupa, de largo, el primer puesto y que cuantitativamente es infinitamente más grande que el de aquellos que no tardaron en circular en una carretera abierta entre las Juventudes de Acción Popular u otros entes de la derecha y Falange. Una carretera que, a la luz de los datos rastreados por Lazo y Parejo Fernández, ha de ser disminuida en número de carriles o en concurrencia de vehículos.

<sup>223</sup> Ferran GALLEGO: “Fascismo, antifascismo y fascistización...”, pp. 281-354; ÍD: “Sobre héroes y tumbas...”, pp. 249-268; ÍD: “Fascistization and Fascism...”, pp. 159-181; ÍD: “¿Un puente demasiado lejano?...”, pp. 77-108; Francisco MORENTE: “Rafael Sánchez Mazas y la esencia católica...”, pp. 109-141; Javier RODRIGO: “A este lado del bisturí...”, pp. 143-167. Y sería este campo de condiciones inmejorables que supuso la Guerra Civil lo que haría el caso de España singular. Conocedores de las dinámicas constituyentes y desarrollos de los principales fascismos europeos, Gallego y compañía insertan sin problema el desarrollo político español en un ciclo europeo.

Los españoles coetáneos al fascismo mostraron, tanto como sus congéneres europeos, admiración, tentación, miedo o perplejidad y, de entre los ríos de tinta vertidos sobre el fenómeno, fueron los más caudalosos aquellos regados por la apología, la imitación, el desdén, el instinto primario de rechazo o el utilitarismo, frente a los estudios más fríos y mesurados que comenzarán a surgir en Europa a partir de los años cincuenta, cuando la realidad internacional mute considerablemente y el fascismo, como un cadáver más que engrosaba el cementerio de desmanes humanos e ideologías políticas carcomidas por el tiempo, raído por la animadversión que despertó por todo el globo, empezó a ser tenido como parte integrante de un pasado ya terminado, ajeno al presente del científico social, lo que terminó por desplazar a las manos de historiadores y politólogos el estudio de la cuestión.

No así en España, donde la peculiar posición alcanzada por el fascismo y el asfixiante clima de uniformidad y silencio impulsado por los vencedores de la Guerra relegó la emergencia de una historiografía seria e independiente encargada de indagar en la temática de manera desapasionada y en su lugar se instaló la loa oficial, la hagiografía y la deshumanización de los intelectuales que aquí analizamos. Muertos durante la Guerra cuatro de los siete primeros carnés de Falange Española de las JONS - Ledesma, Primo de Rivera, Redondo y Ruiz de Alda-, apartados del primer plano de la política Giménez Caballero y Sánchez Mazas, la producción bibliográfica que el franquismo legó a la posteridad tras languidecer se distinguió, esencialmente, por el tratamiento acríptico y acientífico de nuestros personajes y lo hizo, además, de una manera absolutamente desproporcionada para con la influencia real y la incidencia que pudieron tener antes de la guerra y para con el papel que desempeñó cada uno de ellos en los primeros pasos que el fracasado fascismo hispano dio durante la República. Esta disparidad en el tratamiento no encuentra mejor ejemplo que la atención que merecieron para funcionarios del régimen y allegados ideológicos las figuras del *insigne* José Antonio Primo de Rivera y el *oscuro* Ramiro Ledesma Ramos. Con todo, flaco favor se hizo al conocimiento real de José Antonio Primo de Rivera como intelectual, como fundador de Falange Española y como joven español. Sus contornos humanos e intelectuales, sometidos a burda manipulación y radiografiados en términos de excepcionalidad, quedaron por completo desdibujados, por exceso idealista, tanto como amputados, descalificados y deformados del recuerdo colectivo fueron los intelectuales *antiespañoles*.

### 1.3. La ausencia de una literatura crítica: el franquismo

La victoria del ejército sublevado en abril de 1939 y la progresiva consolidación del régimen franquista supusieron una ruptura sin precedentes en el conjunto de la vida nacional española. Frente a una imagen de cultura nacional de carácter plural y heterogéneo difundida desde el siglo XIX, la España surgida de la Guerra Civil se articuló en torno a la exclusión como práctica cotidiana, la depuración universitaria y una idea monolítica e inmanente del concepto de identidad nacional.

La producción bibliográfica en el franquismo, abordada en su conjunto, presenta una tónica predominante que no es especialmente difícil discernir durante las cuatro décadas de duración del Régimen, si bien este retrato ligero no ha de tomarse como absoluto o congelado. Pudieron existir ritmos y corrientes freáticas que discurrieron bajo una superficie renuente a la innovación y que afloraron, invirtiendo la tendencia, en la última década de la Dictadura. Hasta entonces, quienes miraron al inmediato tiempo pretérito lo hicieron usualmente condicionados por la experiencia bélica y proveyeron de un esquema interpretativo de enfrentamiento dualista entre el Bien y el Mal con más puntos de apoyo en la propaganda, el mito y la moral que en la Historia<sup>224</sup>. Si así ocurría para la narración completa de la República y la Guerra, no menos acaecía si se segregaba una sección de su trayectoria, como aquí hacemos. Lo que en España se produjo sobre los intelectuales falangistas fue una fotografía ciertamente desenfocada que en sus caracteres más básicos presentaba la siguiente fisonomía: nula inserción en los debates internacionales sobre el fascismo; inexistente aportación a los mismos: no existieron autores que se interesaran por aspectos del fascismo ajenos a nuestro país y ni siquiera fueron los autores españoles referencia internacional en lo que respecta a los estudios sobre el fascismo hispánico; desinterés por realizar estudios siguiendo los métodos propios del quehacer historiográfico; aplicación del enfoque biográfico concediendo atención primordial a los aspectos personales en detrimento de un análisis ponderado de las facetas intelectuales; indiferencia ante la inagotable variedad temática susceptible de ser atendida que esconde la materia; estrechez de base investigadora, falta de altura crítica y ausencia de contraste, prolijidad en la anécdota y escaso rigor en la excavación intelectual; apropiación de la investigación por parientes ideológicos, arribistas o admiradores; presentación de los personajes como la panacea moral,

---

<sup>224</sup> Véase la obra canónica de la propaganda franquista: Joaquín ARRARÁS: *Historia de la Cruzada Española*, Madrid, Ediciones Españolas, 1939.

cargados de una serie de atribuciones que convenía difundir entre la sociedad a modo de recetario de conducta recta y buenas costumbres; adulteración frecuente de los modos habituales de acceso al pasado, pues se sustituyeron y se propasaron las preguntas y la búsqueda sin fin del historiador por la glosa desmesurada del gritón y las alabanzas del panegirista, que terminaron por invertir los valores que destacaban en sus biografiados, logrando conseguir lo contrario de lo que se proponían; carácter publicístico y ensalzador; manipulación, ocultación o silenciamiento de aquellos aspectos que convenía más, para los fines políticos que servían los autores, mantener en el desconocimiento.

#### a) **Biografías de José Antonio**

Todo encajaba en un entramado de anteriores y más amplias extensiones. Para el caso del hijo del presidente del Directorio, ese entramado era el de un culto a su figura que rozó el paroxismo y que puede ser comparado análogamente con los casos de sacralización de los caídos y de religión política de los nacionalismos<sup>225</sup> y que, para más inri, convivía con la censura de sus textos más revolucionarios, que acaso pudieran comprometer el orden social estable tan querido por las familias políticas que sustentaban a Franco y que, recordemos, ya se habían sentido escandalizadas durante la República con la indecorosa propaganda falangista en materia económica.

Las religiones políticas, como elementos funcionales sustitutivos o complementarios de las religiones tradicionales, presidieron el período de entreguerras apropiándose del imaginario popular y haciendo suyas las contradicciones inherentes a las sociedades europeas, huérfanas y necesitadas de referencias tras el desplome e implosión de las certezas del mundo que conocieron antes de la Gran Guerra. En este sentido, el caso español no es ajeno al de otras naciones del contexto europeo y el franquismo contará con su propio proyecto de religión política, al igual que la Italia fascista o la Alemania nacionalsocialista<sup>226</sup>. Como puede comprobarse, en los tres casos había mediado una guerra como punto de partida. No es baladí ni accesorio: de la vida

---

<sup>225</sup> Emilio GENTILE: *Fascismo. Historia e interpretación*, Madrid, Alianza, 2002, pp. 219-247; ÍD: “La sacralización de la política y el fascismo” en Javier TUSELL, Emilio GENTILE y Giuliana DI FEBBO (eds.): *Fascismo y franquismo cara a cara: una perspectiva histórica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, pp. 57-68. Zira BOX VARELA: “La tesis de la religión política y sus críticos: aproximación a un debate actual”, *Ayer*, 62 (2006), pp. 195-230.

<sup>226</sup> Antonio ELORZA: “El franquismo, un proyecto de religión política” en Javier TUSELL, Emilio GENTILE y Giuliana DI FEBBO (eds.): *Fascismo y franquismo cara a cara: una perspectiva histórica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, pp. 69-82.

en la trinchera, del contacto diario con la muerte y su tratamiento simbólico, de la entrega y el heroísmo mitificados y de la deshumanización surgió el repertorio de conmemoraciones y honras públicas a los próceres, prohombres y juventudes inmoladas sacrificialmente para que la Patria viviera<sup>227</sup>.

Las condiciones de la España del primer franquismo eran particularmente proclives para la estructuración con garantías de éxito de una religión política y devocional, plagada de tintes medievales y ornamentada con la fusión de la espectacularidad y colorido *movimientista* (desfiles, camisas azules, retratos y alabanza de la jerarquía y la vida como milicia y servicio) con el rito y la prescripción moral de la Iglesia Católica<sup>228</sup>. Convertido en el “Cristo nacional que había derramado su sangre para que la Nueva España fuera posible”<sup>229</sup>, en el “Santo Patrono” del franquismo<sup>230</sup>, la mitificación de José Antonio ya comenzó durante la Guerra cuando las sesgadas noticias sobre su muerte, los rumores sobre su paradero o inminente aparición, su ocultación y su utilización interesada, a la manera de un nuevo sebastianismo, le convirtieron en el *Ausente*, en ejemplar protagonista del martirologio sublevado, confiriéndole trascendencia y nombradía y tributándole una admiración reverencial que no habría resultado más que impensable durante su vida<sup>231</sup>. No fue hasta el 18 de noviembre de 1938, esto es, dos años después de su asesinato en Alicante, cuando Franco hizo pública oficialmente su muerte. Como señala con justeza Francisco Morente,

---

<sup>227</sup> Zira BOX VARELA: “Sacrificio y martirio nacional. Pasión, muerte y glorificación de José Antonio Primo de Rivera”, *Seminario de Historia Contemporánea – Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset*, 19 de mayo de 2005, p. 10 y ss. Puede consultarse en la web en <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/historia/ortega/3-05.pdf>

<sup>228</sup> La ristra de homenajes y honores que debía recibir José Antonio puede verse en Joan Maria THOMÀS: *La Falange de Franco...*, pp. 166-167. “Que la mayor parte de estas disposiciones no se llegasen a cumplir –por ejemplo, las relativas a las cátedras políticas, a las unidades militares y al monumento- es altamente significativo del escaso interés de Franco en recuperar verdaderamente la memoria de Primo de Rivera”, Francisco MORENTE: “Hijos de un Dios menor: la Falange después de José Antonio” en Ferra GALLEGO y Francisco MORENTE (coords.): *Fascismo en España. Ensayo sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*. Barcelona, El Viejo Topo, 2005, p. 245.

<sup>229</sup> Zira BOX VARELA: “Sacrificio y martirio...”, p. 18. Como Jesús o Alejandro Magno, José Antonio falleció a la edad de 33 años, lo que fue objeto de las más estridentes comparaciones a la manera de epopeyas. Pueden seguirse algunas de ellas en este minucioso trabajo de Zira Box Varela.

<sup>230</sup> Stanley G. PAYNE: *Falange. Historia del fascismo español*, Madrid, Sarpe, 1985 (1965), p. 190.

<sup>231</sup> Álvaro DE DIEGO GONZÁLEZ: “La mitificación de José Antonio” en Alfonso BULLÓN DE MENDOZA y Luis Eugenio TOGORES: *Revisión de la Guerra Civil Española*, Madrid, Actas, 2002, pp. 469-484. Puede consultarse en Internet en la web de la revista digital *Rastro de la Historia*: <http://www.rumbos.net/rastroria/rastroria06/MitificacionJA.htm>. Consúltese también la versión más reducida del texto de Box Varela. Zira BOX VARELA “Pasión, muerte y glorificación de José Antonio Primo de Rivera”, *Historia del presente*, 6 (2005), pp. 191-216.

“para entonces se había ido produciendo una sutil transferencia de las virtudes del *Ausente* hacia el Jefe del Estado. Destacados dirigentes e intelectuales falangistas venían señalando a Franco como quien mejor encarnaba los valores que habían hecho de José Antonio una figura semidivina, y afirmando –con evidente falta de respeto por la verdad– la unidad de pensamiento y de acción entre uno y otro”<sup>232</sup>.

Éste era el objeto último de la clase de sacralización a que fue sometida la figura José Antonio: impedir que se disgregasen los apoyos a Franco conseguidos durante la Guerra y mantener la apariencia de lo que no era sino un *trágala* difícil de digerir: el de la supuesta continuidad entre la Falange de los años republicanos y el partido único de la Dictadura. Algo íntimamente ligado con otro tema hartamente comentado por nuestra historiografía: la vivencia bélica como legitimadora de la praxis franquista.

Tras la Guerra y la apoteosis del traslado a pie de su féretro, desde Alicante a la capital<sup>233</sup>, no hubo personaje relevante del Régimen que no le dedicara unas palabras de cariño, adulación o respeto. No hubo funcionario burocrático que no buscara cimentar sus aspiraciones de medro personal reclamándose seguidor de unas ideas cuya primogenitura, a modo de profeta providencial enviado para la salvación de España, era propiedad de José Antonio. No faltó un “como dijo José Antonio”<sup>234</sup>. Su nombre y la mera referencia a algún aspecto de su vida fueron argumentario suficiente, refugio para concluir debates. Concebido como un as tras el que escudarse y asear conciencias, oportunistas de todo pelaje trocearon sus textos en busca de una palabra, una frase que poder citar. “Se convierte –dice Ian Gibson–, con permiso de Franco, en una cuasi divinidad, y sus escritos y discursos *seleccionados* en Biblia del Movimiento”<sup>235</sup>. En última instancia, sus más allegados, como sus hermanos Pilar y Miguel, su delfín, Rafael Sánchez Mazas, o su amigo íntimo Raimundo Fernández Cuesta, secretario

---

<sup>232</sup> Francisco MORENTE: “Hijos de un Dios menor...”, p. 244.

<sup>233</sup> La procesión *religiosa* en Zira BOX VARELA “Pasión, muerte y glorificación...”, pp. 193 y ss. En 1940 se publicó un libro de dos intelectuales falangistas que narra de manera épica el traslado. Samuel ROS y Antonio BOUTHELIER: *A hombros de la Falange (historia del traslado de los restos de José Antonio)*, Madrid, Ed. Patria, 1940.

<sup>234</sup> “Como dijo José Antonio, como dijo José Antonio... ha sido la muletilla de una época al mismo tiempo que los sucesos de esa época, en un nuevo fusilamiento sin pólvora, han ido haciendo de José Antonio un contemporáneo desconocido. [...] José Antonio es un desconocido como resultado de una confabulación, de aquel fusilamiento sin pólvora que ha consistido en enseñar de él sólo aspectos no esenciales. En tal manipulación no han sido ajenos, seguramente de buena fe, presuntos y calificados seguidores de José Antonio, pero en la búsqueda de la autoría global de este fusilamiento ideológico domina el papel de la derecha”. Son palabras de 1974 del periodista falangista Enrique de Aguinaga. Citado en Arnaud IMATZ: *José Antonio: entre odio...*, p. 49.

<sup>235</sup> Ian GIBSON: *En busca de...*, p.229.

general de Falange antes de la Guerra, contribuyeron a la petrificación del mito, envuelto de bruma épica y de palabras tan pomposas como las que siguen:

“Como los elegidos de los dioses. Como Sigfrido, te enfrentaste con el dragón. Como Amadís, luchastes (sic.) con afán por la dama de tus desvelos, para librarla de brujas. Como Garcilaso hicistes (sic.) poesía, y caístes (sic.) por el Imperio, sin casco ni coraza, a cara descubierta, al asaltar el castillo de tus ilusiones. En tierra de palmeras gallardas cual fuera, y cerca del mar Mediterráneo, clásico como tu cultura, luminoso como tu cerebro y azul como tu camisa, reposa por ahora tu cuerpo, pero tu alma habrá entrado ya en ese paraíso que cantarás y en donde en las jambas de las puertas, junto a los ángeles con espadas, hacen guardia tus escuadras caídas cara al sol por Dios y por la Patria victoriosa de todos sus enemigos, sin pactos ni mediaciones”<sup>236</sup>.

Pero si todo eso residía en el ámbito de lo oficial, de la intención de crear una liturgia nacional en la que José Antonio había de ocupar un lugar especial, no por repetitivo deja de ser significativo que quienes trabajaron sobre el personaje “individualmente” también dieran rienda suelta a ese discurso y no logaran desprenderse de ese José Antonio Primo de Rivera ingresado en el santoral franquista, mártir, presente en cada oración, al final de cada canto, en cada muro de iglesia, en cada cuarto de un edificio público, dechado de virtudes y arquetipo a imitar como personificación de todos los españoles, etc. La producción sobre José Antonio Primo de Rivera, de largo la figura a que más páginas fueron dedicadas durante el franquismo, a duras penas pudo subsistir independiente del tono moralizante y de la historia narrada en términos cansinamente míticos, al estilo de los memoriales nacionales, cuando los historiadores eran “mitad padre, mitad soldado” y su cometido principal era suministrar un relato orientado y reconfortante<sup>237</sup>. El perjuicio no solo fue contra el conocimiento aséptico de su figura sino que otros *caídos* como Víctor Pradera, José Calvo Sotelo o Ramiro de Maeztu -que formaron conjuntamente con José Antonio Primo de Rivera el póquer de *padres del Nuevo Estado*, aunque en un plano de reivindicación y escenificación que no admiten comparación con el *Ausente*- y, sobre todo, el aparentemente ignorado Ramiro Ledesma Ramos, quedaron totalmente ocultos,

---

<sup>236</sup> Raimundo FERNÁNDEZ CUESTA: *Discurso en homenaje a José Antonio*, s.f. (¿1940?).

<sup>237</sup> Pierre NORA: “La aventura de Les lieux de mémoire”, *Ayer*, 32 (1998), pp. 17-34.

postergados y deslucidos ante el fulgor centelleante de José Antonio<sup>238</sup>. Centelleante pero en penumbra, cabría añadir. No podemos dejar de compartir las líneas que Marcos Maurel escribió al respecto:

“No es demasiado aventurado sostener que no hay personaje en la historia de España sobre el que se haya mitificado más y con más ahínco, habiendo hecho menos, llegando a extremos ridículos de adulación que lograban por exceso, lo contrario de lo que se proponían. Se escribió tanta morralla empalagosa, tanto elogio increíble, tanto baboso panegírico, que llegó un momento en el que casi se borró la presencia física del personaje para convertirlo en una especie de ángel perfecto y asexuado, como dicen que son los ángeles, una mera estampa de santo colgada en todas las escuelas al lado de Franco y del crucifijo”.

Más abajo insistía el propio Maurel en la “necesidad de abordar la figura histórica y el pensamiento de José Antonio con imparcialidad, retornarlo a su carnalidad tras su martirologio y ulterior canonización”<sup>239</sup>. Convertido en algo inamovible y receptor de un auténtico bombardeo apologético unidireccional, no ha de extrañar la inclusión, en algunos de los títulos de los ensayos de los que ha sido objeto durante la democracia de 1978, de conceptos que ponían el acento sobre lo que restaba por conocer de un personaje de pronto tornado misterioso cuya omnipresencia pública no obtuvo, durante décadas, correlato en unidades de valor académico. Al contrario, *En busca de José Antonio; José Antonio, ese desconocido; José Antonio Primo de Rivera: retrato de un visionario; José Antonio. La biografía no autorizada; José Antonio: entre odio y amor. Su historia como fue* no son sino muestras, dejando de lado el talante vario y las motivaciones de los Gibson, Gibello, Gil Pecharromán, Vidal o Imatz que escribieron esos trabajos, de la habitación cerrada y necesitada de aire nuevo que había supuesto el franquismo para la reconstrucción historiográfica e intelectual de la figura del hijo mayor del Dictador. Esa habitación tuvo un mobiliario, como se ha indicado, fundamentalmente hagiográfico, de reminiscencia emocionada y ofrenda, poco preocupado por desgranar concienzudamente y críticamente el pensamiento y la peripecia vital del personaje.

---

<sup>238</sup> Ni que decir tiene que otros intelectuales, liberales o próximos a cualquiera de las corrientes de la izquierda española tuvieron mucho peor suerte. A la muerte, los huesos en la cárcel o el exilio siguieron la detracción o el más ahogado silencio con el que se les pretendía borrar del pasado.

<sup>239</sup> Marcos MAUREL: “Un asunto de fe...”, p. 141.

Entre los seguidores que convencionalmente son catalogados como *ortodoxos* - aquellos que emprendieron antes o después el camino de la disidencia ideológica frente al Régimen que hacía posible que pudieran hablar de *revolución pendiente*-, las dosis de decepción, en lugar de actuar como acicate para que reclamaran la necesidad de asentar un estudio sobre nuevas bases e inquisiciones, les impulsaron a custodiar mitemas alternativos<sup>240</sup> con los que buscaban disociarle de la ruta de la Dictadura -lo que, a la vista del nulo interés de Franco por dotar al país de un programa de contenido falangista, no constituía ningún disparate político-, restituyendo, en ocasiones, aspectos accesorios de su historia a la categoría de absoluto y acallando otros, molestos, como si de anécdotas sin valor se tratara, frustrados también por la menguada agenda política falangista y por la falta de continuadores brillantes y con el gancho y carisma personal de José Antonio, lo que no hacía sino redundar en su excepcionalidad mesiánica al percibirse su obra “como sinfonía inacabada”<sup>241</sup>. Para esos diferentes grupúsculos que reivindicaban una herencia dispar, también permaneció como un tótem en constante adoración. Ello nos empuja a hablar de dominio de la hagiografía.

El tratamiento de estas obras hagiográficas ayuda a comprender las representaciones simbólicas y el capital colectivo que producían las elites culturales franquistas. Considera François Dosse que las hagiografías enseñan poco sobre la vida de los santos, teóricamente el objeto de su trabajo y, sin embargo, ofrecen valiosa información sobre las categorías mentales de las gentes de la época que las produce<sup>242</sup>. Y aún más allá: muestran el modo en que la historia se adultera cuando fluye en línea recta de unas ideas, cuando sirve intenciones y fines esquivos con el conocimiento objetivo, cuando adquiere la forma de un relato prefabricado en sus caracteres nucleares, cuando se preocupa por generar un discurso cohesivo que dé cobertura a los intereses estatales. Éstos no eran sino los de insertar al régimen de Franco en un corpus

---

<sup>240</sup> “La mayoría de los libros sobre la historia de la Falange –escribía Herbert R. Southworth en 1967 sobre la literatura falangista *disidente*-, aun los mejor intencionados, son equívocos. El supuesto preliminar que sirve de espina dorsal [...] es que la Falange constituía una empresa heroica, que encarnaba una buena causa, que tenía ante sí enormes posibilidades políticas, que era depositaria de una sincera transformación de España [...] De este postulado se desprende un corolario; todo este potencial se agotó en un estrepitoso desastre a causa de ciertos hechos a los que se retorna siempre con nostalgia: prematuro desencadenamiento de la Guerra Civil, muerte del fundador, desaparición de los miembros de la jerarquía, traición de otros, liquidación de Hedilla y finalmente [...] la gran traición perpetrada por Francisco Franco”. Herbert R. SOUTHWORTH: *Antifalange. Estudio crítico de “Falange en la guerra de España” de M. García Venero*, París, Ruedo Ibérico, 1967, pp. 9-10.

<sup>241</sup> Arnaud IMATZ: *José Antonio: entre odio...*, p. 48. Para la historia del falangismo que no abdicaba en sus pretensiones de una *revolución pendiente* y su lectura de José Antonio, Francisco MORENTE: *Hijos de un Dios menor...*

<sup>242</sup> François DOSSE: *La marcha de las ideas...*, p. 173.

de textos y autores fundadores con cuyas palabras proféticas y su sacrificio habrían permitido que España siguiera existiendo.

La senda hagiográfica, como vimos, había comenzado en la Guerra. Pronto innumerables libros la retomarán. Antes de sumergirnos en ellos, sí queremos hacer constar una salvedad. En cuanto al tamaño: comparativamente con los períodos anterior y subsiguiente, el hueco que en las páginas de nuestra recopilación historiográfica tiene la producción durante el franquismo es pequeño. Las razones deben buscarse en dos condiciones que se hacen palpables a primera vista al repasar la anatomía de esa literatura profalangista: su naturaleza unitaria, dirigida, contraria al pluralismo y desentendida del método historiográfico; la clonación de imágenes y directrices básicas consecuencia de la circunstancia anterior. Por ambos motivos, se comprenderá que la atención aquí concedida sea la estrictamente suficiente como para no atentar contra la línea cronológica que engarza las partes de este trabajo, integrándolas y otorgándole coherencia interna.

Durante el primer franquismo, cuando hasta la crisis de mayo de 1941, o hasta la definitiva defenestración política de Ramón Serrano Suñer en 1942, el falangismo radical albergó expectativas y esperanzas de hacerse con el poder imperando sobre las otras familias políticas que apoyaban al régimen del 18 de julio, la historia fue un hábil instrumento al servicio de esas ansias de redefinir el espacio político aún en vías de consolidación, según los propios intereses. Será por ello este primer momento el de la más ácida reivindicación joseantoniana, que no se concibe, como decimos, aislada de las urgencias y necesidades de legitimación. José Antonio será *el hombre, el jefe, el camarada* (1939) modélico, austero, humilde y de mente preclara para su antiguo compañero de lances políticos Francisco Bravo Martínez, que un año después escribirá también una no menos matizable *Historia de Falange Española de las JONS* y en 1941 *José Antonio ante la justicia roja*. 1941 es el año en que Felipe Ximénez de Sandoval, vanguardista y también militante falangista, publicó una biografía de elocuente título: *José Antonio (biografía apasionada)*, probablemente la más documentada y rica en anécdotas sobre la vida cotidiana del fundador de Falange de entre los múltiples escritos periodísticos, ensayos, dedicatorias y artículos que recibió. La obra se articula con un relato ágil y algo novelado, narrado dese la postura de quien conversa con José Antonio y se siente tremendamente honrado por ello. Ximénez de Sandoval exhibe a un José Antonio profundamente creyente, representante de los valores cristianos de olvido y

perdón, desinteresado por las cuestiones materiales, ardiente patriota, decidido organizador e inspirador de la triunfante revolución nacional. El tronco central de su obra, desmesuradamente hagiográfico, “auténtico ejemplo de lo que puede perjudicar a un biografiado la desmedida pasión de su retratista”<sup>243</sup>, fue desechado por los primeros trabajos críticos de los hispanistas y expertos nativos españoles, sin embargo, durante mucho tiempo continuó siendo una fuente abundantemente citada, por su extraordinario acopio de datos, para completar el apartado personal del autor, si bien toda cautela al respecto ha de ser poca<sup>244</sup>. De estos trabajos puede extraerse la voluntad de los autores por contribuir personalmente a esa elevación de su biografiado a los altares deshumanizados del mito civil secularizado. No solo por la pléyade de virtudes que encarnaba en sus páginas quien fuera su jefe político durante la República, sino también por el tono hiriente y polémico con el que se refieren al otro líder político fascista de los treinta, Ramiro Ledesma Ramos. El intelectual zamorano aparece siempre como un personaje secundario, oscuro, incapaz para lo organizativo, cerrilmente intransigente y portador de peligrosas ideas políticas rayanas con las que defiende el enemigo. Respecto a la salida de Ledesma de Falange a principios de 1935, se insistía en que éste había sido expulsado por ser una oveja descarriada que mantenía disensiones con José Antonio de orden personal, por la envidia y el rencor que sentía hacia el primogénito del Dictador, etc. -idea errónea que hará carrera entre los historiadores hasta nuestros días-.

Conviene tener presente que, al contrario que Onésimo Redondo –fundador de las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica en 1931, que se fusionaron con el grupo de Ledesma dando vida a las JONS- y José Antonio Primo de Rivera –fundador de Falange Española en 1933-, Ledesma, el más riguroso doctrinario y táctico del movimiento nacionalsindicalista español, no recibió título nobiliario alguno de manera póstuma ni lisonja pública ni siquiera el recuerdo del precursor en forma de publicación oficial de sus *Obras completas*, que hubieron de esperar a que la editorial privada Ariel se echara sobre los hombros en 1968 dicha tarea.

---

<sup>243</sup> Rafael IBÁÑEZ HERNÁNDEZ: “La presencia de José Antonio Primo de Rivera. El debate bibliográfico de 1996, LX Aniversario de su fusilamiento”, *Aportes*, 35 (1997), p. 7.

<sup>244</sup> No es fuente absolutamente fidedigna. La voluminosa obra incluye el blanqueamiento de algunos episodios que acaso pudieran poner en entredicho la probidad moral del biografiado o menoscabar su papel de profeta, así como algunas aseveraciones equívocas. Por ejemplo, asigna erróneamente a José Antonio el liderazgo y la intención a la hora de concebir el proyecto de *El Fascio*, que, como sabemos, fue impulsado por el director de *La Nación*, Manuel Delgado Barreto, si bien José Antonio colaboró con él entusiastamente. Felipe XIMÉNEZ DE SANDOVAL: *José Antonio (biografía apasionada)*, Barcelona, Juventud, 1941, p. 97.

Historiográficamente, la crítica es unánime al señalar que los textos que nos ocupan carecen de valor, más aún después de los significativos avances conseguidos al respecto en las últimas décadas. Son más un torrente de alabanzas de incondicionales centrados en una labor proselitista y ajenos a las reflexiones que más podrían satisfacer la curiosidad historiográfica -qué pensaba, cómo lo decía, que discurría por abajo, qué papel tuvo de cara al nuevo Estado, cuáles eran sus fundamentos y cuánto aportaba respecto a la cultura política antiliberal española, cuál fue su lectura y qué extrajo del laboratorio de ideas que era la Europa de su tiempo, cuáles fueron sus órganos de expresión, etc.-. Esa falta de interés en quienes eran sus correligionarios resulta cuanto menos sorprendente al comprobar que pese a la existencia de múltiples antologías y recopilaciones de textos no fue hasta 1976, transcurridas cuatro décadas desde la muerte de José Antonio, las mismas que estuvo el general Franco en el poder, cuando se publicaron unas verdaderas *Obras Completas*, aún preñadas de carencias en lo organizativo y ayunas de numerosos textos, perdidos o desperdigados<sup>245</sup>.

Con todo, la producción sobre José Antonio durante el franquismo tampoco fue monolítica, aunque sí acordemos, para el norte que persigue este ensayo, agruparla según el doble criterio englobante de la falta de crítica y de los evidentes defectos historiográficos. *El hombre, el jefe, el camarada y José Antonio (biografía apasionada)* fueron, seguramente, junto a la tardía *José Antonio. Apuntes para una biografía polémica* de Antonio Gibello (1974), las biografías más útiles de cuantas se hicieron en el franquismo, a excepción del trabajo de Muñoz Alonso que comentamos más abajo. Pese a que el número es absolutamente estratosférico y a que se hace justicia si se

---

<sup>245</sup> José Antonio PRIMO DE RIVERA: *Obras completas. Escritos y Discursos, 1922-1936* (recopilación a cargo de Agustín del Río Cisneros), 2 volúmenes, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1976. Sintomáticamente, es en esta edición de las *Obras Completas*, y no en cualquiera de las anteriores difundidas por la Delegación Nacional de la Sección Femenina o por los servicios editoriales ligados al Movimiento -siempre bajo la coordinación de un Del Río Cisneros embarcado en la recuperación del legado joseantoniano desde 1937-, cuando aparecen por vez primera las piezas fundamentales de la defensa de José Antonio Primo de Rivera en el proceso de Alicante. No se veían privadas estas *Obras Completas* del sesgo ya comentado. Escribe su compilador en el prólogo: “A través de sus palabras y escritos se trasluce la vida de José Antonio, llena de intención y de finalidad al servicio de España. Su clara inteligencia, su vibración moral permanente y su resuelta voluntad se manifiestan en actitudes enteras: lúcidas, limpias y valientes, caracterizando su heroica y fecunda vida. La interna explicación de su pensamiento y la autenticidad de su conducta se revelan seductoramente en estas páginas -los viejos textos familiares- y flotan en el aire de España como incitantes de la acción política y como recuerdos de promesas inesquivables [...] Esta figura de José Antonio -perfilada y animada por su propia palabra- se ofrece ante nosotros aleccionadora, dinámica y sugestiva, rica en matices, capaz del diálogo íntimo: del consejo, del estímulo y del reproche; se acerca con su bella prosa al alma del lector -en trance sincero y honrado- y le transmite su noble mensaje de hermandad y de esperanza. Sabemos que hay que rendir tributo admirativo -y que es de corazones leales hacerlo- a la memoria de los hombres señeros que ejercieron el bien para su Patria, y José Antonio lo hizo genialmente. Cabe, pues, el canto épico a su heroica existencia y la eterna elegía a su gloriosa muerte”.

afirma que son infinitas las conferencias pronunciadas, las reseñas y memorias, las recopilaciones, los libros y capítulos que tuvieron a Primo de Rivera como objeto de estudio, fueron los trabajos de Bravo Martínez, Ximénez de Sandoval y Gibello los más asiduamente referidos, la base de otros trabajos y los que, superado el estadio bibliográfico del franquismo, aparecen citados con más periodicidad en las biografías de hoy día. Esas biografías fueron los principales surtidores, pero existen otras cuyos títulos es obligado mencionar siquiera de pasada. De un lado, aquellas que estudiaron sucesos de la vida del personaje, no estrictamente político-intelectuales, como los trabajos de Enrique Pavón Pereyra, *De la vida de José Antonio* (1947) o *José Antonio, abogado* (1969), del mismo autor junto a Agustín del Río Cisneros. De otro, las que estudiaron aspectos poco conocidos del momento crepuscular en que se agotan tanto su trayectoria vital como su itinerario político, como la obra de Del Río Cisneros y Pavón Pereyra, *Los procesos de José Antonio* (1963) o más especialmente la de José María Mancisidor, *Frente a frente. José Antonio frente al tribunal popular* (1963), cuya segunda edición, en 1975, relanzó una obra que había pasado prácticamente inadvertida -o decididamente oculta- durante la agonía del franquismo y que rápidamente se mostró de gran valor. Las que trataron de hacer hincapié en la génesis y fundamentos de su pensamiento, escritas con un poco disimulado espíritu discipular, como las promovidas desde el Círculo Doctrinal José Antonio, la triada del inquieto Agustín del Río Cisneros *José Antonio y la nueva sociedad* (1962), *José Antonio y la revolución nacional* (1968) y *El pensamiento de José Antonio* (1973), o las encaminadas a arrojar una brizna de luz sobre fracciones de su teoría política: *El Estado totalitario en el pensamiento de José Antonio*, de José Luis Arrese, ejemplo de falangista domesticado (1945), *José Antonio y el sindicalismo nacional*, de Juan José Bellod (1956), *El pensamiento político económico de José Antonio*, de Manuel Fuentes Iruozqui (1966), *El pensamiento jurídico de José Antonio*, de José Díaz Clavero (1967), el prólogo de Adriano Gómez Molina a la antología *José Antonio. Testimonio* (1969) o *La poesía en la dialéctica de José Antonio*, de David Jato (1972), quien ya había sido autor de una interesante reconstrucción de los medios universitarios falangistas (SEU) en la preguerra (*La rebelión de los estudiantes*, 1967)<sup>246</sup>. Las que quisieron revitalizar sus ideas en las postrimerías del franquismo y pusieron mayor énfasis en las incompatibilidades entre

---

<sup>246</sup> Para un amplio manejo de la bibliografía sobre José Antonio durante el franquismo, consúltese José DÍAZ NIEVA y Enrique URIBE LACALLE: *José Antonio, visiones y revisiones. Bibliografía de, desde y sobre José Antonio Primo de Rivera*, Madrid, Ediciones Barbarroja, 2002.

franquismo y nacionalsindicalismo, no sabemos si con el propósito de ganar posiciones en el futuro mercado político, como *José Antonio, vocación política de nuestro tiempo*, de José Antonio Martínez Pérez (1972) o el ensayo de ilustrativo título en un momento de avanzada desintegración de la Dictadura, *José Antonio, la posibilidad política truncada*, de José María Nin de Cardona (1973).

Apuntes aparte merece la que Pedro Carlos González Cuevas ponderaba como “mejor biografía intelectual” de José Antonio a la altura de 1996<sup>247</sup>: el libro del filósofo falangista Adolfo Muñoz Alonso *Un pensador para un pueblo* que es, desde una perspectiva ligeramente más científica o con pretensión de serlo y centrada en el análisis textual, un ejercicio de prospección en busca del aparejo de lecturas e ideas que dieron forma a su pensamiento, desgranado minuciosamente. En la obra, Muñoz Alonso trata de inscribir a José Antonio en una línea de pensamiento personalista cristiano, humanista, alejado del fascismo, propósito que posteriormente ha sido reemprendido por el hispanista francés Arnaud Imatz y por diversos tratadistas nucleados en torno a la Plataforma 2003. En verdad, los autores arriba citados venían insistiendo en la singularidad y originalidad que distinguían “tajantemente el pensamiento de José Antonio de todas las formas de totalitarismo”<sup>248</sup>. Lo que tuvo de novedosa la exégesis de Muñoz Alonso fue el tratar de discernir, más allá de la negación primaria y el contraste superfluo de las frases del fundador con las realizaciones de los regímenes fascista y nacionalsocialista, otra ruta ideológica, mayoritariamente desconocida, en la que entroncaba a su biografiado, oponiéndose frontalmente a la amalgama falangismo-fascismo. Para Muñoz Alonso, José Antonio tuvo el acierto de intuir el germen positivo que tendría realizar un vínculo, una síntesis integradora de la dicotomía de motivaciones expresada en las demandas socioeconómicas de la izquierda y las querencias espirituales, abstractas, de la derecha<sup>249</sup>.

Por último, como es evidente, los teóricos nacionalsindicalistas de los cuarenta y cincuenta, al tratar de reactualizar y desarrollar la primera clarividencia joseantoniana, exploraron su pensamiento. Nos referimos al clásico de Luis Legaz Lacambra

---

<sup>247</sup> Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: “Recensión”, *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), 96 (1997), p. 303.

<sup>248</sup> Así se expresa Del Río Cisneros en el prólogo a José Antonio PRIMO DE RIVERA: *Obras completas...*, p. XX. Junto a los ya citados, rechazaron durante el franquismo la etiqueta de fascista o totalitario para el movimiento que inspiró José Antonio Primo de Rivera, García Venero, Velarde Fuertes, Nin de Cardona, Hillers de Luque, Cantarero del Castillo, Farías García o Suárez Fernández, autores unidos por su admiración y devoción por Primo de Rivera, pero que sostuvieron diversas interpretaciones de su pensamiento.

<sup>249</sup> Adolfo MUÑOZ ALONSO: *Un pensador para un pueblo*, Madrid, Almena, 1969, pp. 387 y ss.

*Introducción a la teoría del Estado nacional-sindicalista* (1940), a *Los valores morales del nacionalsindicalismo*, de Pedro Laín Entralgo (1942), a *Introducción al Derecho Político actual*, de Francisco Javier Conde (1942) o a *Persona humana y sociedad*, de Adolfo Muñoz Alonso (1955).

A su muerte, Franco sería enterrado en el Valle de los Caídos, junto a José Antonio, que ya yacía allí desde 1959. Fue el capítulo final y definitivo de la fijación canónica que hizo del primer Jefe Nacional de Falange el Régimen<sup>250</sup>.

## b) Otras biografías

Diferente fue la situación de los otros grandes intelectuales o prohombres de Falange. Si algunos como Ernesto Giménez Caballero, Eugenio Montes, Alfonso García Valdecasas o Santiago Montero Díaz sobrevivieron a la muerte del franquismo y tardaron más tiempo los historiadores en posar su mirada sobre ellos, personajes sobresalientes y nucleares en la concepción y desarrollo del nacionalsindicalismo durante los años de la República, *caídos* también en la contienda civil, como Ramiro Ledesma Ramos u Onésimo Redondo Ortega, recibieron un reconocimiento y atención abiertamente inferiores a los suscitados por José Antonio<sup>251</sup>.

Es ilustrativo que las que se han considerado biografías “oficiales” de Ledesma – las de sus correligionarios y admiradores Tomás Borrás y José María Sánchez Diana- no aparecieran hasta la década de los setenta<sup>252</sup>, cuando era más débil la censura y laxa la

---

<sup>250</sup> Sería la consumación fúnebre “de ese destino que había atado a ambas figuras hasta el punto de hacer coincidir su muerte en un mismo día, para gozo de quienes habían hecho del culto a los muertos uno de los elementos definidores del falangismo” en consonancia con uno de los rituales por definición de los fascismos. Francisco MORENTE: “Hijos de un Dios menor...”, p. 250.

<sup>251</sup> El historiador S. Erik Norling, cuyas simpatías son claras hacia Ledesma, recuerda que “mientras que José Antonio Primo de Rivera era *impuesto*, Onésimo Redondo *tolerado*, Ramiro Ledesma prácticamente desapareció de la propaganda oficialista”. Más adelante incide, tal vez de manera exagerada, en que “*Ramiro Ledesma, fundador de las J.O.N.S.* –trabajo de Emiliano Aguado- aparece en medio de una intensa campaña antiramirista desplegada por algunos seguidores joseantonianos encabezados por el antiguo jonsista Francisco Bravo Martínez y Felipe Ximénez de Sandoval, que fueron en gran medida responsables de la imagen que de Ramiro se popularizó en la mitología falangista de la época al ser publicadas sus obras en la editora oficial del Partido y convertirse en la práctica en libros cuasi-obligatorios para todo falangista”. Introducción de S. Erik. NORLING: “Apuntes para una lectura polémica. Ramirismo y antiramirismo en el primer franquismo” a Emiliano AGUADO: *Ramiro Ledesma en la crisis de España*, Madrid, Editora Nacional, 1942. Consulta online en [http://www.ramiroledesma.com/nrevolucion/fundador\\_00.html](http://www.ramiroledesma.com/nrevolucion/fundador_00.html). Martín de la Guardia y su discípulo Tomasoni estiman que “a pesar de su influencia en los orígenes y desarrollo del movimiento fascista español, y de la utilización que el régimen franquista hizo de algunas de sus ideas y de sus símbolos, las figuras de Onésimo Redondo y Ramiro Ledesma Ramos fueron, en general, olvidadas durante aquellos años”, Ricardo MARTÍN DE LA GUARDIA y Matteo TOMASONI: *Los caudillos olvidados del jonsismo...*, p. 213.

<sup>252</sup> Baste con consultar el fundamental trabajo de Díaz Nieva y Uribe Lacalle para atestiguar la extrema contraposición en el interés que durante el franquismo despertó Ramiro Ledesma frente a José Antonio.

cerrazón ideológica, o que, a pesar de la existencia de recopilaciones, antologías y publicaciones esporádicas, no fuera hasta 1968, y de la mano de la editorial Ariel, cuando aparecieran conjuntamente *¿Fascismo en España?* y *Discurso a las Juventudes de España*, y hasta 1971 cuando se publicara por vez primera un extenso ensayo titulado *El Quijote y nuestro tiempo*, que no se llevó a imprenta durante la vida del ideólogo y organizador jonsista.

El primer franquismo fue un período óptimo para que hubieran proliferado los trabajos sobre Ledesma<sup>253</sup>, por todo lo que de poco consolidado e inconcluso había en aquella España de la inmediata posguerra, lo que hallaba su trasunto en las expectativas aún no decepcionadas, incólumes, de los diminutos sectores más próximos a Ramiro Ledesma Ramos dentro de la coalición que apoyaba a Franco. No obstante, ni sus seguidores fueron muchos -igual que ocurriera durante su vida- ni el interés que recabó su figura puede ser calificado como desbordante. Hubo, sí, algunos intentos recopilatorios de sus camaradas en las JONS Juan Aparicio y Antonio Macipe y un opúsculo publicado por el también jonsista Emiliano Aguado bajo el título de *Ramiro Ledesma Ramos en la crisis de España*<sup>254</sup>, aunque el empeño que tal vez más merezca la pena reseñar, por la entidad de su promotor, sea la empresa que cargó sobre sus espaldas Santiago Montero Díaz, fascista radical y viejo militante jonsista que en 1934 se opuso a la fusión de las Juntas con Falange. Conocido durante el franquismo por su labor en la Universidad como Catedrático de Historia Antigua y por su deriva disidente en los sesenta que le llevó a ser inhabilitado junto a otros personajes de renombre como Aranguren o Tovar, Santiago Montero dedicó parte de su actividad pública a venerar política e intelectualmente la figura de Ledesma Ramos, quien para el gallego era, sin duda, el verdadero *ausente*. En los primeros cuarenta, un Montero obcecado en “refascistizar la Nueva España en la estela del Eje” se autoerigiría como su albacea

---

José DÍAZ NIEVA, Enrique URIBE LACALLE: *El yugo y las letras. Bibliografía de, desde y sobre el nacionalsindicalismo*, Madrid, Ediciones Reconquista, 2005, pp. 74-81.

<sup>253</sup> Como se verá, fueron muy pocos los trabajos que tuvieron a Ledesma como protagonista en este primer franquismo. En cuanto a lo simbólico, el prácticamente inexistente hueco que correspondió a Ledesma dentro de la mitología franquista fue lo suficientemente amplio como para que fraguaran algunas leyendas de corte heroico y caballeresco sobre sus últimos instantes de vida. Rafael IBÁÑEZ HERNÁNDEZ: “Detalles sobre la muerte de Ramiro Ledesma Ramos: la utilidad de un mito”, *Aportes*, 32 (1996), pp. 103-114.

<sup>254</sup> Un año antes había aparecido el libro anónimo *Ramiro Ledesma Ramos, fundador de las J.O.N.S.*, cuya autoría todos los expertos coinciden en asignar a Emiliano Aguado. Se trata de un trabajo no muy riguroso en cuanto al análisis de las bases primordiales del pensamiento de Ledesma y algo combativo con la domesticación de Falange.

ideológico<sup>255</sup> y publicó una antología de *Escritos filosóficos* (1941) que Ramiro Ledesma había enviado fundamentalmente a la *Revista de Occidente* en los últimos años veinte. Presentaba en el estudio preliminar a su antiguo jefe político como teniente de “un gran caudal científico” y “una de las más eficaces y vastas culturas logradas en su generación”<sup>256</sup>. El historiador gallego dejó la huella de su formación universitaria en su concienzudo trabajo de recuperación de las influencias que obraron sobre el prometedor intelectual formado en Filosofía y Matemáticas que era Ledesma Ramos y en su esmerada interpretación de la indefensión que el zamorano sintió ante la fiebre política que le cautivó y le determinó a pasar de la pluma a la acción renunciando a una autocomplaciente carrera intelectual. Sistematizó el desempeño vital de Ledesma Ramos en un triple eje vocacional -la vocación literaria del primer Ledesma, que había escrito tres novelas durante su adolescencia; la vocación filosófica y universitaria del autoexigente discípulo de Ortega, siempre atento a las novedades científicas y estéticas del extranjero y colaborador habitual de las revistas más prestigiosas de la intelectualidad española; y la vocación política del sagaz ideólogo fascista- armonizado coherentemente por su existencialismo –metafísico, político-, de manera que “su vocación política era una profunda determinación de todo su ser”<sup>257</sup>. Alabó su ejemplo desempolvando la prehistoria del fascismo español y reivindicando para su biografiado todos los honores que merecía y que, creemos que tal vez por su condición de cismático o por su léxico populista, revolucionario y desdeñoso del catolicismo como instrumento político, nunca obtuvo en la memoria oficial del franquismo<sup>258</sup>. Para hacerlo, no dudaba en sublimar su personalidad y tarea, incluso en peligroso detrimento de otras figuras públicas como José Antonio Primo de Rivera o el propio Francisco Franco, cuyos nombres aparecen inéditos en el texto, sin duda para desagrado de la propaganda franquista:

---

<sup>255</sup> Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *La sombra del César...*, pp. 133 y ss, 142.

<sup>256</sup> Ramiro LEDESMA RAMOS: *Escritos filosóficos*, Madrid, Imprenta y Encuadernación de los sobrinos de la Suc. M. Minuesa de los Ríos, 1941. Esta obra sería reeditada en 1983 por la editorial Tecnos bajo el título de *La filosofía, disciplina imperial*, edición de la que procede nuestra cita del estudio preliminar de Montero Díaz “La evolución intelectual de Ramiro Ledesma Ramos”, p. XIII.

<sup>257</sup> *Ibidem*. p. XXXI. Un poco antes, “contra lo que pudiera creerse, la postura política que Ramiro inicia en *La Conquista del Estado* tiene sus precedentes en anteriores escritos. Existe toda una evolución, todo un proceso ideológico, a lo largo de varios años de su vida intelectual, cuyo desenlace es la formulación de su doctrina nacional-sindicalista”, p. XXVIII.

<sup>258</sup> Fueron varios los episodios documentados en los que distinguidas personalidades del franquismo protestaron acerbamente por la publicación de algunos de los trabajos de Ledesma en los que aparecían opiniones controvertidas sobre la impronta de la religión y la necesidad de crear un nacionalismo español acatólico. Notoria fue la queja escandalizada del cardenal Gomá por la reedición de *Discurso a las Juventudes de España*.

“Ramiro inició y puso en marcha, no sólo la doctrina creada por él, que designó con el nombre de nacionalsindicalismo, sino también unas consignas, una emblemática, una táctica. Su creación produjo, a la larga, un nuevo clima moral en la juventud de España. Por sí solas, las JONS y el jonsismo hubieran constituido un movimiento capaz de lograr la dignidad, la grandeza y el poderío de España. La Historia corrió por otros cauces, y al jonsismo se unieron, al correr de los años, otros sectores de la política española, originándose un nuevo movimiento. La figura de Ramiro permanecerá, destacándose en la Historia Contemporánea de España con relieves geniales. A medida que pasen los años, se comprenderá la inmensa eficacia creadora de su pensamiento, su espléndido sentido de la acción y la lucha, el poético valor de sus emblemas y consignas. Todo esto está presente en la conciencia de España”

“Sobre su gran creación política, a cuyas expensas, interpretándola con mayor o menor fidelidad, viven otras fuerzas ulteriormente llegadas a la vida nacional, puso Ramiro Ledesma el augusto ejemplo de su muerte<sup>259</sup>.”

Entre esta reivindicación primigenia y los trabajos del franquismo final medió un abismo tímidamente jalonado por una bibliografía exigua, formada por alguna referencia menor como las notas sobre Ledesma que presenta la fotografía de la juventud intelectual que trazó el vanguardista y militante jonsista Francisco Guillén Salaya en *Los que nacimos con el siglo. Biografía de una juventud* (1953) o la compilación documental llevada a cabo por Miguel Moreno Hernández en *El nacionalsindicalismo de Ramiro Ledesma Ramos* (1963), y acrecentada en momentos puntuales con motivo de la conmemoración de una efeméride, como ocurriera en 1951 con el vigésimo aniversario de la creación de *La Conquista del Estado*<sup>260</sup>. La limitada repercusión de estos trabajos y la difícil accesibilidad al conjunto de sus textos terminaron por convertirle en una figura torva y desconocida, incluso entre los medios falangistas.

Como se ha dicho, fueron las biografías de Borrás, *Ramiro Ledesma Ramos* (1971) y Sánchez Diana, *Ramiro Ledesma Ramos: biografía política* (1975) las que pusieron en evidencia el extraño caso de Ramiro Ledesma Ramos en la genealogía del

---

<sup>259</sup> Fragmento citado en Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *La sombra del César...*, p. 144.

<sup>260</sup> Juan APARICIO: *Aniversario de La Conquista del Estado. Conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid el día 21 de abril de 1951*, Madrid, Publicaciones Españolas, 1951.

franquismo<sup>261</sup> y rompieron con la inercia de abandono público de las décadas centrales del Régimen. Con ser dos obras en las que los autores no ocultan su simpatía y adhesión hacia nuestro protagonista, hospedan muchos aspectos fecundos que las diferencian de los trabajos de Ximénez de Sandoval o Bravo Martínez, lo que es notable en el caso de Sánchez Diana. De una parte, fueron más políticas e intelectuales que humanas, puesto que como se encarga de explicar Ricardo Martín de la Guardia, los rasgos biográficos de Ledesma “quedan oscurecidos no solo por el escaso interés que él mismo mostró en darlos a conocer sino porque no resultan relevantes para su actuación pública”. Frente a la prolijidad inflacionaria de datos personales a los que nos acostumbraron las biografías *ejemplarizantes* escritas sobre José Antonio, esta relegación de lo personal por lo político es “un rasgo también propio de los estudios de carácter científico aparecidos en los últimos años”<sup>262</sup>. La del *vanguardista azul* Tomás Borrás<sup>263</sup> es una colosal obra de casi ochocientas páginas y de menor calidad reflexiva que la de José María Sánchez Diana, que ya en los sesenta había publicado un breve texto sobre la interpretación de la historia en el pensamiento de Ramiro Ledesma<sup>264</sup>. Destacamos de la obra de Sánchez Diana el esfuerzo de arqueología intelectual que constituye el segundo capítulo. En él, el autor trata de bucear en la mente de su biografiado reconstruyendo con rigor las influencias, antecedentes filosófico-políticos y lecturas que resultaron capitales para la germinación de su pensamiento, de nuevo prestando especial atención al momento del salto del conocimiento a la trepidante acción política. Sánchez Diana desenmaraña los cómo y porqués de su adscripción a las ideas filosóficas de Hegel, Nietzsche o Heidegger, al nacionalismo de Fichte, etc. que conformaron su moral trágica, existencialista y angustiada, su nihilismo heroico y su concepción del Estado<sup>265</sup>.

Abogado, propagandista católico y agitador del sindicato de remolacheros de Castilla La Vieja, Onésimo Redondo fue una figura menos dotada intelectualmente que Primo de Rivera y Ledesma y menos original en su fascismo, en el que amalgamaba la

---

<sup>261</sup> Ferran GALLEGU: “La realidad y el deseo...”, pp. 253-447.

<sup>262</sup> Ricardo MARTÍN DE LA GUARDIA y Matteo TOMASONI: *Los caudillos olvidados del jonsismo...*, p. 224.

<sup>263</sup> Tomás Borrás y Felipe Ximénez de Sandoval fueron compañeros en la vanguardia. A ellos, junto a Antonio de Obregón y Samuel Ros, éste último algo más conocido popularmente, dedicó su estudio Mechthild ALBERT: *Vanguardistas de camisa azul*, Madrid, Visor Libros, 2002.

<sup>264</sup> José María SÁNCHEZ DIANA: “Ramiro Ledesma Ramos y su interpretación de la historia”, *Cuadernos de la Cátedra de Historia Antigua de España*, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, 1964.

<sup>265</sup> José María SÁNCHEZ DIANA: *Ramiro Ledesma Ramos: biografía política*, Madrid, Editora Nacional, 1975.

tradición reaccionaria y católica y la fuerte seducción que sobre él ejercía la España agraria y los valores que a ella asociaba, con la exaltación de la juventud, el nacionalismo social y la mística de la violencia para extirpar el marxismo del cuerpo nacional. “Entre lo profano y lo sagrado, Onésimo fue incluido en el panteón nacional como ejemplo para la posteridad” y, como tal, no tardaron en ser ofrendados a su memoria todo tipo de homenajes y funerales. En el plano analítico, nos recuerda en su imprescindible ensayo bibliográfico Matteo Tomasoni la labor pionera del periodista Narciso García Sánchez, una vez más, un viejo compañero de andanzas políticas durante los treinta. En 1953 se hizo su primer intérprete biográfico con *Onésimo Redondo* y un año después editó sus *Obras Completas*, dejando obsoletas las recopilaciones parciales que aparecieron en los primeros años del Régimen y presentando facetas ideológicas poco conocidas del *Caudillo de Castilla*<sup>266</sup>. En 1974, Francisco Martinell Gifre escribió *La política con alas. José Antonio, Ramiro y Onésimo desde una perspectiva actual*, donde reclama, ante la consunción del franquismo, lo provechoso de volver sobre los textos de los fundadores para embarcar en un nuevo rumbo al Estado surgido del 18 de julio<sup>267</sup>.

#### **1.4. Aire fresco: el nacimiento de una historiografía seria sobre el fascismo en España**

##### **a) Hispanistas**

Hubo que esperar al final del franquismo y a los primeros compases de la Transición para que cayeran en las manos –y no sin problemas, como puede imaginarse– de un español corriente erudiciones despegadas de la entonación legendaria y los acordes laudatorios que prevalecieron sobre la crítica y el desapasionamiento durante cuatro décadas.

El contexto político español y la llegada a la madurez de generaciones que no habían vivido la guerra e impugnaban el relato de las dos Españas –la *verdadera* y la *anti-* abrieron un boquete en la coraza de hielo en la que hasta entonces se había guarnecido el Régimen. El descosido *por dentro*, que contribuyeron a agrandar quienes

---

<sup>266</sup> Ricardo MARTÍN DE LA GUARDIA y Matteo TOMASONI: *Los caudillos olvidados del jonsismo...*, pp. 220-221.

<sup>267</sup> Para las tendencias de la extrema derecha en último franquismo, su disputa ideológica y su crisis de identidad, véase Ferran GALLEGÓ: *Una patria imaginaria. La extrema derecha española (1973-2005)*, Madrid, Síntesis, 2006, pp. 19-104.

otrora se sintieron ganadores (los *comprendidos* de Dionisio Ridruejo, aquellos que “primero elaboraron relatos de conversión y luego de arrepentimiento”<sup>268</sup>), fue al encuentro del exilio. Sus primeros contactos, que a partir de lo que la prensa del Régimen bautizó como *Contubernio de Múnich* fueron estables y fluidos, templaron un ambiente sumamente caldeado y fueron un inestimable trampolín para que la brecha sociopolítica de la que hablábamos pudiera tener un correlato historiográfico: una rendija que ventilara una habitación cerrada e insuflara aire regenerador en ella. Pero el impulso terminante para que se desperezara la historiografía española y se encaminara resuelta a acortar el retraso que por bien sencillas y comprensibles razones, ajenas a los estudios históricos, sufría respecto de sus homólogos europeos, lo dieron los hispanistas.

A la altura de los sesenta el debate académico sobre las derechas en Europa iba ganando en matices y complejidad y cada vez se incluían nuevas variables fruto del contacto y la discusión intelectual. Una de esas variables, que comenzaba a ser vista como irrenunciable, era la perspectiva comparada transnacional, que necesariamente obligaba al estudio de las derechas autoritarias en el poder en los países ibéricos y lo sumía en los moldes historiográficos serios y científicos que circulaban por el continente<sup>269</sup>. A su vez, un corpus de obras alumbraba las especificidades ideológicas de las derechas, desbrozando la imagen uniforme e históricamente homogénea alimentada desde la historiografía marxista -que subordinaba las cuestiones de índole ideológica a la *función social*- de unas corrientes de pensamiento que cada vez menos se verían en número singular. Por ejemplo, Eugen Weber, publicado en castellano, habló de las tres “erres” de la derecha europea: la derecha *reaccionaria*, obsesionada con la recuperación de una Edad de Oro socavada por la modernidad; la derecha de *resistencia*, conservadora y que admite tímidamente las innovaciones en tanto que se funden con el orden social existente y no lo cuestionan; y la derecha *radical*, revolucionaria<sup>270</sup>. Poco a poco fueron incorporándose estas y otras ideas que primero fueron acogidas con reservas u hostilidad pero que pronto resultaron insoslayables para cualquier estudioso del tema, marcando un punto de no retorno, una plataforma desde la que despegarían trabajos posteriores sobre fascismo, mundo de las ideas, los imaginarios y la cultura de

---

<sup>268</sup> José-Carlos MAINER: “Cadáveres en el armario”, *El País*, 14-10-2006.

<sup>269</sup> Hans ROGGER y Eugen WEBER (eds.): *The European Right: a historical profile*, University of California Press, 1965; Stuart J. WOOLF, (ed.): *European Fascism*, Londres, Weidenfeld & Nicholson, 1968.

<sup>270</sup> Eugen WEBER: “Introducción” a *La derecha europea*, Barcelona, Luis de Caralt, 1971, p. 13 y ss.

autores como René Remond, Renzo De Felice, Emilio Gentile, Zeev Sternhell o Michel Winock, que desbordarían el tradicional marco de atención centrado en la vida institucional o las lecturas sociológicas.

Por su parte, años antes de la muerte de Franco comenzaron a aparecer las primeras traducciones de clásicos de la historiografía europea sobre el período de entreguerras. Diferentes casas editoriales españolas acogieron libros escritos bajo todo tipo de lupas y prismas interpretativos<sup>271</sup>.

De estas mutaciones y del creciente interés que la historia de España comenzaba a despertar entre los estudiosos europeos surgirá el aldabonazo de salida que trastocará decisivamente las elaboraciones académicas sobre el fascismo español. Atrapados entre la inveterada dimensión romántica, insólita y excepcional de un país en el que aún se debatía tratando de ocupar cuotas de representación el más longevo partido fascista europeo y el paso firme de unos avances historiográficos europeos que reclamaban la inserción del caso español en sus parámetros de investigación, una serie de autores foráneos emprendieron el estudio de la República y la Guerra con serenidad y credibilidad, iluminando, sin la linterna del militante, una porción del pasado más reciente de España que había permanecido ensombrecida, encubierta<sup>272</sup>.

Como no podía ocurrir de otro modo, las obras generalistas dieron paso a los trabajos monográficos y el rescate de la historia de Falange rápidamente recabó el interés de un formidable conjunto de historiadores profesionales extranjeros, la mayoría de ellos de procedencia anglosajona. Los nombres de Payne, Thomas, Preston, Gibson y compañía fueron un puente, un empalme entre las carencias documentales y la hipertrofia de glosa que habían caracterizado a los trabajos de los intérpretes oficiales de la historia falangista y la nueva historiografía española, joven y robusta que nacerá de las cenizas de la Dictadura. Pionero en el empleo objetivo y desprejuiciado de las fuentes y armado con un vasto arsenal de testimonios directos y entrevistas personales a

---

<sup>271</sup> Ernst NOLTE: *El fascismo en su época*, Barcelona, Península, 1967; ÍD: *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas*, Barcelona, Península, 1973; Hannah ARENDT: *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus, 1971; Enzo COLLOTTI: *La Alemania nazi*, Madrid, Alianza Editorial, 1972; Herbert MARCUSE: *Razón y revolución*, Madrid, Alianza Editorial, 1972; Karl DIETRICH BRACHER: *La dictadura alemana*, Madrid, Alianza Editorial, 1973, David GUERIN: *Fascismo y gran capital*, Madrid, Fundamentos, 1973; Edward R. TANNENBAUM: *La experiencia fascista*, Madrid, Alianza Editorial, 1974; Jean-Pierre FAYE: *Los lenguajes totalitarios*, Madrid, Taurus, 1974; entre otros.

<sup>272</sup> Continuaron la ruta emprendida por Gerald Brenan o Raymond Carr, Hugh THOMAS: *The Spanish Civil War*, Londres, Eyre & Spottiswoode, 1961; Gabriel JACKSON: *The Spanish Republic and the Civil War (1931-1939)*, Princetown University Press, 1965; Stanley G. PAYNE: *The Spanish Revolution*, Nueva York, Norton & Company, 1970; Edward MALEFAKIS: *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1971.

protagonistas y familiares realizadas a finales de los cincuenta, Stanley G. Payne dedicó su tesis doctoral a la Falange y a su fundador. Inicialmente divulgada en lengua inglesa (*Falange. A history of Spanish fascism, 1961*), en 1965 Ruedo Ibérico, editorial matriz radicada en París y patrocinadora de los nuevos aires historiográficos, publicó *Falange. Historia del fascismo español*, durante mucho tiempo referencia primera en cualquier ensayo que se preciara sobre la materia. Payne identifica a Falange Española como forma específica del fascismo en nuestro país, lo que entonces no era ni mucho menos patrimonio común historiográfico, aunque estima este ensayo español de fascismo “como un fenómeno peculiarmente hispánico resultante de las condiciones existentes en España y de los sentimientos de los españoles”<sup>273</sup>. A lo largo de las páginas de *Falange. Historia del fascismo español* el historiador norteamericano presenta un recorrido por la precaria conformación del falangismo y su accidentada lucha por obtener visibilidad pública durante los años republicanos y presta una mirada comprensiva sobre José Antonio Primo de Rivera, cuyos rasgos humanos e intelectuales son claramente resaltados por encima de los de cualquier otro personaje relevante falangista, como principal donante de doctrina, hasta el punto de que en ocasiones lo colectivo –Falange– sea difícil de diferenciar de lo individual –José Antonio–. Se sumerge en las relaciones de Falange con los golpistas, analiza su aura ascendente durante la Guerra y provee de interesante información sobre la Falange de Franco, la política del Régimen durante la conflagración mundial y la angosta carretera del falangismo disidente en los cuarenta. El énfasis en los aspectos intelectuales no es excesivo, aunque tampoco éstos brillan por su ausencia. Como se ha dicho, los párrafos más incisivos al respecto son los que versan sobre el bagaje cultural del joven abogado. Referencia especial vale al respecto la somera semblanza que hace del grupo en el epígrafe “Poesía y terrorismo”, donde trata el infructuoso intento de José Antonio por captar a la intelectualidad liberal, lo que “acrecentó su deseo de crear una nueva intelectualidad en torno del nacionalsindicalismo”<sup>274</sup>.

Fantástico medidor del cambio de percepción que estaba gestándose es que el precoz trabajo de Payne no tardó en encontrar continuadores. Otro hispanista, Herbert R. Southworth, elaboró en 1967 su primera contribución al tema: *Antifalange. Estudio crítico de “Falange en la guerra de España” de M. García Venero (1967)*, publicada por Ruedo Ibérico. Imbuido de una sensibilidad historiográfica próxima al marxismo,

---

<sup>273</sup> Stanley G. PAYNE: *Falange...*, p. 25.

<sup>274</sup> *Ibidem.* p. 70.

Southworth presentó sus investigaciones organizadas como réplica al libro escrito por Maximiano García Venero, y que también vio la luz gracias a Ruedo Ibérico, *Falange en la guerra de España*. El trabajo de García Venero era ciertamente rompedor. Metodológicamente, por la considerable ampliación de fuentes de investigación; temáticamente, puesto que cumplía como objeto último el de rehabilitar la denostada figura de Manuel Hedilla, opuesto a la Unificación de Falange con el carlismo en 1937 y represaliado por el Régimen. Sin embargo, aún se encontraba apegado a una praxis historiográfica indisociable de las querencias políticas, próximas, en este caso, a las posturas falangistas *auténticas*. Southworth tomaba como punto de partida el reto de cubrir el inmenso vacío historiográfico que existía en torno al desarrollo de una experiencia que aún no había concluido -el fenómeno fascista en España- y que hasta la fecha había estado en manos de adláteres y correligionarios que “estaban incapacitados psicológicamente” para proporcionar análisis honestos<sup>275</sup>. A esta voluntad desmitificadora<sup>276</sup> sumaba el autor un tono combativo y polémico que tal vez haya podido lastrar la propia potencia de su tesis. Aportaba imprescindibles datos para la prehistoria del nacionalsindicalismo y el sustrato en el que cuajó, demoliendo algunos lugares comunes al respecto –negaba la cualidad de precursor de Albiñana, señalaba a Giménez Caballero como primer promotor del fascismo y claro expositor, veía en Ledesma al inspirador, organizador y auténtico genio del movimiento-, reafirmaba el ya tratado por Payne carácter fascista de Falange, ponía en tela de juicio que fuera apropiado aplicar sobre José Antonio el apelativo de intelectual y observaba que era un hombre violento “que posee más de un rasgo de chulo bajo un elegante barniz”<sup>277</sup>. A la hora de analizar el contenido doctrinal del fascismo español, Southworth plantea algunas tesis francamente controvertidas e innovadoras sobre la violencia o la noción de Imperio en el vocabulario de los falangistas. Finalmente, el grueso de la obra iba destinado a refutar de manera crítica y rigurosa las fuentes existentes sobre la guerra, las fábulas construidas alrededor de Franco y Hedilla y otros aspectos imprescindibles para comprender el peso del falangismo en el posterior gobierno de Franco, pero que acaso resultan tangenciales para lo que aquí nos ocupa<sup>278</sup>.

---

<sup>275</sup> Herbert R. SOUTHWORTH: *Antifalange...*, p. 8.

<sup>276</sup> Ya había escrito en 1963 *El mito de la cruzada de Franco*, París, Ruedo Ibérico.

<sup>277</sup> Herbert R. SOUTHWORTH: *Antifalange...*, p. 4.

<sup>278</sup> Años después retomaría su implicación con la historiografía sobre el fascismo con “La Falange: un análisis de la herencia fascista española”, en Paul PRESTON (comp.): *España en crisis. La evolución y la decadencia del régimen de Franco*, Méjico-Madrid, FCE, 1977, pp. 29-60 y “El imperio ficción de la

En 1970 el sociólogo Juan José Linz publicaba un influyente artículo, “From Falange to Movimiento-Organización: The Spanish Single Party and the Franco’s Regime”, llamado a generar controversia y debate historiográfico al introducir variables interpretativas tales como la debilidad ideológica y organizativa de Falange o el encuadre del franquismo como “régimen autoritario de pluralismo limitado”<sup>279</sup>.

Sin albergar ninguna pretensión de agotar la nómina, lo que tampoco sería posible por razones de espacio, recordamos que en los siguientes años, en los que el franquismo se despeñó y se asentó en España el cambio político, obró en la historiografía un fenómeno de similares características: la otrora bibliografía oficial fue viéndose cada vez más arrinconada al tiempo que las plumas de los más afamados hispanistas encontraban cada vez más el marco de sus intereses en los estudios sobre el fascismo republicano<sup>280</sup>.

Ha de destacarse cómo el estudio del fascismo español va haciéndose cada vez más delicado y comienzan a vislumbrarse dos vetas de investigación que en las siguientes décadas se revelarían como principales pertrechos para el historiador del fascismo: los trabajos sobre la totalidad o alguna de las caras del *continuum* fascista español, que pretenden reconstruir el itinerario político-institucional del partido fascista desde las semillas previas a Falange Española hasta el Movimiento, pasando por las sucesivas fases cohesivas y aglutinadoras, por lo que en ocasiones la navegación por los remotos mares del período 1931-1936 o 1933-1936 tenía el objeto utilitario de ayudar a desentrañar los orígenes de una realidad todavía candente<sup>281</sup>; la biografía histórica como medio por excelencia para recrear alrededor de una figura de relieve el entorno sociopolítico.

---

Falange y el imperio realidad de Castilla”, *Cultura, Sociedad y Política en el mundo actual*, Madrid, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1981, pp. 199-207.

<sup>279</sup> Juan José LINZ: “From Falange to Movimiento-Organización: The Spanish Single Party and the Franco’s Regime” en Samuel HUNTINGTON y Clement H. MOORE (comps.): *Authoritarian Politics in Modern Society. The Dynamics of Established One-Party Systems*, Nueva York, Basic Books, 1970, pp. 128-201.

<sup>280</sup> Sin ser exhaustivos, en las lenguas principales de Europa se publicaron libros como Bernd NELLESEN: *Die Verbotene Revolution. Aufstieg und Niedergang der Falange*, Hamburgo, Leibniz-Verlag, 1963; Hugh THOMAS: “Introduction” a *José Antonio Primo de Rivera. Selected Writings*, Londres, Jonathan Cape, 1972, pp. 11-34; Christian RUDEL: *La Phalange. Histoire du fascisme en Espagne*, París, Ed. Et Publications Premiéres, 1972; Paul PRESTON: *La destrucción de la democracia en España. Reacción, reforma y revolución en la Segunda República*, Madrid, Ediciones Turner, 1978.

<sup>281</sup> No obstante, no podemos dejar de poner de manifiesto los evidentes problemas interpretativos que, creemos, puede conllevar comprender la realidad falangista de los años treinta y la de los cincuenta o los setenta como metamorfosis de un cuerpo coherente e inmovible en sus caracteres axiales. Recomendamos al respecto las recientes reflexiones sobre el *continuum* y la congruencia de proyectos en Ferran GALLEGO: “¿Un puente demasiado lejano?...”, pp. 77-108.

En cuanto a los primeros, el cabo que se esforzaron en anudar Payne y Southworth hubo de aguardar tres lustros para ser reforzado de la mano de la joven Sheelagh Ellwood con su *Prietas las filias. Historia de la Falange Española (1933-1983)*<sup>282</sup>, un libro escrito desde la historia política británica tradicional. Sus aportaciones más valiosas vienen derivadas del concienzudo uso de las fuentes orales<sup>283</sup>, documentos, prensa y publicaciones del partido fascista. Reconocida por su trabajo con la materia viva, por su historia construida desde abajo a partir del diálogo con las fuentes implicadas, Sheelagh Ellwood hubo de enfrentar resistencias, amenazas y recuerdos parciales de quienes querían limpiar su pasado, pero también cuantiosos testimonios sinceros de personas clave en el devenir del falangismo. Esto último arrojaba un activo más: la comprensión y estudio del discurso falangista desde dentro. Formalmente, el ensayo presentaba de manera progresista-finalista media centuria de fascismo en España, desde una “Falange creada” a una “Falange realizada”, que ocupaba los años 1939-1976, alrededor de los cuales se articula el grueso del libro, solventando, de este modo, una carencia historiográfica. A su vez, con la “Falange idealizada” socorría otros descuidos de la historiografía y recomponía las rencillas entre las familias políticas que sostuvieron a Franco, así como las discordantes parábolas trazadas por los grupos falangistas disidentes. No eludía el tratamiento de la candente cuestión de la filiación fascista del falangismo: para Ellwood “fue un fenómeno peculiarmente español” que combinaba con argamasa material sociopolítico indígena, del siglo XIX, con las tendencias antidemocráticas europeas del primer tercio del siglo XX y que fue posible fruto de unas circunstancias históricas dadas en España a la altura de los treinta<sup>284</sup>. Mientras, Stanley G. Payne, que había traspasado su inicial examen sobre el fascismo

---

<sup>282</sup> Esta afirmación no es completamente exacta. Algunos retazos acerca de la Falange primigenia y su desempeño bélico fueron lateralmente trazados por Martin Blinkhorn en una obra que revolucionaría el panorama de estudios sobre la lucha del legitimismo español durante el siglo XX: *Carlismo y contrarrevolución en España. 1931-1939*. En el capítulo “Carlismo y fascismo” Blinkhorn proporcionaba algunas claves sobre los vasos comunicantes entre ambos movimientos, en el plano de las ideas delimitaba lo que el carlismo tradicionalista deploraba del fascismo e hizo sugestivas hipótesis con la finalidad de hacer aflorar realidades ignoradas de índole sociológica (las motivaciones, la mentalidad, el radicalismo social carlista, la adecuación del tradicionalismo a las culturas políticas de la derecha radical, su caracterización como partido de masas de la derecha, etc.). Martin BLINKHORN: *Carlismo y contrarrevolución...*, p. 234-258.

<sup>283</sup> Una aproximación metodológica a los retoques que la memoria vivida puede generar en entrevistados o recuerdos autobiográficos en Sheelagh ELLWOOD: “Las fuentes orales y la historiografía del fascismo español”, *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 56 (1987), pp. 65-82.

<sup>284</sup> Sheelagh ELLWOOD: *Prietas las filias. Historia de Falange Española (1933-1983)*, Barcelona, Crítica, 1983, p. 24.

español al conjunto de movimientos fascistas europeos<sup>285</sup>, se afanó en renovar su clásico estudio de 1965 y dio a imprenta una nueva edición del mismo, corregida y ensanchada, en 1985. En ella insertaba el acontecer del falangismo español en marcos explicativos más amplios, rompiendo con la estrechez de base investigadora que suponía el supuesto de la excepcionalidad española. Otro hispanista de renombre, Paul Preston atendía primero al falangismo en su doble dimensión ideológica y práctica, situando a la primera como supeditada de esta última<sup>286</sup>, para después enfrascarse en la faena de mayor calado de resignificar la esencia misma del fascismo en España y las diferentes concepciones que de él tuvieron sus doctrinarios e incluso partidos como Renovación Española o la CEDA, cuyas diferencias doctrinales con el fascismo en su opinión habían sido sobredimensionadas<sup>287</sup>.

En lo que concierne a los segundos, su importancia para el posterior vigor de la historia intelectual sobre el fascismo es crucial. Nótese que hasta el momento nos ha resultado complicado poder esbozar un cauce propio de historia intelectual y lo que hemos venido enseñando han sido unas pinceladas básicas, unas claves para comprender cincuenta años de historiografía sobre el fascismo, si bien lo más valioso de ella estaba concentrado en apenas un puñado de años. El empeño de estos primeros hispanistas, que hicieron de la biografía, como rescate de experiencias singulares, un sólido motor con el que arrancar la disciplina, fue cardinalmente rupturista, revisionista<sup>288</sup>. Estaba causado por la voluntad de resituar en su contexto los recorridos vitales de los astros intelectuales del fascismo español. Nacía de una insatisfacción con los modos en que hasta entonces habían sido tratados o, más allá, con las sombras que habían engullido a quienes serían sus biografiados. Sin tener conciencia propia de estar dando las primeras pedaladas de una historia de los intelectuales sobre el fascismo –acaso hemos de recordar lo que tiene de artificial y *ex post* una construcción de este tipo-, al rebuscar y rehabilitar una nueva vereda para el estudio de los pensadores y literatos de la Falange de preguerra cosecharon los primeros frutos de una mirada historiográfica

---

<sup>285</sup> Stanley G. PAYNE: “La derecha en Italia y España (1910-1943)” en VV. AA., *Política y sociedad en la España del siglo XX*, Madrid, Akal, 1978, pp. 185-203.

<sup>286</sup> Paul PRESTON: “Teoría y práctica del fascismo español” en VV. AA.: *Cultura, Sociedad y Política en el mundo actual*, Guadalajara, Nuevos Cuadernos de la Magdalena, Secretaría de Estado de Universidades e Investigación, 1981, pp. 209-227.

<sup>287</sup> Paul PRESTON: “La naturaleza del fascismo en España” y “Tres caras del falangismo” en *Las derechas españolas en el siglo XX: autoritarismo, fascismo y golpismo*, Ed. Sistema, Madrid, 1986, pp. 17-41 y 127-142 respectivamente.

<sup>288</sup> Entiéndase la voz ‘revisionista’ en su sentido etimológico.

despreocupada por hallar adeptos y moldear conciencias y ocupada, eso sí, en *rehumanizar* a los miembros de aquella *corte literaria*. La rehumanización atentaba contra aquel género biográfico, ya vetusto, de la literatura partidista. La prosperidad que el género biográfico había alcanzado por todo el mundo tenía su secreto en que había sabido intuir perspicazmente dos de los fallos que la atenazaban tiempo ha. A saber: la traumática interrelación entre la vida personal del biografiado -habitualmente una personalidad sonora, reñida o al menos sobresaliente respecto del espíritu de su tiempo- y el aprendizaje que a través de ella podía hacerse de la realidad material en la que se desarrollaba; la presentación propagandística de vidas ejemplares, heroicas, inusuales o cargadas de coherencia moral que convertía al género en una vía para inocular prescripciones morales. Lo que ahora hacía apreciable y perentorio el conocimiento de los azares intelectuales de Giménez Caballero, las ambivalencias de José Antonio o el temperamento y las lecturas hechas por Ledesma era que encerraba en sí mismo mucho sobre la época y el espíritu cultural del momento<sup>289</sup>.

En 1972 el estadounidense Douglas Walter Foard finalizó en la Universidad de Washington su tesis doctoral *The revolt of the Aesthetes: Ernesto Giménez Caballero and the origins of Spanish fascism*. Tres años después era publicada en castellano como *Ernesto Giménez Caballero o la revolución del poeta. Estudio sobre el nacionalismo cultural hispánico en el siglo XX*. Trabajo muy celebrado por los expertos internacionales sobre la cultura en el período de entreguerras, el propio título ya advertía de la envergadura de los propósitos de su autor, para quien la clase de prisma elegido no era más que una herramienta para engarzar el arte vanguardista con la emergencia del fascismo en España. El vehículo que uniría ambos sería precisamente Giménez Caballero, “el falangista olvidado”, en palabras del autor. Foard manejó la dilatada bibliografía del director de *La Gaceta Literaria* e hizo uso de las pocas referencias disponibles sobre él para acabar pariendo un ensayo que evaluaba no solo el caso concreto del animador cultural madrileño sino aquellos contenidos que la teoría fascista podía tomar prestados o hacer suyos de la crítica de la vanguardia estética a los valores del mundo en que vivía. Se trataba de la primera perforación de estas características para el caso español y conjuntamente con *Falange y literatura* que José-Carlos Mainer escribiera en 1971, imprescindible artefacto para comprender, de una parte, el derramamiento del radicalismo político entre los miembros de la *intelligentsia*

---

<sup>289</sup> Elena HERNÁNDEZ SANDOICA: “La escritura biográfica”, *Cercles: revista d’història cultural*, 10 (2007), pp. 10-25.

vanguardista, la politización de la vanguardia como algo natural, como una extensión de los propios temas y entrañas artístico-sociales que ésta había abanderado; de otra, los puntos de encaje que el nacionalismo propugnado por los literatos seducidos por el fascismo tenía dentro de la cultura secular española<sup>290</sup>.

Se percibía este tiempo como de avituallamiento. Se estaban cogiendo fuerzas para ir levantando sin la prisa de la que no se podía disponer por lo incierto del futuro inmediato y las aún evidentes barreras a la investigación, pero sin pausa, la losa corrida sobre el pasado. Aprovechando el impulso, Lucy Tandy y Maria Sferrazza surtieron al mercado editorial de un nuevo texto sobre la peripecia artística, intelectual y política del Giménez Caballero de antes de la Guerra, mostrando cómo los contornos recios y sugerentes que su figura ofrecía a los estudiosos, declinaban con el papel secundario que le fue asignado durante el franquismo<sup>291</sup>.

El intelectual más visitado por los historiadores hasta el momento, Primo de Rivera, también fue objeto del trajinar revisionista. El hispanista irlandés Ian Gibson publicó en 1980 su *En busca de José Antonio*. Gibson presentaba a un hombre brillante, cabal y carismático que no siempre se sentía cómodo en la piel de líder fascista. Pese a que el libro no era especialmente profuso en detalles o profundidad ni aportaba hipótesis novedosas, tenía la virtud de ser la primera biografía que recibía José Antonio desprendida del paradigma dominante durante la Dictadura. Gibson se prodigó en algunos asuntos eminentemente positivos como el estudio del lenguaje y las formas discursivas de la revista *FE*, los dos capítulos dedicados a los “aspectos del hombre” – evocando polémicamente asuntos como la violencia, la ironía, el sarcasmo, su faceta intelectual, sus relaciones con Lorca, etc.-, los apuntes sobre José Antonio preso en Alicante o el balance final sobre la utilización de su figura por Franco. Otros temas, que revisten gran interés para nuestro trabajo como el estudio de las ideas del biografiado, son tratados de manera algo sobria y parca. En un primer apartado se plasman algunos pensamientos del fundador de Falange sobre Castilla, la patria española como unidad de destino en lo universal o su concepción de la vida como empresa heroica, pero, como decimos, se echa en falta mayor mordiente en el análisis, tal vez algo epidérmico. Con todo, lo original estaba en la mirada<sup>292</sup>. Además, sirvió para ver cómo el mundo del

---

<sup>290</sup> Douglas W. Foard: *Ernesto Giménez Caballero o la revolución...*

<sup>291</sup> Lucy TANDY y Maria SFERRAZZA: *Giménez Caballero y la Gaceta Literaria (o la generación del 27)*, Madrid, Ediciones Turner, 1977)

<sup>292</sup> Ian GIBSON: *En busca de...*

falangismo aún seguía activo historiográficamente: no por casualidad en ese mismo año de 1980 Fuerza Nueva republicó la *biografía apasionada* de Felipe Ximénez de Sandoval, también en 1980 firmó Blas Piñar el prólogo de la biografía encomiástica que el líder neofascista italiano Giorgio Almirante dedicó a José Antonio y en 1983 Carlos Arce trató su figura elogiosamente. Otros conspicuos joseantonianos, como el economista Juan Velarde Fuertes se movilizaron en las páginas del medio por excelencia de la extrema derecha durante la Transición –*El Alcázar*- con la finalidad de contrarrestar la imagen que Ian Gibson dio del joven abogado.

Estas respuestas fueron los últimos coletazos de una extrema derecha tambaleante e incapaz de adaptarse a la nueva situación. En 1982 Blas Piñar perdió su escaño parlamentario y el tablero de su área política se fragmentó en una sopa de siglas llamadas a esfumarse del primer plano de la vida pública para habitar en los márgenes de lo residual. En la “batalla cultural” sus perspectivas tampoco eran halagüeñas: el añejo peso de su historiografía también había sido pulverizado de puertas adentro y aunque en las próximas décadas la literatura que podríamos llamar *neofalangista* no desaparecerá -e incluso tendrá fases de repentino despuntar en cuanto a la calidad de sus trabajos-, su audiencia será cada vez más reducida.

#### **b) El despertar de la historiografía autóctona**

Y es que, durante los años previos, una serie de trabajos de la primera hornada de especialistas autóctonos había comenzado a borrar del mapa historiográfico nacional los métodos y postulados imperantes durante el franquismo. A la cabeza de esta camada se encontraba el profesor de la Universidad de Pau Manuel Tuñón de Lara, el más señero representante del marxismo historiográfico en la línea de Pierre Vilar en España. Junto a otros autores comprometidos políticamente con la oposición al franquismo, como Ramón Tamames, Enrique Tierno Galván o José Ramón Montero Gibert, va a propulsar el arranque de una ciencia histórica de nuevo cuño en España y conocerá cierta hegemonía académica con el cambio político. Intelectualmente, aportaban para el tema que abordamos una vía próxima a los posicionamientos que en Europa habían defendido Guerin, Colloti o Poulantzas y que justo en ese momento comenzaban a ser rebatidos con firmeza por una generación de historiadores europeos que reclamaba un giro cultural que liberara el estudio de las ideologías de la manida *función social* y de la rigidez que marginaba lo mental-ideológico, lo alegórico y las raíces intelectuales como

meros epifenómenos. Pero no sería veraz decir que todo el marxismo historiográfico en el continente estaba en retirada: como ha recordado en un ensayo aparecido en este 2013 Julián Sanz Hoya, los años setenta son también los años en que la agenda investigadora del marxismo sobre su opuesto fascista se renueva de la mano de historiadores como Mason o Tranfaglia<sup>293</sup>. Concedían mayor importancia a las estructuras, al largo recorrido, a los causalismos y a la dimensión social frente a la individuación y la historia narrativa. En un breve ensayo bibliográfico sobre la historiografía española y las derechas, Pedro Carlos González Cuevas señala con bastante dureza lo que considera hermetismo objetivista y economicista de este marxismo historiográfico no suficientemente abierto a importar las novedades culturalistas de Edward Palmer Thompson. En opinión del profesor de la UNED, esta literatura –a rasgos generales, puesto que existían múltiples matices y variantes entre los autores arriba mentados-, a la par que valiosa por su denuedo revisionista e higienista, estaba cortada por una horma moralista y no estaba exenta de prédica militante que trascendía el conocimiento científico. Así, en sus estudios sobre las derechas y el fascismo habría prevalecido una intencionalidad “demonológica” rastreable en el mecanicismo de clase como factor explicativo y en la insuficiente atención prestada a las culturas políticas y al sustento filosófico. En última instancia, al supeditar los asuntos de raigambre ideológica y asimilar entre sí a las diferentes cosmovisiones de las derechas españolas de los treinta, se habrían enmarañado aspectos fundamentales que llevaban decenios a la espera de ser examinados con independencia de criterio y, con ello, se habría obstruido la emergencia en el campo universitario de tendencias historiográficas que no habrían encontrado eco en nuestro país sino tiempo después<sup>294</sup>. Si algunos de estos autores hablaron de “fascismo rural”, extendiendo la aplicación del término mucho más allá de la propia militancia falangista hasta unos límites en que la noción se tornaba explicativamente estéril y de indescifrable traducción, si apuraron la relevancia de las hondas discrepancias doctrinales entre las derechas y pensaron el fascismo como mera careta autodefensiva del capital y la reacción para tiempos de excepción, si sus conclusiones,

---

<sup>293</sup> Julián SANZ HOYA: “Falangismo y dictadura. Una revisión de la historiografía sobre el fascismo español” en Miguel Ángel RUIZ CARNICER (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 25-60.

<sup>294</sup> Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: “La historia de las derechas a la luz del revisionismo histórico”, *Memoria y civilización. Anuario de historia de la Universidad de Navarra*, 13 (2010), pp. 77-98. También se muestra sumamente crítico José Antonio Parejo Fernández, quien opina que ha habido un vacío de conocimiento durante años que ha situado al fascismo español un par de niveles por debajo de lo estudiado a nivel internacional por la persistencia de modelos de análisis anquilosados. José Antonio PAREJO FERNÁNDEZ: “La mutación falangista...”, p. 242.

en definitiva, pudieron ser algo precarias por la ligazón con la experiencia y la coyuntura política efervescente que les rodeaba y esto pudo tener secuelas como la persistencia -a todas luces rebajada- en la inadecuación y en la falta de suelo común con lo que se escribía en Europa, no es menos cierto que sí crearon las condiciones propicias para la aparición del clima intelectual eclético y abierto en el que el imprescindible debate académico y la tolerancia se abrieron paso y, con ellos, la posibilidad de contestar, matizar, seguir o superar las interpretaciones que preconizaban<sup>295</sup>.

Remontémonos un poco en el tiempo. En nuestro ámbito más concreto de atención, ya en los años finales del franquismo aparecieron notables trabajos como las contribuciones a modo de ensayo que hizo Heleno Saña para *Índice* o el primer estudio de Raúl Martín<sup>296</sup>. Pero lo más llamativo saldría de la pluma de José-Carlos Mainer. En 1971 publicó en Labor una nutrida antología de textos literarios de intelectuales falangistas –Santa Marina, Giménez Caballero, Foxá, García Serrano, Ximénez de Sandoval, Ballester, De la Serna, Ridruejo, Montes, Sánchez Mazas, Miquelarena, Cunqueiro- porticados por una excelente introducción crítica en la que se rendía cuenta de la historia literaria de una vocación política. Mainer, a la sazón uno de los principales animadores de la historia intelectual española y referencia inexcusable cuando se habla de literatura y radicalización política, escribía por aquel entonces que Falange Española fue “la formulación más atractiva y violenta de una rebeldía que se venía larvando de tiempo atrás; en gran medida, fue una vocación juvenil muy pura que, pese a la hipoteca burguesa que la lastró y acabó por disolverla, planteó una primordial protesta contra lo más caduco del derechismo contemporáneo”. En cuanto a la cultura española preexistente, incrustó a Falange en una prolongada trayectoria, como un momento particular y con atributos innovadores pero no esquivo respecto de un proceso conceptual y cultural de duración más larga, que incluía, entre otros el papel de cierta

---

<sup>295</sup> Considera Ferran Gallego que la exigua producción sobre los diversos modos de teorizar el fascismo en España es “algo que seguramente tiene que ver con el prejuicio sedimentado por la oposición democrática al régimen de que éste carecía de verdaderos principios y solo tenía una función social ajena a la legitimación de los mismos, pero que también ha podido servir para considerar una homogeneidad que estaba lejos de verse en aquellos que llegarían a acordar la formación del Régimen e incluso se constituirían como movimiento de oposición a la República durante sus cinco años de duración en paz”. Ferran GALLEGO: “La realidad y el deseo...”, p. 286. Cabe inquirir también si no se hallará el motivo de la falta de atención depositada sobre estas cuestiones en el escaso nivel de elaboración doctrinal propia y autónoma respecto a los fascismos europeos que detecta Joan Maria THOMÁS: “Los estudios sobre las Falanges...”, p. 293.

<sup>296</sup> Heleno SAÑA: “La Falange. Intento de un diagnóstico”, *Índice*, 257-258, pp. 22-28; 259, pp. 6-10; 260, pp. 7-10. Todos ellos de 1969; Raúl MARTÍN: *La contrarrevolución falangista*, París, Ruedo Ibérico, 1971.

historiografía liberal como forjadora de una mentalidad nacionalista, el léxico regeneracionista, el “proyecto sugestivo de vida en común” de la *Vieja y nueva política* de Ortega, los proyectos culturalistas de la Escuela Romana del Pirineo y Eugenio d’Ors, etc., que en cierto modo reverberará el falangismo... Mainer estimaba que era palpable que “toda una etapa del pensamiento liberal español subyace en el falangismo que no hará sino llevar a sus últimas consecuencias los postulados del regeneracionismo”. En lo concerniente al espécimen de intelectual que apoyó a Falange, Mainer quiso romper una lanza en favor de la importancia de la literatura y la estética en la conformación del magma fascista. Es sabido que el fascismo ha sido definido como una forma de “estetización de la política” (Walter Benjamin) y, sin apartarse de esa estela, Mainer habló de la excepcional importancia que tuvieron como proveedores de retórica y bruñidores del “estilo”, las imágenes y la fórmula literaria falangista intelectuales como Giménez Caballero, Sánchez Mazas, Mourlane o Montes<sup>297</sup>.

Es en estos años cuando se gesta y extiende la idea, frente a los intentos aislados e impotentes, agarrotados por la falta de colaboración o continuidad, de que existe una comunidad plural de científicos sociales, liderada por los historiadores y los politólogos, que comprende que la recuperación y la resignificación del fascismo español en sus grafías más íntimas es una cometido que compete a ella. Como se ha comentado, era fuerte la atracción que en estos compases seminales las corrientes de historia social, estructuralista o marxista ejercían sobre muchos jóvenes especialistas españoles. Aunque tal vez pueda resultar simplificador y reduccionista agrupar de una manera artificial -como la que a continuación mostramos- trabajos similares pero ni mucho menos idénticos en cuanto al método y calidad, sí estimamos que puede hallarse entre ellos un espíritu común que es el que nos incita, también de acuerdo con el formato de estas reflexiones bibliográficas, a propender a dicha catalogación. Ya sea con exámenes orientados a reseñar aspectos bien concretos y circunscritos cronológicamente como *Los orígenes del fascismo español* de Manuel Pastor, sea con una suerte de crónica de conjunto de los factores posibilitantes y limitantes de la *fascistización* como *El fascismo en la crisis de la II República* del jurista Javier Jiménez Campo, con el análisis profundo de las relaciones del binomio *Ideología y fascismo* sobre el que escribiera Rafael del Águila Tejerina o con la situación de *El fascismo en los comienzos del régimen de Franco*, estas obras de los setenta y primeros ochenta presentaban rasgos

---

<sup>297</sup> José-Carlos MAINER: *Falange y literatura...*, pp. 13, 19, 22.

compartidos. Sin duda, se encontraban sus autores influidos por las lecturas de Poulantzas y Kühnl. En ellas se enfatizaban los aspectos socioeconómicos del fascismo como forma de dominio burgués inserto en el contexto de la lucha de clases y en el campo del pensamiento el fascismo aparecía como una suerte de culminación de las ideas reaccionarias, de manera que las diferencias entre el sujeto fascista y los no fascistas quedaban diluidas<sup>298</sup>. Además, es reseñable la aparición de *Falange y filosofía*, de Salvador de Brocá Tella y escrito desde unos parámetros de estudio y enfoque completamente ajenos a los anteriores o las primeras investigaciones de uno de los grandes nombres de la historiografía nacional sobre la cuestión, Ismael Saz.

Manuel Pastor abordó el fascismo como un movimiento instrumentado por las clases dominantes en una coyuntura en que la estabilidad del orden social y económico estaba en entredicho. En este sentido, el autor dedica notables páginas a las formas de sindicalismo contrarrevolucionario catalán en los veinte y a la fascistización de un sector del liberalismo que adopta fórmulas decisionistas y contrarias a la legalidad democrática (el estado de excepción en la terminología schmittiana) con el objeto de preservar las estructuras del sistema capitalista y la oligarquía. Este proceso habría sido posible a tenor de la concomitancia de intereses (“identidad-no-idéntica”, siguiendo a Nolte) existente entre el liberalismo y el fascismo como orden postliberal, de superación de las realizaciones del primero y cuya emersión dependía de las débiles salud y fortaleza de éste: la desconfianza y el recelo ante la participación de las muchedumbres en la vida política que se traduciría en la conversión del antimarxismo en premisa primaria de la política de ambos. Evalúa el posicionamiento de ciertos intelectuales como Maeztu y Ortega (“perro guardián del bloque en el poder”) ante la extensión de la democracia y su ascendencia sobre el posterior fascismo al haber bosquejado ya una visión cualitativa y anti-igualitaria de la sociedad. Para Pastor existieron tres figuras nucleares en los orígenes del fascismo español: Giménez Caballero, que hila la vanguardia estética con la política; Albiñana, en el que el autor veía al eslabón perdido que conectaría el fascismo con un marco contrarrevolucionario más amplio; y el “primer fascista acabado”, Ledesma Ramos, poseedor de mayores dotes intelectuales y políticas que Primo de Rivera<sup>299</sup>. Por entonces plenamente adherido a la conceptualización

---

<sup>298</sup> A propósito de esta simplificación de las fronteras entre fascismo y otras corrientes de la derecha, véase el reciente trabajo de Ismael SAZ: “¿Dónde está el otro?...”, pp. 155-190.

<sup>299</sup> Para Albiñana, cuyo nombre ha aparecido con anterioridad en nuestras páginas sin que se diera de él la más mínima información, consúltese Julio GIL PECHARROMÁN: ‘*Sobre España Inmortal, Sólo Dios*’. *José María Albiñana y el Partido Nacionalista Español (1930-1937)*, Madrid, UNED, 2000.

marxista, para Pastor los tres responsables máximos del alumbramiento del fascismo en España habrían sido intelectuales orgánicos pequeñoburgueses y trabajadores asalariados no productivos al servicio de la justificación de la estructura capitalista, fabricados por el propio capital y radicalizados ante la ineficacia de su liberalismo de origen, hacia el que estaban resentidos. Ideológicamente, todo esto tenía una leve inserción, siempre subalterna del factor explicativo economicista, en la “desesperación cultural” que habría divorciado a estos ideólogos de la realidad y la racionalidad intrínsecas al liberalismo y les habría inclinado hacia una labor de cobertura de los intereses del bloque social dominante presentados bajo una fraseología populista, interclasista y solo retóricamente anticapitalista. La raíz sería de naturaleza reactiva frente al comunismo y solo en ese cuadro en el que la burguesía percibe amenazados sus intereses es en el que cobra vida cualquier contenido doctrinal autónomo en el fascismo, movimiento que, en todo caso, tendría en la praxis antirrevolucionaria su cualidad de más relieve y solo posteriormente sería decorada vagamente con un soporte “sub-ideológico propio”. Resumiendo, *Los orígenes del fascismo español* fue una obra tributaria de las conclusiones varias de Poulantzas, Marcuse, Nolte o Kühnl. En el debe, unos peros que son extensibles a las siguientes obras que reseñamos. Las investigaciones de Pastor estuvieron plagadas de elementos interpretativos propios quizá limitados en su recorrido por una explicación en términos de *clase* que nos parece que por sí misma está lejos de ser satisfactoria para desenredar la poliédrica dinámica del fenómeno. Quizá sea preferible renunciar a tanta categoría artificial e incidir más en un análisis de fenómenos, de lo heterogéneo, móvil y voluble en aras de poder responder a interrogantes como ¿cuál era el lugar de la ideología?, ¿cómo era posible la captación y movilización de masas si era un movimiento de tan significada y concreta extracción social?, ¿son las circunstancias materiales la única variable digna de consideración para asumir la elección fascista de tantos individuos?, ¿fue el fascismo determinante en la crisis de la República?, ¿no eran más útiles para luchar contra el movimiento obrero organizado unos partidos que contaban con un importante caudal de afiliados, ingresos, financiación y contactos con el Ejército?, ¿no era más seguro para la contrarrevolución, no eran mayores sus posibilidades de éxito si no se desasían de sus fetiches ideológicos de siempre como el catolicismo o la Corona?<sup>300</sup>.

---

<sup>300</sup> Manuel PASTOR: *Los orígenes del fascismo...*, pp. 15, 27, 44, 50, 66, 75, 85, 90.

Javier Jiménez Campo estudió la andadura del fascismo republicano en el libro mencionado y en artículos como “Aproximación a un modelo de partido fascista: el caso del Partido Nacionalista Español” u “Orígenes del fascismo español”. Para el jurista, desde los años veinte las fuerzas antiprogresistas habrían estado inmersas en un proceso por el que se habrían ido dotando de un nuevo lenguaje político y unas tácticas relativamente inéditas a modo de cáscara con la que pretendían ir al encuentro de las masas. Dicho proceso culminaría en 1933, “punto de no retorno” en la política española que confirmaría al fascismo y al antifascismo como nuevas actitudes políticas en afinidad con lo que ocurría en otros lugares del continente. Sin embargo, Jiménez Campo subrayaba el carácter esencialmente nacional del fascismo español para, a continuación, hacer hincapié en la “inequívoca identidad de fondo”, aunque no “total”, entre el proyecto fascista que encarnaba Falange y el tradicionalista de la revista *Acción Española*, tesis que con distancias y diferencias defenderá Raúl Morodo en *Orígenes ideológicos del franquismo. Acción Española*. Esta cercanía de pareceres tendría su razón de ser tanto en el “reaccionarismo estricto” que informaba al fascismo español, cuya crítica a los valores burgueses era de impronta precapitalista, señorial, arcaizante, como en el hecho de que “el fascismo no permaneció encapsulado en unos grupos políticos concretos”, sino que impregnó en mayor o menor medida las directrices contrarrevolucionarias. Aunque de sus matizaciones y planteamientos sobre las motivaciones ideológicas de las diferentes derechas se colige que no pone el signo igual entre ellas. Para Jiménez Campo, en sus coordenadas mentales, el fascismo español habría tenido un componente fundamentalmente irracional -el 18 de julio sería “la materialización cabal de una ideología que había nacido para la guerra”- y funcional -la “revolución de la burguesía”- y reflexionó sobre uno de los problemas que a primera vista se vislumbraban al confrontar el caso español en perspectiva comparada con otros casos europeos: el de las bases sociológicas que en otros países apoyaron al fascismo y el fracaso de su formulación española, que se mostró incapaz de atraerse los apoyos del campesinado y la pequeña burguesía urbana hasta el año 1936<sup>301</sup>.

Metodológicamente preciso, conformado por un erudito aparato, en 1982 Rafael del Águila Tejerina publicó, con algunas adaptaciones, los resultados de las investigaciones que dedicó al respecto de *Ideología y fascismo* en el marco de la tesis doctoral que realizó en los setenta. El profesor de Ciencia Política consideraba que los

---

<sup>301</sup> Javier JIMÉNEZ CAMPO: *El fascismo en la crisis...*, pp. 16, 47, 133, 139; ÍD: “Orígenes del fascismo”, *Historia 16*, 91 (1983), pp. 26-32.

temas básicos del fascismo español no difieren en lo esencial de los de sus homólogos europeos. Buceó entre las *Obras Completas* de José Antonio Primo de Rivera, persona axial en su trabajo, para someter a una crítica textual profunda, en la que el contexto aparece solamente como “mediación”, un manojo de diez aspectos que veía típicos en la “secuencia ideológica del fascismo español”: las síntesis falsas entre antiliberalismo y antimarxismo y entre anticapitalismo y propiedad, la armonía y su imposición, el individuo y la transvaloración, las pautas discursivas y el rito, la violencia, el papel central o residual del agrarismo, el catolicismo y el señoritismo en la ordenación de la doctrina joseantoniana, la paradójica relación entre el fracaso de su proyecto ideológico y su hegemonía en la crisis de 1936 y, finalmente, la destrucción de las identidades políticas con la mixtura de la conciencia afirmativa-modernista y la utopía reaccionaria. Por otra parte, no dejaba de lado la relación entre liberalismo y fascismo y lo hacía para remachar que la “racionalidad instrumental” era el “puente ideológico” más claro entre liberalismo y fascismo. Ambas, ideologías con un fuerte cariz de clase. Sería atributo definitorio del fascismo la imposición de aquel sistema de valores y edificio económico que en las condiciones óptimas para el capitalismo debería ser fruto del libre mercado y las libertades individuales. Estudia también la racionalidad utilitarista de una ideología impregnada de tintes irracionales como el fascismo -“la racionalidad de la concepción del mundo fascista deviene así en la negación de la razón, en exaltación idolátrica de un principio inasequible a razón”- y hace distinciones entre el papel subsidiario del liberalismo que ocupan en la práctica los movimientos fascistas y su antiliberalismo superficial, concluyendo que la lucha fascista contra el liberalismo hunde sus raíces en la detección de la falta de garantías que este ofrece para la conservación del orden y por su relativización de la política. “Es lucha –afirma Del Águila- contra un principio político de tolerancia que se demuestra ineficaz para mantener lo instituido”. Finalmente, no podemos dejar atrás esta obra en nuestro breve recorrido sin señalar que se trata probablemente del esfuerzo más serio y coherentemente presentado por identificar las relaciones entre las dos grandes familias políticas no marxistas desde una óptica cercana al desempeño de tal último signo<sup>302</sup>.

Sin hueco para tratar otros trabajos de similar significación y que rozan colateralmente el recipiente de nuestros intereses, hemos de indicar que no se retira de esta senda Ricardo Chueca en su trabajo para la reconstrucción del primer franquismo ni

---

<sup>302</sup> Rafael DEL ÁGUILA: *Ideología...*, p. 149 y ss., 163,173 y ss.

en las acotaciones que realiza conjuntamente con José Ramón Montero Gibert para clarificar algunos de los aspectos más discutidos por la historiografía, tales como la sincronía y la diacronía en la recepción del fascismo, sus apoyos sociales, el cuarteamiento del partido fascista a finales de 1934 y principios de 1935, sus contenidos básicos o su propiedad más sobresaliente, que los autores veían en lo que el fascismo comportaba como táctica renovadora de los medios que la derecha había puesto en marcha en su la lucha contra el socialismo<sup>303</sup>.

Otros son los fines que persigue *Falange y Filosofía* de Salvador de Brocá Tella, ensayo centrado en descubrir el recorrido soterrado de las corrientes filosóficas que concurren en la síntesis de elementos antitéticos que fue el falangismo, movimiento político al que el autor adjetiva como “de intelectuales”. Una aseveración que consideramos excesiva si se tiene en cuenta el elevado número de éstos que se entregaron a la política en los treinta o los sectores sociales a los que iba dirigida la propaganda falangista. Creemos evidente que no por no cuajar como partido de masas fue Falange Española un movimiento de intelectuales reunidos al calor de sus concomitancias profesionales, lo cual no debe esconder, no obstante, el peso que éstos tuvieron como organizadores e ideólogos, acaso más que en ningún otro caso de partido político en la España de la Segunda República a excepción de la Agrupación al Servicio de la República. Acaso más, en segundo término, que en otros fascismos europeos. En consonancia, no es el esquema interpretativo preferido de Brocá el marxista. En contraste con aquél, no desprecia el discurso fascista como simple pantalla demagógica y confiere una magnitud mayúscula al peso de los antecedentes ideológicos y lo hace, creemos, desde una cierta simpatía con las ideas que estudia que, no obstante, en nada se parece al tono laudatorio y no académico del que participó la historiografía oficial durante el franquismo. Incluye consideraciones sobre la esencia personalista cristiana del pensamiento de José Antonio, que entronca Brocá -con riesgo de caer en la creencia en el valor inamante, eterno e atemporal de las ideas- con una tradición que se remonta a Santo Tomás de Aquino, y rechaza la adscripción de sus ideas al

---

<sup>303</sup> Ricardo CHUECA y José Ramón MONTERO GIBERT: “El fascismo en España...”, pp. 215, 224. Aunque la fecha de publicación es 1992, el artículo es una síntesis de las intervenciones de los autores y Jiménez Campo en una conferencia internacional sobre el fascismo, celebrada en Italia una década antes. Montero Gibert fue durante el primer quinquenio que siguió a la desaparición física del Dictador uno de los politólogos que más esmero puso en estudiar las vinculaciones y los nexos entre el catolicismo político (fundamentalmente la CEDA y las JAP, a las que dedicó libros y numerosos artículos), la radicalización de las posturas antidemocráticas y la mimesis fascista.

totalitarismo, por lo que podría decirse que en este aspecto *Falange y filosofía* anticipa algunos temas que retomarán con el fin de siglo otros autores como Imatz, Argaya Roca o Simancas Tejedor<sup>304</sup>.

A su vez, Ismael Saz fue pionero en acometer análisis que ponían el acento en la relación del falangismo con otras formas más acabadas y triunfantes del fascismo en Europa: su monografía sobre el papel del movimiento fascista por antonomasia –el italiano– en los avatares de la historia republicana como financiador de las conspiraciones de la extrema derecha para finiquitar el régimen de 1931 fue determinante para cubrir algunas lagunas sobre los amigos exteriores de Falange y puso a los historiadores en la pista de las ayudas económicas del *Duce* a monárquicos alfonsinos, carlistas y falangistas<sup>305</sup>.

Para el caso concreto español, Saz Campos emprendió una tarea de revisión de lo que hasta entonces se había escrito sobre los orígenes y decurso del fascismo español, reflexionando acerca de cuánto había de original y de foráneo en la ideología y práctica política de las personas y grupos que han sido catalogados como fascistas, pensando sobre la crisis interna de Falange del invierno que siguió a la revolución de octubre. A juicio de Saz Campos, generalmente se había subvalorado la importancia de lo exógeno en la configuración del nacionalsindicalismo y, entre quienes no habían caído en ese error, se propendía con facilidad a dictámenes apresurados que encadenaban, como parte de un mismo proceso sin aristas, “la introducción de la idea fascista y el hecho mismo del surgimiento del fascismo en nuestro país”. Este escollo se salvaría otorgando un rol nuclear a Giménez Caballero, puesto que serían sus aportaciones, que partían no de la búsqueda de nuevos métodos para paralizar la subversión social, sino del debate intelectual acerca del “problema de España,” una “inyección brutal” que permitió acortar la distancia que separaba al pensamiento español de la época del prefascista de Europa. La absorción del fascismo por Giménez Caballero habría sido una cuestión cultural, de rechazo a los supuestos criticistas, racionalistas e individualistas noreuropeos que conducirían inexorablemente a formas de gobierno parlamentarias, ajenas, según *Gecé*, al *genio* español, que habría de ser hallado en el campo, la taberna,

---

<sup>304</sup> Salvador de BROCÁ TELLA: *Falange y filosofía*, Salou, Universitaria Europea, 1976, pp. 85, 123-228.

<sup>305</sup> Ismael SAZ CAMPOS: “Falange e Italia. Aspectos poco conocidos del fascismo español”, *Estudis d’Història Contemporània del País Valencià*, 3 (1982); ÍD: *Mussolini contra la II República*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1986. La financiación al movimiento que acaudillaba José Antonio, a través de la embajada italiana en París, en el capítulo “Italia y el fascismo español” de esta segunda obra, pp. 95-145.

el mercado, la plaza, el campesino, las “cortes sin parlamentarismos, las libertades sin liberalismo, las santas hermandades sin somatenismo”. Estos componentes tradicionales entrecruzados con el modernismo alternativo que proponía el fascismo italiano asistirían en la peculiar hechura del fascismo español realizada por Giménez Caballero. A partir de aquí, Giménez Caballero se torna también una figura determinantemente influyente sobre Ramiro Ledesma Ramos, en 1929, y José Antonio Primo de Rivera, en 1933. El primero sería la “traducción política de la experiencia precedente” y de no haber mediado el contacto con Giménez Caballero, estima Saz que difícilmente sus adherencias unamunianas y costistas o su voluntarismo e irracionalismo de cuño nietzscheano, que facilitaron el tránsito hacia una posterior posición fascista, habrían devenido en fascismo. El brusco cambio en la trayectoria vital de Ledesma Ramos, de filósofo a coordinador del fascismo en España, se debía “más a la guía de GeCé que a sus anteriores experiencias literarias y filosóficas”.

En cuanto a las disensiones internas en Falange, que se manifestaron en forma de escisiones desde finales de 1934, la interpretación de los autores españoles siempre había virado en torno a cuestiones de incompatibilidad ideológica, superado ya el argumento difundido durante el franquismo de la enemistad personal y la envidia que Ledesma profesaba al primogénito del Dictador: el marqués de la Eliseda habría abandonado la disciplina falangista por razón de la búsqueda falangista de un espacio propio ajeno a unas derechas que tras octubre de 1934 agudizaban su fascistización y Ledesma Ramos habría emprendido una nueva aventura en solitario ante las insuficiencias revolucionarias de Primo de Rivera, demasiado clerical y derechista. Frente a esta “salida de la derecha por la derecha” y “salida de la izquierda por la izquierda”, Saz Campos va a ofrecer una clave interpretativa que, brillantemente desarrollada para el caso de Ledesma desde sus caracteres más pequeños por Ferran Gallego, hará carrera historiográfica tiempo después. Nos referimos a la lectura de la crisis como producto de disconformidades de organización y táctica, en definitiva, de eficacia política. Disgustados por las deficientes conclusiones que Primo de Rivera habría sacado del panorama posterior a la revolución de Asturias, la causa de las salidas de Eliseda y Ledesma, motivadas por bien distintos objetivos políticos últimos –un fascismo tradicionalista contra un fascismo genuinamente radical-, era la misma: la pretensión de liderazgo del fascismo español sobre los grupos de la extrema derecha que podían proveerle del dinero y visibilidad política que precisaban en el momento para

poder intervenir en la realidad española, y de la militancia que sustentara en un mañana un partido fascista de masas. Pretensión que se había visto minada por las sucesivas negativas de José Antonio a entrar en contacto con Calvo Sotelo y el Bloque Nacional, enfrascado como estaba en la creencia de que la primera semilla del éxito vendría de la delimitación de contornos propios que hicieran claramente diferenciable a Falange del resto de fuerzas antirrevolucionarias, lo que los escisionistas entenderían como tumba para las aspiraciones de organizar un fascismo fuerte, con incidencia en la vida pública y capaz de hacer llegar su mensaje a las masas, fuera éste de la índole ideológica que fuera.

Finalmente, para Saz, la marca que Giménez Caballero grabó, en dos fases diferentes de su pensamiento, sobre Ledesma y sobre Primo de Rivera llevó a que en España se ensayaran dos formas de fascismo. Si ambas fracasaron, no sucedió lo mismo con el propio *Gecé*, quien habría sido capaz de entrever el aborto del fascismo español como tal y a la altura de 1936 se afanaba por ocupar posiciones entre la extrema derecha *fascistizada*. Significativamente su pluma estaría detrás de la redacción del Decreto de Unificación, definitivo episodio de encuentro entre fascistas y fascistizados<sup>306</sup>.

Será fácil entender, con todo ello, que nuestra detención para tratar a fondo este artículo se debe a la espectacular importancia que tendrán algunas de las tesis en él esbozadas: la del rol de Giménez Caballero, que va a inspirar dos números monográficos aparecidos en la segunda mitad de los ochenta<sup>307</sup> y los venideros trabajos de Enrique Selva; y la de la enrevesada conjugación de idealismo y pragmatismo en Ramiro Ledesma que, como se ha indicado, deshilará Ferran Gallego.

## **1.5. Un escaparate de infinitas posibilidades. Historiografía y fascismo. Estado de la cuestión en la actualidad**

### **a) Algunas generalidades**

Visto desde la segunda década del siglo XXI, no se nos antoja sencillo describir el conglomerado de estudios sobre el fascismo que ha visto la luz en el último cuarto de

---

<sup>306</sup> Ismael SAZ CAMPOS: “Tres acotaciones...”, pp. 180 y ss.

<sup>307</sup> VV. AA.: “Ernesto Giménez Caballero. Un autor”, *Punto y Coma*, 4 (1986), con artículos de Enrique Selva y Jesús García Calero, así como opiniones sobre el autor de Guillermo Díaz-Plaja o Aquilino Duque; VV. AA.: “Ernesto Giménez Caballero. Una cultura hacista: revolución y tradición en la regeneración de España”, *Anthropos*, 84 (1988), con escritos de Enrique Selva, José-Carlos Mainer o Rafael Santos Torroella.

centuria. No es una tarea elemental o asequible puesto que desde finales de los ochenta en el gran recipiente de la historiografía del fascismo han encontrado cabida toda clase de perspectivas, han proliferado los trabajos que se ocupaban de áreas hasta entonces parcamente atendidas, se ha amplificado el mensaje de los historiadores con la eclosión de publicaciones caracterizadas por su paulatina especialización y se ha imbricado, con eficacia desconocida en tiempos pretéritos, la tarea de nuestros historiadores con los supuestos metodológicos de otras disciplinas y con las corrientes de estudio que circulaban en el continente. Se puede afirmar, sin temor a equivocarse, que la historiografía sobre el fascismo ha cotizado al alza en estos años. Y puede decirse que si ha aumentado el interés y el número de publicaciones, también lo ha hecho el debate académico que esta masa de trabajos genera. Fruto de veinticinco años de esfuerzos cada vez más solapados y, aunque no concretamente, sí cada vez más coordinados, el debate historiográfico se ha enriquecido y ha ganado en pluralidad y heterogeneidad<sup>308</sup>.

¿A qué factores cabe achacar esta feliz noticia? ¿Dónde está la simiente de la que mana la avalancha de publicaciones? Como todo proceso, no se gestó de la noche a la mañana ni devino de una causalidad única. Antes al contrario, encontramos sus raíces en una densa red de mimbres que acaban por conformar el cesto.

Un primer ramillete de hilos puede hallarse en cuestiones ajenas al conocimiento histórico. Éstas serían, *grosso modo*: la estabilidad político-institucional alcanzada en España tras los años más complicados de la Transición; las garantías para la libertad de expresión y la investigación que traía aparejadas la democracia; el exponencial incremento de los flujos informativos; la particular morfología interna del Estado, con su proyecto administrativo descentralizado que ha fomentado que se expandieran por toda la geografía nacional universidades, facultades, centros de investigación y otros motores de semejante trascendencia que han dinamizado la ciencia en España; y la progresiva pérdida de actualidad política del tema que estudiamos.

El segundo manojo en verdad está a caballo, íntimamente relacionado con algunas variables que aparecían en el primero y comunicado con el tercer racimo. Estaría

---

<sup>308</sup> Atestiguan esta tendencia a la organización y cooperación la existencia del Grup d'Estudis sobre República i Democràcia (GERD) de la Universitat Autònoma de Barcelona, las clases del Máster de Historia Contemporánea que en dicho centro han impartido sobre sociedad y cultura en los fascismos Ferran Gallego y Francisco Morente, o la celebración de congresos y coloquios que reúnen a los máximos especialistas en la materia así como a los recién llegados a ella como "Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)" o "Identidades fascistas", que han tenido lugar en Zaragoza (2011) y Barcelona (2013), respectivamente. Asimismo, no han de olvidarse las conexiones con otras historiografías, como la italiana, cuyo mejor fruto ha sido la elaboración del libro editado por Tusell, Gentile y Di Febo, *Fascismo y franquismo cara a cara: una perspectiva histórica* (2004).

compuesto, en primer lugar, por la facilidad de acceso que se ha ido teniendo a nuevas fuentes, financiación, trabajos recopilatorios o ensayos historiográficos, lo que ha contribuido, sin duda, a la creación de un acervo común de conocimiento y contacto que ha triturado la desnudez y soledad que acompañaron en otros tiempos a quienes se embarcaban en proyectos de tipo personal y laboraban por un mejor conocimiento de nuestro pasado con escasos fondos. En segundo lugar, una cuestión sociológica vinculada con la desaparición del fascismo del tablero político y su confinamiento para ser estudiado en las universidades, es el hecho de que las nuevas generaciones cada vez se sienten más alejadas de las actitudes ensalzadoras, exculpatorias o condenatorias y buscan favorecer la comprensión histórica de los fenómenos conflictivos en su contexto<sup>309</sup>, normalizando el tema como objeto de estudio –lo que en ocasiones ha podido verse, creemos que equivocadamente, como un intento de *quitar hierro* al asunto o de *lavar la cara* a personas *non gratas* para la democracia<sup>310</sup>–, neutralizando las polémicas extraacadémicas y desactivando los resortes de revancha o reivindicación. Estamos de acuerdo con los hermanos Carbajosa cuando reclaman que las mayores garantías de fecundidad y prosperidad para el saber pasan por arrinconar las hipotecas

---

<sup>309</sup> Suscribimos las palabras de Javier Ugarte: “Todo tiempo permanece en la memoria de las generaciones futuras. Pero también es verdad que cada tiempo tiene su lógica interna, sus propios elementos constitutivos que sólo pueden ser comprendidos tras iluminarlos con la luz de los valores propios de la época –y no desde los valores actuales [...] Otro tiempo que no es el actual, de un tiempo que se nos antoja próximo pero que, a su vez, dados los cambios producidos en este siglo, es mucho más antiguo que su edad. Esa significación ambivalente (proximidad perceptiva y lejanía real) genera no pocos equívocos. Por mi parte, aplico a aquel tiempo el método histórico: alejarse de él como su realidad antigua exige. Tratarlo como un tiempo acabado, y por tanto, ajeno a las turbulencias actuales. Porque todo ocurrió antes de cierto momento en que cambiaron profundamente nuestras conciencias, nuestros valores, experiencias y modos de vida. Fue un tiempo en que imperó otra realidad social”. JAVIER UGARTE: *La nueva Covadonga...*, p. 3.

<sup>310</sup> Lo ilustramos con algunos ejemplos. Así, el combate fiscal del autor con su propio objeto de estudio que exhibe Julio Rodríguez Puértolas en su obra *Literatura fascista española*, compuesta por dos volúmenes, el primero propiamente dedicado a la historia y el segundo una antología de textos de literatos fascistas. Dicha obra ha sido calificada por José-Carlos Mainer como un intento de hacer un “monumental Nuremberg castizo” sobre los ensayistas o poetas que en algún momento de sus vidas se unieron al fascismo español. Causó además gran revuelo el que endilgara con extrema facilidad la categoría de ‘fascista’ a numerosas personas que la rechazaban de plano y que no habían estado siquiera mínimamente próximos a esa ideología nunca. El mismo autor sostendría ácidas polémicas con otros historiadores de la literatura, como aquella por la que se vestía de comisario político para criticar la reedición de obras de Sánchez Mazas que llevó a cabo Andrés Trapiello para la Editorial Trieste. Suponemos que es la persistencia, cada vez más residual, de estas actitudes la que llevaba a Enrique Selva, celebrando la publicación de *La tradición bloqueada*, de Pedro Carlos González Cuevas, a escribir sobre la perentoriedad de “romper las inercias de una sociedad cultural tan cargada de complejos y fáciles deslizamientos a la mistificación cuando no a la amnesia histórica”. ENRIQUE SELVA: “Recensión”, *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), 121 (2003), p. 322. Podríamos hablar también aquí de las acerbas disputas surgidas al calor de los debates sobre la memoria histórica que, en cierto modo, han rehabilitado en un camino de ida y vuelta a la pasión política y al presentismo, enrareciendo el ambiente historiográfico, pero entendemos que sobre el tema existe una abundantísima bibliografía y que por sí solo merecería un estudio aparte.

políticas y devolver con curiosidad inquisitiva “no a ningún banquillo o sitio, sólo al sitio de su época” al objeto de estudio. Poco sentido tiene hacer hoy una historia antifascista del fascismo<sup>311</sup>.

El tercer fajo de razones afecta ya a las estrictamente historiográficas. Primero, la propia historiografía española al respecto había ido madurando a veces de modo lento, prudente y sin muchos trabajos, pero decididamente, y se beneficiaba ahora del renovado interés –que ya nunca desaparecería ni se mitigaría– que la República y la Guerra suscitaban al calor del cincuentenario de tantas cosas. En segundo lugar, esta veteranía comenzaba a impulsar a diversificar esfuerzos y aprovechando la naturaleza administrativa del país surgieron los primeros estudios que atendían a cuestiones temáticas concretas o de índole local, con lo que el fascista se mostraba, a ojos del historiador, como un campo polivalente y apto para la investigación. Tercero, a grandes trazos, España iba siguiendo cada vez más las huellas de la historiografía europea sobre el fascismo, experimentando, como ella, un notable crecimiento cerca del final de siglo. Esta triada de factores, junto a los que se nos escapan y a los anteriormente reseñados, suministraba un mapa de condiciones totalmente óptimas para el estudio de un tema que era atractivo para el historiador no solo por el papel que el fascismo desempeñaría en la Dictadura –y ésta a su vez en el siglo XX español– sino por condensar en sí mismo algunos de los puntos de fricción constitutivos de la modernidad en España.

Disponemos, desde el principio de los noventa, de estudios que abarcan todo tipo de temáticas imaginables y que tienen al fascismo o a alguno de sus aspectos o manifestaciones como protagonistas. Evitaremos, por meras cuestiones formales, abordar el intrincado e interminable debate sobre la naturaleza del franquismo, que tanta tinta hizo verter a historiadores y politólogos y cuyos orígenes pueden encontrarse en las respuestas dadas por una serie de historiadores a las tesis de Juan José Linz sobre la Dictadura –“régimen autoritario de pluralismo limitado”–. Largo fue el tiempo que permanecieron involucrados los expertos en un debate que terminó albergando amplias cantidades de nominalismo, pero que, estamos convencidos de que distó mucho de ser estéril en tanto que fue trampolín para innumerables trabajos sobre los más varios apartados sociales, culturales o políticos del primer franquismo, pero también sobre los

---

<sup>311</sup> Mónica CARBAJOSA, Pablo CARBAJOSA: *La corte literaria...*, p. XVIII. En un sentido similar, Jordi GRACIA: “Rehacer la memoria. Cultura y fascismo en la España democrática” *Olivar: revista de literatura y cultura españolas*, 8 (2006), pp. 87-106.

orígenes de este régimen, lo que necesariamente encaminaba a atender los temas que entran dentro del arco cronológico privilegiado en este trabajo<sup>312</sup>.

Más allá de ese debate, tenemos un cuadro formidablemente polivalente. El fascismo ha sido tratado a la manera del clásico estudio de historia política, narrativa y expositiva, aunque no por ello menos reflexiva, por Stanley G. Payne, Joan Maria Thomàs y José Luis Rodríguez, tres de las voces más autorizadas y respetadas por la comunidad historiográfica<sup>313</sup>. El primero de ellos renovó su estudio sobre el fascismo levantando los cimientos de su trabajo sobre la base de un “extraño caso”: aquél por el que la historia del fascismo español podía cifrarse en términos de fracaso, en tanto que organización débil y endeble durante la República que fue cooptada desde el poder por Franco y convertida en Partido Único, y podía medirse en unidades de éxito habida cuenta de su longevidad y permanencia en el poder, aun siendo desde 1945 un “partido único posfascista”<sup>314</sup>. En la misma estela, a través de tres trabajos monográficos, Thomàs cubrió, con un amplio manejo de las fuentes disponibles, primero el período que iba desde los gérmenes fascistas de los veinte hasta la defunción de Falange como organización autónoma con la Unificación y el proceso contra Hedilla. En el epílogo esquematizaba algunas claves para entender el itinerario de los “falangistas de José Antonio” durante la Dictadura. Apenas dos años después retomó cronológicamente su monografía primigenia, dedicándose en esta ocasión a analizar el alcance de la fascistización del régimen franquista hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, tratando de discernir la importancia que tuvo para la ordenación ideológica del primer franquismo la experiencia fascista republicana. Últimamente, ha elaborado una sobria historia global sobre el falangismo –síntesis recopilatoria de anteriores trabajos- para la colección “España escrita” de la Editorial Planeta, de la que cabe destacar el minucioso

---

<sup>312</sup> Puede verse el estado de la cuestión historiográfico sobre la materia, entre otros, en Francisco SEVILLANO CALERO: *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo (1936-1951)*, Murcia, Universidad de Alicante, 1998, pp. 38-66; Walther L. BERNECKER: “¿Fascismo, autoritarismo, dictadura de modernización?” en Mechthild ALBERT (coord.): *Vencer no es convencer: literatura e ideología del fascismo español*, Madrid, Iberoamericana, 1998, pp. 29-50; Glicerio SÁNCHEZ RECIO: “La polisemia de los conceptos historiográficos: los análisis sobre el fascismo y el franquismo”, *Bulletin d’histoire contemporaine de l’Espagne*, 27 (1998), pp. 181-198; ÍD: “Líneas de investigación y debate historiográfico”, *Ayer*, 33 (1999), pp. 17-40; Joan Maria THOMÀS: “Los estudios sobre las Falanges (FE de las JONS y FET y de las JONS): Revisión historiográfica y perspectivas”, *Ayer*, 71 (2008), pp. 312-315.

<sup>313</sup> Menos citados que otros, las obras que a continuación se reseñan han constituido el esqueleto de datos y dinámicas necesario para abordar la realización de este trabajo bibliográfico.

<sup>314</sup> Stanley G. PAYNE: *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español*, Barcelona, Planeta, 1997.

detalle con que se aproxima a la reconstrucción del prefascismo en Cataluña<sup>315</sup>. Asimismo, Rodríguez Jiménez dio al mercado un libro erudito sobre el *continuum* falangista, de gran utilidad para los estudiosos de los años cuarenta, y que para el período anterior a la Guerra no elude la comparación transnacional ni la discriminación doctrinal entre el fascismo, el nacionalismo conservador básico que informó doctrinalmente a la dictadura de Primo de Rivera, el tradicionalismo y la derecha radical<sup>316</sup>. Es esta una vía que mantiene su vigor, tal y como demuestran algunas publicaciones recientes<sup>317</sup>.

Junto a la historia política tradicional y los grandes tratados de síntesis, han abundado los estudios que invierten el ángulo de la mirilla. Como aquellos que adoptan una perspectiva de historia social que entronca con un trabajo a ras de suelo sobre espacios pequeños –en cierta confluencia con la historia de la vida cotidiana, la historia desde abajo y la microhistoria<sup>318</sup>–, lo que permite observar la heterogénea gama de ritmos de desenvolvimiento del fascismo. Extendido exitosamente entre los historiadores del franquismo como hábil enfoque a partir del que obtener conclusiones más generales para el caso de las secciones locales de FET, su funcionamiento y su imbricación en las tramas urbanas o agrarias en que cobran sentido<sup>319</sup>, el prisma social/local ha demostrado ser un campo fértil, preñado de potencialidades y cuyo único límite estriba en la imposible recuperación de muchos archivos y fuentes dañados o destruidos durante el franquismo<sup>320</sup>. Es menester señalar aquí los trabajos de Manuel Suárez Cortina para Asturias y, especialmente, los de Alfonso Lazo y José Antonio Parejo Fernández para Sevilla, que tanto han contribuido a replantear algunos lugares comunes sobre la extracción sociológica de la militancia falangista, la procedencia y motivos políticos de la masa de afiliados que irrumpe en Falange tras su humillante derrota electoral –ni un solo escaño– de febrero de 1936 o la penetración del discurso

---

<sup>315</sup> Joan Maria THOMÀS: *Lo que fue la Falange. La Falange y los falangistas de José Antonio. Hedilla y la Unificación. Franco y el fin de la Falange Española de las JONS*, Barcelona, Plaza y Janés, 1999; ÍD: *La Falange de Franco...*; ÍD: *Los fascismos...*

<sup>316</sup> José Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ: *Historia de Falange Española...*

<sup>317</sup> Mercedes PEÑALBA: *Falange Española...*

<sup>318</sup> En este sentido, es de crucial importancia para lo que señalamos, aunque el estudio no sea específicamente sobre el fascismo como tal, sino sobre el *movimientismo* carlista, el trabajo ya citado de Javier UGARTE: *La nueva Covadonga insurgente...*

<sup>319</sup> Miguel Ángel del ARCO BLANCO y Miguel GÓMEZ OLIVER: “Los franquistas del campo. Los apoyos sociales del régimen de Franco (1936-1951)” en María Teresa ORTEGA LÓPEZ y Francisco COBO ROMERO (eds.): *La España rural (Siglos XIX y XX)*, Granada, Comares, 2011

<sup>320</sup> Joan Maria THOMÀS: “Los estudios sobre las Falanges...”, pp. 306 y ss.

interclasista en zonas fuertemente degradadas y las formas de clientelismo, movilización y conflictividad en las áreas rurales<sup>321</sup>.

Desde una óptica de análisis de contenidos sectoriales y aupados por el fenómeno de dispersión y especialización del conocimiento que viven hoy en día las ciencias sociales, así como hastiados por lo repetitivo y convencional de los métodos de acercamiento tradicionales, no entraña especial complicación hallar estudios –algunos de ellos insertos en obras colectivas sobre el fascismo, que muestran también esa heterogeneidad- que incardinan en los más variados tópicos el tratamiento del fascismo de los treinta: el rol de la mujer, los militantes de segunda fila y las pasarelas ideológicas de un lado a otro del espectro político, el sindicalismo y el mundo del trabajo, las visiones de la violencia, la Falange en el exterior, etc...<sup>322</sup>.

Con todo, y poco a poco corregido el trecho que existía respecto a lo escrito en Europa, diferentes especialistas anotan como laguna de la historiografía española sobre el fascismo la escasa atención depositada hacia lo que paralelamente ocurría en otros lugares de Europa, lo que se ha traducido en una “alarmante deficiencia” para una herramienta irrenunciable como es la comparativa<sup>323</sup>. “No se ha tenido en cuenta –

---

<sup>321</sup> Manuel SUÁREZ CORTINA: *Fascismo en Asturias (1931-1937)*, Silverio Cañada Editor, 1981; Alfonso LAZO: *Retrato de fascismo rural en Sevilla*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1998; Alfonso LAZO y José Antonio PAREJO FERNÁNDEZ: “La militancia falangista en el suroeste...”, pp. 237-253; José Antonio PAREJO FERNÁNDEZ: *Señoritos, jornaleros y falangistas*, Sevilla, Bosque de palabras, 2005; ÍD: “Fascismo rural...”, pp. 143-159; ÍD: “La mutación falangista...”, pp. 219-247.

<sup>322</sup> Por ejemplo: María Teresa GALLEGU MÉNDEZ: *Mujer, Falange y Franquismo*, Madrid, Taurus, 1983; Rosario SÁNCHEZ LÓPEZ: *Mujer española, una sombra de destino en lo universal. Trayectoria histórica de Sección Femenina de Falange, 1934-1977*, Murcia, Universidad de Murcia, 1990; Rafael IBÁÑEZ HERNÁNDEZ: *Estudio y acción: la Falange fundacional a la luz del diario de Alejandro Salazar (1934-1936)*, Madrid, Barbarroja, 1993; Erik NORLING: *Las JONS revolucionarias*, Barcelona, Ediciones Nueva República, 2002; Antonio RIVERA: “Óscar Pérez Solís: del internacionalismo comunista al fascismo español” en Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS y Fernando MOLINA APARICIO (eds.): *Los heterodoxos de la patria. Biografías de nacionalistas atípicos en la España del siglo XX*, Granada, Comares, 2011, pp. 101-128; María Silvia LÓPEZ GALLEGOS: “El proyecto de sindicalismo falangista: de los sindicatos autónomos a la creación de las centrales obreras y de empresarios nacional sindicalistas (1931-1938) en Ferran GALLEGU y Francisco MORENTE (coords.): *Fascismo en España. Ensayo sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*. Barcelona, El Viejo Topo, 2005, pp. 43-67; Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: “Puños y pistolas, doctrinas y justificaciones de la violencia...”, pp. 233-262; Aleix PURCET GREGORI: “Juventudes de muerte española...”, pp. 135-156; Florentino RODAO: “Hedillismo en Filipinas. La cultura política falangista frente al resto de franquistas durante la Guerra Civil” en Miguel Ángel RUIZ CARNICER (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2013, pp. 525-541.

<sup>323</sup> Además de los trabajos de Saz Campos sobre Italia o del libro colectivo hispano-italiano, ya citados, mostramos una nómina de ejemplos representativos que rompen con la lupa localista. En cuanto a los estudios sobre marcos ajenos al español, Francisco VEIGA: *La mística del ultranacionalismo. Historia de la Guardia de Hierro. Rumanía, 1919-1941*, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 1989; Ferran GALLEGU: *De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945*, Barcelona, Plaza y Janés, 2002; Alejandro ANDREASSI CIERI: *Arbeit macht frei. El trabajo y su organización en el fascismo (Alemania e Italia)*, Barcelona, El Viejo Topo – Fundación de Investigaciones Marxistas, 2004, ÍD: “El significado del socialismo en los textos de la revolución conservadora alemana” en Ferran

sostiene Ferran Gallego- que, en especial para construir el modelo de fascismo, *pero también para comprender el proceso del fascismo español*, era inadecuada una tarea que no permitiera el adecuado contraste con lo que estaba sucediendo *contemporáneamente*”<sup>324</sup>.

## **b) Un caso concreto: historia intelectual y fascismo**

Hecho este recorrido, estamos en condiciones de poder abordar el caso específico de la producción bibliográfica sobre el fascismo en términos de historia intelectual.

Más arriba hemos hablado del punto de inflexión que se produce en los noventa para la historiografía del fascismo en nuestro país. Hasta ahora hemos pretendido dar sumaria cuenta de algunos de los filones interpretativos que a raíz de dicho punto de inflexión se manifestaron con más fuerza en el paisaje español de estudios sobre el fascismo, bien continuando y ahondando en tendencias precedentes, bien hallando un ágora de reflexión para temáticas antes taponadas.

Entre los contenidos taponados o, al menos, poco frecuentados por nuestra historiografía, estaban los análisis del binomio cultura-fascismo, ecuación en la que encajan las incógnitas que manejamos en este recuento bibliográfico. De nuevo, una serie de factores concurrían para dar sentido a la refundación epistemológica. No era éste un viraje propiamente español, inaudito en el concierto europeo de investigaciones. Se trataba, más bien, de lo contrario. De una parte, en toda Europa se detectaba una creciente sensibilidad hacia los temas de sociabilidad cultural, imaginarios colectivos e historia del pensamiento y las culturas políticas, que cruzada con el nuevo auge que vivían las biografías, estuvo en la base de la emersión de los estudios sobre los intelectuales en España y Francia. De otra, en lo que concierne al fascismo, el rumbo que se marcaba en el continente apuntaba hacia una redirección del ámbito central de atención, desplazado ahora hacia la primacía cultural, en la que el sujeto fascista y la

---

GALLEGO y Francisco MORENTE (eds.): *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011, pp. 15-53; Álvaro LOZANO: *Mussolini y el fascismo italiano*, Madrid, Marcial Pons, 2012; Joan ANTÓN MELLÓN (coord.): *El fascismo clásico (1919-1945) y sus epígonos. Nuevas aportaciones teóricas*, Madrid, Tecnos, 2012. En lo concerniente al juego de espejos de la perspectiva comparada, Gustavo ALARES LÓPEZ: “Ruralismo, fascismo y regeneración. Italia y España en perspectiva comparada”, *Ayer*, 83 (2011), pp. 127-147; Francisco COBO ROMERO: *¿Fascismo o democracia? Campesinado y política en la crisis del liberalismo europeo, 1870-1939*, Granada, Universidad de Granada, 2012.

<sup>324</sup> Ferran GALLEGO: “La realidad y el deseo...”, p. 297.

ideología eran restituidos en su sustantividad<sup>325</sup> tras el derrumbe de los grandes modelos explicativos sobre la materia y, con él, el de sus rémoras y prejuicios<sup>326</sup>. El vigor que sendos caminos han mostrado a lo largo de estos más de veinte años no ha hecho sino incrementar el pulso de la historia intelectual sobre el fascismo en España.

Pero para poder dar lustre a la subdisciplina había que cumplir con una ristra de requisitos irrevocables. De todos ellos, los dos más importantes tenían que ver con la accesibilidad a las fuentes y con la preparación de bases de datos sistematizadas, organizadas y actualizadas que permitieran agilizar el tiempo de búsqueda bibliográfica durante las investigaciones. Ambos requerimientos han sido cumplidos con creces.

Gracias a la trabajosa labor de ubicación de los emplazamientos de libros, artículos y textos manuscritos que separadamente han llevado a cabo tanto casas neofalangistas como editoriales de prestigio auxiliadas por historiadores de la literatura, historiadores de las ideas o familiares, disponemos hoy de un número nada desdeñable de antologías y selecciones de textos que habían caído en el olvido o que resultaban de muy difícil localización. Una encomiable faena que brinda la posibilidad de tener un puente directo a las fuentes intelectuales del fascismo español. Debemos mencionar los servicios prestados por la centros editoriales neofalangistas Ediciones Barbarroja, Ediciones Nueva República y Plataforma 2003, conocidos también por haber patrocinado la mayoría de trabajos que se han realizado en las últimas décadas desde un hábitat ideológico compartido con el propio objeto de estudio. Entre otros títulos, han puesto en circulación y colocado en las estanterías de las librerías especializadas la primera novela de Ledesma, *El sello de la muerte*, así como años después sus *Obras Completas* en cuatro volúmenes prologados por el francés Gabriel Server (Ediciones Nueva República)<sup>327</sup>, las *Obras Completas* del fundador de Falange en dos tomos (Plataforma 2003)<sup>328</sup> o las ediciones revisadas y compulsadas de las revistas *JONS*, *La*

---

<sup>325</sup> Julio SANZ HOYA: “Falangismo y dictadura...”, p. 29

<sup>326</sup> Así en Zeev STERNHELL: *El nacimiento...*; Roger GRIFFIN: *The Nature of Fascism*, Londres, Routledge, 1993; Emilio GENTILE: *Il culto del Littorio. La sacralizzazione della politica nell’ Italia fascista*, Roma-Bari, Laterza, 1993; ÍD: *El Fascismo...*; Roger EATWELL: *Fascism. A History*, Londres, Vintage, 1996. Para las rémoras y prejuicios, consúltense las páginas 51-54 de este trabajo.

<sup>327</sup> Gabriel SERVER: *Itinéraire d’un nationaliste révolutionnaire espagnol*, Memoire de maîtrise, Nice, UNSA, 1998; ÍD: “Ramiro Ledesma Ramos: apóstol de la Revolución Nacional”, *Aportes*, 58 (2005).

<sup>328</sup> Lo cual no habría sido posible sin la publicación de los *Papeles póstumos de José Antonio*, algunos de los cuales habían sido guardado por Indalecio Prieto en el exilio y no aparecerían en las antologías joseantonianas hasta que Miguel Primo de Rivera, sobrino del líder falangista, se encargara de publicarlos en 1996 (Plaza y Janés). No obstante, a juicio de Pedro Carlos González Cuevas, se había creado un revuelo innecesario alrededor de la eventual publicación de unos *Papeles* que finalmente escondían muchas menos novedades de las que se creían. Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: “Recensión...”, p. 303.

*Patria Libre o Jerarquía* (Ediciones Barbarroja). Desde el mundo académico, Andrés Trapiello ha laborado por dar visibilidad al Sánchez Mazas literato (Editorial Trieste), Biblioteca Nueva ha acogido la reedición de dos obras cruciales del fascismo español como *Discurso a las Juventudes de España* o *Arte y Estado*, hábilmente prologadas por Pedro Carlos González Cuevas y Enrique Selva respectivamente, y José-Carlos Mainer promovió la recuperación de algunos trabajos de Giménez Caballero para la Fundación Santander Central Hispano.

Los historiadores españoles ya contaban con algún trabajo recopilatorio que a la altura del fin de siglo se había tornado obsoleto<sup>329</sup> y un compendio de citas, algunas anecdóticas, sobre José Antonio Primo de Rivera emitidas por personalidades relevantes del mundo de la cultura y la política, que resultaba del todo insuficiente<sup>330</sup>. Este vacío ha sido colmado en el primer lustro del nuevo siglo de la mano de dos impresionantes trabajos de los falangistas José Díaz Nieva y Enrique Uribe Lacalle. Primero vieron la luz las 518 referencias bibliográficas de todo tipo –desde libros a folletos y pasquines– que los autores recopilaron sobre José Antonio Primo de Rivera<sup>331</sup>. Era el año 2002. Tres años después, los mismos autores proporcionaban el índice bibliográfico definitivo sobre el falangismo en todos sus frentes y ámbitos cronológicos. Cubrieron las tres perspectivas posibles *-de, desde y sobre el nacionalsindicalismo-* con esmero y minuciosidad hasta entregar al público 5800 referencias cotejadas y comprobadas. La guinda al trabajo la pone la completísima guía por las fuentes documentales para la historia del movimiento nacionalsindicalista español que ofrece el historiador Rafael Ibáñez Hernández<sup>332</sup>. Igualmente, José Manuel Jiménez Galocha, veterano admirador de Ramiro Ledesma y compilador de algunas de las antologías de textos que sobre él se han elaborado, celebra este año 2013 el decimoquinto aniversario de la página web que creara en su honor allá por 1998. Desde entonces, el sitio online de *Nuestra Revolución*, que recibe su nombre de la última aventura editorial de Ramiro Ledesma (julio de 1936), ha albergado una amplia relación de casi 200 trabajos sobre Ledesma, muchos de

---

<sup>329</sup> Javier ONRUBIA REBUELTA: *Bibliografía sobre el Nacional Sindicalismo*, Oviedo, Nuevo Cauce Editorial, 1985. Esta obra tuvo una segunda edición en 1987.

<sup>330</sup> Enrique de AGUINAGA y Emilio GONZÁLEZ NAVARRO: *Sobre José Antonio*, Madrid, Ediciones Barbarroja, 1997.

<sup>331</sup> José DÍAZ NIEVA y Enrique URIBE LACALLE: *José Antonio, visiones y revisiones. Bibliografía de, desde y sobre José Antonio Primo de Rivera*, Madrid, Ediciones Barbarroja, 2002.

<sup>332</sup> José DÍAZ NIEVA y Enrique URIBE LACALLE: *El yugo y las letras...*

ellos accesibles en la propia dirección web, así como textos completos y fotografías del propio intelectual zamorano<sup>333</sup>.

Haciendo acopio de la bibliografía disponible encontramos, en primera instancia, que los especialistas españoles en historia intelectual de preguerra apenas han dedicado un mínimo hueco en sus trabajos generalistas a analizar las características del compromiso intelectual de los Primo de Rivera, Sánchez Mazas y compañía. Algunos autores como Tusell y Queipo de Llano, en su obra sobre la República y la *intelligentsia*, o Paul Aubert en un artículo de semejantes características, directamente han pasado por alto la existencia del grupo falangista<sup>334</sup>. Tampoco tenían cabida como autores de un relato propio sobre España en la enciclopédica obra de Santos Juliá y cuando aparecían lo hacían en otros estratos cronológicos: como jóvenes rebeldes de los años 1925 a 1930 o como predecesores del trío Laín-Tovar-Ridruejo<sup>335</sup>. Otros como Becarud y López Campillo guardan unas pocas pero bien hiladas páginas a hablar de las irreductibles diferencias existentes entre los propios intelectuales falangistas, tanto en sus caracteres doctrinales y sus adherencias políticas preferidas como en el tipo de intelectual que representaban: José Antonio y Ledesma eran los doctrinarios, organizadores e intelectuales de acción y, además, el primero, se movía como pez en el agua en las redes de sociabilidad de la alta burguesía y la aristocracia que frecuentaba con sus acólitos de la *corte*; Sánchez Mazas alguien alejado de la fraseología revolucionaria de sus líderes, temeroso de la violencia física y bien dotado para la fórmula y el estilo; Eugenio Montes “un falangista limítrofe entre política y literatura”, etc.<sup>336</sup>. En posteriores trabajos han contado con un pequeño espacio propio, pero eran éstos breves artículos o capítulos de obras colectivas, por lo que tan solo mostraban en sus páginas algunos retazos globales que, de cualquier modo, resultan de utilidad para insertar el caso particular del intelectual fascista en los moldes más amplios en los que cobra sentido. Mención especial merece en este sentido la inclusión de Ledesma, *Gecé* o José Antonio en sendos estudios en los que Javier Zamora Bonilla acomete brillantemente la cuestión de la radicalización de la intelectualidad y su actuación

---

<sup>333</sup> *Nuestra Revolución* - <http://www.ramiroledesma.com/nrevolucion/index.html>

<sup>334</sup> Javier TUSELL y Genoveva QUEIPO DE LLANO: *Los intelectuales y la República...*; Paul AUBERT: “Los intelectuales...”, pp. 105-133.

<sup>335</sup> Santos JULIÁ: *Historias de las dos...*

<sup>336</sup> Jean BECARUD y Evelyne LÓPEZ CAMPILLO: *Los intelectuales españoles durante...*

irresponsable como proveedora de discursos intransigentes y excluyentes que no contribuyeron a frenar, sino todo lo contrario, el caldeado ambiente republicano<sup>337</sup>.

A su vez, otros autores como Jordi Gracia o Javier Muñoz Soro han dirigido su ámbito de atención hacia los intelectuales falangistas y de derecha durante el franquismo o la Transición<sup>338</sup>. Lo que conjuntamente observado con el itinerario de recientes publicaciones, revistas y congresos que trazamos en la primera cita de este ensayo bibliográfico –y que priorizaba la curvatura cronológica del franquismo–, y con la naturaleza de los trabajos recogidos en la gran obra colectiva dedicada a analizar la relación entre *intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa* –donde se registra ese desplazamiento del interés temático hacia las latitudes históricas del franquismo<sup>339</sup>– da una idea del tipo de historia intelectual sobre el fascismo que ha sido levantada en España, al menos hasta los últimos años, y sobre los tipos de científico social que han estado detrás de esa labor de arquitectura: algunos historiadores intelectuales como González Cuevas, Morente o Selva; los historiadores que ya llevaban años ocupados en desentrañar otros aspectos del fascismo no necesariamente intelectuales, pero que, sin embargo, han exhibido un ascendente interés por amoldar su objeto de estudio a las pautas de una historia de los intelectuales, como Gallego; los historiadores de la literatura, entre los que no debe minimizarse la incidencia de algunos hispanistas.

Realizamos una última acotación antes de dar paso al comentario de los jalones bibliográficos más relevantes. La práctica totalidad de páginas de este trabajo –especialmente aquéllas en las que se aborda la historiografía sobre los intelectuales fascistas durante los años veinte y la República– han clavado sus cimientos sobre las aportaciones y contenidos de las obras publicadas en estas dos últimas décadas, por lo que profundizando de nuevo en ellas corremos el riesgo de resultar reiterativos. Por ello, en aras de una digestión más ligera, en las líneas que siguen testamos rápidamente, pero sin descuidos u olvidos, el estado de la cuestión de lo producido desde los años noventa.

---

<sup>337</sup> Javier ZAMORA BONILLA: “Discursos irresponsables...”, pp. 523-595; ÍD: “Los intelectuales”, en Manuel ÁLVAREZ TARDÍO y Fernando DEL REY (eds.): *El laberinto republicano. La democracia española y sus enemigos (1931-1936)*, Barcelona, RBA, 2012, pp. 389-417.

<sup>338</sup> Jordi GRACIA: *La resistencia silenciosa: fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004; ÍD: *Estado y cultura: el despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo, 1940-1962*, Barcelona, Anagrama, 2006; ÍD: *A la intemperie. Exilio y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2009. Javier MUÑOZ SORO: “Intelectuales y franquismo: un debate abierto”, *Historia del Presente*, 5 (2005), pp. 13-22; ÍD: “Sin complejos: las nuevas derechas españolas y sus intelectuales”, *Historia y política*, 18 (2007), pp. 129-164.

<sup>339</sup> Ferran GALLEGO, Francisco MORENTE (eds.): *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011.

Como ocurriera en los años anteriores, la biografía se mantuvo como el utensilio historiográfico privilegiado para, más allá de la lectura sobre un personaje intelectual, dibujar perfiles o revisiones de la época. Son tres los personajes que mayoritariamente han captado la atención de los tratadistas: Ernesto Giménez Caballero, Ramiro Ledesma Ramos y José Antonio Primo de Rivera.

El director de *La Gaceta Literaria* ha sido, sin duda, uno de los grandes beneficiados de esa nueva manera de historiar el fascismo. Su rol de enganche entre la cultura española y la europea, su papel de pope, primer intérprete y dinamizador de una fórmula patria de fascismo y la extravagancia de su compromiso político le han convertido en una de las figuras intelectuales del primer tercio de siglo XX más atendidas por la historiografía reciente. Y decimos, “del primer tercio del siglo XX” porque, pese a que *Gecé* falleció en 1988, sus estudiosos han convenido que con la Guerra y el inicio de la Dictadura desaparecía ese imán que había acompañado al personaje durante los veinte y los treinta. Así, el rango cronológico en el que basculan estos trabajos es el de 1923-1939, lo cual tampoco es poco, habida cuenta de la agitada vida cultural y política de Giménez Caballero. Ya fueran sus veleidades imperialistas y su coqueteo con los proyectos federales del regionalismo catalán<sup>340</sup>, ya su inspiración romana y la enrevesada geometría en la que se situaban en el fascismo masas e intelectuales<sup>341</sup>, ya su (anti)intelectualismo –intelectual- al modo nacionalista, que le haría primer eslabón de una artificial cadena que uniría a algunos de los más renombrados hombres públicos de la derecha española del siglo XX y en la que se conjugarían los comportamientos despreciativos hacia la figura del intelectual como hombre de saber con el servicio como intelectual orgánico a las elites políticas y económicas para el mantenimiento del *statu quo*<sup>342</sup>, lo cierto es que no ha dejado de suscitar interés. Todo un manojo de artículos que corona la documentadísima y reflexiva biografía que le dedicó Enrique Selva Roca de Togores en el año 2000, hoy libro de obligada visita, saltando por encima de la figura de biografiado, para entender las vinculaciones entre arte y política y el sendero de actitudes y querencias que hizo que ese paso no resultara traumático sino eminentemente natural<sup>343</sup>.

---

<sup>340</sup> Enric UCCELAY DA CAL: “Vanguardia, fascismo y la interacción...”, pp. 73-85.

<sup>341</sup> Gonzalo ÁLVAREZ CHILLIDA: “Ernesto Giménez Caballero: unidad nacional y política de masas en...”, pp. 265-291.

<sup>342</sup> Mario MARTÍN GIJÓN: *Los (anti)intelectuales...*, pp. 84-150.

<sup>343</sup> Enrique SELVA: *Ernesto Giménez Caballero...*

Desatendido durante el franquismo y los primeros años de la democracia, la espera que mantuvo en el ostracismo a Ramiro Ledesma ha merecido la pena a merced de las completísimas biografías que sobre él han hecho Luciano Casali y, fundamentalmente, Ferran Gallego. Ledesma, un auténtico intelectual del despertar de las masas que, sin embargo, partía de unas posiciones orteguianas, había sido caracterizado hasta la fecha como un intelectual puro, cerrilmente intransigente en lo doctrinal y escasamente dotado para la organización y la estrategia, lo que sumado a su fascinación por la acción violenta terminaría por conformar el triángulo multifactorial que le habría conducido al despeñadero político en la crisis de enero de 1935. Comenzando prácticamente en punto muerto y desbrozando figuras historiográficas esclerotizadas, Gallego pone el acento en el profundo conocimiento que Ledesma tenía del modo en que los partidos fascistas habían tomado el poder en otros rincones de Europa, lo que le llevaría a supeditar cuestiones de índole ideológica a la consecución de los medios que le permitieran alcanzar visibilidad política, financiación y apoyo de la extrema derecha. Sustentos vigorosos e inexcusables para poder lanzar una política fascista de masas y juvenil<sup>344</sup>. El itinerario personal que propone Gallego, de gran calado interpretativo, tiene su eje en la extremada congruencia de la trayectoria política de su biografiado, marcada por el pragmatismo y la búsqueda de eficacia táctica<sup>345</sup>. Junto a estas obras biográficas, desde las trincheras de los seguidores de Ledesma se han divulgado algunos pequeños trabajos, de análisis-reivindicación de los componentes más revolucionarios de la ideología del intelectual zamorano<sup>346</sup>.

Tal vez haya sido la biografía de José Antonio la que más haya quedado preservada de vuelcos interpretativos en estos años. Publicada, al fin, la totalidad de su obra por la Plataforma 2003 -creada en ese mismo año para conmemorar el centenario de su nacimiento-, los renglones básicos de su peripecia vital parecen estar trazados y consensuados, si bien quedan cuestiones que solventar en cuanto a su biografía intelectual –por ejemplo, la interpretación del curso de su evolución ideológica durante los años de 1935 y 1936-. Desde la historiografía académica ha recibido varios trabajos,

---

<sup>344</sup> Luciano CASALI: *Società di masa, giovani...*

<sup>345</sup> Ferran GALLEGO: *Ramiro Ledesma Ramos...*; ÍD: “Ángeles con espadas...”, pp. 179-209; ÍD: “La realidad y el deseo...”, pp. 253-447.

<sup>346</sup> Con un tono virulentamente combativo, aunque no exento de calidad en cuanto al conocimiento de las bases filosóficas que informaban el pensamiento de Ledesma, José CUADRADO COSTA: *Ramiro Ledesma Ramos. Un romanticismo de acero*, Madrid, Ediciones Barbarroja, 1990. Una interpretación que quiere acercar a Ledesma a otros *fascistas de izquierda* como Niekisch en R.S. QUINTANILLA y Juan Antonio LLOPART: *Ramiro Ledesma. ¿Un nacional-bolchevique?*, Barcelona, Alternativa Europea, 1996.

entre los que destaca poderosamente el trabajo de Julio Gil Pecharromán, objetivo y completo informe que solapa en un solo cuerpo las cuestiones privadas de la vida de José Antonio, sus posicionamientos ante los embates ideológicos del momento y el contexto histórico republicano, privilegiando las relaciones con otros actores y enlazando, en ocasiones, como si de una sola entidad se tratara, la ruta de José Antonio y la de Falange<sup>347</sup>. En este tiempo, también ha sido objeto de una polémica, combativa y poco profunda interpretación de César Vidal<sup>348</sup>, así como de una biografía “enfrentada”, algo descafeinada, entre el falangista Enrique de Aguinaga y el afamado experto norteamericano Stanley G. Payne<sup>349</sup>. Probablemente, el aspecto más novedoso a señalar radique en la renovación argumental que aparece en los trabajos escritos desde una mayor o menor proximidad ideológica con el *Ausente*. Frente a los trabajos gruesos que imperaran en otras épocas, una obra ha de ser resaltada por su factura académica. La del francés Imatz, concebida desde un doble enfoque de historia de las ideas y cierto “psicologismo”, se caracteriza por la sutil pretensión de acaparar un “centro historiográfico”, a medio camino entre detractores y apologistas, desde el que reivindicar parcelas poco tratadas por la historiografía al uso, como la trabazón ideológica personalista cristiana de su pensamiento. Independientemente de los acuerdos y desacuerdos que puedan tenerse con esta tesis, que apenas encuentra eco entre los historiadores más prestigiosos, el estudio pormenorizado de las fuentes intelectuales de las que bebió José Antonio y el centenar largo de páginas que dedica Imatz a desentrañar la sustantividad del pensamiento joseantoniano frente a tradicionalismo, fascismo y franquismo, merecen ser leídos por cuanto puede ser vehículo, no de un cambio en el paradigma interpretativo, pero sí de la entrada de nuevas variables doctrinales que coadyuven a comprender los bandazos que el joven abogado dio en el año y medio anterior a su fusilamiento<sup>350</sup>.

---

<sup>347</sup> Julio GIL PECHARROMÁN: *José Antonio Primo de Rivera...*

<sup>348</sup> César VIDAL: *José Antonio. La biografía no autorizada*, Madrid, Anaya-Mario Muchnik, 1996.

<sup>349</sup> Enrique DE AGUINAGA y Stanley G. PAYNE: *José Antonio Primo de Rivera*, Barcelona, Ediciones B, 2003.

<sup>350</sup> Arnaud IMATZ: *José Antonio: entre odio...* Entienden a José Antonio desde una postura próxima a la de Imatz los trabajos de Miguel ARGAYA ROCA: *Entre lo espontáneo y lo difícil (Apuntes para una revisión de lo ético en el pensamiento de José Antonio Primo de Rivera)*, Oviedo, TARFE, 1996; Moisés SIMANCAS TEJEDOR: *José Antonio. Génesis de su pensamiento...* También desde filas azules, y este mismo año, Francisco TORRES: *El último José Antonio*, Madrid, Ediciones Barbarroja, 2013, donde el autor, que pretendidamente se auto-ubica entre apologistas y detractores, busca ensambalar al José Antonio de los últimos tiempos con la tradición nacional-católica que el propio catedrático de instituto Francisco Torres sostiene con su pluma y actividad en diferentes medios y agrupaciones políticas de extrema derecha.

Asimismo disponemos de un formidable retrato de conjunto de la intrahistoria de la intelectualidad fascista nucleada en torno a José Antonio, no siempre motivada a ello por cuestiones exclusivamente políticas<sup>351</sup>, y una fotografía certera de algunas figuras secundarias de la vanguardia<sup>352</sup>. Otros intelectuales fascistas como Onésimo Redondo y Santiago Montero han sido historiados por primera vez desde un punto de vista académico, mientras que otros como Sánchez Mazas comienzan a gozar de estudios de mayor envergadura<sup>353</sup>. Esta higiénica extensión del mapa mental de los intelectuales fascistas más allá de los consabidos Giménez Caballero, Ledesma y Primo de Rivera ha tenido también sus frutos en los primeros trabajos que abordan, desde una perspectiva de historia intelectual, contextos no españoles, aunque en ocasiones sean con el objeto de graduar su influencia en nuestro país<sup>354</sup>.

Sobrevolamos finalmente una miscelánea de estudios. Desde la historia de las ideas, los trabajos de González Cuevas cumplen el crucial cometido de iluminar la evolución de las culturas políticas de las derechas en España y determinar la ubicación

---

<sup>351</sup> Mónica CARBAJOSA y Pablo CARBAJOSA: *La corte literaria...*

<sup>352</sup> Mechthild ALBERT: *Vanguardistas de azul...*

<sup>353</sup> La obra publicística de José Luis MÍNGUEZ GOYANES: *Onésimo Redondo, 1905-1936*, Madrid, San Martín, 1990 ha sido hasta la segunda década del siglo XXI la principal referencia para el estudio del fascista vallisoletano. Hoy se cuenta con los excelentes trabajos de Matteo TOMASONI: “Fascismo agrario y proselitismo revolucionario en Onésimo Redondo” en Miguel Ángel RUIZ CARNICER (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 578-592; ÍD: “El conservadurismo como ‘molde identitario’: una reflexión sobre la experiencia alemana de Onésimo Redondo”, XI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, que tuvo lugar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada, 12-15 de septiembre de 2012 (pendiente de publicación). Sobre Montero Díaz, Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *La sombra del César...* constituye una fantástica aproximación desde el mundo de las ideas y la síntesis de identidades a la aparentemente contradictoria aventura política del intelectual gallego. Sánchez Mazas, beneficiado de la minuciosa atención que le han dispensado Andrés Trapiello o Javier Cercas, coronado en la gran pantalla con *Soldados de Salamina*, ha sido evaluado historiográficamente desde la óptica de las culturas políticas en Francisco MORENTE: “Rafael Sánchez Mazas y la esencia católica del fascismo español” en Miguel Ángel RUIZ CARNICER (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 109-141.

<sup>354</sup> Victoriano PEÑA SÁNCHEZ: *Intelectuales y fascismo: la cultura italiana del Ventennio fascista y su repercusión en España*, Granada, Adhara, 1993; Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: “Sardinha y España”, *Razón Española*, 28 (1995), pp. 273-299; ÍD: “El integralismo lusitano: su recepción en España”, *Proserpina*, 11 (1994), pp. 79-110; Francisco MORENTE: «*Libro e moschetto*». *Política educativa y política de juventud en la Italia fascista (1922-1943)*, Barcelona, PPU, 2001; ÍD: “La universidad fascista y la universidad franquista en perspectiva comparada”, *Cuadernos del Instituto Antonio de Lebrija*, 8 (2005), pp. 179-214; ÍD: “La universidad en los regímenes fascistas: la depuración del profesorado en Alemania, España e Italia”, *Historia Social*, 54 (2006), 51-72; Nicolás SESMA LANDRÍN: “Importando el Nuevo Orden. El Instituto de Estudios Políticos y la recepción de la cultura fascista y nacionalsocialista en España (1939-1943)” en Ferran GALLEGÓ y Francisco MORENTE (eds.): *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011, pp. 243-279; Steven FORTI: “¿Es posible una historia transnacional del fascismo?”, XI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, que tuvo lugar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada, 12-15 de septiembre de 2012 (pendiente de publicación); ÍD: *El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Marion y Óscar Pérez Solís en la Europa de entreguerras*, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2011 (tesis doctoral pendiente de publicación).

que en su seno tenía el fascismo<sup>355</sup>. Los estudios sobre la prensa han sido evaluados de manera entrecortada por Gabriela Viadero Carral y Ricardo Martín de la Guardia para el caso de las revistas jonsistas<sup>356</sup>, por Cristina Barreiro para las falangistas<sup>357</sup> y por Eduardo González Calleja para su conjunto y en comparación con el caso carlista<sup>358</sup>. En este campo, constituye una excepción el trabajo sobre la recepción del primer fascismo italiano en los medios escritos españoles de la francesa Manuelle Peloille<sup>359</sup>.

El tema no está ni mucho menos zanjado: hay terrenos sobre los que pueden aplicarse mejores y más incisivas técnicas de prospección –un retrato de conjunto de la intelectualidad fascista desde la óptica de un historiador o politólogo, que incida, frente a la decantación puramente literaria del trabajo de los hermanos Carbajosa, en la dimensión más política del compromiso intelectual; un estudio sobre las continuidades y discontinuidades de la prensa fascista en perspectiva comparada con los órganos de expresión de la extrema derecha, uno de los aspectos tratados de manera más superficial; el prisma transnacional con otros lugares también subsidiarios en la generación de cultura y con ciertas similitudes de fondo, como por ejemplo el caso portugués, donde el incipiente fascismo también se ve obstruido por la emergencia de una dictadura de cuño militar; una evaluación que calibre el peso de lo discursivo e ideológico y lo contraponga con un esquema de movilización desde abajo, etc.-, así como otros aún a la espera de una primera inmersión. A su vez, las razones del atractivo que ha ejercido sobre diferentes generaciones de estudiosos han podido cambiar, pero lo cierto es que sigue acumulando muchos ingredientes que lo hacen especialmente apetecible para el historiador, pues incluso ante la falta de hallazgos, del rejuvenecimiento de las miradas al pasado y de la relectura de las deficiencias analíticas brotan nuevas incógnitas. El fondo y forma de los trabajos de los últimos años, los grupos y proyectos de investigación en curso, las reuniones universitarias y las publicaciones periódicas avalan la creencia de que en los próximos años, lejos de comenzar a retraerse el interés por la materia, va a seguir engrosándose y afirmándose en calidad.

---

<sup>355</sup> Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *Historia de las derechas españolas...*

<sup>356</sup> Gabriela VIADERO: *La Conquista del Estado. El primer semanario nacional-sindicalista español*, Madrid, Ediciones Nueva República, 2009; Ricardo MARTÍN DE LA GUARDIA: *Información y propaganda...* pp. 27-41

<sup>357</sup> Cristina BARREIRO: “Prensa falangista madrileña...”, pp. 29-41.

<sup>358</sup> Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: “La prensa carlista y falangista...”.

<sup>359</sup> Manuelle PELOILLE: *Fascismo en ciernes...*

## **V- BIBLIOGRAFÍA**

### **Fuentes primarias**

GIMÉNEZ CABALLERO, E., *Casticismo, nacionalismo y vanguardia* (Antología de 1927-1935 a cargo de José-Carlos Mainer), Madrid, Fundación Santander Central Hispano, 2005.

- *Arte y Estado* (Introducción, edición y notas de Enrique Selva), Madrid, Biblioteca Nueva, 2009.

LEDESMA, R., *Discurso a las juventudes de España* (Introducción, edición y notas de Pedro Carlos González Cuevas), Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.

- *Obras completas. Vols. III y IV (Escritos políticos I y II)* (compiladores José Manuel Jiménez Galocha y Gabriel Server), Barcelona, Ediciones Nueva República, 2004.

PRIMO DE RIVERA, J. A., *Obras completas. Edición del centenario. Vols. I y II* (recopilador Rafael Ibáñez Hernández), Madrid, Plataforma 2003, 2007.

### **Fuentes secundarias**

AGUINAGA, E. de, GONZÁLEZ NAVARRO, E., *Sobre José Antonio*, Madrid, Ediciones Barbarroja, 1997.

AGUINAGA, E. de, PAYNE, S. G., *José Antonio Primo de Rivera*, Barcelona, Ediciones B, 2003.

ALBERT, M., “El saetazo de Roma. Ernesto Giménez Caballero y la Italia fascista” en HEYDENREICH, T., *Cultura italiana y española frente a frente: años 1918-1939*, Tübingen, Stauffenburg Verlag, 1992, pp. 95-111.

- *Vanguardistas de camisa azul*, Madrid, Visor Libros, 2002.

ÁLVAREZ CHILLIDA, G., “Ernesto Giménez Caballero: unidad nacional y política de masas en un intelectual fascista”, *Historia y política*, 24 (2010), pp. 265-291.

ANTÓN MELLÓN, J., “Las concepciones nucleares, axiomas e ideas fuerza del Fascismo Clásico (1919-1945)”, *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), 146 (2009), pp. 49-79.

APARICIO, J., *Aniversario de La Conquista del Estado* (Conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid el día 21 de abril de 1951), Madrid, Publicaciones Españolas, 1951.

ARGAYA ROCA, M., *Entre lo espontáneo y lo difícil (Apuntes para una revisión de lo ético en el pensamiento de José Antonio Primo de Rivera)*, Oviedo, TARFE, 1996.

AUBERT, P., “Elitismo y antiintelectualismo en la España del primer tercio del siglo XX”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea*, 6 (1993), pp. 109-138.

- “Los intelectuales y la Segunda República”, *Ayer*, 40 (2000), pp. 105-133.
- “El papel de los intelectuales” en SERRANO, C., SALAÜN, S. (eds.), *Los felices años veinte. España, crisis y modernidad*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 113-134.
- “Violence à Barcelone et naissance des intellectuels: Affaire Corominas, Loi des juridictions, Semaine tragique, Affaire Ferrer”, *Bulletin d'histoire contemporaine de l'Espagne*, 47 (2012), pp. 13-42.
- “Consecuencias de la Semana Trágica y del Caso Ferrer: los intelectuales españoles y franceses frente a la Leyenda Negra de España a principios del siglo XX”, *Bulletin d'histoire contemporaine de l'Espagne*, 47 (2012), pp. 143-178.

AVILÉS FARRÉ, J., “Catolicismo y derecha autoritaria: del maurismo a Falange Española” en AUBERT, P. (coord.), *Religión y sociedad en España (siglos XIX-XX). Seminario celebrado en la Casa de Velázquez (1994-1995)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2002, pp. 255-264.

BARREIRO, C., “Prensa falangista madrileña durante la II República”, *Aportes*, 48 (2002), pp. 29-41.

BECARUD, J., LÓPEZ CAMPILLO, E., *Los intelectuales españoles durante la II República*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1978.

BERNECKER, W. L., “El debate sobre el régimen franquista: ¿fascismo, autoritarismo, dictadura de modernización?” en ALBERT, M., *Vencer no es convencer: literatura e ideología del fascismo español*, Madrid, Iberoamericana, 1998, pp. 29-50.

BLINKHORN, M., *Carlismo y contrarrevolución en España. 1931-1939*, Barcelona, Crítica, 1979, pp. 234-258.

BÖCKER, M., “¿Nacionalsindicalismo o fascismo?: el fascismo español de la Segunda República y su relación con los movimientos fascistas en el extranjero” en ALBERT, M., *Vencer no es convencer: literatura e ideología del fascismo español*, Madrid, Iberoamericana, 1998, pp. 13-28.

BOX VARELA, Z., “Sacrificio y martirio nacional. Pasión, muerte y glorificación de José Antonio Primo de Rivera”, *Seminario de Historia Contemporánea – Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset*, 19 de mayo de 2005. En <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/historia/ortega/3-05.pdf>

- “Pasión, muerte y glorificación de José Antonio Primo de Rivera”, *Historia del presente*, 6 (2005), pp. 191-216.

BROCA TELLA, S., *Falange y filosofía*, Salou, Editorial Universitaria Europea, 1976.

CASASSAS, J., “La historia de los intelectuales” en HERNÁNDEZ SANDOICA, E., LANGA, A. (coords.), *Sobre la historia actual: entre política y cultura*, Madrid, Abada, 2005, pp. 87-106.

CACHO VIU, V., *Repensar el 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.

- *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

CARBAJOSA PÉREZ, M., y CARBAJOSA PÉREZ, P., *La corte literaria de José Antonio: la primera generación cultural de la Falange*, Barcelona, Crítica, 2003.

CATTINI, G. C., “El debate sobre Democracia y Dictadura en la intelectualidad catalana (1923-1931). Unas notas sobre la recepción del fascismo en Cataluña”, *XI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, que tuvo lugar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada, 12-15 de septiembre de 2012 (pendiente de publicación).

CHARLE, C., *Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 2000.

CHARTIER, R., “Intellectual History or Sociocultural History? The French Trajectories” en LACAPRA, D., KAPLAN, S.L. (eds.), *Modern European Intellectual History. Reappraisals and new perspectives*, Ithaca and London, Cornell University Press, 1982, pp. 13-46.

CHAUBET, F., “Histoire des intellectuels, histoire intellectuelle. Bilan provisoire et perspective”, *Vingtième siècle. Revue d'histoire*, 101 (2009), pp. 179-190.

CHECA GODOY, A., “Los semanarios fascistas” en *Prensa y partidos políticos durante la II República*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1989, pp. 216-219.

CHUECA, R., MONTERO, J. R., “El fascismo en España: elementos para una interpretación” en *Historia Contemporánea*, 8 (1992), pp. 215-247.

COBO ROMERO, F., “El franquismo y los imaginarios míticos del fascismo europeo de entreguerras”, *Ayer*, 71 (2008), pp. 117-151.

- “Los apoyos sociales a los regímenes fascistas y totalitarios de la Europa de entreguerras. Un estudio comparado”, *Historia Social*, 71 (2011), pp. 61-87.

COSTA PINTO, A., “El fascismo europeo: entre el ‘neo’ y la memoria”, *Ayer*, 18 (1995), pp. 49-58.

CUADRADO, J., *Ramiro Ledesma Ramos. Un romanticismo de acero*, Madrid, Ediciones Barbarroja, 1990.

DARNTON, R., “Intellectual and Cultural History” en KAMMEN, M. (ed.), *The past before Us. Contemporary Historical Writing in the United States*, Cornell University Press, Ithaca and London, 1982, pp. 327-354.

DE DIEGO GONZÁLEZ, A., “La mitificación de José Antonio” en BULLÓN DE MENDOZA, A. y TOGORES, L. E., *Revisión de la Guerra Civil Española*, Madrid, Actas, 2002, pp. 469-484.

DE FELICE, R., *Intervista sul fascismo* (a cura di Michael A. Ledeen), Bari, Laterza, 1997 (1975).

DEL ÁGUILA TEJERINA, R., *Ideología y fascismo*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1982.

- “Intelectuales, ¿especie en peligro?”, *Revista de Libros*, 119 (2006), pp. 23-26.

- “Sacerdotes impecables”, *Foro Interno*, 10 (2010), pp. 13-28.

DÍAZ, E., *De la Institución a la Constitución. Política y cultura en la España del siglo XX*, Madrid, Editorial Trotta, 2009.

DÍAZ NIEVA, J., URIBE LACALLE, E., *José Antonio, visiones y revisiones. Bibliografía de, desde y sobre José Antonio Primo de Rivera*, Madrid, Ediciones Barbarroja, 2002.

- *El yugo y las letras. Bibliografía de, desde y sobre el nacionalsindicalismo*, Madrid, Ediciones Reconquista, 2005.

DOSSE, F., *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2006.

ELLWOOD, S., *Prietas las filas. Historia de Falange Española (1933-1983)*, Barcelona, Crítica, 1983.

- “Las fuentes orales y la historiografía del fascismo español”, *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 56 (1987), pp. 65-82.

ELORZA, A., “Caballeros y fascistas” en *Historia 16*, 91 (1983), pp. 33-41.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J. F., “Historia de los conceptos. Nuevas perspectivas para el estudio de los lenguajes políticos”, *Ayer*, 48 (2002), pp. 331-364.

- “Historia intelectual y acción política: retórica, libertad y republicanismo. Una entrevista con Quentin Skinner”, *Historia y Política*, 16 (2006), pp. 237-258.

- “Textos, conceptos y discursos políticos en perspectiva histórica”, *Ayer*, 53 (2004), pp. 131-151.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J., FUENTES, J. F., “A manera de introducción. Historia, lenguaje y política”, *Ayer*, 53 (2004), pp. 11-26.

- “Introducción” en *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, Alianza Editorial, 2008.

FOARD, D. W., *Ernesto Giménez Caballero (o la revolución del poeta). Estudio sobre el Nacionalismo Cultural Hispánico en el siglo XX*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1975.

FORTI, S., “¿Es posible una historia transnacional del fascismo?”, *XI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, que tuvo lugar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada, 12-15 de septiembre de 2012 (pendiente de publicación).

FOX, E. I., “El año de 1898 y el origen de los ‘intelectuales’” en *Ideología y política en las letras de fin de siglo (1898)*, Madrid, Espasa Calpe, 1988, pp. 13-23.

FUENTES, J. F., “Escritor” en FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J., FUENTES, J. F., *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza Editorial, 2002, pp. 280-283.

GALLEGO, F., *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Madrid, Síntesis, 2005.

- “Ángeles con espadas: algunas observaciones sobre la estrategia falangista entre la Revolución de Octubre y el triunfo del Frente Popular” en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (coords.), *Fascismo en España. Ensayo sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*. Barcelona, El Viejo Topo, 2005, pp. 179-209.

- “La realidad y el deseo: Ramiro Ledesma en la genealogía del franquismo” en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (coords.), *Fascismo en España. Ensayo sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*. Barcelona, El Viejo Topo, 2005, pp. 253-447.

- *Una patria imaginaria. La extrema derecha española (1973-2005)*, Madrid, Síntesis, 2006.

- “Fascismo, antifascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del período de entreguerras” en ANDREASSI, A., MARTÍN RAMOS, J. L. (coords.), *De un octubre a otro. Revolución y fascismo en el período de entreguerras, 1917-1934*, Mataró, El Viejo Topo, 2010, pp. 281-354.

- “Sobre héroes y tumbas. La guerra civil y el proceso constituyente del fascismo español” en MORENTE, F. (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2011, pp. 249-268.

- “¿Un puente demasiado lejano? Fascismo, Falange y franquismo en la fundación y en la agonía del régimen de Franco” en RUIZ CARNICER, M.A. (ed.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2013, pp. 77-108.

GENTILE, E., *Fascismo: historia e interpretación*, Madrid, Alianza, 2004.

- “La sacralización de la política y el fascismo” en TUSELL, J., GENTILE, E., y DI FEBBO, G. (eds.), *Fascismo y franquismo cara a cara: una perspectiva histórica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, pp. 57-68.

GIBSON, I., *En busca de José Antonio*, Madrid, Aguilar, 2008 (1980).

GIL PECHARROMÁN, J., *José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario*, Madrid, Temas de hoy, 1996.

GÓMEZ MOLINA, A., *José Antonio. Testimonio*, Madrid, Doncel, 1970.

GONZÁLEZ CALLEJA, E., “Los apoyos sociales de los movimientos y regímenes fascistas en la Europa de entreguerras: 75 años de debate científico”, *Hispania*, 207 (2001), pp. 17-68

- “La violencia y sus discursos: los límites de la fascistización de la derecha española durante el régimen de la Segunda República”, *Ayer*, 71 (2008), pp. 85-116
- “Puños y pistolas, doctrinas y justificaciones de la violencia en el fascismo español durante la Segunda República”, *Bulletin d’histoire contemporaine de l’Espagne*, 44 (2009), pp. 233-262
- *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República*, Madrid, Alianza Editorial, 2011.
- “La prensa carlista y falangista durante la Segunda República y la Guerra Civil (1931-1937)”, *El Argonauta Español*, 9 (2012). En <http://argonauta.revues.org/819>

GONZÁLEZ CALLEJA, E. y DEL REY, F., *La defensa armada contra la revolución. Una historia de las ‘guardias cívicas’ en la España del siglo XX*, Madrid, 1995, pp. 169-177.

GONZÁLEZ CUEVAS, P. C., “Habitús e ideología. El pensamiento político de Francisco Moreno y Herrera, Marqués de la Eliseda”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 8 (1996), pp. 83-114.

- “Ledezma Ramos y el fascismo”, *Razón española*, 80 (1996), pp. 261-298.
- “Recensión”, *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), 96 (1997), p. 303-310.
- “Fascismo español y nacionalismo” en DE BLAS GUERRRERO, A. (dir.), *Enciclopedia del Nacionalismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1999, pp. 234-240.

- *Acción Española: Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Tecnos, 1998.
- *Historia de las derechas españolas: de la Ilustración a nuestros días*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
- *La tradición bloqueada. Tres ideas políticas en España: el primer Ramiro de Maeztu, Charles Maurras y Carl Schmitt*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.
- *El pensamiento político de la derecha española en el siglo XX. De la crisis de la Restauración al Estado de partidos*, Madrid, Tecnos, 2005.
- “Tradicionalismo, catolicismo y nacionalismo. La extrema derecha durante el régimen de la Restauración (1898-1930)”, *Ayer*, 71 (2008), pp. 25-52.
- “Derecha” en FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J., FUENTES, J. F., *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, Alianza Editorial, 2008, pp. 368-377.
- “La historia de las derechas a la luz del revisionismo histórico”, *Memoria y civilización. Anuario de historia de la Universidad de Navarra*, 13 (2010), pp. 77-98.
- “La trayectoria de un recién llegado. El fracaso del fascismo español” en DEL REY, F. (dir.), *Palabras como puños. La intransigencia política durante la II República española*, Madrid, Tecnos, 2011, pp. 480-520.
- “De la irrelevancia del fascismo en España” en ÁLVAREZ TARDÍO, M., DEL REY, F. (eds.), *El laberinto republicano. La democracia española y sus enemigos (1931-1936)*, Barcelona, RBA, 2012, pp. 419-443.

GORDON, P. E., “What is Intellectual History? A frankly partisan introduction to a frequently misunderstood field”, s.l, s.e, s.a. s.p.

GRACIA, J., *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004.

- “Fascismo y literatura o el esquema de una inmadurez” en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (coords.), *Fascismo en España. Ensayo sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*. Barcelona, El Viejo Topo, 2005, pp. 109-131.
- “Rehacer la memoria. Cultura y fascismo en la España democrática”, *Olivar: revista de literatura y cultura españolas*, 8 (2006), pp. 87-106.

GRAMSCI, A., *Cultura y literatura*, Barcelona, Edicions 62, 1967.

HAMILTON, A., *La ilusión del fascismo. Un ensayo sobre los intelectuales y el fascismo, 1919-1945*, Barcelona, Luis de Caralt, 1973.

HERNÁNDEZ SANDOICA, E., “La historia cultural en España: tendencias y contextos de la última década”, *Cercles: revista d'història cultural*, 4 (2001), pp. 57-91.

- “La escritura biográfica”, *Cercles: revista d’història cultural*, 10 (2007), pp. 10-25.

HILLERS DE LUQUE, S., *Falange y Fascismo*, Madrid, Poesía que promete, 2010 (1987).

IBÁÑEZ HERNÁNDEZ, R., *Estudio y acción: la Falange fundacional a la luz del diario de Alejandro Salazar (1934-1936)*, Madrid, Barbarroja, 1993.

- “Detalles sobre la muerte de Ramiro Ledesma Ramos: la utilidad de un mito”, *Aportes*, 32 (1996), pp. 103-114.
- “La presencia de José Antonio Primo de Rivera. El debate bibliográfico de 1996, LX Aniversario de su fusilamiento”, *Aportes*, 35 (1997), pp. 3-16.
- “Nacionalismos totalitarios en conflicto. Las tentaciones fascistas en la España republicana” en BULLÓN DE MENDOZA, A., TOGORES, L. E. (coords.), *Revisión de la Guerra Civil Española*, Actas, 2002, pp. 47-72.

IMATZ, A. *José Antonio: entre odio y amor. Su historia como fue*, Barcelona, Àltera, 2006.

JIMÉNEZ CAMPO, J. *El fascismo en la crisis de la II República*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1979.

- “Orígenes del fascismo español”, *Historia* 16, 91 (1983), pp. 26-32.

JULIÁ, S., “Literatos sin pueblo. La aparición de los ‘intelectuales’ en España”, *Studia Histórica, Historia Contemporánea*, 16 (1998), pp. 107-121.

- “¿Falange liberal o intelectuales fascistas?”, *Claves de razón práctica*, 121 (2002), pp. 4-13.
- *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004.
- “Intelectuales en periódicos: de la estrella polar al observatorio crítico”, *El País*, 11-05-2005.
- “Intelectual” en *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, Alianza Editorial, 2008, pp. 693-701.
- *Elogio de Historia en tiempo de Memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2011.

KOSELLECK, R., “Historia de los conceptos y conceptos de Historia”, *Ayer*, 53 (2004), pp. 27-45.

LEYMARIE, M., “La historia de los intelectuales en Francia en el siglo XX” en REMOND, R., et al. (coords.), *Hacer la Historia del siglo XX*, Madrid, Biblioteca Nueva – Universidad Nacional de Educación a Distancia – Casa de Velázquez, 2004, pp. 317-331.

- “L’histoire des intellectuels aujourd’hui” en PELLISTRANDI, B., SIRINELLI, J.F., *L’histoire culturelle en France et en Espagne*, Madrid, Casa de Velázquez, 2008, pp. 23-44.

LAZO, A., PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., “La militancia falangista en el suroeste español. Sevilla”, *Ayer*, 52 (2003), pp. 237-253

LINZ, J. J., *Obras escogidas (vol.1) Fascismo: perspectivas históricas y comparadas*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.

LÓPEZ VEGA, A., *Epistolario inédito. Marañón, Ortega, Unamuno*, Madrid, Espasa Calpe, 2008.

MAINER, J. C., *Falange y literatura. Antología*, Barcelona, Labor, 1971.

- “Notas sobre *La Gaceta Literaria*” en *La Corona hecha trizas (1930-1960)*, Barcelona, PPU, 1989.
- “Literatura y fascismo: la obra de Guillén Salaya” en *La Corona hecha trizas (1930-1960)*, Barcelona, PPU, 1989.
- “Otra vez en los años treinta: literatura y compromiso político” en *Anales de la Literatura Española Contemporánea*, vol. 30, nº 1-2, 2005, pp. 273-299.
- “Ernesto Giménez Caballero o la inoportunidad” (prólogo) en *Casticismo, nacionalismo y vanguardia (Antología de Ernesto Giménez Caballero 1927-1935)*, Madrid, Fundación Santander Central Hispano, 2005.
- “Cadáveres en el armario”, *El País*, 14-10-2006

MARTÍN DE LA GUARDIA, R., *Información y propaganda en la prensa del Movimiento. Libertad de Valladolid. 1931-1979*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1994, pp. 27-41.

- “José Antonio Primo de Rivera o el estilo como idea de la existencia” en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (coords.), *Fascismo en España. Ensayo sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*. Barcelona, El Viejo Topo, 2005, pp. 163-178.
- “Ledesma Ramos: Fascismo a la española”, *Revista de Occidente*, 302-303 (2006), pp. 217-225.

MARTÍN DE LA GUARDIA, R., TOMASONI, M., “Los caudillos olvidados del Jonsismo Castellano. Una revisión historiográfica”, *Alcores*, 11 (2012), pp. 213-231.

MARTÍN GIJÓN, M., *Los (anti)intelectuales de la derecha en España. De Giménez Caballero a Jiménez Losantos*, Barcelona, RBA, 2011.

MARTÍN OTÍN, J. A., *El hombre al que Kipling dijo sí*, Madrid, El gallo de marzo, 2005

MAUREL, M., “Un asunto de fe: fascismo en España (1933-1936)” en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (coords.), *Fascismo en España. Ensayo sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*. Barcelona, El Viejo Topo, 2005, pp. 133-162.

MINC, A., *Una historia política de los intelectuales*, Barcelona, Duomo Ediciones, 2012.

MÍNGUEZ GOYANES, J.L., *Onésimo Redondo, 1905-1936*, Madrid, San Martín, 1990.

MONTERO DÍAZ, S., *Fascismo*, Cuadernos de Cultura, Valencia, 1932. En <http://www.filosofia.org/his/h1932a1.htm>

- “La evolución intelectual de Ramiro Ledesma Ramos” en Ramiro LEDESMA RAMOS: *La filosofía, disciplina imperial*, Madrid, Tecnos, 1983 (1941, bajo el título de *Escritos filosóficos*).

MORENO MORENO, I., “Pensar es sospechoso. El antiintelectualismo oficial durante la dictadura franquista”, *XI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, que tuvo lugar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada, 12-15 de septiembre de 2012 (pendiente de publicación).

MORENTE, F., “Hijos de un Dios menor: la Falange después de José Antonio” en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (coords.), *Fascismo en España. Ensayo sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*. Barcelona, El Viejo Topo, 2005, pp. 211-250.

- “Más allá del páramo. La historia de los intelectuales durante el franquismo” en FRÍAS, C., LEDESMA, J.L., RODRIGO, J. (eds.), *Reevaluaciones. Historias locales y miradas globales. Actas del VII Congreso de historia local de Aragón*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2011, pp. 41-76.

- “Rafael Sánchez Mazas y la esencia católica del fascismo español” en RUIZ CARNICER, M.A. (ed.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 109-141.

MUÑOZ ALONSO, A., *Un pensador para un pueblo*, Madrid, Almena Editorial, 1969.

MUÑOZ SORO, J., “Intelectuales y franquismo: un debate abierto”, *Historia del Presente*, 5 (2005), pp. 13-22.

- “Sin complejos: las nuevas derechas españolas y sus intelectuales”, *Historia y política*, 18 (2007), pp. 129-164.

- “Presentación”, *Ayer*, 81 (2011), pp. 17-23.

- “La Transición de los intelectuales antifranquistas”, *Ayer*, 81 (2011), pp. 25-55.

NORLING, E., “Falange y CAUR. Un intento de penetración ideológica del fascismo en España (1933-1936)”, *Aportes*, 39 (1999), pp. 13-34.

- *Las JONS revolucionarias*, Barcelona, Ediciones Nueva República, 2002.
- Introducción “Apuntes para una lectura polémica. Ramirismo y antiramirismo en el primer franquismo” a Emiliano AGUADO: *Ramiro Ledesma en la crisis de España*, Madrid, Editora Nacional, 1942. Consulta disponible en [http://www.ramiroledesma.com/nrevolucion/fundador\\_00.html](http://www.ramiroledesma.com/nrevolucion/fundador_00.html).

NÚÑEZ SEIXAS, X. M., *La sombra del César. Santiago Montero Díaz. Una biografía entre la nación y la revolución*, Granada, Editorial Comares, 2012.

NÚÑEZ SEIXAS, X. M., MOLINA, F. (eds.), *Los heterodoxos de la patria: biografías de nacionalistas atípicos en la España del siglo XX*, Editorial Comares, Granada, 2011.

ORY, P., SIRINELLI, J. F., *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2007.

PAREJO FERNÁNDEZ, J.A., *Señoritos, jornaleros y falangistas*, Sevilla, Bosque de palabras, 2005.

- “La mutación falangista (1934-1946)” en ÁLVAREZ TARDÍO, M. y DEL REY, F. (eds.), *El laberinto republicano. La democracia española y sus enemigos (1931-1936)*, Barcelona, RBA, 2012, pp. 219-247.

PASTOR, M., *Los orígenes del fascismo en España*, Madrid, Túcar, 1975.

PAYNE, S. G., *Falange. Historia del fascismo español*, Madrid, Sarpe, 1985 (1965).

- “La derecha en Italia y España (1910-1943)” en VV. AA., *Política y sociedad en la España del siglo XX*, Madrid, Akal, 1978, pp. 185-203.
- *El fascismo*, Barcelona, Altaya, 1996 (1980).
- *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español*, Barcelona, Planeta, 1997.

PECOURT, J., “El intelectual y el campo cultural. Una variación sobre Bourdieu”, *Revista Internacional de Sociología*, 47 (2007), pp. 23-43.

PELOILLE, M., “Seducidos y expectantes: los liberales españoles ante el primer fascismo italiano (1922-1925)”, *España contemporánea: Revista de literatura y cultura*, Tomo 16, 2 (2003), pp. 71-94

- *Fascismo en ciernes*, Toulouse, Presses universitaires du mirail, 2005.

PEÑA SÁNCHEZ, V., *Intelectuales y fascismo: la cultura italiana del Ventennio fascista y su repercusión en España*, Granada, Adhara, 1993.

PÉREZ DE CABO, J.B., *¡Arriba España!*, Barcelona, Ediciones Nueva República, 2007 (1935).

PICÓ, J., PECOURT, J., “El estudio de los intelectuales: una reflexión”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 123 (2008), pp. 35-58.

PROCHASSON, C., “Sobre el concepto de intelectual”, *Historia Contemporánea*, 27 (2003), pp. 799-811.

PURCET GREGORI, A., “Juventudes de muerte española. El discurso sobre la violencia en Ramiro Ledesma Ramos y José Antonio Primo de Rivera” en GALLEGRO, F. y MORENTE, F. (eds.), *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011, pp. 135-156.

QUEIPO DE LLANO, G., “La historia de los intelectuales españoles en el siglo XX”, en REMOND, R., et al. (coords.), *Hacer la Historia del siglo XX*, Madrid, Biblioteca Nueva – Universidad Nacional de Educación a Distancia – Casa de Velázquez, 2004, pp. 333-348.

RAMOS, D., “Intrahistoria de un hombre a través de su libro vital (*Memorias desde mi aldea*)”, *Aportes* nº 35 (1997), pp. 37-40.

RÓDENAS DE MOYA, D., “Los vasos comunicantes de la radicalidad de la vanguardia y el fascismo”, *Quaderns de Vallençana*, 1 (2003), pp. 26-33.

RODRIGO, J., “A este lado del bisturí. Guerra, fascistización y cultura falangista” en RUIZ CARNICER, M. A. (ed.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 143-167.

RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L., *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.

RUIZ-MANJÓN, O., “Nuevas orientaciones en Historia Cultural” en MORALES MOYA, A., ESTEBAN DE VEGA, M. (eds.), *La historia contemporánea en España*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1996, pp. 197-206.

SÁNCHEZ DIANA, J.M., *Ramiro Ledesma Ramos: biografía política*, Madrid, Editora Nacional, 1975.

SANZ HOYA, J., “Falangismo y dictadura. Una revisión de la historiografía sobre el fascismo español” en RUIZ CARNICER, M.A. (ed.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 25-60.

SAZ CAMPOS, I., *Mussolini contra la II República*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1986, pp. 95-145.

- “Tres acotaciones a propósito de los orígenes, desarrollo y crisis del fascismo español”, *Revista de Estudios Políticos*, 50 (1986), pp. 179-211.
  - *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003.
  - “José Antonio Primo de Rivera y el fascismo español” en *Fascismo y franquismo*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2004, pp. 65-77.
  - “Repensar el fascismo” en *Fascismo y franquismo*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2004, pp. 91-122.
  - “El primer franquismo” en *Fascismo y franquismo*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2004, pp. 151.
  - “Las culturas de los nacionalismos franquistas”, *Ayer*, 71 (2008), pp. 153-174.
  - “Fascismo” en FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J., FUENTES, J. F. (dirs.), *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, Alianza, 2008, pp. 549-554
  - “¿Dónde está el otro? O sobre qué eran los que no eran fascistas” en ANTÓN MELLÓN, J. (coord.), *El fascismo clásico (1919-1945) y sus epígonos. Nuevas aportaciones teóricas*, Madrid, Tecnos, 2012, pp. 155-190.
  - “Fascismo y nación en el régimen de Franco. Peripecias de una cultura política” en RUIZ CARNICER, M. A. (ed.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 61-76.
- SELVA, E., “Giménez Caballero en los orígenes ideológicos del fascismo español” en *Estudis d’Historia del País Valencià*, 9 (1991), pp. 183-213.
- “La crisis de LGL y la escisión de los intelectuales en el tránsito de la Dictadura a la II República”, *Comunicación y estudios universitarios* 3 (1993), pp. 133-158
  - *Pueblo, intelligentsia y conflicto social (1898-1923). En la resaca de un centenario*, Alicante, Edicions de Ponent, 1998.
  - “Salaverría en la vorágine de su tiempo” en ALBERT, M., *Vencer no es convencer: literatura e ideología del fascismo español*, Madrid, Iberoamericana, 1998, pp. 77-86.
  - *Ernesto Giménez Caballero. Entre la Vanguardia y el Fascismo*. Valencia, Pretextos, 2000.
  - “Recensión”, *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), 121 (2003), pp. 313-322.
  - “Gecé y la ‘Vía estética’ al fascismo en España” en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (coords.), *Fascismo en España. Ensayo sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*. Barcelona, El Viejo Topo, 2005, pp. 69-108.

SERRANO, C., “El nacimiento de los intelectuales: algunos replanteamientos”, *Ayer*, 40 (2000), pp. 11-23.

SERVER, G., “Ramiro Ledesma Ramos: apóstol de la Revolución Nacional”, *Aportes*, 58 (2005).

SESMA LANDRÍN, S., “Propaganda de la alta manera e influencia fascista. El Instituto de Estudios Políticos (1939-1943)”, *Ayer*, 53 (2004).

SEVILLANO CALERO, F., “Propaganda y dirigismo cultural en los inicios del *nuevo Estado*”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 1 (2002), pp.38-66.

SIMANCAS TEJEDOR, M., *José Antonio. Génesis de su pensamiento*, Madrid, Plataforma 2003, 2003.

SIMANCAS TEJEDOR, M y MORALEJA, A., “Nietzsche y otras influencias intelectuales en Ledesma Ramos”, *Cuaderno gris*, 5 (2005), pp. 247-264.

SINOVA, J., *La prensa en la Segunda República española. Historia de una libertad frustrada*, Debate, Barcelona, 2006.

SIRINELLI, J. F., “Le hasard ou la nécessité? Une histoire en chantier: l'histoire des intellectuels”, *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, 9 (1986), pp. 97-108.

SOBEJANO, G., *Nietzsche en España*, Madrid, Gredos, 1967, pp. 654-655.

SOUTHWORTH, H. R., *Antifalange. Estudio crítico de “Falange en la guerra de España” de M. García Venero*, París, Ruedo Ibérico, 1967.

STERNHELL, Z., SZNAJDER, M., ASHERI, M., *El nacimiento de la ideología fascista*, Madrid, Siglo XXI de España, 1994.

STORM, E., “Los guías de la nación: El nacimiento del intelectual en su contexto internacional”, *Historia y política*, 8 (2002), pp. 39-55.

THOMÀS, J. M., *Lo que fue la Falange. La Falange y los falangistas de José Antonio. Hedilla y la Unificación. Franco y el fin de la Falange Española de las JONS*, Barcelona, Plaza y Janés, 1999.

- *La Falange de Franco. Fascismo y fascistización en los orígenes del régimen franquista 1937-1945*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001.

- “Los estudios sobre las Falanges (FE de las JONS y FET de las JONS): revisión historiográfica y perspectivas”, *Ayer*, 71 (2008), pp. 293-318.

- *Los fascismos españoles*, Madrid, Planeta, 2011.

TOMASONI, M., “Fascismo agrario y proselitismo revolucionario en Onésimo Redondo” en RUIZ CARNICER, M.A. (ed.), *Falange. Las culturas políticas del*

*fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 578-592.

- “El conservadurismo como ‘molde identitario’: una reflexión sobre la experiencia alemana de Onésimo Redondo”, *XI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, que tuvo lugar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada, 12-15 de septiembre de 2012 (pendiente de publicación).

TORRES, F., *El último José Antonio*, Madrid, Ediciones Barbarroja, 2013

TRAPIELLO, A., *Las armas y las letras. Literatura y Guerra Civil (1936-1939)*, Barcelona, Destino, 2010 (1994).

TRAVERSO, E., “Interpretar el fascismo. Notas sobre George L. Mosse, Zeev Sternhell y Emilio Gentile”, *Ayer*, 60 (2005), pp. 227-258.

TUSELL, J., QUEIPO DE LLANO, G., *Los intelectuales y la República*, Madrid, Nerea, 1990.

UCELAY DA CAL, E., “Vanguardia, fascismo y la interacción entre nacionalismo español y catalán: el proyecto catalán de Ernesto Giménez Caballero y algunas ideas corrientes en círculos intelectuales de Barcelona, 1927-1933” en BERAMENDI, J., y MÁIZ, R. (coords.), *Los nacionalismos en la España de la II República*, Madrid, Siglo XXI, 1991, pp. 73-85

UGARTE, J., *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva – Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, 1998.

VARELA, J., GONZÁLEZ CUEVAS, P.C., STORM, E., *Intelectuales y nacionalismo*, Madrid, Instituto Universitario Ortega y Gasset, 1997.

VIADERO, G., *La Conquista del Estado. El primer semanario nacional-sindicalista español*, Madrid, Ediciones Nueva República, 2009.

XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F., *José Antonio (biografía apasionada)*, Madrid, Fuerza Nueva, 1980.

WAHNON, S., *La estética literaria de la posguerra. Del fascismo a la vanguardia*, Amsterdam, Rodopi, 1998.

WEBER, E., *La derecha europea*, Barcelona, Luis de Caralt, 1971.

WINOCK, M., *El siglo de los intelectuales*, Barcelona, Edhasa, 2010.

ZAMORA BONILLA, J., “Discursos irresponsables, retóricas intransigentes” en DEL REY, F. (dir.), *Palabras como puños*, Tecnos, Madrid, 2011, pp. 523-595.

Carlos Hernández Quero  
Septiembre de 2013

- “Los intelectuales” en ÁLVAREZ TARDÍO, M. y DEL REY, F. (eds.), *El laberinto republicano. La democracia española y sus enemigos (1931-1936)*, Barcelona, RBA, 2012, pp. 389-417.